Carlos Rojas



El Valle de los Caídos

Lectulandia

El Valle de los Caídos es la novela más ambiciosa y más lograda de Carlos Rojas. Toda su obra anterior como novelista y como ensayista confluye en cierto modo en este libro. Su historia transcurre en dos dimensiones distintas, la España de Goya y Fernando VII y la España de Franco y de su muerte, que a lo largo de la narración se imbrican y entreveran en un solo y eterno drama histórico español. Mientras Goya agoniza en el destierro voluntario de Burdeos, recordando su arte y sus tratos con una Corte corrompida, un biógrafo suyo se esfuerza en escribir su semblanza, y Francisco Franco se muere lentamente en Madrid. Poco a poco presente y pasado vendrán a converger en el libro, tal es decir en el centro de El Valle de los Caldos.

La novela se halla dividida en cinco partes, «Los Disparates», «Los Desastres de la Guerra», «La Tauromaquia», «Los Caprichos» y «Disparate Furioso». Cada una de ellas presenta a su vez la sucinta biografía de las personalidades más representativas de las Cortes de Carlos IV y de Fernando VII, que son a la vez las más cercanas a nuestros tiempos en sus ambiciones y en su depravación. En resumen, un libro muy propio de Carlos Rojas que es a la vez la mejor de sus novelas.

Carlos Rojas

El Valle de los Caídos

ePub r1.0
Titivillus 15.06.2024

Título original: *El Valle de los Caídos*
Carlos Rojas, 1978
Colección: Áncora & Delfín, n.º 526

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Para María Dolores y Giovanni Cantieri

Comme un pâtre est d'une nature supérieure à celle de son troupeau, les pasteurs d'hommes, qui sont leurs chefs, sont aussi d'une nature supérieure à celle de leurs peuples. Ainsi raisonnait, au rapport de Philon, l'empereur Caligula; concluant assez bien de cette analogie que les rois étaient des dieux, ou que les peuples étaient des bêtes.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Du Contrat Social*

Los Disparates

El Sueño de la Razón

La Familia de Carlos IV

En julio de 1800 Goya percibe los honorarios por el más celebrado de sus retratos, *La Familia de Carlos IV*. Josep Gudiol deduce de la fecha del recibo que el artista concluiría su cuadro aquella primavera, primera del siglo. Empieza Goya por hacer un boceto, un «borrón», de cada miembro de la real familia, sobre un fondo de lavado rojo. En el Prado se conservan los correspondientes a la Infanta Josefa y al Príncipe Antonio Pascual, hermanos del Rey. En estos apuntes, que son auténticos cuadros, el pintor deja clara constancia de su propósito moral en el conjunto. No idealizará ni caricaturizará a sus modelos. Se siente tan lejos del escarnio como del halago. Se limita a representar a los Reyes y a sus familiares como Velázquez pintaba a los bufones: detallando sus lacras físicas, para que en las mismas se transparente su mundo interior. Los resultados de Velázquez y Goya son, no obstante, del todo opuestos. Mientras los histriones de Felipe IV revelan su sensibilidad y su sentimiento trágico de la vida a través de sus deformidades, los reales imbéciles de Goya, como los dirá Aldous Huxley en otro siglo, desnudan en sus rasgos la estupidez, la ambición y la taimada artería que los habitan.

Casi todos los «borrones» contienen la semblanza completa de los personajes. Única excepción fuera el apunte de la cabeza del Príncipe Don Carlos María Isidro, quien encendería las llamadas guerras carlistas en otra generación, al disputarle el Trono a su sobrina, Isabel II. En el esbozo nos contempla la cabeza de un niño, de rubias cejas, con una mirada casi tan oscura como la de su hermano Fernando, el Príncipe Heredero, aunque mucho más voluntariosa y desprovista del trasluz de tristeza, que en los ojos del primogénito se confunde con el rencor. En el retrato de familia, Don Carlos, empalidecido y medio oculto detrás de Fernando, semeja, en cambio, un adolescente extrañamente aviejado: casi un enano, burlonamente condecorado con la banda blanquiazul de Carlos III, de facciones marchitadas y detenidas al filo de la pubertad.

Aunque el Rey se adelante un paso, en el centro del cuadro, la Reina es la verdadera protagonista de esta tragedia grotesca. Muy descotada y muy enjoyadas la pechuga, la peluca y las orejas, sonríe desagradablemente con unos labios prietos y casi desaparecidos. Por los mismos días en que Goya pinta *La Familia de Carlos IV*, en marzo de 1800, el embajador francés escribe a Napoleón: «La Reina se levanta a las ocho, recibe a las ayas de los Infantes y ordena los paseos. A diario escribe al Príncipe de la Paz, informándole de todo. Después del almuerzo del Rey, sírvese el de la Reina. Come sola y tiene una cocina especial, por faltarle todos los dientes. Tres peritos retocan continuamente su dentadura postiza. La familia real asiste en pleno a las corridas de toros. La Reina es tan supersticiosa, que durante las tormentas se cubre de reliquias». En medio del lienzo y en la cabeza de María Luisa, parece metamorfosearse un pajarraco mítico de *Los Caprichos*. La augusta testa entusiasma a Napoleón, cuando conquista Madrid. «¡Es increíble! ¡Es lo nunca visto!», suele decir luego riéndose, al describir el lienzo. Los Reyes, en cambio, siéntense muy complacidos con el trabajo de Goya. El 9 de junio de aquel año María Luisa escribe a Godoy: «Goya empieza mañana mi retrato. Los demás, salvo el del Rey, están ya concluidos y presentan un gran parecido». Dos semanas después vuelve a escribirle: «Goya ha hecho mi retrato. Dice que es el mejor de todos. Prepara ahora el del Rey, en La Casita del Labrador».

En el centro de la tela, cubierta de un baño resinoso y pintada con óleos transparentes como acuarelas, María Luisa abraza a la Infanta María Isabel y tiende la mano al Príncipe Francisco de Paula. A Godoy atribuyen los corrillos de la Corte la paternidad de los dos. El Infante no cuenta en esta época sino ocho años. Antonina Vallentin advierte en su encaro una mirada tenaz y sombría, inexplicablemente aviesa en el rostro de un niño. Su parecido con el retrato de Godoy en las mocedades, obra de Esteve, es sobrecogedor. María Isabel casará dos años después con el Príncipe de Nápoles. Su suegra, la Reina Carolina, le confiesa al embajador francés, Alquier, que la Infanta es a todas luces hija de Godoy y ha heredado su aspecto y sus gestos. De su yerno, el Príncipe de Asturias, no tiene mejor concepto la Soberana de Nápoles: «El Príncipe no hace nada, no lee, no escribe, no piensa; nada. Nada… Y esto es deliberado, pues quisieron que fuese idiota. Sonrojan las groserías que comete a toda, hora con todo el mundo. Con Isabel es lo mismo. Les dejaron crecer en la mayor ignorancia y lo que hicieron con ellos es una infamia. Como María Luisa manda

despóticamente en España, siempre teme que alguien quiera entrometerse en la política o en sus asuntos».

El Rey parece la estatua de cera de sí mismo. Tiene ahora cincuenta y dos años, dos menos que Goya, quien se retrata a sí propio en el otro extremo del cuadro, al modo de Velázquez en *Las Meninas*, pintándolo y pintándose. No obstante diríase al monarca mucho mayor que el hombre, quien en esta tela lo inmortaliza. Se ha encarnecido y avejentado prematuramente después de haber sido muy vigoroso. Sus ojos azules, un punto más oscuros que los de su hermano, el Infante Antonio Pascual, quien asomado detrás de Su Majestad semeja la caricatura de una caricatura, se pierden en el vacío como los de un ciego. Cuando la Princesa María Antonia de Nápoles, prometida ahora de Fernando, para muerto a su único hijo, María Luisa volverá a escribir a Godoy: «El niño era más pequeño que un granito de anís. Para verlo, el Rey tuvo que ponerse las antiparras de leer». La propia María Antonia se halla, entre Fernando y María Isabel, con la cabeza vuelta hacia los cuadros del muro. No ha venido aún de Nápoles y Goya no puede completar su perfil sin conocerla. No llegará a pintarlo jamás y el cuadro sigue incompleto. Detrás de Fernando y de María Antonia aparece la cabeza de la anciana Infanta María Josefa, hermana del Rey y de Don Antonio Pascual. Se creería que uno de aquellos espejos, donde se miran las viejas brujas de Goya mientras el tiempo alado se dispone a barrerlas, ha devuelto a la vida la imagen de una de ellas. Adornada con largos arretes de oro y plumas de pavo real en la cabeza, sonríese la estantigua. Tiene una sien manchada y la mirada tan azul y tan vidriosa como la de sus hermanos.

Cuatro seres se apiñan a la derecha. Sólo distinguimos allí el perfil de la hija mayor de los Reyes, la Infanta Carlota. Será Reina de Portugal y una hija suya, Isabel de Braganza, reinará en España casada con su tío Fernando VII, en sus segundas nupcias. La Duquesa de Abrantes dice a Carlota muy contrahecha, con una pierna más larga que la otra y jorobada por añadidura. Delante de Carlota tenemos a su hermana María Luisa, con un niño en brazos. Es de facciones menudas y mirada muy limpia, agraciada de rostro sin ser bella. Un almohadón, sobre el cual sostiene a su hijito, no oculta su cintura desviada. La acompaña su esposo, el Príncipe Luis de Borbón Parma, heredero de este ducado y sobrino de María Luisa. Es un muchacho muy alto y rubio, de ojos vivaces y labios carnosos, en quien apunta ya la obesidad. Es también un epiléptico.

Al fondo del cuadro hay otros dos cuadros, como al fondo de *Las Meninas* hay un espejo, que acaso sea también un cuadro aunque podría tomarse por

una ventana. En *La Familia de Carlos IV*, dos grandes lienzos penden del muro, a espaldas de los catorce personajes. Ambos son de Goya, en la tela de Goya, aunque no figuren en el catálogo completo de Gudiol. Uno es un paisaje leve y difuminado, acaso obra de la juventud, cuando el pintor creía aceptar el mundo como su tiempo parecía aceptarlo, al resplandor de la ilustración y a la hora de *La Gallina Ciega* y de las meriendas a la vera del Manzanares. En el otro, muy oscurecido por el tiempo, se distinguen vagamente tres figuras. Hasta 1967 nadie le prestó excesiva atención. Allí, sin embargo, se encerraba la última clave moral de *La Familia de Carlos IV*.

En junio de 1967 el Museo del Prado decidióse a restaurar el lienzo de Goya. En diciembre se hacían públicos los sorprendentes resultados de aquel empeño. En el cuadro representado al fondo, junto al paisaje del arroyo y los abedules a la luz de la armonía ilustrada, apareció una confusa orgía de gigantes. En aquel lienzo dentro del lienzo, con grandes pinceladas que venidas de Velázquez preceden o inventan a un tiempo el impresionismo y el expresionismo, expone Goya a un titán en cueros regodeándose con dos mujeres semidesnudas y tan enormes como él. El rostro del hombre es indudablemente el de Goya, según afirma Xavier de Salas, director del Prado. Nadie se atreve a contradecirle.

Cuando en 1800 pinta Goya *La Familia de Carlos IV*, lleva ocho años casi sordo por completo y viviendo de prestado. En 1792 la sífilis, que acaso hasta entonces no supiera haber contraído en su primera juventud, le infecta el laberinto del oído y lo lleva a las puertas de la muerte durante dos años enteros. Malraux lo compara entonces con uno de esos enfermos quienes, salvados en la agonía, se convierten en médiums. Al cabo de la crisis, preso en su silencio, Goya traería así un aura del otro mundo. Lo cierto es precisamente lo opuesto, porque Goya conjura espectros vivos, no fantasmas muertos. Por esto sus monstruos le parecen tan *vraisemblables*, tan creíbles a Baudelaire. En su sordera describe la noche oscura del alma, donde la vida oculta su verdad más terrible. La muerte vendrá a revelársela desde fuera, dieciséis años después y en otra fecha capital de su existencia, el dos de mayo de 1808, cuando presencie en la Puerta del Sol la salvaje batalla entre el pueblo y los mamelucos de Murat.

De su roce con la muerte Goya ha aprendido a juzgar, para ser juzgado. Frente a la razón, que en fin de cuentas sueña trasgos y endriagos en sus pesadillas, Goya proclama la verdad del hombre, poblado de monstruos, incapaz de reconciliarse con el mundo si antes no lo hace consigo mismo. Como la muerte, la verdad es común a todos; como la sífilis, es también

contagiosa. Diecinueve años después, Goya, el antiguo converso de la armonía ilustrada y el idealista de la razón, estampará todos los demonios de su pueblo en los muros de su casa, para que ni él ni la historia puedan olvidarlos. Su creencia en la verdad como única medida y síntesis del hombre pasa a los Reyes, quienes aceptan de buen grado verse como Goya los viera, no como ellos se creían ser. El solo compromiso entre el pintor y sus modelos se reduce a ocultar la joroba de la Infanta Carlota, detrás del Príncipe de Borbón Parma. Pero la cintura deforme de su hermana María Luisa es tan visible como todas las lacras de los suyos.

En el cuadro del fondo de la estancia deja Goya su propia confesión. Allí y en su orgía con las dos mozas del partido, proclama silenciosamente este sordo su condición de hombre, puesto que nada humano le es ajeno. No condena al rebaño de caricatos emperejilados, que acaba de retratar para la posteridad, porque no se imagina mejor ni peor que cualquiera de ellos. Sabe muy bien que en una orgía como aquélla contrajo la sífilis que le roe, le asorda y ha destruido a cuatro de sus hijos. Su culpa, la culpa de Saturno, preside este juicio final, que es a la vez el documento más noble del siglo XVIII. Un juicio final de los vivos, más profundo que el de Miguel Angel a los muertos, según afirma Ramón Gómez de la Serna. Siglo y medio después leemos en un libro ahora olvidado: «Con los ojos de Goya hemos de vernos en sus duendes y en sus Reyes, en las dos salas de espera de nuestro destino. El precepto ético de Goya se abre cada día con las puertas del Museo. Es el primer principio de una dialéctica indispensable y aun incomprensible, donde pretende anticiparse la última redención del hombre: “Amarás a tu prójimo, el monstruo, como a ti mismo”».

16 de marzo de 1828

Y Su Majestad el Rey me dijo:

—¿Cuál es tu idea de la dicha en la tierra?

—Morirme antes que mi hijo Xavier —repuse en seguida—. Otros cuatro sepultamos ya mi mujer y yo, antes de enterrarla también a ella cuando las hambres de la guerra. A éste no quiero perderlo.

Se echó a reír, sin soltar el cigarro encendido entre los dientes, amarillentos como los de un cordero. Frisaba los cuarenta, o los habría cumplido ya. Sólo al pintarle entonces, por última vez y por deseo suyo, me percaté cabalmente de cuán deforme era su rostro, quijarudo, mofletudo y desigual bajo las largas cejas renegridas. No obstante, sus ojos un sí es no es estrábicos, traslucían una malicia nada torpe. Había sido el hombre más querido y era el más detestado en este país que embiste siempre a la hora de matar o de reproducirse. Supuse que nuestro odio y nuestro amor le enorgullecían por igual. En verdad casi me lo confesaba así la tarde anterior, cuando terminé su retrato. Luego me dijo: «Fuiste un traidor y un afrancesado en la francesada. Te absolví entonces, hace ya doce años, como te he perdonado esta vez, al saber que regresabas del destierro, porque eres aun más grande que Velázquez. Mañana vuelves al Palacio para cenar a solas conmigo».

—Eres un cínico. Tú no crees en nada. Absolutamente en nada. «Nada» dice el papel que trae de la muerte el esqueleto de un grabado tuyo. Por mucho menos te habrían tostado en los quemaderos de otros tiempos.

—No iré a creer en vos y en vuestro derecho divino sobre todos nosotros. Nos conocemos demasiado bien.

En verdad lo conocía todo el mundo. Antes de la guerra y en el proceso de El Escorial, cuando él y su camarilla comparecieron culpados de conspirar contra Godoy, nuestro choricero y nuestro Príncipe de la Paz, escribió a sus padres, los Reyes, cartas increíbles que luego repetirían todos los mentideros. «Mamá, me arrepiento del horroroso crimen que he cometido contra mis papás y soberanos y pido con la mayor humildad que se digne Vuestra Majestad interceder con papá para que permita a su hijo, agradecido, ir a besar sus reales pies». Su madre le llamó bastardo a gritos y él denunció a todos sus cómplices, para atestiguarle la condición. Durante la guerra y en el castillo de Valençay, donde a su decir lo tenían preso los franceses, volvió a delatar a quienes se conjuraran para libertarlo. Al mismo tiempo congratulaba

a Napoleón por sus triunfos en España y le pedía que lo hiciese hijo adoptivo, desposándole con alguna princesa de la Casa Imperial. Luego supimos también que en Valençay recibía lecciones de música y danza, cuando no cazaba, pescaba o cabalgaba en los parques del castillo, para dedicar las veladas a su ocio preferido, que era el bordado a canutillo. No obstante, si pensamos en aquellos tiempos, mejor fuera no acordarse de él o para el caso de ninguno de nosotros. Dijérase, al evocarlos, que sólo los asesinos supieron mantener entonces la dignidad en esta desdichada tierra nuestra.

—Nos conocemos demasiado bien. No cabe duda —asintió a lentas cabezadas, súbitamente pensativo o pesaroso—. Tú no querías enterrar a tus hijos. Yo nunca fui más feliz que cuando supe a mis padres muertos. Ya va para siete años que en Roma se acababa mi madre y diez días después la seguía mi padre hacia los infiernos desde Nápoles. Únicamente entonces y por primera vez en mi vida me sentí Ubre. Luego me dije que no, que para serlo de verdad hubiera sido preciso que ellos no me engendrasen. Sólo son libres quienes nunca fueron, porque hasta los muertos penan su condena. Lo demás, incluida la Corona, es la raya en el agua e intrigas de golillas —se detuvo un instante mirándome a los ojos y regoldó—. Es un regalo hablarle a un sordo: algo así como confesarse con un muro de ladrillos.

—Señor, olvidáis que os leo los labios.

El sordo era él entonces o al menos no me escuchaba. Cruzadas las piernas, ingle contra ingle, se arrellenó en el sillón contemplando el techo de Tiépolo con los ojos entornados, mientras fumaba a despaciosas bocanadas. A un lado del hogar apagado, en un caballete, alzábase el retrato que acababa de pintarle. Lo miré con fría fatiga, como si fuese ajeno, y me sentí satisfecho. Era su legado, no el mío, a los hombres.

—El día en que falleció mi madre, me escribió mi hermana María Luisa desde Roma —suspiró de pronto rascándose las partes—. Mi madre había muerto casi en brazos de Godoy, por así decirlo. Una semana entera la veló a todas horas en su agonía, a solas los dos en aquella cámara. La víspera de su defunción, mi madre llamó a María Luisa y le dijo: «Yo me voy a morir. Te recomiendo a Manuel. Puedes tenerlo y estar segura de que no hallaréis una persona más afecta tú y tu hermano Fernando» —rompió a reír estridentemente, sacudiendo aquella cabeza suya, demasiado larga y aplastada por las templas, sobre los hombros escurridos—. Cuando mi hermana vio que la cosa iba mal, le quitó de su lado al choricero, que lloraba como una arrepentida, y llamó a los curas. Le dieron el viático, la unción y todos los auxilios espirituales. De poco le servirían en el otro mundo, me digo yo.

—Señor, olvidáis que os leo los labios.

—¡Y a mí qué me importa lo que tú leas o lo que tú oigas, viejo! —chilló de pronto, enrojecido como una manzana asperiega—. ¿Olvidaste acaso que yo soy el Rey y que tú te pudrirás pronto debajo de una losa, como mis padres y como tus hijos? —En uno de sus repentes tan propios y tan reiterados, me sonrió desagradablemente y apoyó una mano sobre mi rodilla—. No irás a enfadarte conmigo, ¿verdad? Recuerda cuántas veces mereciste el garrote y te he perdonado. Lo merecerías de nuevo ahora, por pintarme como soy y no como me gustaría que me viesen los hombres. Es justo que seas sordo como una campana, porque en fin de cuentas miras al mundo y al prójimo con unos ojos más veraces que los espejos. Voy a confesarte algo que no sabe nadie. Mi madre dejó toda su fortuna personal a su querido, el choricero. Naturalmente nunca permití que Godoy viese un sueldo de aquellos bienes. En París y podrido de miseria terminará sus días, te lo aseguro.

Se sonrió y pareció recogerse en el placer que le embargaba. Cruzadas las manos, sobábase las palmas y hacía crujir los artejos. Sus manos eran demasiado cortas, abotargadas y plebeyas, de gruesas uñas y dedos aplastados. Exactamente como las de mi hijo Xavier. De improviso me asaltó la obvia revelación de que también Su Majestad el Rey podría ser hijo mío. Un hijo tan deforme de alma y de cuerpo como él mismo, tarado en la carne y en el espíritu por mi sangre envenenada desde antes de nacer. El mal francés, que contraje en algún prostíbulo de mis mocedades y que treinta y cuatro o treinta y cinco años antes me había dejado sordo, acaso me hubiese hecho concebirlo como en realidad era en la vida y en el retrato: una suerte de bufón panzudo y grotesco, de cabeza y cuerpo demasiado largos, con brazos y piernas de menudo pelele, iluminado por aquella mirada aviesa de los ojos renegridos, donde se leía como en un libro sus traiciones, su cobardía y su sevicia. ¿Cuál fuera entonces su libertad, si yo lo hubiese condenado de tal modo al engendrarle? ¿Sería espantosamente cierto, como lo afirmaba el propio Rey, que sólo son libres quienes nunca fueron, porque inclusive los muertos penan culpas ajenas en el infierno?

Allá por los tiempos cuando yo era joven y empezaba a pintar para la Real Fábrica de Tapices, nació nuestro hijo Vicente Anastasio. «Es un chico muy guapo y robusto», le escribí a mi amigo Zapater, «la parida va por los términos regulares». Al día siguiente el niño amaneció muerto en la cuna, amarillento ya como una reliquia y con un hilillo de sangre en los labios. Horas antes mamó con hambre y según contaba luego mi mujer hasta parecía sonreírse. A los dos años parió Josefa a mi María del Pilar Dionisia. Tenía

una cabeza gigantesca, casi tan grande como la de un hombre, aunque hundida por la frente como las monas. Apenas nacida y lavada, al cabo de un parto interminable, me dijeron que se malograría porque las aguas le oprimían el cerebro en aquel cráneo desmesurado. Por esto le di aquel nombre resonante como el de una Duquesa, por contraste con su deformidad y sobre todo con su destino. Era un monstruo dulcísimo, toda sonrisas, melindres y querencia. Horrorizaba a Josefa; pero yo consumía las horas abocado sobre su camita, mirándome en aquellos ojos suyos de cervatilla herida. Murió al año cumplido y también en silencio como Vicente Anastasio. Otra hija, Hermenegilda, nos nació muerta y sólo hubo tiempo de bautizarla antes de darle tierra. Cuando mi mujer quedó encinta de Francisco Xavier Pedro, después de la muerte supitaña de Francisco de Paula, conseguí a través de mi cuñado Bayeu que un médico de la Real Casa, el mismo que trajo al mundo a Su Majestad, nos visitase para dar con el mal en nuestra semilla. Él descubrió el morbo en mi sangre. Me dijo que la desdicha no tenía cura, porque lo único que se sabía de ella era sus orígenes. La contrajeron en el Perú los conquistadores, fornicando las llamas cuando se cansaron de violar indias. Yo la transmitía a mis crías en la simiente, aunque se pudiera dar el caso, con ayuda de los cielos, de que a fuerza de probar concibiese uno sano. Calladamente, como se acababan siempre mis hijos, determiné matarme entonces si se perdía el que aguardábamos. Era aquélla una decisión fría e inquebrantable, de aragonés inamovible, que hubiese llevado a cabo aun en contra de mis propios instintos siempre sedientos de vida. No hubo lugar porque Xavier se logró. Era tan bello y tan sano que, como le escribí a Zapater, diríase que Madrid entero se miraba en él, de tan hermoso.

Debí ensimismarme y perderme en mis quimeras, porque casi me sobresaltó la palmada de Su Majestad el Rey en mi rodilla. Fruncido el oscuro entrecejo, me miraba entonces con un gesto mediado de curiosidad y de conmiseración. Le hedía el aliento a tabaco y a podre cuando me dijo:

—¿Qué te ocurre, abuelo, te duermes o distraes? Estás blanco como las nieves.

—Señor, años atrás me hice una casa en la vega del Manzanares, entre Móstoles, Navalcarnero y Alberche. En Madrid la llamaban la Quinta del Sordo y pronto será de Xavier, porque se la dejo en una manda. La cerré hace dos años, cuando me fui de este país, y no volverán a abrirla hasta después de mi muerte. Yo os aconsejaría ir a verla entonces, aunque fueseis embozado y de incógnito, como según dicen vais de noche a veces. La casa es mi legado, como supongo que el retrato que acabo de haceros será el vuestro. En sus

muros he pintado mi examen de conciencia, vuelto pesadilla, aunque vos creeréis quizá que pinté los demonios que me habitan, estos demonios que empiezan a serme tan familiares como para vos deben serlo vuestros súbditos y para vuestros antepasados sus bufones. Si os desplacen aquellas paredes, no paséis del comedor, porque allí está Saturno devorando a sus hijos.

Rompió a reír de nuevo, con aquella risa suya a veces parecida a la de una mujer encelada y a veces a la de una cotorra imitando a los hombres. En Burdeos me habló Moratín de una carta que escribió la suegra de Su Majestad cuando lo casaron con su primera esposa. Es falso, astuto, vil y casi impotente, decía la Reina de Nápoles acerca del yerno. A los dieciocho años mi hija no siente absolutamente nada con él. La paciencia y las curas son la siembra en la arena; los intentos salen fallidos y sin placer. Luego lo describía como una bola que no llegaba a los hombros de la Princesa, todo cuerpo, casi sin piernas y con cabeza de enano.

—No tientes tu suerte, viejo, pues podrías acabar con mi benevolencia —replicó entre risas—. Te disculpé que sirvieses a los franceses durante la guerra y olvidé luego tus hablillas y contactos con tus amigos liberales, esta lepra que pretende destruirme. Inclusive te permití marcharte al destierro, cuando temías por tu cabeza, como te di venia ahora para el regreso. Puedo perdonarte los actos, pero no los pecados de pensamiento. Tu Saturno soy yo, devorando a mi pueblo.

—Su Majestad se equivoca en este caso. Saturno es mi autorretrato y sólo esta noche llegué a comprenderlo. Precisamente por esto os dije que mi idea de la dicha en la tierra era morirme antes que mi hijo Xavier. A los otros los consumí al darles vida, pues los malogró el mal que me pudre. Me percaté de todo ello hablando con Su Majestad, al advertir que también vos, por vuestra edad, podríais ser hijo mío. Quizá no me explico. Soy sordo y tal vez debiera ser mudo. Con pintar me basta para saberme vivo.

—Te explicas muy bien y a mí me duele comprenderte. No sabía que estuvieses enfermo, pues siempre te vi como un roble. Es más: el daño que te haces al pensar en ti me duele casi tanto como el que puedan hacerme a mí mismo.

—Quizá sea cierto; pero no alcanzo a creerlo porque vivisteis siempre para el odio. Sólo doy crédito al hecho de que volví a España, antes de morirme, para advertir que yo era Saturno y que a vos tenía que confesarlo. Lo demás, disponer mis bienes póstumos y ver de nuevo los lugares donde transcurrió mi vida consciente, era una oblicua disculpa para mis verdaderos propósitos. Es extraño que un hombre perdure hasta los ochenta años y se

percate entonces de que sus actos anteriores tenían fines muy distintos de los determinados. Acaso nadie en el mundo sepa quién es, por no saber a ciencia cierta quién pudo haber sido.

—Tal vez sea tarde para averiguarlo en tu caso y en el mío —me atajó encogiéndose de hombros—. Consuélate pensando que cuando tú no seas quedará tu arte.

—Ya lo dijo Miguel Ángel, Señor: los hombres pasan, su arte permanece.

De improviso me miró y mudó su expresión. Me odiaba entonces por envidiármelo todo, sin ni siquiera advertirlo: mis cuadros y mi renombre, que le impedían darme garrote o hundirme en una mazmorra, como placíale hacerlo con sus enemigos y como lo habría hecho con su propia madre si viviese. Inclusive envidiaba mi vejez, porque acaso temiera no alcanzarla, el mal gálico que me asordaba y carcomía y aun mis hijos muertos por no ser suyos.

—¡Tu arte es grande pero tú eres un pingo! Me vendiste inicuamente a mí y vendiste a los propios franceses. Durante la invasión hiciste el retrato del Rey Intruso y te prestaste a escogerle cuadros, para que pudiese llevárselos a París. ¿Por ventura creíste, vejestorio, que yo estuve siempre en el limbo? Luego, para mayor escarnio, pintaste *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío* y *El Dos de Mayo en la Puerta del Sol*, aquellas telas gigantescas que adornaban el arco de triunfo dispuesto a mi vuelta en la Puerta de Alcalá, mientras la canalla me aclamaba aullando «¡Vivan las cadenas!», «¡La libertad al paredón!».

—¡No es preciso que chilléis de este modo! ¡Ya os dije que os leo los labios!

—Chillaré cuanto me venga en gana —insistió—. Sobreviviste a tu mujer, quien sólo te servía para parirte hijos que destruías con tu sífilis; pero no sé cómo pudiste sobrevivir tu propia doblez y tu impudicia. Mejor dicho, sí lo sé, puesto que a ti, con tu cobardía, te hicieron a imagen y semejanza de nuestro pueblo.

—¡A imagen y semejanza de Su Majestad! ¡En El Escorial denunciasteis a vuestros cómplices para que os perdonasen las mentiras, y aun os arrojasteis en brazos de Godoy, suplicándole que os salvara de las iras de vuestro padre!

—También a imagen y semejanza mía. Sea. Por miedo traicionaste como yo. Somos muy parecidos, aunque en tu soberbia no quieras creerlo. Los dos despreciamos a los hombres, aunque extrañamente los temamos al mismo tiempo.

No dejaba de ser cierto y muy a mi pesar me sorprendí asintiendo con el gesto. Recordé entonces, como si lo pintase en la memoria o volviese a verlo con los ojos de medio siglo atrás, el día en que Josefa y yo fuimos presentados a la Corte antes de que él naciese. Reinaba aún su abuelo, el Rey Carlos III, de quien yo haría el retrato poco después. Mi cuñado había conseguido la audiencia, que fue en una tarde llena de luz de invierno. El Rey viudo, el de la cara de cordero mueso y el encaro luciente de inteligencia matizada de tristeza, nos recibió medio hundido entre los almohadones de un canapé, llevándose un pañizuelo aromado de espliego a las narices porque los aires de la Sierra le habían acatarrado. La Princesa de Asturias («Yo me voy a morir. Te recomiendo a Manuel. Puedes tenerlo y estar segura de que no hallaréis una persona más afecta tú y tu hermano Fernando») estaba sentada a su lado. La conocí entonces joven y todavía hermosa, alta de talla y de pecho, muy morena de carnes y endrina la mirada de italiana. Su esposo, el Príncipe que diez años después subiría al trono, permanecía en pie junto al escaño. Era el hombre más fuerte que he conocido y aun entonces, a pesar de mi azoramiento, me asombraron la anchura de sus hombros y las raíces y muñones de sus músculos, asomando por el borde de la gorguera y bajo las medias de seda. La sonrisa, que siempre tuvo presta aunque nadie olvide el furor de sus cóleras, le entornaba los párpados sonrosados sobre unas pupilas casi transparentes de tan azules. La resignada timidez de Josefa la avino en seguida con la grandeza del momento. Parca y atinadamente hablaba con el Rey y sus hijos, como si fuesen parientes lejanos en la sangre y muy próximos en la respetuosa estima. Por el contrario yo temblaba sobrecogido, cuando me arrodillé en la taracea de los suelos para besarles las augustas manos. El Príncipe me obligó a levantarme, tomándome de los codos. Sus palmas eran chicas; pero duras y rugosas como las de un viejo herrero. Me sorprendió que siendo quien era fueran tan curtidas y estuviese habituado a trabajar con las manos.

Su Majestad el Rey habló un poco de Mengs, de Tiépolo y de mi cuñado. La Princesa me dijo algo en italiano, cuando supo que yo había vivido en Roma. Nos alababa las maneras, como si fuésemos niños, y sonreía. *Saper fare e condursi a quel modo*. También el Monarca terció entonces en toscano. Me comentaba la luz de aquella hora, como lo haría un pintor a otro. Después de haber pasado tantos años en Nápoles, donde los crepúsculos son más breves, le maravillaban los atardeceres de Madrid. *Allora, appena il crepuscolo, il giorno comincia a scolorire e nel traspasso dei colori tutto rimane calmo*. Don Carlos, el Príncipe de Asturias, me abrazó los hombros

para conducirme hacia la puerta. Supuse que así daba la audiencia por concluida; pero aún pude besar de nuevo las manos de la Princesa y de Su Majestad, de hinojos y a toda prisa. No había recorrido ni diez pasos, cuando el Príncipe casi me deslomó de una gigantesca palmada en la espalda, que retumbó como un trueno por toda la estancia. A los treinta años yo pesaba casi siete arrobas y preciábame de doblar una barra de hierro con las manos y un real con los dedos; pero sin resuello y trompicando di de bruces en el suelo, mientras el Príncipe me decía: «Bueno, bueno, mi querido amigo, espero que volveremos a vernos muy pronto». Luego empezó a carcajearse, mientras me tendía una mano y yo, acezante y servil, le coreaba las risotadas. La Princesa reíase también, aunque de mala gana: como si aquel sainete la fatigara ya por repetido. Mirábanos Josefa con el mismo recogido misterio que aceptaba los cuernos, los partos y las muertes de los hijos. Su Majestad el Rey suspiró cerrando los ojos y guardóse el pañuelo en la bocamanga. «Nadie resiste mis trompadas», regocijábase el Príncipe de Asturias, «los palafreneros más duros caen como bolos. Cuando tú regreses lucharemos a la barra en las cuadras y luego tocaré el violín para ti, si te place». A todo asentía yo, como un pícaro apaleado. Para ser pintor de la Corte hubiese vendido el alma a todas las ofensas. (Luego lo fui inesperadamente y gracias a Godoy, cuando casi no lo esperaba). Aquella misma noche le escribí a Zapater: «Si tuviera más espacio, te contaría lo que me honraron el Rey, el Príncipe y la Princesa. Por la gracia de Dios les besé la mano, que aún no había tenido tanta dicha jamás». Entonces me creía vulnerable y amedrentado por los hombres, en la doble incertidumbre de mi juventud y de mi destino. Pero no aprendería en verdad a temerlos hasta muchos años después, cuando descubrí los monstruos que los habitan.

—¿Por qué me trajisteis a Palacio? ¿Por qué os obstinasteis en que os pintara el retrato, cuando os dijeron que me hallaba en Madrid? —me ganó un arrebato de ira contra Su Majestad por haberme obligado a conjurar los muertos. Me sorprendí gritándole con aquella voz mía, que nunca más volvería a oír.

—Tú eres una parte de mi pasado que no quiero olvidar. De aquellos años sólo atesoro el recuerdo tuyo y el de mi primera mujer, en sus últimos tiempos. A principios de siglo, cuando pintaste a nuestra familia, nos mirabas uno a uno a los ojos y todos humillábamos la cabeza. «Éste es el único hombre», me dije entonces, «a quien verdaderamente podrías respetar». Luego pensé que en las últimas sesiones posábamos juntos para ti, como los cómicos en el tablado y me pareció justo. El día en que nos permitiste ver el

cuadro concluido, mientras mis padres se deshacían en elogios rastreros por halagarte, ciegos ante el horror de aquella parada de espectros y de abortos que se reflejaban en la tela como en un espejo de luna, pensé: «Poco importa cuanto hagamos o dejemos de hacer ahora, tanto vale el obrar como el abstenerse, porque nuestra pintura va a sobrevivirnos. Aquí estamos juzgados y condenados todos, hasta los niños, porque cualquier ciego repararía en que María Isabel y Francisco de Paula no son hijos de mi padre sino de Godoy».

—Señor, dejad en paz a los muertos.

—No los sentencié yo, sino tú.

—Pinté a vuestra Augusta Familia como la veía entonces.

—Nos pintaste como éramos y volviste a retratarme ahora como soy. Ésta es tu propia condena, viejo: pintar la verdad —airado de nuevo, aplastó el cigarro en un plato—. ¡Los muertos, como tú los llamas, hicieron de mí quien soy y transformaron mi vida en una vergonzosa pesadilla! ¿Sabes cómo apodaba la Reina de Nápoles a mi hermana Isabel cuando la casaron con su hijo? ¡La bastarda epiléptica, sí señor, la bastarda epiléptica! ¿Sabes qué repuso mi hermana Carlota, a poco de desposarse con el Príncipe de Portugal y cuando le reprocharon su colección de amantes?: «No quiero un solo favorito, pues no estoy dispuesta a que me pegue como Godoy a mi madre». ¿Sabes lo que representa para un muchacho de dieciséis años, exactamente la edad que tenía yo cuando pintaste a mi familia, leer la copia robada de un memorial del embajador francés, donde se dice, con toda la razón del mundo, que ningún soldado borracho se hubiese atrevido a humillar a una mujerzuela de la forma que Godoy trataba a mi madre? ¿Quieres que precise mi martirio al entonces, recordando que mi padre, el Rey, era incapaz de comprar un reloj sin hacerse asesorar por el propio Godoy?

—Vuestra Majestad debiera olvidarse de los muertos o callar al menos cuando los recuerda.

—¿Puedes olvidarte tú de los hijos que enterraste y de tu mal francés?

—No —dije—, poder, no puedo.

—Entonces, estamos a la par, porque nadie es más que nadie.

Las memorias se enredaban como las cerezas; posábanse luego y de pronto un recuerdo se encendía y relumbraba, como una tea, en el fondo del tiempo. Mirando su retrato recién terminado, vi al muchacho que fue, tantos años atrás, cuando pinté el cuadro de Familia. Vestía medias grises, calzas y casaca azul celestes, cruzado el pecho por la banda de Carlos III. Ya entonces sobresalíale la panza, de hombre prematuramente avejentado, bajo los hombros menudos. En presencia de todos me dijo la Reina: «Tendremos que

buscarle un corpiño a este chico. Casi echa tetas como una niña». Él se contuvo, sin protestar y sin arrebolarse; pero debajo de sus cejas, tan largas y pobladas entonces como ahora, percibí la mirada de cervato herido que tenía mi María del Pilar Dionisia en la cuna. Luego, en menos de nada, la luz del iris se endureció en un gesto de odio entreverado de jesuitismo. Con el mismo rencor y la misma astucia en los ojos, lo retraté entre los suyos. A las pocas noches soñé que me miraba de aquel modo, como sostuviera el encaro de su madre, y desperté gritando, con inútiles bramidos de sordo. Cuando descubrí el cuadro, él fue el único que se abstuvo de elogiarlo. Apartado de los demás, me pareció que se sonreía de las alabanzas y no de la veracidad del retrato. En las pupilas de su padre, Su Majestad el Rey, había en cambio lágrimas de gozo. De nuevo volvió a golpearme la espalda, carcajeándose y congratulándome al mismo tiempo.

Pasara más de un cuarto de siglo desde nuestro primer encuentro y su palmada ya no era el estacazo que me derribó aquel día, pues los años lo envejecieron muy de prisa. Entrado en carnes, los músculos le flaqueaban debajo de la piel y el bocio se le derramaba hasta el pecho. No obstante aún seguía levantándose a las cinco, todos los días del año, sin probar jamás el vino, el café ni el tabaco. Dormía solo y según decían ya no visitaba a la Reina por la noche. Las hablillas afirmaban que temía condenarse, al cumplir los deberes conyugales por gozo, después de haber perdido la Soberana la facultad de ser madre. El Monarca oía dos misas cada mañana, leía vidas de santos, desayunábase y bajaba a los talleres del Palacio. Allí, y en mangas de camisa, trabajaba como herrero, relojero, carpintero, cerrajero o talabartero. Era muy hábil y a veces ofrecía a los embajadores extranjeros un par de botas relucientes y recién salidas de sus manos. Luego visitaba los establos y luchaba a la barra con los mozos de cuadra. En otro tiempo les pudo a todos; pero en aquel entonces le permitían vencer, porque perdía antes el aliento que las fuerzas. A las once recibía a la Familia Real y al ministro de Estado, durante un cuarto de hora. Después almorzaba con gran apetito y siempre a solas. Por la tarde iba de caza todos los días, si no mediaba procesión. Le escoltaban el capitán de la guardia, el gran caballerizo, el primer caballerizo, un gentilhombre de boca, los ojeadores, los armeros, un cirujano y otro médico. A la vuelta despachaba con todos los ministros durante media hora. Más tarde ofrecía un concierto de violín a algunos íntimos amigos, acompañado del violoncelista Dupont. Me dijeron que tocaba muy mal, aunque se creía un virtuoso. Saltábase enteros renglones del pentágrama, que Dupont pretendía ignorar a su vez. A la música seguíala una partida de cartas,

en la cual el Rey solía dormirse con los naipes en la mano. Cenaba a las nueve con la Reina y se acostaba a las once en punto. Recuerdo que quise besarle la mano, para agradecerle las lisonjas; pero él me abrazó contra su pecho. «Algún día veremos si eres tan bueno jugando a la barra, o en la lucha leonesa, como pintando», me dijo riéndose. «Vuelve una mañana para probarte conmigo. Luego tocaría el violín para complacerte, si no estuvieses sordo». Leyéndole los labios y en un destello de la conciencia, me sorprendí preguntándome: «Dios de los cielos y divina Razón, ¿por qué vivimos?».

—Vuestro padre, Señor, era de joven el hombre más fuerte que he conocido. Fue siempre también el de alma más simple y mejor corazón. De haber nacido zapatero o curtidor, quizás viviese todavía y fuera feliz.

—A su edad y de haber nacido curtidor o zapatero, probablemente habría muerto de hambre en la guerra, como tu mujer —replicó Su Majestad—. Gracias a vosotros, los liberales, entramos en una era que no perdona ni a los reyes ni a la canalla. Ya somos todos de la misma ceniza.

—Probablemente tenéis razón, aunque las culpas de los tiempos que vivimos nos incumban a todos. En ocasiones temo ser inmortal, al pensar en los horrores que he sobrevivido. En la guerra y durante la invasión, las hambres acababan a la gente en las calles de Madrid. Dos veces al día recogían los cadáveres en el arroyo y se los llevaban en las carretas de las parroquias, chirriantes y tiradas por mulos descarnados. Los muy viejos y los muy niños eran los primeros en perecer. Críos de vientre monstruosamente hinchado y ancianos mondos hasta el hueso, como las momias, se arrastraban temblando ante las puertas de sus casas, para no agonizar en presencia de los suyos. Después los siguieron los hombres y por último las mujeres, que eran las más fuertes. Con joyas se pagaban los panes de cebolla y harina, las galletas mohosas y hasta los desperdicios de la basura. Luego se enajenaron casas enteras por un puñado de bellotas. Nos comíamos las ratas y los muertos, porque se dieron muchos casos de canibalismo no sólo en el Rastro sino también en el Prado. La canalla mordía a sus difuntos; pero también lo hacían algunos nobles, de sangre casi tan pura como la vuestra. Entre tanto, Señor, vos tomabais lecciones de música y danza en Valençay.

—A ti te salvó la vida el Rey Intruso. Lo sé muy bien.

—El Rey José horneaba en el Palacio, aunque me consta que sufría casi tanta penuria como nosotros. Sus criados distribuían parte de aquel pan entre la población y en ocasiones lo hacía él mismo. Gracias a sus bondades, Josefa no murió de hambre aquel otoño. Se consumió la primavera siguiente, junto con otros 20.000 madrileños; pero para entonces se habían terminado la

harina y la leña hasta en el Palacio. Una vez y sin anunciarse, el Rey José fue a nuestra casa, a llevarnos una libreta todavía tibia. Le di un vaso de agua, cuanto podía ofrecerle, y él me confesó su desesperanza. La Corona era una condena, que no quería asumir a aquel precio. «*Dans ce pays de malheur, je rêve toujours des pères et des frères auprès des cadavres de leurs femmes et de leurs enfants sur la chaussée*». Había escrito a su hermano, el Emperador, para presentarle su renuncia. Napoleón ni siquiera se dignó a contestarle.

—Historias de ladrones y de sus lacayos —bostezó Su Majestad.

Salivilla amarillenta se le secaba en los puntos donde se unían sus labios. Encendió otro cigarro, después de morderle el cabo y escupirlo en el suelo.

—A aquellos ladrones les cedisteis la Corona, al devolvérsela a vuestro padre, para que él a su vez la entregara a Bonaparte. Si vos, Señor, os hubieseis mantenido firme, sin doblegaros a las exigencias del Emperador en Bayona, la guerra no habría tenido lugar. Naturalmente en tal caso no os habrían acogido en Valençay sino encerrado en alguna mazmorra.

—¿Y qué iba a hacer yo, imbécil, en Francia y en manos de aquel bandido, a quien todos creíamos invencible? ¿Dejarme morir? Ésta es la mayor locura del hombre. El propio Cervantes lo dice en *Don Quijote*, aunque no recuerde nada más de aquel libro. Tú tampoco sucumbiste entonces, ni en las hambres ni en la guerra. Tuviste la indecencia de sobrevivirlas, porque eras demasiado cuerdo para morir o matar en mi nombre. Tú y yo somos iguales, de la misma ceniza, como te dije. Dejemos que los muertos sepulten a los muertos y mirémonos nosotros a los ojos. Te necesito como todo hombre necesita un espejo, para no volverme loco. Tú, y para el caso el país entero, sois el mío, porque no salí mejor ni peor que mis súbditos. ¡Por esto tendréis que esperar mi muerte, la muerte de un déspota que ahora no quiere perecer ni abdicar, para libraros de mí! —cedió un punto su exaltación, después de encresparse hasta el chillido. A poco, sonriendo y tirándome de una oreja, como si fuese un galgo de caza, me dijo—: Creo que no te dejaré regresar a Burdeos. No puedo prescindir de ti.

—Si queréis prenderme, Señor, debéis hacerlo personalmente y en seguida. Aquí, en Madrid, duermo siempre con una pistola amartillada debajo del almohadón. Testé, dispuse mis bienes y cada noche pienso en Saturno, para no olvidarme de quien soy. Dentro de unos días tomaré la posta de vuelta a Francia. Si antes, en una madrugada cualquiera, viniesen a apresarme, me descerrajaría un tiro en los sesos en el preciso instante en que derribaran la puerta.

Yo no oía mi voz ni él aparentaba escucharme, aunque reparó muy bien en la dura convicción de mis palabras. Humilló los ojos y con la mano que sostenía el cigarro hizo un ademán, como si aventase el absurdo o el hastío.

—¿Por qué iba a buscar tu destrucción, cuando tantas veces me plugo impedirla? Tienes enemigos muy poderosos; pero yo no soy uno de ellos.

—Suplico humildemente a Su Majestad que me permita proseguir, sin interrumpirme. Terminada la guerra pinté el retrato de Juan Martín Díez, el Empecinado. Era un campesino de Castillo de Duero, casi tan fornido como lo fuera vuestro padre en su juventud. En mayo de 1808 se lanzó al monte, contra los franceses, al frente de una partida de pastores. Cuando llegó la paz, mandaba miles de hombres y la Junta Central le había concedido el generalato. Leía con trabajo; pero la mirada le llameaba de inteligencia y tenía un talento natural para describir este infierno, que mañana llamarán nuestra historia. Me contó cómo, en vuestro nombre y para defender vuestros sagrados derechos, le había arrancado los ojos y cortado las orejas a una mujer, paseándola después desnuda y a lomos de un asno por Fuente de la Reina, con un letrero al pecho que rezaba: «Así acabarán siempre las putas de los franceses», después la crucificó viva en la puerta de la iglesia. Dos veces le derrotaron y diezmaron las fuerzas en campo abierto y dos veces se vaciaron los pueblos de Guadalajara para seguirle. En aquellas tierras, la gente le adoraba casi tanto como a vos mismo, porque le había dado una razón para sobrevivir y para asesinar. El propio gobernador francés aprendió a respetarle, casi en la misma medida en que llegara a temerle. El Empecinado le mandó una carta, de su puño y letra, donde le invitaba a sumarse a sus guerrillas «porque siempre fue más digno de un soldado servir a la libertad que a la ambición de un tirano»…

—¿A qué viene todo esto? Luego me traicionó y tuvieron que ajusticiarle, como él había crucificado a aquella mujer en la puerta de la iglesia. No hay más.

—Cometió el error de seguir creyendo en la libertad después de vuestra vuelta y estuvo entre quienes os impusieron la Constitución en 1820. El año pasado, restablecido vuestro santo poder absoluto, con la ayuda de otras tropas francesas, lo apresaron en Castillo de Duero. Encerrado en una jaula de hierro y encima de un carro, lo exhibieron durante semanas enteras ante sus propios vecinos y por todos los pueblos donde antes prendían fuego a las casas y las cosechas, para seguirlo como si fuese un dios. Los mismos que combatieran en sus partidas le escupían, apedreaban y pinchaban con las horcas de las mieses, gritando: «¡Viva la esclavitud! ¡Viva el Rey absoluto!».

Se debatía como un perro rabiado, detrás de las rejas, acaso más enfurecido con la sinrazón de los hombres que desesperado por su propia suerte. Todavía en el patíbulo, casi muerto ya, se batió con el verdugo antes de que lo agarrotasen. Allí mismo, en la plaza pública, quemaron sus despojos, entre los vítores de la plebe. El hedor de la carne abrasada debía llegaros hasta Palacio.

—No llegó; pero cuando supe que lo habían ajusticiado, exclamé: ¡Viva el Empecinado! —sonrióse—. Era mi homenaje a un enemigo muerto.

—Será lo que fuese; pero yo no acabaré nunca así, ni víctima de vos, ni sacrificado por este pueblo, en el que decís miraros como en mis ojos. Por esto duermo con una pistola dispuesta debajo de la almohada.

—Duerme como te plazca y regresa a Burdeos cuando te venga en gana —bostezaba sin recato, con la boca llena de humo—. Yo tenía la ilusión de que murieses aquí, de viejo, para hacerte unas exequias dignas de Apeles. Te hubiese mostrado de cuerpo presente en la Puerta de Alcalá, velado por los alabarderos reales y la tropa a caballo. En fila india y hasta las Ventas del Espíritu Santo, la gente habría aguardado noches enteras para verte muerto. La canalla acude por igual a las ejecuciones y a los funerales. Todos los actos forman parte del mismo circo.

Circo. Han pasado casi dos años desde la última vez que vi a Su Majestad el Rey y ahora me muero en Burdeos. Una mano se me heló esta madrugada. Yerta la veía sobre la colcha, tan lejana e inmóvil como si fuese ajena. No quise despertar a Leocadia, para no turbarla con mi tránsito, que entonces creía breve. Dos o tres horas después recobré de improviso el uso de los dedos; pero no pude dominarles los súbitos temblores. A la vez empezaron a pesarme los párpados y supuse que la muerte los entornaba. «Poco importa», me dije, «porque este invierno me iba volviendo ciego. Dibujaba con ayuda de la lupa, aunque el pulso lo mantuve muy firme hasta anoche». A Leocadia la asustaron mi palidez y mis repentinos tartajeos. Vino el médico y regresó luego con un colega suyo. Su aire ensimismado y adusto confirmó mi creencia de estar desahuciado. Me volví de perfil en la almohada, para no leer en sus labios las necedades que me decían. *Vous êtes un gran homme, un peintre de la Chambre. On va vous soigner!* Luego recaló por aquí Moratín, a quien Leocadia pondría en antecedentes de mi tropiezo porque hacía días que no me visitaba. Por primera vez advertí que su cabellera, de un rubio entre arenoso y pajizo, griseaba y se emblanquecía. Parecía muy inquieto; pero no alcanzaba a ocultar su femenina curiosidad por mi agonía. Se sentó cerca de

la cama, abocándose sobre la cabecera para que pudiese leerle los labios. «Leandro», le dije, «esto se acaba. Cuídame a Leocadia y a la pequeña Rosarito, cuando yo me vaya. Sólo quisiera que mi hijo y mi nieto llegasen antes de haberme muerto. ¿Tú crees que alcanzaré a verlos?». «La muerte es algo que siempre sucede al prójimo», ironizaba. «Tú y yo tenemos el deber de sobrevivir al Déspota, para regresar a España». «¿España? España no existe. Es uno de mis *Disparates*, puesto en pie en la noche de los tiempos». Sonrió, moviendo la cabeza encanecida. «No estoy lejos de pensar así».

«España no existe. Es uno de mis *Disparates*, puesto en pie en la noche de los tiempos». ¿Por qué ahora como entonces me asalta la convicción de que estas palabras no son mías? Las pronuncia otro hombre, por ventura muy distinto de mí en la apariencia, en otro siglo que aún no ha sido. Mi voz es suya, en este caso, aunque él todavía no sea. España no existe; pero tal vez Moratín esté en lo cierto. Cabe que vuelva allí, cuando el Déspota, Moratín y yo seamos cenizas. Será verdaderamente como regresar a uno de mis *Disparates*, al «Disparate Ridículo» o al «Disparate Furioso». Yo seré otro en aquel mañana, aunque nuestro país de aquelarre sea en el fondo siempre el mismo. Seré alguien, que antes de encarnarse se apropia de mi voz, quizás para ensayarla. Como le dije a Su Majestad el Rey, en nuestro último encuentro, es extraño que un hombre perdure hasta los ochenta años y se percate entonces de que sus actos anteriores tenían fines muy distintos de los determinados. Acaso nadie se conozca en este mundo, por no saber a ciencia cierta quién pudo haber sido.

Circo. No volveré nunca al circo de la *rue* du Manège, donde llevaba a Rosarito para olvidarme de mí mismo, mirando a los saltimbanquis suspendidos por un instante entre el cielo y este infierno que llamamos la tierra. Allí los animales se volvían bufones y los hombres jugaban con las fieras, como en el jardín de las delicias terrenales. Elefantes, tigres, leones, cocodrilos, serpientes y osos recitaban puntualmente sus lecciones. Parecían saberlo todo; pero se habían olvidado de matar. Allí Claude Ambroise Lurat, el Esqueleto Viviente, quien echaba la buenaventura en cualquier lengua y le dijo a Rosarito que algún día enseñaría dibujo a una reina. Luego revolvió las cartas, me llevó aparte y auguró que la niña viviría sólo hasta los veintiséis años. Me enfurecí pero el Esqueleto Viviente se encogió de hombros. Él únicamente leía el porvenir. No condenaba ni halagaba a nadie.

Aquel día insistió en profetizarme la suerte. Le dije que no merecía la pena, porque un viejo como yo tenía las horas contadas. No quiso avenirse a razones, pues asegurábame que algo en mí le desconcertaba sobremanera, sin

saber a ciencia cierta de qué se tratara. Me plegué ante las porfías de Leocadia y de Rosarito, o al menos creí entonces ceder a sus instancias. Claude Ambroise Lurat barajó los naipes, los echó sobre el velador y volvió a recogerlos nerviosamente. Luego, desatendido de nosotros, pasó eternidades contemplando la baraja francesa, hundida la cabeza entre las largas palmas huesudas. «Es todo muy extraño, maestro», me dijo al cabo. «En estos puntos no le veo a usía sino a otro hombre, cuyo nombre desconozco porque acaso no haya nacido. Lo percibo confusamente, acompañado de una mujer, en una casa junto a un río, que rueda en un cauce de piedras muy blancas. Ni el hombre ni la mujer existen aún; pero, en los naipes, él se esfuerza en escribir un libro sobre vuestra señoría». Sacudió la cabeza desollada, como esforzándose por ahuyentar la sombra de un absurdo. «Déme diez *sous*, maestro, para beberme un dedal de borgoña».

Los Monstruos

El Príncipe de la Paz

Manuel Godoy Álvarez de Faria nace en Badajoz el 12 de mayo de 1767. Según su propio testimonio, su familia es de mediana nobleza y menor hacienda. La casa solariega de los Godoy está en Castuera, donde poblaron sus mayores por línea paterna. En su vejez, Godoy la dice arruinada por el tiempo.

Los hermanos Godoy son dados a la milicia, la equitación y el manejo de las armas. No pasan por las aulas universitarias; pero les forman preceptores, escogidos por su padre, en matemáticas, letras humanas y filosofía. A sus maestros los describe Godoy como alumbrados por la luz del siglo, aunque «sin manchas ni prestigios». Un hermano de Manuel Godoy, Luis, entra en el Cuerpo de Guardias de la Real Persona, en tiempos de Carlos III. La historia lo rumorea amante de la Princesa de Asturias, María Luisa, esposa del futuro Carlos IV. Probablemente se le confunda con otro oficial de la misma escolta, Diego, de nombre. En cualquier caso y a través de Luis Godoy, Manuel ingresa en la Guardia de Corps, a los veintiún años. En septiembre de 1788, cuando trota en el cortejo militar de los Príncipes, entre La Granja y Segovia, cae del caballo; pero domina la montura y vuelve a cabalgarla. Los Príncipes se interesan personalmente por su estado y a poco se convierte en el querido de María Luisa. Es Godoy, al decir de Cándido Pardo, de estatura poco más que mediana, ojos pardos y excelente dentadura. Su mayor atractivo consiste «en una dorada y espesa cabellera y en el brillo de su blancura sonrosada».

Un año después estalla en Francia la Revolución y Carlos IV asciende al Trono de España, a la muerte de su padre. Un pacto secreto entre la Reina y el primer ministro, el anciano conde de Floridablanca, estipula que la Soberana dispondrá libremente de cargos y distinciones. Godoy asciende a teniente de la Guardia Flamenca. El 28 de febrero de 1792, Floridablanca es cesado y desterrado por el Monarca. Al entonces la Reina está encinta del Príncipe Francisco de Paula, cuyo parecido con Godoy dirá luego Lady Holland que resulta «sencillamente escandaloso». El ministerio de Estado pasa a otro viejo

conde, el de Aranda, quien inmediatamente visita a Godoy para rendirle pleitesía pública.

En abril, en la primera salida a misa de María Luisa después del parto, Godoy recibe los títulos de duque de Alcudia, con grandeza de primera clase, y marqués de Álvarez. El 14 de julio, aniversario de la Revolución en Francia, entra en el Consejo de Estado. Aquel verano le nombran teniente coronel de la Guardia de Corps, almirante de Castilla y capitán general. El día de San Luis le condecoran con la Orden del Toisón. En las calles de Madrid amanece un perro con un cartel, que dice: «Soy de Godoy. No temo nada». El perro ingresa en las prisiones militares. El 16 de noviembre Aranda es cesado inesperadamente, como lo fuera antes Floridablanca, aunque le permiten permanecer en el Consejo. A los veinticinco años, el duque de Alcudia es primer ministro. Obligado por el pueblo y la Corona, declara Godoy la guerra a la Francia revolucionaria, para honrar el Pacto de Familia, firmado con el antiguo régimen, y vengar la muerte de Luis XVI. La campaña empieza bien para sus armas y los soldados catalanes roban, violan e incendian en el Rosellón en nombre de la caridad cristiana. Llegan a las puertas de Perpiñán, toman Collioure y deportan a los habitantes de Bañuls, sospechosos todos de republicanismo. Un año después los franceses pasan a la ofensiva. Ocupan Irún, San Marcial, San Sebastián, Bilbao y Vitoria. En Cataluña alcanzan Figueras y se hacen con el castillo de San Fernando. Godoy se ve obligado a firmar la paz de Basilea, el 22 de julio de 1795. Allí se acuerda que Francia devolverá todas las plazas ocupadas en España, a cambio de la parte española de la isla de Santo Domingo y de la entrega gratuita de ganado andaluz durante seis años. El Rey otorga a Godoy el título de Príncipe de la Paz, con el privilegio de un heraldo que le anuncie y preceda, enarbolando una cabeza de Jano, símbolo de prudencia y de sabiduría.

En agosto de 1796 Godoy firma con el Directorio el Tratado de San Ildefonso y pone la marina española a disposición de Francia, en su lucha contra Inglaterra. Dos meses después Nelson derrota a la flota del Rey frente al cabo San Vicente y sitia a Cádiz y a Santa Cruz de Tenerife. Carlos IV acude muchas mañanas a la alcoba del Príncipe de la Paz y le ayuda a vestirse. Luego pasean juntos por los jardines de Aranjuez. A la una Godoy regresa al Palacio, para presenciar el almuerzo de la Reina, como gentilhombre de cámara. Más tarde María Luisa se reúne con él en sus propias habitaciones, por una escalera secreta que las comunica con las de la Soberana. Allí, y al decir del embajador alemán, juntos acuerdan su política. A las ocho, después de despachar con el Rey, Godoy celebra sus audiencias.

A éstas no acuden nunca hombres, pues es escándalo bien conocido que sus hijas, esposas y hermanas resultan más idóneas para obtener la gracia del Príncipe de la Paz. Si son jóvenes y agraciadas, suelen salir de su gabinete llorando o carcajeándose; muchas desmelenadas y medio desnudas. Godoy las resoba a todas y gózase a muchas sobre las alfombras de la estancia.

El 16 de septiembre de 1797 casa Godoy con María Teresa de Borbón, prima hermana del Rey e hija del antiguo cardenal infante. No obstante, es bien sabido que el Príncipe de la Paz tiene una manceba oficial, para desesperación de la Reina. Llámase Pepa Tudó y es huérfana de un artillero. Se dice incluso que Godoy incurre en bigamia, pues muchos le creen desposado ya con la Tudó en la misma capilla de Palacio. Después de su matrimonio con María Teresa (aquella Condesa de Chinchón a quien había retratado Goya envuelta en tules y con una extraña expresión de tristeza infantil en el rostro), Godoy llévase a Pepita Tudó a vivir en su propia casa e incluso le concede el título de Condesa de Castillofiel. Cuando un año después María Luisa condicione el poder político del Príncipe de la Paz a su rotura con la hija del artillero, Godoy se niega a abandonarla y dimite su puesto de primer ministro. La desolación del Rey es infinita.

A Godoy substituye Saavedra, antiguo ministro de Hacienda, y a Saavedra, Urquijo. Se cuenta que ambos han sido también amantes de María Luisa. En cualquier caso y en diciembre de 1800, Pedro Cevallos, primo político y testaferro del Príncipe de la Paz, sigue a Urquijo en el ministerio. Godoy ha vuelto al poder. Dos meses antes se reconcilia con la Reina, sin abandonar a Pepita Tudó, cuando la Princesa de la Paz y Condesa de Chinchón alumbra a una niña. El gozo de los Soberanos es tan grande que se desplazan desde El Escorial a Madrid, para asistir al bautizo, acompañados de los músicos de Palacio, el primer gentilhombre, la intendente superior, las damas de la Reina y el bagaje de caza de Su Majestad. El gran inquisidor acristiana a la recién nacida en el Palacio Real y en la propia habitación del Rey; circunstancia sin precedente, aun para los mismos Infantes.

Un año antes Bonaparte ha dado en París el golpe de Estado del 18 Brumario, proclamándose Primer Cónsul. El 2 de diciembre de 1804 se corona Emperador de los franceses. «El nombre de Rey está desprestigiado y haría de mí un heredero; no quiero descender ni depender de nadie». En primavera de 1801, el Primer Cónsul obliga a Carlos IV a invadir Portugal, donde su hija Carlota está casada con el Príncipe Regente. Godoy se pone al frente de las tropas, entra en Portugal el 16 de mayo y dos días después el Regente le envía a su primer ministro con plenos poderes para negociar la

paz. Los soldados de Godoy le ofrecen ramas de los naranjales de Ribatejo, que darán su nombre, el de «las naranjas», a aquella bufonada. En la campaña recibe cartas angustiosas de María Luisa: «Aquí sólo reina la tristeza, la inacción, la suspensión, mirando si llegan los correos y pensando continuamente: ahora será la hora de nuestra gloria. Pero ¡ay! del riesgo me estremezco, Manuel, y no vivo. Así me dará esta sequedad y aspereza en la garganta con un calor que me ardo».

El 12 de diciembre de 1804, a los pocos días de la entronización de Bonaparte, Carlos IV se ve forzado a declarar la guerra a la Gran Bretaña, cuando los ingleses atacan y apresan unas fragatas españolas, cargadas de oro, frente Cádiz. El 12 de octubre del año siguiente, Nelson derrota a la escuadra aliada, ante Trafalgar. El almirante Gravina, quien se había opuesto inútilmente a una batalla perdida de antemano, muere, como Nelson, a consecuencia de las heridas recibidas en el combate. El almirante francés, Villeneuve, se suicida. La flota de España ha sido sacrificada. Entre tanto Godoy obtiene el Gran Cordón de la Legión de Honor. En su inmensa vanidad es sin embargo lo bastante lúcido para advertir que el poder le ha convertido, muy a su pesar, en un mero títere del Emperador.

El 12 de octubre de 1807 el Príncipe de la Paz concierta con Francia el tratado de Fontainebleau, para la invasión de Portugal. Medio país será para Godoy, con el título hereditario de Príncipe del Algarve. Napoleón garantiza a Carlos IV las posesiones europeas y el imperio americano. Una cláusula secreta concede al mariscal Junot el mando conjunto de las tropas francesas y españolas en la campaña. El mismo día (que en otro siglo llamarán de la raza), el Príncipe de Asturias trama en El Escorial una conspiración para derrocar a Godoy. Descubierto, denuncia a todos los conjurados y se arroja a los pies de sus padres y de Godoy.

El 16 de marzo de 1808, con las fuerzas de Murat, Gran Duque de Berg y cuñado del Emperador, a las puertas de Madrid, no cabe mayor duda de que Napoleón pretende anexionarse toda la Península. En una reunión del Consejo de Estado, ante el Rey y el Príncipe de Asturias, Godoy propone que los Soberanos huyan a América por Sevilla y dejen en Madrid a su primogénito, con mando supremo sobre las tropas. Fernando le abraza, le besa y le dice: «¡Manuel, bien veo que eres mi amigo!». Después, y a espaldas de Godoy, se confía con sus fieles en el Cuerpo de Guardia: «El Príncipe de la Paz es un traidor. Quiere llevarse a mi padre. Impedid que se vaya».

Al día siguiente una multitud enardecida por los agentes de Fernando llena las calles de Aranjuez. Godoy parece inadvertido de que sus horas en el

poder y para el caso en la historia están contadas. Por la tarde visita a los Reyes en el Palacio. María Luisa se muestra inquieta; pero Carlos IV bromea y cuenta consejas de cazadores. A las diez y media el Príncipe de la Paz se retira a su palacete. Cena a solas con su hermano Diego y se acuesta con una de sus mancebas. A poco el gentío carga vociferante contra las puertas, mientras la Guardia de Corps confraterniza con la muchedumbre. Diego Godoy es apaleado por sus propias tropas, cuando pretende socorrer a su hermano. Se abre el pabellón y los criados consiguen que una mujer, cubierta de espesos velos, se dé a la fuga. Luego empieza el saqueo, mientras las turbas piden a gritos la cabeza de Godoy. En una alcoba hallan a la Princesa de la Paz, despavorida y abrazada a su hija. Protegida por la plebe y los guardias, la llevan al Palacio Real. Vivirá hasta su muerte con su hermano, el cardenal de Borbón, negándose a ver a su hija por serlo también de Godoy y a pronunciar el nombre de su marido.

El Príncipe de la Paz no es habido aquella noche. Oculto en un desván, no envuelto en una estera como luego repetiríase tantas veces, burla el acecho de la jauría. Treinta y seis horas después, consumido por la sed, se desliza escaleras abajo mientras en la planta principal suenan jarros, vasos y naipes. En un rellano se tropieza con un artillero, quien fuma a solas su pipa, sentado en los peldaños. «Escucha, aguarda, yo sabré serte agradecido…». El artillero le denuncia, gritando su nombre. Apresado, pide que lo lleven a presencia de los Reyes. En su propia casa saqueada, los soldados le tratan correctamente. A instancias suyas le proporcionan una capa y un tricornio y se disponen a escoltarlo hasta Palacio. En la calle la multitud lo reconoce de inmediato. A los gritos de «¡Muera el choricero!», le apedrean, apalean y acuchillan. Cae entre los cascos de los caballos y las monturas le pisotean las piernas. Un navajazo le abre el carrillo, otro el muslo. A veces asido al arzón de una silla, a veces arrastrado por el cuello, siempre más muerto que vivo, le llevan hasta el Palacio Real. Allí lo arrojan en una cuadra. La muchedumbre ha invadido las estancias aclamando al Príncipe de Asturias. En presencia de la plebe, que se apretuja en los salones y escaleras, Fernando contempla despectivamente al caído, quien se niega a abatirse. «Yo te perdono la vida». «Vuestra Alteza, ¿es ya Rey?», pregunta Godoy. «Todavía no; pero lo seré muy pronto».

Lo demás es la historia de una sombra. El 19 de marzo Carlos IV abdica la Corona en favor del Príncipe de Asturias. A instancias angustiosas de María Luisa, Murat consigue la venia del Emperador para trasladar a Godoy a Bayona, cuando Napoleón convoca allí a la entera Familia Real. Poco después Pepita Tudó se reúne con el Príncipe de la Paz, acompañada de sus dos hijos.

En el destierro nacerá una extraña y profunda amistad entre María Luisa y la Condesa de Castillofiel. Cuando muere uno de los niños, escribe la antigua Reina a la Tudó: «Yo no tengo consuelo; bien lo conoces, y no hay palabras para expresar cuál es mi dolor». Godoy no se separa de María Luisa. Sigue a los depuestos Soberanos de Bayona a Compiègne, de Compiègne a Niza, de Niza a Roma, donde reciben las nuevas de Waterloo. Cuando María Luisa muera allí, será Godoy, no su esposo, que se halla en Nápoles, quien la vele hasta el último instante. En 1820 fallece en Madrid la Princesa de la Paz y Condesa de Chinchón. Godoy se casa entonces con Pepita Tudó y reconoce a su hijo. En 1833 fenece Fernando VII. En París aguarda en vano el desterrado la restitución de sus bienes. Cansada de esperar, Pepita le abandona y regresa a Madrid con su hijo. Carlota, la hija de los Príncipes de la Paz, declara ante las Cortes que su padre ha muerto. Godoy malvive aún de una pensión de 5.000 francos anuales, concedida por Luis Felipe de Orleans, en el cuarto tercera del número 20 de la *rue* Michaudière.

Allí le visita en 1838 el joven Mesonero Romanos. Godoy le pregunta por el juicio que sobre él haya formado la nueva generación. Mesonero le recuerda las obras benéficas, científicas y culturales emprendidas durante su Gobierno; el amparo dispensado a los mejores talentos de la época; la expedición a América para introducir allí la vacuna; la reforma de la enseñanza, según el sistema de Pestalozzi. El anciano parece complacido y manifiesta que su mayor deseo es regresar a España y dar una vuelta por el Salón del Prado. Habla mal el francés y aun el castellano, con acento y giros italianizantes. En los jardines de las Tullerías toma el sol y se entretiene jugando con los niños. Les recoge los aros y las peonzas, les presta el bastón para que lo cabalguen alrededor de los estanques, los sienta en sus rodillas. Tiene también allí una tertulia de viejos cómicos jubilados, quienes le toman por un actor español. El engaño le complace y nunca les revela su verdadera identidad. La antevíspera de su muerte manda una carta, todavía inédita, a sus letrados defensores en Madrid. «A veces creo haber vivido un sueño ajeno», les dice. «El sueño de la razón». Muere en París el 8 de octubre de 1851.

25 de octubre de 1975

> *—Desde las 8:30 del día de ayer, Su Excelencia el Jefe del Estado ha tenido las siguientes incidencias en la evolución de su enfermedad:*
>
> *«A las 22 horas tuvo un episodio de distensión abdominal por parexia intestinal, que se resolvió con la medicación habitual. Con este motivo se solicitó el consejo del profesor Marina Fiol, que ratificó la actuación.*
>
> *»Asimismo, se consultó al profesor Obrador Alcalde la posible influencia de su medicación antiparkinsoniana sobre el episodio digestivo. Durante la noche y la madrugada permaneció tranquilo. A las 8:30 del día 23 se acentúan los signos de insuficiencia cardíaca y desarrolla un edema pulmonar que cede con el tratamiento adecuado.*
>
> *»En el momento de redactar este parte, por la mañana, a las 11 horas, persisten, acentuados, los signos de insuficiencia cardíaca congestiva».*

Apagó la televisión y barrió a brazadas los libros que llenaban la mesa. *Biblioteca de Autores Españoles. 202. Obras de Mesonero Romanos, Biblioteca de Autores Españoles. 203. Obras de Mesonero Romanos, Malraux. Saturn: an Essay on Goya, Hugh Thomas, Goya: The Third of May 1808, Biblioteca de Autores Españoles. 88-99. Memorias del Príncipe de la Paz, J. Gudiol, Goya III, Editions Weber, Hans Roger Madol, Godoy, Jean-François Chabrun, Goya, Saint-Paulien, Goya. Son Temps, ses Personnages*. Del carro de la Royal portátil pendía una holandesa mecanografiada y corregida al margen: «Con los ojos de Goya hemos de vernos en sus duendes y en sus Reyes, en las dos salas de espera de nuestro destino. El precepto ético de Goya se abre cada día con las puertas del Museo. Es el primer principio de una dialéctica indispensable y aun incomprensible, donde pretende anticiparse la última redención del hombre: Amarás a tu prójimo, el monstruo, como a ti mismo». Entre la Royal, el catálogo de Gudiol y *El Tres de Mayo* sirvióse una cerveza y la apuró de un trago. Era la cuarta o la quinta que había bebido aquella mañana, antes de las 11 horas, mientras persistían, acentuados, los signos de insuficiencia cardíaca congestiva de Franco. Quiso contarlas y desistió en seguida, con un respingo de hombros. Al escanciar había derramado parte de la cerveza por la mesa y el teclado. Le temblaban las manos.

—Ayer, a las dos de la tarde, decían remitidos los signos de insuficiencia cardíaca de Franco —exclamó en voz alta—. La evolución de su enfermedad seguía su curso sin incidencias. El ministro de Turismo manifestaba que no se sustraería ninguna información veraz a los españoles, «como coraza frente a los rumores». Éstas fueron sus propias palabras. El martes declaraba que en el

extranjero ya no sabían qué inventar para alarmarnos. Era aquélla, supongo yo, la eterna conspiración judaico-masónica-protestante contra nuestra orgánica democracia. —Hizo una pausa y en tono demasiado alto concluyó—: Esto no es un país. España no ha existido nunca. Es uno de los *Disparates* de Goya, puesto en pie en la noche de los tiempos.

—No sé por qué gritas de ese modo —replicó la mujer en un susurro—. Hablas casi como un sordo.

No la oía, porque tampoco la escuchaba. «Esto no es un país. España no ha existido nunca. Es uno de los *Disparates* de Goya, puesto en pie en la noche de los tiempos». Sólo al repetirse las palabras en su interior, las supo suyas. Antes, en un brusco sobresalto de la conciencia, había tenido la increíble sensación de que otro hombre las pronunciaba por sus labios. «Era como saberse dormido y soñando en una pesadilla y tener a la vez el convencimiento de que el sueño pertenecía a un extraño». Sacudió la cabeza para librarse de aquel equívoco. «*Je suis un autre, sic*. ¡Al demonio con Rimbaud y su contrabando de armas en Abisinia! ¡No quiero terminar con una pierna amputada en un hospital, mientras me acaba la gangrena! *I rather drink myself to death*, como dicen donosamente los de la conjura y las bases militares, porque esto fue siempre lo mío. Me beberé el juicio, en cuanto concluya este libro. Bebes demasiado».

—Más que un *Disparate*, acaso sea un *Capricho*, porque en los *Caprichos* hay un tono de grotesca frivolidad que le cuadra mejor a esta quimera. Piensa en el asno de Goya, que repasa su linaje en el libro de familia. Así nuestra historia.

—Tampoco sé por qué tú, precisamente tú, escribes un libro sobre Goya —le atajó la mujer con aspereza—. Goya tuvo veinte hijos…

—Mi querida Marina, los supuestos veinte hijos de Goya pertenecen a una ficción, transmitida de forma consuetudinaria e inmortalizada por don Eugenio d’Ors, el hombre que hablaba todos los idiomas con acento extranjero, al decir de Unamuno, y cuya certera semblanza trazó el profesor Aranguren en la prehistoria y en una obra llena de elogios al franquismo que por obvios motivos el susodicho profesor se niega a reeditar. A Dios lo que es de Dios y a cada espectro su vela, en el entierro de este *Disparate*. En las partidas de bautismo de las parroquias de Madrid, constan sólo cinco hijos de don Francisco de Goya Lucientes, hijo de José y Gracia y de doña Josefa Bayeu de Goya, hermana de su hermano. De los cinco sobrevivió uno, el menor de todos ellos, Francisco Xavier Pedro, *dont l’histoire est très banale*.

—No me importa cuántos hijos tuvieran Goya y Josefa, ni me interesa saber cuántos se les murieron —volvía a interrumpirle—. El que pude tener contigo no llegó a nacer ni yo tendré nunca otro.

Aquella vez sí oyó su réplica, aunque no quiso escucharla. Limitóse a esconderla en alguna rinconada de los laberintos de la memoria, mientras contemplaba a Marina, como si aquél fuese el primero o el último de sus encuentros. Muy rubia y menuda, con la lacia melena caída hasta los hombros, el grueso jersey de cuello de cisne y los ceñidos pantalones de terciopelo, parecía la misma muchacha que había conocido, en los patios de la vieja Universidad, casi treinta años antes. «¡Dios mío!», pensó invocando desesperadamente a alguien en quien no creyera nunca. «¿Me verá ella como yo la veo? Idéntico al que fui, o acaso al que nunca he sido, momificados los dos, como todo, absolutamente todo, en esta tierra donde nada envejece con dignidad, porque aquí la vida se repite en vano, como sonarían las horas en los últimos confines del universo».

—¿A qué viene todo esto, mujer? —en fin de cuentas sí replicaba a su réplica y lo hacía para enzarzarse en una disputa, tan inesperada como ociosa, que lo librase de su cavilar—. Franco se muere. Se hunde un Imperio con la Revolución pendiente y tú me hablas de imposibles.

—Te habla de mí misma y de los hijos que nunca tendré porque tú así lo quisiste. Jamás sabré quién pude haber sido, como no lo sabe ninguna mujer que no ha sido madre —se expresaba en tono mesurado y en voz todavía más baja. Recatadamente, mirándose las manos, prosiguió—: Para el caso, también ignoro qué hago aquí contigo. Es todo como una pesadilla demasiado larga.

—Puedes marcharte cuando quieras. No te echo pero te prevengo que no pienso seguirte. Me quedaré en esta casa hasta que haya concluido mi biografía de Goya, donde pienso decir exactamente lo mismo que dijo antes todo el mundo, en prueba de mi erudición. Para escribir este libro tengo una beca de aquel patronato que lleva el nombre del primer pirata del Mediterráneo y pienso cumplir mi cometido como lo ordena el respeto a tan altos mecenas.

—Me iré cuando me plazca. Al fin y al cabo, tanto da marcharse como permanecer a tu lado, porque toda relación entre nosotros fue siempre una insensatez.

En el estanque enladrillado del patio de Letras los nenúfares se marchitaban al tibio sol. «Miguel de Unamuno y el poeta Villaespesa paseaban por el Retiro», les contaba R. a él y a Marina. «*¡Qué hermosas son*

estas flores! Me pregunto cómo se llamarán, exclamó Villaespesa. *No sea usted animal, Villaespesa. Estas flores tan hermosas son los nenúfares, que aparecen día sí y día también en todos sus poemas*». Era la primavera de 1947 y los estudiantes monárquicos habían clavado en el tablón de anuncios el manifiesto de Don Juan de Borbón, fechado en Estoril: «Lo que el país desea es salir cuanto antes de una interinidad cada día más peligrosa, sin comprender que la hostilidad de que la Patria se ve rodeada en el mundo nace en máxima parte de la presencia del general Franco en la Jefatura del Estado». Ante la cartelera iban a puñadas monárquicos y falangistas. A gritos y a golpes se esforzaban unos por arrancar el manifiesto, otros por protegerlo, mientras R. les hablaba a Marina y a él de Unamuno, de Villaespesa y de los nenúfares del Retiro, desatendidos los tres del tumulto. En la algarada, y combatiéndose a porrazos, vociferaban Manuel Sacristán y Antonio de Senillosa. Sacristán sería luego Jefe Provincial del S.E.U., todo con mayúsculas, y andando el tiempo ideólogo comunista. Con Antonio de Senillosa volvería a encontrarse casi por casualidad, muchos años después, aquel mismo otoño, *the autumn of our discontent*, cuando las cinco ejecuciones, las últimas ejecuciones políticas del franquismo. Estaban en un bar y era media mañana. Él, muy ebrio ya, vomitó sobre el velador. «Bebes demasiado», le dijo Senillosa mientras le sostenía la frente. «Es lo único racional que se puede hacer en este país», repuso entre arcadas. Asintió Senillosa quedamente: «Acaso tengas razón».

En el vocerío no comprendió el apellido de Marina, cuando R. se la presentaba, porque en aquella época todos los estudiantes se llamaban por los apellidos. Él recordaba haber dicho: «Soy Sandro Vasari, descendiente de Giorgio Vasari y de tres generaciones de *terroni* emigrados». Sonrió para sus adentros, pensando que al cabo de casi treinta años Marina ignoraría aún quién era Giorgio Vasari. Otros veinte años después de su encuentro hubiese dicho: «Soy Sandro Vasari, descendiente de Giorgio Vasari y de tres generaciones de *xarnegos* italianos». Terció R. entonces: «No hay un solo ser en la tierra capaz de saber quién es». Mucho después averiguaría, sin sorprenderse demasiado, que la sentencia no era de R. sino de León Bloy. «En esta bufonera de país no hay un ser humano capaz de saber quién es, precisamente porque aquí todo es lo mismo», concluyó para sus adentros, en una pausa de las memorias.

No, de haber sabido que la frase era de Bloy, tampoco se lo censurara a R. Miró a Marina y se sintió confusamente atraído por su aire de recogida indiferencia: de muchacha hecha un ovillo en el centro de sí mismo, para

desentenderse de todo y de sí propia. En el fondo del patio, junto al desembarco de la vieja escalera, crecíase el alboroto. El recuerdo templaba el bullicio en sus aguas; pero redecía lo grotesco del griterío, hasta convertirlo en una especie de caricatura de un esperpento. «¡Viva Franco! ¡Arriba España!». «¡Viva el Rey!». «¡No queremos reyes idiotas!». Pensó, o al menos creía haberlo pensado, que en otro siglo los antepasados de todos aquellos mozos se habían asomado de pechos a sus balcones y ventanas para arrojar ramos de rosas y retamas tempranas al paso del Deseado vuelto de Valençay, mientras chillaban: «¡Vivan las cadenas! ¡Viva el absolutismo!». Repitióse otra vez que España no era un país, porque no había existido nunca como tal. Era sólo uno de los *Disparates*, iluminado con trágica luz propia en medio de la noche de los tiempos. De nuevo sintió ajenas aquellas palabras, aunque las pronunciase alma adentro él mismo sólo las escuchaba a medias. Acaso para evitar el desasosiego de sus ecos, en el fondo de su ser, se esforzó por detenerse en el recuerdo de su primer encuentro con Marina. Creyó entonces que R. los observaba a los dos, abocetándolos en la memoria, como si se dispusiese a describirlos otro día, con la algarada por bastidor y los nenúfares marchitos a los pies.

Luego, cuando convirtió a Marina en su amante, con el frío y desapasionado asentimiento de ella, lo hizo en una casita rodeada de eucaliptos y almendros, debajo del puente de Vallcarca, cuya alcoba con santos encerrados en fanales alquilaban alcahuetes invisibles. Fue R. quien obtuvo para ellos el lugar de sus citas y se encargó de abonarlas, en préstamos que Sandro no le devolvería nunca. En un rincón de la estancia entre el muro recién enjalbegado con tierra blanca y la cómoda de los santos, aquella que trascendía a cañas ardientes por todas las caries de la madera, «como luego descubrí que olía Guatemala entera, cuando pasé por aquellos pagos», había un lavabo con jarra y jofaina de loza de Manises. Encima se alzaba un viejo espejo, de marco labrado, que el tiempo había oscurecido y donde la luz reverberaba en largas estrías moradas. Sin desvivirse mayormente por ello, siempre creyó falsa y transparente aquella luna: un azogue que fuese a la vez un ventano, por donde un tercero desconocido los observase, implacable e impasible, a él y a Marina.

A R. le contó sus sospechas, en minuciosos resúmenes de su intimidad en aquella alcoba. Pudoroso por instinto, aun en la embriaguez, sentíase no obstante obligado a detallarle la aventura, por razones inexplicables. No le impulsaba la vanidad ni le movían afanes de exhibicionismo. Era inclusive lo bastante cabal para reprocharse en vano sus confidencias, sin saber cómo

cesarlas. De nuevo presentía que R. anotaba aquellos lances, apercibiéndose a escribirlos otro día en sus propias palabras. «Somos el borrón de otro hombre», se dijo una tarde, desnudo y abrazado a Marina, sin saber tampoco cómo juzgarse.

El otoño siguiente tuvo que confesarle a R. que Marina estaba embarazada. Sandro le exigía un aborto, al cual ella se resignaba con la misma silenciosa indiferencia que antes accediera a encamarse con él. Un mediodía lleno de hojas rojas y doradas, R. los llevó a una casa de la calle Moneada, esquina al Arco de San Vicente y a un tiro de piedra del palacio donde muchos años después se alojarían *Las Meninas* de Picasso. Allí los dejó a solas con una anciana, que llevaba una esclavina sobre los hombros y una cintilla de satén al cuello. Toda zalemas y sonrisas, la vieja le aconsejó desechar cualquier cuidado y volver al cabo de unas cinco o seis horas. Las consumió paseando interminablemente por el patio enlosado que daba al arroyo y adornaba el brocal de un viejo pozo. A un lado, donde acaso estuvieran antes las cocheras y caballerizas, se abría el portón de una bodega. Sobre un fondo de telarañas, damajuanas, toneles y alcadafes, pasaban obreros con largos delantales de cuero, como en el tapiz de un gremio. Era ya noche cerrada cuando se decidió a entrar en la casa, por la puerta de pino debajo del colgadizo y en lo alto de la escalera con balaustrada de piedra. Como quien se adentra en su propia pesadilla, halló la puerta entornada y las estancias casi a oscuras. Tendida en un sofá y al pie de un ajimez con celosía le aguardaba Marina. Afuera caía ahora una súbita llovizna. Sandro le echó su gabardina por encima de la cabeza y así, empequeñecida y temblorosa, la abrazó por la cintura y salieron al patio, donde aún trascendía la acidez del vino. En la esquina de la calle Princesa encontraron un taxi que regresaba del Parque.

—Si lo nuestro fue todo una insensatez, ¿por qué te encuentras aquí conmigo? ¿Por qué dejaste a tu marido, al cabo de tantos años?

—Ésta es la pregunta que haría una mujer, precisamente porque carece de respuesta —repuso Marina encogiéndose de hombros—. Equivale a demandarse por qué quisiéramos a veces no haber nacido o por qué deseamos otras veces ser inmortales como las piedras. Sólo sé que cumplí siempre tu voluntad; pero estoy dispuesta ahora a hacer la mía. Me iré cuando me plazca.

—Si prefieres aguardar hasta que termine de alcoholizarme, no te arriendo la ganancia. Pospuse indecorosamente la muerte o la locura, porque antes quiero terminar mi vida de Goya. Lamento defraudarte.

—Eres libre de matarte como te plazca, aunque yo no lo fuese de tener a tus hijos. Por lo demás, no terminarás nunca la vida de Goya. Lo sabes tú tan bien como yo.

—¡Vete al infierno!

En realidad se fue él, dando un portazo. A botes y casi a tumbos descendió por la escalera de piedra, resbalando en el musgo que brotaba en las marchas y contramarchas de los peldaños. Atravesó el jardín, vuelto un herbazal aquel otoño, y se emboscó por la vereda de los encinares. El día era gris y plácido, con los picos de los montes envueltos en la niebla inmóvil. Sólo se detuvo al llegar al río, que bajaba crecido por las últimas lluvias. Allí perdió la cuenta del tiempo, escuchando el runruneo de las aguas entre las rocas pulidas y blanqueadas. Se había olvidado de Marina, de sí mismo, de Goya y de la casa prestada por R. para escribir su vida. «A estas horas», se dijo en voz alta, «Franco ya habrá muerto» y le sobrecogió su indiferencia. Sólo entonces tuvo plena conciencia de estar vivo y volvió a jurarse que terminaría aquel libro, aunque no hubiese en la tierra ningún hombre capaz de saber quién era y aunque todo pasase, como los tiranos, como los ríos, como las nubes y como las sombras.

Mientras seguía el curso del río, entre juncares y zarzales, los recuerdos remansaban las aguas invisibles del pasado. «La última agua de los ríos es idéntica a la primera de las que vendrán. Así el día presente», le había dicho R. parafraseando a Leonardo, en septiembre y en aquellos mismos parajes, en tanto que la corriente se llevaba el reflejo de los cielos. «*Qu'est que tu as fait de ta jeunesse?*». Sonrió al pensar cómo la poesía, la palabra en el tiempo, se transformaba en lugares comunes al pasar de un siglo a otro. «Poca cosa y desde luego menos que Rimbaud, quien al menos supo olvidarse de su juventud de genio y de marica, para adentrarse en otros infiernos bastante más sórdidos». Verde brillante, un martín pescador surgió de la enramada para picotear el agua.

Pocas veces vio a Marina en la Universidad, después del aborto. Sin rehuirse se fueron distanciando, acaso porque ninguno de los dos tenía ya nada que decirse. Cuando Sandro y R. terminaron sus carreras, hacía ya un año o dos que ella no frecuentaba las aulas. También para entonces habían dejado de apuñarse monárquicos y falangistas ante el tablón de anuncios. Las Naciones Unidas levantaban sus sanciones contra la España de Franco y la América de Eisenhower se apercibía a aliarse con ella. Desde Estoril, Don Juan de Borbón escribía al Caudillo, que casi un cuarto de siglo después agonizaría ahora en el Pardo: «Si Vuestra Excelencia está animado de los

mismos deseos de concordia en bien de España (lo que no puedo ni siquiera dudar) estoy completamente seguro de que encontraremos con facilidad la fórmula práctica susceptible de superar las dificultades presentes y asentar las soluciones definitivas».

Cuatro o cinco años después Sandro se había marchado a los Estados Unidos. Llegó a tiempo para leer en el *Times* las declaraciones de Agustín Muñoz Grandes, antiguo general en jefe de la División Azul y actual ministro del Ejército, recién aterrizado en Nueva York. «Aquí tienen ustedes a un criminal de guerra quien no ha perdido su admiración por la Alemania de Hitler». El general llevaba las insignias de la División Azul, la Cruz de Hierro de Primera Clase y otras condecoraciones nazis. Sandro tenía un contrato para profesar lengua y literatura españolas en una escuela de segunda enseñanza, cerca de Newburg, Vermont, donde veinticuatro años antes Lorca escribió «Poemas del lago Edem Mills». Toda la literatura española, salvo el *Quijote*, le hastiaba sobremanera. Comparada con la inglesa o la francesa, le parecía la obra de unos metafísicos de la sinrazón o de unos realistas aterrados por sus propios sentidos. En la Columbia University se doctoró en Historia del Arte, «porque en fin de cuentas el románico catalán, el Greco, Velázquez, Goya y Picasso avalan las raíces de alguien llamado Sandro Vasari, a través de tres generaciones de *xarnegos* emigrados y justifican la existencia de una cultura que sólo en Cervantes supo expresarse en palabras».

En la Universidad de Colorado empezó su docencia al doctorarse. En verano de 1973, después de dos divorcios y dos hijos de su segunda mujer, a los cuales se abstendría siempre de volver a ver, regresó por primera vez a Barcelona desde 1955. Sus padres habían muerto para entonces y en su piso de mediana burguesía, obstinada en no olvidarse de sus orígenes nacionales, pasó casi dos semanas encerrado y solo. Regalábase contemplando la roja cristalería de falso Murano, detrás de las vitrinas del bufete; las náyades de porcelana imitación de aquellas que adornaban el Bucentauro, el barco esculpido desde donde el Dux oficiaba cada año el *sponzalizio di mare*, las bodas de Venecia con el Adriático, cuando el mar era todavía verde como los pastos de los montes, al decir de d'Annunzio; los bustos de Camillo di Cavour y de Giuseppe Garibaldi, enmarillecidos por el tiempo debajo del espejo; los grandes grabados de los esclavos andróginos, labrados por Miguel Ángel, y del propio Miguel Ángel, desnarigado y pensativo en la soledad de su taller, contemplando su Moisés concluso; las viejas ediciones de los *Viajes por Italia de Goethe*, con las tapas forradas de raso rojo y el título en el lomo, donde Johann Wolfgang von Goethe escuchaba en Malamocco y Pelestrina

los versos de Tasso y de Ariosto, cantados por los gondoleros, *In exitu Israel de Aegypto / Cantavan tutti insieme ad una voce, / Con cuanto di quel salmo è poscia scripto*; las reproducciones de *El Nacimiento* del Señor de Piero della Francesca, con su coro de cinco pastoras entonando también sus aleluyas y su rey mago apuntando al cielo con el índice, y de *La Calumnia* de Sandro Botticelli, con la verdad desnuda, señalando a su vez el firmamento con el dedo.

A solas bebía entonces, hasta que todo aquello, Piero, Botticelli, los gondoleros, los esclavos, el Moisés, Miguel Ángel, Garibaldi, Cavour, el Adriático, el Bucentauro, las náyades y el falso cristal de Murano enturbiábase, oscurecíase y terminaba por fundirse en la misma sombra cerrada. No obstante, ni siquiera entonces conseguía dormir. Por primera vez le acechaba un insomnio tenaz, que Sandro no alcanzaba a vencer ni a explicarse. Perdió la cuenta de los días y de las noches, hasta llegar a presentir que aquella vigilia sin fin no era suya, sino impuesta por alguien desconocido, en castigo implacable de culpas ignoradas. Luego se dijo que el insomnio era la espera de un sueño o de una pesadilla, que a su debido tiempo le libertaría de su condena. Una madrugada (nunca sabría al cabo de cuántas) pudo por fin dormirse. No despertó hasta media tarde, remozado de cuerpo y de espíritu, como si volviese de un baño en un océano muy soleado. Se hubiese jurado haber tenido un sueño increíble, que había olvidado quizá para siempre. Una llamada telefónica lo desveló por completo. R. se había enterado de su vuelta, por cauces que no quiso exponerle. Le invitaba a cenar aquella misma noche, en el Pasaje de la Trinidad y a un tiro de piedra del viejo prostíbulo, cuyas pupilas inspiraron a Picasso *Les Demoiselles d'Avignon*, creando así el cubismo. Aceptó de inmediato.

También aquella noche R. le habló por primera vez del libro sobre Goya. Una editorial se disponía a pedirle una biografía definitiva del pintor de Fuendetodos, con un exhaustivo estudio de su obra completa, en condiciones inmejorables. Su trabajo se publicaría en una elaborada edición, de la cual el propio Goya se hubiese enorgullecido. No reparó demasiado en lo ambicioso del proyecto, ni tampoco en las cláusulas del convenio. Le parecían medios accidentales, para una finalidad indispensable. A la mañana siguiente, en presencia de R., firmó el contrato. Sintió el mismo pánico que le vencía cuando se esforzaba por abandonar la bebida. Un terror absoluto ante lo imposible, vuelto cruelmente imaginable, el sobrecogimiento de saberse condenado a la inmortalidad en un mundo perecedero, que una vez desaparecido lo abandonaría solo y eterno, en medio de un universo hostil a la

vida. El horror de sentirse muerto y destinado a disfrazarse de sí mismo, en otra existencia, para acudir a un baile de máscaras en una galería de espejos. Superadas aquellas congojas volvía a embriagarse, para librarse del tedio que le aterraba después de la angustia. Se preguntó si el hastío le llevaría luego a abandonar el libro y desechó las dudas de inmediato. La vida de Goya empezaba a ser su propia vida.

Aquel verano lo pasó recorriendo España, para estudiar Goyas que nunca había visto. El retrato del Duque de San Carlos, en la colección del Marqués de Santa Cruz. El retrato de Moratín, en el Museo de Bilbao, pintado cuatro años antes de la muerte de Goya en el destierro. La *Aparición de la Virgen del Pilar a Santiago y sus discípulos*, en la pinacoteca zaragozana de Pascual Quinto. El *San Cayetano*, propiedad de José Olabarría, parte de las pinturas dispersas del Palacio de Sobradiel. Los *Tres Majos con un Pájaro*, en la casa barcelonesa de Juan Cué. El único autorretrato de Goya en pie y visto de cuerpo entero, en la galería madrileña del Conde de Villagonzalo, tocado con un sombrero alto, cuya cinta es en realidad un candelabro para iluminarse las telas. («Los últimos toques, aquellos que debían aportar los efectos más propios a sus cuadros, los daba siempre de noche y con luz artificial», escribe Xavier Goya a la muerte de su padre). *Gaspar Melchor Jovellanos*, también en pie y con el mar por fondo, en la colección Valls i Taberner. *La Condesa de Chinchón*, en los muros de los Duques de Sueca, encinta de su esposo el Príncipe de la Paz cuando Goya la pintara. Antes la había retratado a los dos años y medio, en el palacio de su padre el Cardenal Infante. Ambos, Goya y la Princesa, morirían en el mismo año de gracia: en 1828.

En otoño de 1973 Sandro estaba de vuelta en Colorado. Profesó aquel curso en la Universidad; pero pidió y obtuvo una excedencia para los dos siguientes. Con una beca del Institute por Philosofical Studies viajó durante el verano y el otoño de 1974, en busca de otros Goyas. En la National Gallery, de Washington, volvió a encontrarse con la Condesa de Chinchón niña. «La S. D. María Teresa, hixa del S. R. Infante Don Luis, de edad de dos años y nueve meses». En el Meadows Museum, de Dallas, contempló el retrato de un *Hombre con un Sable de Esgrima*. Folke Nordström identificaba al desconocido como Francesco Sabatini, el arquitecto de Carlos III. En la Fine Arts Gallery, de San Diego, paróse largamente ante *El Duque de la Roca* y en la colección David-Weill, de París, ante *La Marquesa de la Merced*. *El Tiempo, la Verdad y la Historia*, junto con la *Alegoría de la Poesía*, lo llevaron al Nationalmuseum de Estocolmo. *La Condesa de Haro* le retuvo largas horas en la colección de los Bürhle, en Zürich, como también lo haría

Doña Isabel Cobos de Porcel en la National Gallery de Londres. A principios de 1975 estaba de vuelta en España. Para entonces hubiese podido empezar a escribir el libro, estudiada a fondo la bibliografía más pertinente acerca de Goya y su época. No obstante, pasábase las horas muertas releyendo fichas, notas y citas, sin decidirse a darles carne y voz propia. Una tarde repasó complacido el final de sus apuntes sobre Godoy: «Habla mal el francés y aun el castellano, con acento y giros italianizantes. En los jardines de las Tullerías toma el sol y se entretiene jugando con los niños. Les recoge los aros y las peonzas, les presta el bastón para que lo cabalguen alrededor de los estanques, los sienta en sus rodillas. Tiene también allí una tertulia de viejos cómicos jubilados, quienes le toman por un actor español. El engaño le complace y nunca les revela su verdadera identidad. La antevíspera de su muerte manda una carta, todavía inédita, a sus letrados defensores en Madrid. *A veces creo haber vivido un sueño ajeno*, les dice. *El sueño de la razón*. Muere en París el 8 de octubre de 1851». Al pie de la página, con la letra temblorosa de un hombre ebrio, escribió entonces: «La vida se dividirá en cinco partes: LOS DISPARATES, LOS DESASTRES DE LA GUERRA, LOS CAPRICHOS, LA TAUROMAQUIA y DISPARATE FURIOSO».

Una de las noches en que R. le invitó a cenar en su casa, coincidió allí con Andrés Bosch, con Isabel y Rafael Borras e inesperadamente con Marina y su esposo. Le sobrecogió comprobar lo poco que ella había cambiado físicamente, como le azararía desde entonces en casi todos sus encuentros. Sólo los silencios de Marina parecían haber envejecido. Eran ahora mucho más prolongados y aparentemente más vacíos de reflexiones y de esperanzas, tal vez sólo poblados de palabras mudas. Su marido, de cuyo nombre no quiso acordarse, resultó más joven que ella y catedrático de Filosofía en uno de los Institutos de Enseñanza Media. Era bajo y ventrudo, con antiparras sin montura y menudos piececitos; pero brujuleaba como una peonza. Cuando supo que Sandro había vivido años enteros en los Estados Unidos, le preguntó si no compartía su creencia acerca de una conjura de los medios de información para derribar a Nixon, «a quien yo sólo diría culpable de usar un lenguaje demasiado libre en presencia de las grabadoras. La prueba definitiva de su inocencia la evidencia su entrega de las cintas, que hubiese podido destruir calladamente en cualquier momento». Él era partidario de la libertad de prensa, por serlo de los derechos del hombre, proseguía perorando sin pausa y sin tino mientras Sandro le miraba asombrado, sin decidirse por completo a aceptar su realidad; pero le sublevaba verse condenado a vivir en un mundo sujeto a la más absoluta y nefasta de las tiranías: la del cacicazgo

de sus informadores. Cuando cayese el franquismo («que terminará con la vida mortal del Caudillo») una ola de publicaciones pornográficas asolaría el país porque aquí se confundió siempre la libertad con el libertinaje. Él era lo bastante realista para prever el triunfo universal del comunismo, precisamente porque en los países socialistas había un sentido histórico que no permitiría jamás otra dictadura aun más absoluta que la suya: la de la supuesta información objetiva.

Pocos días después Sandro llamó a Marina por teléfono. Empezaron a verse en bares perdidos detrás del Matadero Municipal o en las faldas de Montjuich. A poco ella le seguía a su casa, con la misma callada mansedumbre que en otra vida le acompañara a la alcoba rodeada de eucaliptos y de almendros, debajo del puente de Vallcarca. Fueron de nuevo amantes, entre los esclavos andróginos, los ángeles de Piero y la verdad desnuda de Botticelli. Allí, ante Garibaldi, Cavour y Miguel Ángel por únicos testigos, Marina le confesó que el aborto operado por la anciana de la esclavina y la cintilla de satén la había incapacitado para la maternidad. Sandro no supo entonces qué pensar ni qué decir. Aquella noche, horas después de marcharse Marina, se embriagó hasta derrumbarse de bruces en la mesa de trabajo. Súbitamente despertó estremeciéndose, antes de la amanecida. Prendió la luz a tientas y escribió en un cuadernillo, con temblorosos garabatos que no podía olvidar ni leer: «Saturno es mi autorretrato y sólo esta noche llegué a comprenderlo».

Aquel verano R. se ausentó de España y le cedió su casa en los Pirineos, cuando Sandro se la pidió «para refugiarme allí a escribir de una vez el libro entero». No vio a Marina en julio ni en agosto, aunque se telefoneaban diversas veces todas las semanas. En *the autumn of our discontent*, después de las ejecuciones de el Xiqui, Otaegui, García Sanz, Baena Alonso y Sánchez Bravo, y de la penúltima aparición de Franco, asomado a la Plaza de Oriente para agradecer los vítores de centenares de miles de españoles, Sandro pensó seriamente en olvidarse para siempre de España y de Goya, regresando a los Estados Unidos, esta vez con Marina y para no volver. Fue entonces y en un viaje de dos días a Barcelona, cuando se encontró con Antonio de Senillosa casi por casualidad y vomitó sobre el velador de aquel bar a media mañana. («Bebes demasiado». «Es lo único racional que se puede hacer en este país». «Acaso tengan razón»).

En casa se bañó y mudó de ropa. Luego llamó a Marina por teléfono, citándola allí a media tarde. «Todo esto es una siniestra insensatez: nuestras vidas y esta tierra nuestra, porque en fin de cuentas sólo nosotros la hicimos

posible. Si no podemos escapar de nuestra historia, huyamos al menos de su tablado. Deja a tu marido hoy mismo y vámonos juntos a la casa de R., en los Pirineos. Luego nos iremos a los Estados Unidos y allí concluiré el libro sobre Goya». Marina asintió de inmediato y en silencio, con un gesto. «Ten en cuenta que yo al menos no regresaré. He terminado con este país, con su gente y conmigo mismo, porque tú significas la única parte de mi pasado a la que no quisiera renunciar. Si nos vamos, no volveremos nunca». Ella se avino otra vez, con idéntico gesto.

Un mes más tarde, al evocar todo aquello mientras descendía por la orilla del río, se le antojó la pesadilla de otro hombre: un sueño tan confuso y enturbiado como los guijarros entrevistos en el fondo del cauce. Ni él había vuelto a mencionar la partida a los Estados Unidos, ni Marina se había dignado a recordársela. Seguía embriagándose y hablando a toda hora de Goya y de su libro, aunque nunca se decidiera a escribirlo. El marido de Marina, aquel filósofo quien jamás confundiría la libertad con el libertinaje, se mostraba dispuesto a tramitar una separación si Marina persistía en su empeño de abandonarle. A Sandro le dijo por teléfono que los perdonaba aunque no los comprendía. Sandro dedujo de su actitud que los hechos planteaban una rotura secretamente deseada durante mucho tiempo. Se despidieron muy correctamente.

El martín pescador volvió a picotear el agua. Las ondas se agrandaron en el remanso, quebrando el reflejo de las ramas y del cielo de pizarra. Murieron junto al espadañal y los escaramujos, dispersando un banco de peces oscuros. De nuevo aquietóse el río bajo la enramada y el firmamento. «Si pudiese recordar aquel sueño, al final de mis insomnios, todo cobraría sentido», se dijo mirándose en el arroyo. A la vuelta de un recodo dio con un chopal desnudo que cobijaba un viejo molino. Un rayo de sol le afiló la sombra como una lanza sobre unas muelas de piedra, medio enterradas entre las hierbas y los matojos. De pronto evocó una historia singular que R. le había contado, sin que Sandro le diese mayor crédito. El invierno anterior la Guardia Civil descubrió a un muerto, envuelto en una vieja manta deshilada por la podre, en aquel molino. Río arriba, en un lecho de piedras, hallaron el cadáver de otro hombre mucho más joven, desfigurado por las aguas y el tiempo, con los huesos del rostro rotos a golpes y una medalla de oro al cuello. Al parecer los dos cuerpos nunca fueron identificados. Cuando le preguntó a R. quiénes pudieran haber sido, se encogió de hombros. «Todo hombre», dijo, «es capaz de todo crimen».

El molino había visto siglos bajo aquellos cielos. Alrededor de la ventana la piedra enferma volvíase porosa. Los recios muros, hechos de peñas doradas por los siglos, parecían construidos por gigantes ciegos, o por hombres que enloquecieron creyéndose cíclopes. Tres peldaños de piedra llevaban a la puerta de roble, herida por un rayo. El centellón fundió parte de la aldabilla y del cerrojo, antes afianzado con dos vueltas de llave, torciendo los hierros y tiznando la madera con su quemadura. Dos empellones con los hombros abrieron paso a Sandro. El molino estaba vacío de seres y muebles. La humedad del arroyo saturaba su abandono y su única estancia hedía a res sorprendida por la tormenta. En el hogar vio un perol vacío, sobre unas trébedes abandonadas. En las paredes desnudas se ennegrecían los contornos de un camastro y de unos altos estantes. Entre la chimenea y los fogones de rojas baldosas rajadas, Sandro se detuvo para agacharse titubeante y estremeciéndose. Un manchón, como de sangre seca, pringaba los suelos para extenderse luego, más esclarecido, hasta el umbral. De rodillas tentó el rastro con los dedos, con la ensimismada angustia que un devoto, enfermo y acaso en trance de muerte, acariciaría una reliquia. Inmediatamente recordó aquel sueño olvidado, al cabo de sus largos insomnios, el que precediera en unas horas la llamada de R. con su encargo acerca del libro de Goya.

Soñó entonces una lenta e interminable pesadilla, que la memoria le devolvía con implacable nitidez. Perdido en las entrañas de la Gran Pirámide y desatendido de su propia suerte, buscaba tenazmente la cámara mortuoria del Faraón. Alumbrábase el camino con un farol de mano y de cuatro caras de vidrio, pisando la luz amarillenta y tentando con la palma los muros de corredores interminables. A veces tropezábase con los huesos de otros hombres, también extraviados en aquel laberinto. Crujían bajo sus pasos como encendajas y le forzaban a acelerarlos. Entonces cobraba conciencia de vivir dormido aquella búsqueda. Con plena certeza, decíase que le bastaría despertar para librarse de su agonía. «Si dejo la linterna en el suelo y me tiendo junto a su luz, arrebujándome la cabeza con los brazos, podré soñar en mi sueño que me duermo y despierto. De inmediato desaparecerá todo, la Gran Pirámide, la telaraña de sus pasillos, los esqueletos pisoteados, las tinieblas que me envuelven, la piedra salpicada de salitre que toco con los dedos. Todo menos yo, Sandro Vasari, descendiente de Giorgio Vasari y de tres generaciones de *xarnegos* italianos, porque dormido y despierto soy siempre el mismo, como acaso también lo sea muerto, si la muerte es un insomnio interminable o una pesadilla de corredores de donde los muertos no quieren huir». Reiteradamente renunciaba a la libertad de evadirse, porque su

destino no debía conducirle a la salida de la Gran Pirámide, sino a la capilla ardiente del Faraón. Abandonarlo fuera traicionarse, cuando ya se creía cercano a alcanzarla.

No sólo peregrinos y ladrones habían fenecido en la Pirámide, persiguiendo la cámara fúnebre. Monterías y ejércitos enteros perecieron perdidos en el mismo propósito. Sus sombras inmóviles, para siempre estampadas y agigantadas en los muros, huían en desbandada hacia el centro oculto de aquel laberinto. Siguiéndolas, dobló una infinidad de recodos, ascendió cuestas muradas y deslizóse resbalando por declives de piedra. Lentamente estrechábase el corredor, mientras bajaban los techos. Se vio obligado a agacharse primero, para arrastrarse luego por un túnel serpenteante donde apenas cabía su cuerpo, mientras empujaba la linterna con una mano. No sin amarga satisfacción se dijo entonces que los últimos dados fueron echados, aunque todavía no supiese cómo cayeran. Era imposible retroceder en aquel paso y desandar el camino recorrido. A rastras y empujándose con codos y rodillas, debía desvivirse por proseguir el peregrinaje sueño y Pirámide adentro. De súbito dio con un ámbito más holgado, donde sus brazos en cruz no alcanzaban los muros, ni él rozaba el techo al erguirse. Mientras levantaba la linterna del suelo, preguntóse temblando si habría llegado a la cámara fúnebre del Faraón. Su propio alarido le asordó entonces, al repetirse agrandado por los ecos. Se hallaba en una estancia cuadrada, que mediría unos diez pasos de lado y otros tantos de alto: una falsa cripta, tal vez construida en el propio corazón de la Pirámide para desconcertar a los intrusos. Al fondo, contenido en el muro, vio aquel espejo amoratado y reverberante, el de la casa de sus citas con Marina, devolviéndole su imagen exhausta.

En cuanto quiso rozar el cristal con los dedos, la luna desapareció a su paso. Al otro lado del espejo se detuvo en una encrucijada de diversos caminos. Unos llevarían al sepulcro del Faraón o a otra falsa capilla ardiente. Otros conducirían al desierto. Al azar escogió una galería, que a poco empezó a quebrarse en múltiples ángulos rectos. Desesperaba ya de concluir con aquellas revueltas, cuando creyó advertir un tenue reflejo que esclarecía los muros en los últimos recodos. Llegado al cabo de aquel corredor, le cegó por un instante la luz de unas farolas callejeras. Aquella vez mordióse el grito en los labios, temeroso de que su propio alarido lo despertase. Había vuelto al patio de la casa de la calle Moneada, junto al Arco de San Vicente, en una hora que presentía temprana de la anochecida. Vio de nuevo el brocal del viejo pozo y pisó las grandes losas del suelo con pasos menudos y vacilantes.

Aún permanecía abierto el portón de las bodegas, donde acaso estuvieron antes las cocheras y caballerizas. Sobre el fondo de toneles, botas, lebrillos, barriles, canillas, damajuanas y telarañas, cruzaban los obreros con sus largos delantales de cuero. No se atrevió a hablarles ni a acercarse a ellos, receloso de que entonces desaparecieron como el espejo de la cripta fingida.

Vaciló preguntándose si en verdad existiría la cámara mortuoria, perseguida por tantos muertos a través de los siglos. ¿Acaso el Faraón levantó la Pirámide precisamente para no sepultarse en su interior? ¿Sería aquélla la mayor y la más inconcebible de las ironías, la eterna persecución de un muerto que en realidad no existía? ¿Por qué no despertar entonces y volver a la vida, obstinada en reclamarlo con toda su pujanza? Otras fuerzas de signo contrario, las mismas que oscuramente le habían sepultado en aquella pesadilla, se impusieron a sus dudas y le obligaron a proseguir la búsqueda. En lo alto de la escalera con balaustrada de piedra y debajo del colgadizo de tejas, la puerta de pino le esperaba entreabierta. La casa parecía abandonada ahora, cubiertos los muebles por espectrales fundas blancas. Al pie del ajimez con celosía, distinguió el sofá donde Marina le había aguardado en el pasado irrevocable. «Todo, hasta este sueño mío, es el borrón de otro hombre», se dijo mientras atravesaban estancias desiertas. A la luz de la linterna, que aún sostenía casi olvidada en la mano, leyó una inscripción en letras doradas sobre una puerta cerrada: «No hay un solo hombre en la tierra capaz de saber quién es». Con fría indiferencia, que ni siquiera alcanzaba a asombrarle, comprendió que había llegado al final de su odisea. Aquél era el centro oculto de la Pirámide. Con irónica y fatigada lentitud alzó la aldabilla y empujó la cerradura.

En un vasto salón, iluminado por grandes arañas de cristal, posaba su Majestad Católica el Rey Carlos IV, acompañado de su augusta familia. A su espalda dos grandes cuadros cubrían buena parte del muro. A la derecha un paisaje huidizo, en los entreluces del crepúsculo o de la alborada. A la izquierda el desenfreno de tres titanes desnudos, un hombre y dos mujeres, retozando abrazados. A un extremo de la estancia, detrás de los reales modelos y ante la bacanal de los gigantes, una alta tela montada sobre dos poderosos caballetes. Sandro se dijo que el Monarca debía haber sido muy fuerte, antes de envejecer prematuramente. Su pecho, cubierto de condecoraciones y cruzado por la banda azul y blanca de la Orden de Carlos III, era el de un antiguo jayán hecho a la lucha leonesa. Su hermano menor, el Infante Antonio Pascual, asomaba la cabeza por encima de un hombro del Soberano. Siendo más joven parecía mayor que el primogénito

avejentado. Ambos contemplaban a Sandro con idénticos ojos azules, muy claros, donde el estupor se confundía con la cansada tristeza. Tres Príncipes formaban parte del grupo. El de Asturias, Don Fernando, casi ocultaba a su hermano, Don Carlos María Isidro, detrás de sus estrechas espaldas y sus largos brazos. Sandro se dijo que en su generación se repetía la anomalía de la precedente, porque el Infante Don Carlos semejaba una suerte de elfo revejido, más bajo y enjuto que el heredero de la Corona y también más entrado en años. El menor de los hermanos, Don Francisco de Paula, vestido de escarlata y adornado con el bandín de Carlos III, ocupaba el centro del conjunto. Tendría cualquier edad, entre los cinco y los diez años, una belleza adocenada y una mirada desconcertante por lo taimada en un chiquillo tan niño. El Príncipe de Borbón Parma, yerno de los Reyes y sobrino carnal de la Soberana, era joven, rubio y muy alto, aunque ya ventrudo en sus mocedades. Su esposa, la Princesa María Luisa, semejaba contrahecha y desviada de talle aunque dulce y menuda de facciones. Sostenía en brazos a un niño de cuna, casi recién nacido y ya condecorado con la Orden de su bisabuelo Carlos III.

La Reina María Luisa erguía la cabeza, los pechos y las espaldas, como si se esforzase en oscurecer a sus propias hijas. El alto peinado, adornado con una aguja de brillantes en forma de flecha, acentuaba su aventajada talla. Sandro creyó recordar haber leído en algún sitio que los tocados de la Reina, propios de una mujer mucho más joven, divertían y escandalizaban a un tiempo a Napoleón en Bayona. En el grupo de familia, la Soberana era la única que sonreía vagamente a Sandro, mientras lo observaba de hito en hito. Aquella sonrisa desdentada le desazonó sobremanera, al igual que la mirada aviesa de Don Francisco de Paula. María Luisa rodeaba los hombros de la menor de sus hijas con uno de sus gruesos brazos, *di contadina o di pescivèndola di grido*. La Infanta era delgada, pálida y tirando a fea. En el pelo, castaño muy claro con mechones y reflejos anaranjados, lucía otra aguja, parecida a la de su madre. Su hermana mayor, Carlota, escondíase detrás del Príncipe de Borbón Parma. Mostraba sólo un perfil de pajarillo y una mejilla sonrosada con afeites. También recordó Sandro que algún autor de otra época, Villa Urrutia o Lady Holland, la decía jorobada. Otra muchacha, ésta bastante alta y de grandes senos adornados con la orden de María Luisa, que ostentaban todas las damas, se erguía al lado del Príncipe de Asturias. Sandro no alcanzó a verle el rostro, vuelto hacia el muro donde contemplaba la orgía de los gigantes. Entre Fernando y la desconocida atisbaba una bruja de peluca emplumada, desollada y vieja como la misma muerte, con unos ojillos azules y clarísimos, plagio de la mirada del Monarca.

Era la Infanta María Josefa, hermana mayor del Rey y de Don Antonio Pascual.

Tal era el grupo de familia. Alguien, a quien Sandro no alcanzaba traer a las mientes, faltaba en el conjunto. Sería el hombre llamado a inmortalizar a la augusta gente en aquella tela sostenida por los caballetes. Fuese quien fuese, no conseguía evocarle el nombre. Se le extinguió el fanal en la mano y agachóse para dejarlo en el suelo. Le perseguía la mirada sonriente de María Luisa, que ella paseaba por sus hombros y sus caderas, como si fuese un mozo de quintas. Sobrecogido, volvió la cabeza para advertir que las hojas de la puerta, cerrada a sus espaldas, eran un doble espejo de luna donde se repetían todos los presentes. En aquel momento le sobresaltó la voz de la Soberana. Era chillona pero afable, ceceante por impedimento de las encías desdentadas y algo cantarina en el tonillo italiano.

—Vamos, vamos —le decía la Reina—. Te aguardamos dispuestos como lo mandaste. Puedes empezar el cuadro cuando te plazca.

Entonces despertó.

Los Desastres de la Guerra

El Sueño de la Razón

El 3 de Mayo de 1808, en Madrid: Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío

La tela, hoy en el Prado, es una de las mayores y más vastas entre todas las de Goya. Mide dos metros y sesenta y seis centímetros de largo por otros tres metros y cuarenta y cinco centímetros de alto. En ausencia de Fernando VII, quien regresaría a Madrid dos meses más tarde, Goya ofrece sus servicios al Regente del Reino, para honrarle la vuelta y el triunfo sobre los franceses. Preside la Regencia el entonces Cardenal Don Luis de Borbón, Primado de las Españas, hermano de la Condesa de Chinchón y cuñado de Manuel Godoy. Seis años antes, el 22 de mayo de 1808, había escrito a Napoleón, asumiendo «la dulce obligación de extender a los pies del Emperador el homenaje de su respeto y de su fidelidad» y suplicando a Su Majestad Imperial y Real que pusiese a prueba su servidumbre. Ahora, el 14 de marzo de 1814, el Cardenal Primado emplea un lenguaje muy distinto al dictar la sanción, que aprueba el proyecto de Goya:

> «En exposición que con fecha del 24 del próximo pasado ha dirigido a la Regencia del Reyno D. Francisco Goya, pintor de Cámara de S. M., manifiesta sus ardientes deseos de perpetuar por medio del pincel las más notables y heroicas acciones o escenas de nuestra gloriosa insurrección contra el tirano de Europa, y haciendo presente el estado de absoluta penuria a que se halla reducido y la imposibilidad en que por consiguiente se ve de subvenir por sí solo a los gastos de tan interesante obra, solicita que del tesoro público se le suministren algunos auxilios para llevarla a efecto. En su vista y teniendo S. A. en consideración la grande importancia de tan loable empresa y la notoria capacidad del dicho profesor para desempeñarla, ha tenido a bien admitir su propuesta, y mandar en consecuencia que mientras el mencionado D. Francisco Goya esté empleado en este trabaxo, se le satisfaga por Tesorería mayor, además de lo que por sus cuentas resulte invertido en lienzos, aparejos y colores, la cantidad de mil y quinientos reales de vellón mensuales por vía de compensación».

Aquel mismo día se expide la orden y Goya firma su recibo. Dos meses después, el 11 de mayo de 1814, *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid: Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío* y *El 2 de Mayo de 1808, en*

Madrid: La Lucha con los Mamelucos adornan un arco triunfal, levantado junto a la Puerta de Alcalá, para celebrar el regreso de Fernando VII, por mal nombre El Deseado. En *La Gaceta* de aquella mañana un real decreto anula la Constitución votada en Cádiz dos años antes, las Cortes y todas sus disposiciones. En la Calle de Alcalá la muchedumbre aclama al Rey, rugiendo: «¡Viva la Inquisición!». «¡Viva Fernando VII!». «¡Vivan las cadenas!». En la Plaza Mayor el gentío invade la Casa Panadería, destroza la lápida conmemorativa de la Constitución de Cádiz y arrastra los pedazos en un saco, por delante de cárceles y cuarteles donde se hacinan los liberales presos. Goya, quien ha firmado la efigie del Rey intruso, José Bonaparte, en su *Alegoría de la Villa de Madrid*, para pintar luego los retratos de sus generales Guye y Querault y de su ministro de Policía Manuel Romero, aceptando la Orden de España y de José I de manos del usurpador, no es molestado en aquel día de festividades y de persecuciones. Sin duda le amparan mandatos secretos y personales de Fernando VII, el único que puede protegerlo en tales circunstancias.

Se ha dicho que *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid: Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío* es un acto de contrición a deshora. Jean François Chabrun precisa acertadamente que, si éste fuera el caso, no cabría imaginar arrepentimiento más grande. Por lo demás, Goya no pudo haber pintado aquella matanza y *El 2 de Mayo de 1808, en Madrid* en el término de un par de meses. Los dibujos de *Los Desastres de la Guerra*, cuya fecha se desconoce, son esbozos advertidos o inadvertidos de *Los Fusilamientos*. De *El 2 de Mayo de 1808, en Madrid* sobrevivieron dos apuntes: un óleo sobre papel, actual propiedad del Duque de Villahermosa y otro óleo sobre madera, que estuvo en el Museo Lázaro Galdiano.

Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío tienen lugar en la madrugada y probablemente en la hora que precede el alba, la preferida para las ejecuciones en todos los países civilizados, como bien dice Hugh Thomas. Antonio de Trueba recoge el testimonio de un viejo criado de Goya, quien acaso confunda mentiras de verdad con increíbles verdades al evocar aquella noche más de medio siglo después. El anciano le cuenta a Trueba que Goya presenció la mortandad desde una ventana de su finca a la orilla del Manzanares, a la luz de la luna y con un catalejo. La especie es infundada, puesto que Goya no adquiriría la Quinta del Sordo hasta 1819. Goya vivía al entonces en una casa propiedad suya, en la calle de Fuencarral esquina a San Onofre. Quizás sea cierto, sin embargo, que Goya se obstinara en desplazarse a la Montaña del Príncipe Pío, con su sirviente por escolta, para esbozar a los

asesinados. Quien conjurara todos los monstruos en el sueño de la razón titularía «Yo lo vi» uno de sus *Desastres de la Guerra*. En otro y al pie de un montón de cadáveres, no muy distinto de los muertos amontonados en el cuadro, escribiría su denuncia al universo impasible: «Para Eso Habéis Nacido».

«Sentámonos en un ribazo a cuyo pie estaban los muertos y mi amo abrió su cartera, la colocó sobre sus rodillas y esperó a que la luna atravesara un nubarrón que la ocultaba. Bajo el ribazo revoloteaba, gruñía y jadeaba algo. Yo…, se lo confieso a ustedes, temblaba como un azogado; pero mi amo seguía tan sereno y preparando medio a tientas su lápiz y su cartón. Al fin la luna alumbró como si fuera de día. ¡En medio de charcos de sangre vimos una porción de cadáveres, unos boca abajo, otros boca arriba, éste en la postura del que estando arrodillado besa la tierra, aquél con las manos levantadas al cielo pidiendo venganza o misericordia, y algunos perros hambrientos se cebaban en los muertos, jadeando de ansia y gruñendo a las aves de rapiña que revoloteaban sobre ellos, queriendo disputarles la presa!».

Isidro, el asistente, cuenta haberle preguntado a Goya por qué se obstinaba en pintar aquellas barbaries de los hombres. «Para tener el gusto de decirles eternamente que no sean bárbaros», repuso su dueño. Sea cual fuere la invención del criado o del propio Trueba, en este relato de fondo verídico, las víctimas, rebozadas en su misma sangre, unas de bruces en la tierra, otras caídas de cara al firmamento, y casi todas con los brazos abiertos, parecen avenirse con el testimonio del anciano. No obstante, Goya no se limita a presentar los muertos, que viera al pie de la Montaña del Príncipe Pío, sino también los fusilamientos que no pudo haber visto desde la Quinta del Sordo. Las descargas y los gritos han concluido cuando llega al paraje con Isidro; pero Goya pinta de espaldas a los verdugos que desconoce y pinta a la vez los bramidos de muerte que nunca oyera.

Unos han muerto. Otros van a morir irremediablemente. Los mismos que asesinaron a aquéllos ahora se aperciben a asesinar a éstos. Nadie puede acusarles porque ni el pintor ni nosotros veremos jamás sus rostros. A la vez ignoramos el nombre de muchas de las víctimas, aunque los rasgos de algunos de estos hombres a punto de ser fusilados serán siempre inolvidables. De hecho, unos y otros, verdugos y condenados, pertenecen probablemente a la misma clase social y a un mundo muy parecido. Sin embargo, hablan distintas lenguas y nunca alcanzarán a comprenderse. Los gritos de los reos son tan impenetrables para el piquete como puedan serlo para el propio Goya en

aquella sordera suya, que en cierto modo compartimos nosotros frente a su cuadro.

En su libro *Goya: The Third of May 1808,* Hugh Thomas precisa la filiación de los soldados. Son franceses y pertenecen a los ejércitos napoleónicos, pues llevan los pantalones pardos de la tropa que reemplazan a veces las polainas en la época imperial. Su chacó se impone también entonces como remedo del morrión de la caballería polaca al servicio de Francia. El sable de empuñadura rectangular es propio de aquel período y de los oficiales de Napoleón. Probablemente los miembros del piquete vienen de la *Legion de Réserve*, que poco antes guardaba la costa del Atlántico o de cualquiera de los veinte «Regimientos Provisionales» que el Emperador mandara a España, con un total de 30.000 hombres, cuando aún suponía que fuerzas de segunda clase le bastarían para dominar el país. Cabe también que estos soldados procedan de los destacamentos italianos, suizos, alemanes o polacos del ejército francés. En cualquier caso serán seres muy humildes, acaso iletrados, quienes vistieron el uniforme militar obligados por órdenes que no comprendían o por una miseria que conocían demasiado bien. Hugh Thomas descarta la posibilidad de que los verdugos del cuadro formen parte de la *Garde Impériale*, que a la sazón escolta a Murat, cuñado de Napoleón y virrey interino destacado en Madrid.

La víspera, dominado el levantamiento popular en Madrid, empezaron las primeras ejecuciones a las tres de la tarde contra los muros del convento del Buen Suceso. Los fusilamientos prosiguieron hasta bien entrada la madrugada siguiente en el Prado, en el Buen Retiro, frente a las tapias del convento de Jesús, en la Casa de Campo, a orillas del Manzanares, en Leganitos, en Santa Bárbara y en la Puerta de Segovia. Entre las cuatro y las cinco de la madrugada (la hora preferida para las matanzas oficiales en nombre de la civilización), los últimos cuarenta y tres hombres fueron pasados por las armas en las laderas de la Montaña del Príncipe Pío. Uno de los condenados, Juan Suárez, consiguió escapar en el último instante. Perseguido a tiros, se perdió en la oscuridad y refugióse al cabo en la ermita de San Antonio de la Florida, cuyos frescos pintara Goya dieciocho años antes y donde reposa ahora el cadáver descabezado del artista. Han llegado hasta nosotros los nombres de parte de la *canaille*, ejecutada en nombre de la razón, la ley y el orden en los desmontes del Príncipe Pío. Rafael Canedo, sin ocupación conocida. Juan Antonio Martínez, mendigo. Julián Tejedor de la Torre, herrero. Manuel García, jardinero. Manuel Sánchez Navarro, empleado de los juzgados. Martín de Ruicarado, picapedrero. Juan Loret, tendero. Antonio

Macías de Gamazo, peón no cualificado, de setenta años de edad. Domingo Braña, arriero a sueldo de la Aduana de Tabacos. Fernando de Madrid, carpintero. Lorenzo Domínguez, talabartero. Domingo Méndez, albañil. José Amador y Antonio Méndez Villamil, peones de mano. También figura en la nómina un religioso, Francisco Gallego Dávila, capellán del Monasterio de la Encarnación, quien es probablemente el fraile que aguarda la muerte, de hinojos y con las palmas prietas, en el lienzo de Goya.

Son todos ellos, o casi todos ellos, hombres que hubiesen podido compartir sus hambres de desheredados con quienes los fusilan. (Excepcionalmente perece allí un mozo de clase más holgada, Antonio Alises, paje del Infante Don Carlos María Isidro). Es muy probable también que no todas las víctimas sean inocentes. Cuando el 23 de marzo Murat entrara en Madrid al frente de sus tropas, el pueblo le dispensó la bienvenida reservada a un aliado. Un tanto desconcertada, la multitud aplaudía cortésmente a aquel mariscal del Imperio, de largos bucles negros, pelliza de zorro siberiano, chacó carmesí con plumas de pavo real y botas escarlatas. Los coraceros de la *Garde impériale* merecieron grandes vítores. La infantería (la *Legion de Réserve* o las fuerzas de los «Regimientos Provisionales») fue acogida con desconcertada piedad. Nadie hubiese imaginado tropas imperiales tan derrengadas, mal vestidas ni en peor formación. Los mismos hombres de quienes se compadeció el pueblo formarían luego los piquetes de ejecución. La víspera, el domingo 2 de mayo, muchos de aquellos soldados, aislados en el laberinto de calles en torno la Plaza Mayor o del Palacio de Oriente, serán destripados a cuchilladas. En un hospital militar francés, los enfermeros madrileños degüellan fríamente a los pacientes y a los heridos.

Si las víctimas en *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío* hubiesen sobrevivido aquella noche, como la sobrevivió Juan Suárez, al día siguiente se habrían convertido en verdugos. Goya pudiera titular su cuadro *Con Razón o sin Ella*, como así llamará al segundo grabado de su serie *Los Desastres de la Guerra*, donde otros soldados de la *Legion de Réserve* despedazan a bayonetazos a unos guerrilleros. En la plancha siguiente son los guerrilleros quienes cuartean con hachas y picas a los franceses. La lámina lleva un pie en dos palabras y en la letra un tanto temblorosa escrita por la propia mano de Goya: «Lo mismo».

Sin duda obligados por el piquete, el picapedrero, el mendigo, el albañil, el escribiente de los juzgados, los peones de mano y todos los demás condenados mueren de rodillas. De aquí que los muertos yazgan con los brazos abiertos, tratando en vano de rozar las tinieblas de un cielo imposible.

El mismo cielo que el fraile se obstine acaso por aprisionar entre las palmas. La civilización enseñará luego a fusilar en pie, lo cual es mucho más digno, moderno y honroso para el reo. Quizás empiece aquella reforma en la propia guerra de la independencia. En los grabados 15 y 38 se nos ofrecen dos de sus variantes preferidas en tal época. En la primera, «y no hay remedio», se ejecuta a los condenados en pie, sujetos a un poste y con los ojos vendados. La opuesta modalidad, «Bárbaros», consiste en coser a tiros a un hombre por la espalda, amarrado a otro poste o para el caso al mismo, ahorrándose así el pañuelo que habría servido para cegarlo.

En el centro humano de *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío*, desplazado un tanto a la izquierda del espectador y del centro geométrico, grita eternamente el descamisado de Goya. Presa de la ira, a juzgar por su gesto, es el único que no pide cuartel ni piedad. Muere con los ojos muy abiertos, retando a sus verdugos o proclamando creencias para él sagradas. Tiene la palma derecha claramente agujereada y acaso también la izquierda, como lo advirtiera Folke Nordstrom en *Goya, Saturn and Melancholy*. El mismo escritor interpreta las vagas figuras, que se difuminan a la izquierda y detrás de los reos, como una *Pietà*, donde la Virgen oculta el rostro de su Hijo contra el pecho para evitarle el calvario de estos hombres. Es preciso recordar que Goya encabeza siempre sus cartas con una cruz, aunque sea un ferviente anticlerical y acaso no crea ahora en la inmortalidad del alma. Casi al cabo de *Los Desastres*, un esqueleto vuelto de la muerte la identifica por escrito con la nada. «Nada. Ello dirá», subráyalo el epígrafe.

Goya cree en la «Divina Razón», como la llama en *Los Caprichos*. Si moralmente parece identificarse aquí con las víctimas, ideológicamente está del lado de sus verdugos. Sigue válida, pues, la tan citada frase de André Malraux en su *Saturne. Essai sur Goya* para describir *Los Desastres de la Guerra*: «El libro de apuntes de un comunista, a la hora en que su país ha sido invadido por la Unión Soviética». *Los Desastres*, *Los Fusilamientos* y *El 2 de Mayo de 1808, en Madrid* son también el testimonio de un sordo sifilítico, quien ha visto más profundamente que cualquier otro contemporáneo suyo en el laberinto de tinieblas que puebla y resume, en último término, la naturaleza humana. Allí descubre también el monstruo irónico que habita al hombre y le obliga a matar en nombre de las más nobles abstracciones sociales: la Libertad, la Fe, el Progreso y la propia Razón. Por hombre se cree a la vez tan culpable como su prójimo, sea cual fuere el idioma en que éste se exprese a la hora de las ejecuciones, aquella que siempre precede un alba quizás imposible. Acaso más culpable todavía, porque Goya se sabe a un tiempo

violento y cobarde en el caos de la guerra. *El 2 de Mayo de 1808, en Madrid, Los Fusilamientos* y *Los Desastres* son mucho más que el testimonio de un afrancesado, a la hora en que su país ha sido invadido por la *Legion de Réserve* napoleónica. Son el terrible examen de conciencia de un cristiano racionalista, en nombre de todos sus hermanos los asesinos.

26 de marzo de 1828

Poco a poco me recobro y dentro de nada me hallaré como nuevo, a mis ochenta y dos años. Si viniesen de una vez mi nuera y mi nieto, lo estaría ya. Este milagro se debe a la valeriana, que Leocadia me sirve cada mediodía muy macerada en el almirez. Hasta fuerzas encontré para ir a casa de Galos, muy arropado y en coche, a firmarle los recibos de las últimas remesas. El viaje no me fatigó tanto como temía y pienso repetirlo en abril por mi propio pie. Con ayuda de Leocadia, paseo un poco por la casa todas las mañanas y luego, arrellenado en el sillón rebutido de almohadas, dibujo sucesos ocurridos hace treinta años o más, sirviéndome de un tablero a modo de mesa. Será quimera mía, pero creo que hasta mi vista medró esta semana. A veces prescindo de la lupa para trazar mis esbozos, sirviéndome únicamente de las antiparras con montura de metal. Un auténtico pintor debe de ser capaz de reproducir con el lápiz o la punta seca los recuerdos más lejanos. Cuando yo no pueda hacerlo, estaré ciego o habré muerto.

> «Querido Xavier: Me desvivo aguardando impacientemente a mis queridos viajeros. Me diste el mayor placer al decirme en tu última que dejarían de ir a París para quedarse más tiempo conmigo. Aquí se hallarán muy a gusto y, si tú vienes en verano, mi dicha será colmada.
>
> »El sábado estuve en casa de Galos y recibí las dos mesadas remitidas. Dispongo además de la otra letra de 979 francos. En cuanto mandes el siguiente par de mesadas, pienso invertir la renta, hasta 12.000 reales anuales, en una finca para Marianito y sus descendientes. ¿Qué te parece la idea?
>
> »Me hallo mucho mejor y espero quedar tan entero como lo estaba antes del insulto. La mejoría se debe a la valeriana en polvo; pero el remedio más eficaz de todos mis males será la visita de mis amados viajeros. Ellos me ayudarán a reponerme por completo. Adiós, hijo mío, te quiere mucho…».

Varias veces releo mi propia carta, ahora con ayuda de la lupa. Aunque daría los ojos para que la nuera me trajese a Marianito y no vivo esperando su llegada, garrapateé la esquela a Xavier medio desatendido de lo escrito. Los relampagueos de la memoria me devolvían insistentemente a aquella primavera de 1796 o de 1797 y a la casa en la cuesta del cerro de Sanlúcar. Meses antes, allá por el tiempo cuando empezó a encamarse conmigo, había enviudado María Teresa. Fue a esconder el luto en Sanlúcar y allí me junté con ella, con el pretexto de pintarla otra vez de cuerpo entero, como antes lo acordáramos en Madrid. En realidad sobraban las pocas cautelas porque a cuchicheos y a espaldas mías, las espaldas de un sordo, la Corte entera nos decía amancebados. Josefa debió saberlo todo, aunque nunca me reprochara

nada. Calladamente imaginaría que el lance entre un labriego y una mujer de tan alta nobleza, veinte años más joven por añadidura, acabaría como el rosario de maitines: en un escándalo destinado a olvidarse tan pronto como María Teresa escogiese otro amante. En verdad así vino a suceder, aunque Josefa no adivinaría nunca que yo, el más viejo de los tres y el enfermo, las sobreviviría a ellas en este purgatorio.

Veo de nuevo la casa de María Teresa, a media ladera de la colina que lleva al pueblo, mientras la dibujo rápidamente en los cuadernos que sostiene el tablero. No me tiembla la mano, que hace diez días amaneció yerta y ahora traslada a todo correr las memorias al papel. (¡La valeriana me condenará a vivir un siglo, como al Ticiano, y a morirme pintando! *Vous êtes un gran homme, un peintre de la Chambre. On va vous soigner!*). Era media tarde y al pie de la ventana de la alcoba el Guadalquivir se deslizaba mar adentro entre los esteros. Camino de la puesta, volvíase el sol de un rojo anaranjado, que encendía las aguas bajo los gritos de las gaviotas. Por el río refulgente cruzaban las barcas de las parejas. Ellos remaban descamisados y ellas se protegían del reverbero con sombrillas floreadas y anchos sombreros de paja, adornados con uvas de vidrio. Hice el amor con María Teresa y ella volvió a sofocarme, al adivinarle los chillidos en los transportes, que la servidumbre escucharía sonriéndose detrás de la puerta. A veces y antes de que yo pudiese salir de la alcoba, después de vestirme, llamaba a la azafata con la campanilla y le pedía que cambiase las sábanas manchadas. Le pregunté cómo se atrevía a humillar de tal modo a aquella muchacha, y repuso mirándome a los ojos:

—Lo que yo no comprendo es por qué se presta ella a la humillación. Si esta gente son tan canallas como nosotros, ¿qué sentido tienen nuestras vidas y las suyas? Nos dormimos abrazados en la tarde deslumbrante. Yo desperté después de un sueño interminable, donde había visto al Príncipe de la Paz, sorprendentemente avejentado y mal vestido, jugando con unos niños en unos jardines que luego borró una tronada. María Teresa yacía aún desnuda, de bruces en la cama, la cabellera negrísima derramada por los hombros y las sábanas. Debió de diluviar mientras descansábamos, porque aún se aborrascaban los cielos detrás de los cristales mojados. Un fantástico arco iris atravesó el firmamento y los esteros. Vínose a nosotros por la ventana e iluminó la espalda de María Teresa con todas las luces del prisma. La desperté y le dije:

—Soñé que veía a Godoy en un parque, donde no estuve nunca. Él era muy viejo; pero le reconocí los rasgos, porque jamás olvidé un rostro. Sentado en un banco y vestido como un cesante, hablaba con otros ancianos

tan pobremente ataviados como él. A veces los niños se le acercaban y les prestaba el bastón, para que lo cabalgaran alrededor de un estanque. En una tempestad se me fundió el sueño. No lo comprendo; pero me temo que augure desdichas.

Acodada en la cama, las manos cruzadas debajo del mentón, María Teresa parecía traspasarme con los ojos. Perdíasele la mirada en el vacío, persiguiendo a un Godoy muy distinto del valido omnipotente de aquel entonces, en quien ella despreciaba el poder desmesurado, la satánica ambición y la rufianería que le llevó a saciarlos. El relato de mi sueño debió evocarle a un hombre abandonado y empobrecido, hundido en una desdicha tan increíble como lo fuera su antigua fortuna. Comprendí en aquel instante que la había perdido para siempre. Poco después ella se convertía en la barragana del mayor de los sátiros, el Príncipe de la Paz, quien irónicamente me distinguiría siempre con su afecto. En uno de mis *Caprichos* retraté a María Teresa, enlutada y volando por los aires en pie sobre tres monstruos acuclillados. En otro dibujo, que no me atreví a estampar, «Sueño de la Mentira y de la Inconsciencia», volví a retratarla con doble rostro, como Jano, abrazada a mí pero mirando a la vez a un desconocido, quien se acercaba reptando por los suelos. En primer término diseñé a una culebra, embobeciendo a una tortuga para devorarla. *Los Caprichos* se publicaron gracias a la venia de Godoy, quien probablemente no los comprendió nunca. Grabándolos me libré de mis celos, porque el arte fue siempre para mí la redención de la locura. Para entonces María Teresa se había cansado ya del Príncipe de la Paz y él no perseguía su cuerpo, sólo el despojo de su hacienda.

Llega Leocadia llevando a Rosarito de la mano y cierro en seguida mi cuaderno de borrones. Compartí mis celos con el prójimo; pero mis recuerdos son tan míos como la quietud de mi sordera. Me dice que Moratín vino a despedirse, porque mañana regresa a París. (Sin duda renunció a aguardar mi muerte y se marcha ahora, a un tiempo sosegado y de vacío, porque únicamente el entierro de los otros desterrados nos aviva la esperanza de ver de nuevo a España). Invitamos a Moratín a almorzar con nosotros olla madrileña y lechón. Acepta muy cumplido y hace grandes elogios de la cocina de Leocadia, con esta irritante discreción suya de hombre adamado. Comemos en la misma alcoba y yo lo hago con Rosarito en las rodillas, sirviéndonos de mesa el tablero. Mirando a Moratín, le pregunto de pronto:

—Leandro, ¿qué años tienes tú ahora?

—Voy a cumplir sesenta y ocho.

—Nadie lo adivinara. Parece usted casi veinte más joven —tercia Leocadia.

El hambre que pasaría últimamente en París le ha adelgazado y empalidecido, aunque él tuvo siempre esta color blanquecina y un punto sonrosada, propia de las caracolas y de las muchachas. Fue bibliotecario y amigo personal del Rey Intruso y tuvo que seguirle al destierro. José Bonaparte cedió casi entera su fortuna personal para crearles un fondo de pensiones a los afrancesados desvalidos. Ahora los Borbones decomisaron aquellos dineros. Un día se morirá en París y alguien tendrá que cederle parte de su propia sepultura. Él se convertirá en cenizas y su teatro en silencio. En este mundo de locos, nuestro destino personal es, sin duda, la raya en el agua.

—Yo también te haría medio siglo, si no te conociese desde los tiempos de nuestra tertulia en la Fonda de San Sebastián, donde te oí hablar de los enciclopedistas por primera vez. Medio siglo mal llevado, en verdad, pues de tenerlo aparentarías más años. Me gustaría pintarte otro retrato, para saber de cierto quién eres.

—¿Llegaste a saberlo tú mismo? —sonrió trinchando la carne, con aquellas manos adelgazadas y sensitivas, de una blancura semejante a la de las setas muy emboscadas.

—No. Lo cierto del caso es que nunca pude averiguarlo y cuanto más envejezco, más lo ignoro.

Vous êtes un gran homme, un peintre de la Chambre. Para los médicos todo estaba claro: yo era un antiguo pintor de Reyes, a quien daban valeriana en polvo para mantenerlo vivo. «Nos conocemos demasiado bien», le dije a Su Majestad la última vez que hablé con él. Lo cierto es que nadie se conoce, como reza el título de uno de mis caprichos: aquel baile de máscaras donde todo es falso, los seres, sus palabras y los mismos disfraces. El Rey reíase como una cotorra que remedase a los hombres. No obstante, se creía Saturno, devorando a nuestro pueblo. Por ahí erraba, porque yo también suponía ser Saturno y no podíamos convertirnos en el mismo monstruo. En Sanlúcar, cuando pinté aquel retrato suyo donde María Teresa llevaba dos anillos con nuestros nombres, me dijo ella: «Me inmortalizaste dos veces. Viviré eternamente en la memoria de las gentes, por haber sido tu querida y porque tú me hiciste este cuadro». Al menos esto creía leer entonces en sus labios, porque su voz ya no alcanzaba a sentirla. Al cabo de unos días era de Godoy, como antes fuera mía, con los mismos gritos que nunca pude oírle, aunque los profiriese en mis brazos, los mismos besos y los mismos mordiscos. Ahora

ella lleva más de veinte años vuelta cenizas y no sé qué habrá sido de su retrato con las dos sortijas. La Reina y el Príncipe de la Paz lo robaron, junto con todo lo suyo, después de su muerte.

—Precisamente para esto envejecemos y nos morimos —dice Moratín—: para olvidarnos de quién somos, si alguna vez lo supimos.

—Abuelo, ¿tú vas a morirte pronto? —me pregunta Rosarito en el regazo.

—¡Rosarito! ¿Cómo te atreves a decir estas barbaridades? —se enfurece Leocadia—. ¿Qué pensará de ti don Leandro?

—Don Leandro no piensa, señora —sonríe Moratín, hablando muy lentamente, como tiene por costumbre—. Don Leandro es un desterrado, como usted misma, por haber tenido la audacia de pensar.

—Déjala ya, Leocadia —tercio para atajar estas iras suyas, tan prontas y tan exasperantes—. La niña tampoco tiene la culpa de pensar libremente, en su inocencia. No pretenderás ser tú más que el Déspota. Anda, sírveme un poco de vino.

Me sirve y bebo; pero no resolvimos nada. Cada vez estoy menos seguro de saber quién soy y cada vez sospecho de forma más torturada que empiezo a ser otro. Llevo treinta y seis años sin oír una voz humana, incluida la mía, leyendo los labios ajenos para adivinar lo que me dicen. No obstante, con un sobresalto que a duras penas alcanzo a dominar, siento en este mismo instante y en mi interior las palabras de una mujer desconocida: «Jamás sabré quién pude haber sido, como no lo sabe ninguna mujer que no ha sido madre», me dice. «Para el caso también ignoro qué hago aquí contigo. Es todo como una pesadilla demasiado larga». Quisiera ahogar esta voz sin rostro; pero replica: «Me iré cuando me plazca. Al fin y al cabo, tanto da marcharme como permanecer a tu lado, porque toda relación entre nosotros fue siempre una insensatez». Luego calla y necesito unos instantes de sosiego, para habituarme a su silencio. Del trance me libran los gestos de Moratín, quien me habla buscándome los ojos.

—Para proseguir con nuestra triste exégesis de la vejez, debo confesarte una aventura mía, casi inimaginable, que me ocurrió en París poco antes del viaje a Burdeos. Paseaba a solas un domingo por la tarde por los jardines de las Tullerías, cuando me topé con el Príncipe de la Paz.

—¿Godoy? Lo creía muerto —dice Leocadia.

—Abuelito, ¿quién es el Príncipe de la Paz? —pregunta Rosarito, volviéndome la cabeza para que pueda verle los labios.

—El Príncipe de la Paz es el demonio —responde Leocadia.

—No seas insensata —la interrumpo—, ni hables de alguien en quien no crees. No veo ninguna razón para enseñarle a la niña a odiar en vano. Cuando ella sea mujer, nadie se acordará de Godoy. El Príncipe de la Paz, mariquita mía, es un hombre a quien tu abuelo conoció en España. Quiso tenerlo todo en este mundo, donde casi nada merece la pena; pero ahora sufre como nosotros, porque tiene que vivir lejos de Madrid y de su país.

—No parecía sufrir demasiado cuando tropecé con él —prosigue Moratín—. Se soleaba en un banco, cerca del estanque, chapurreando en muy mal francés con otros viejos. Luego resultaron una tertulia de cómicos y trapecistas retirados, quienes se juntaban allí todos los domingos. Entre ellos y sin sombra de ironía, porque nunca la tuvo, el Príncipe de la Paz se decía un antiguo payaso español. Algunos de aquellos ancianos iban a las Tullerías con sus nietos. Los niños mostraban un afecto instintivo por Godoy, al cual correspondía con creces. Trepábanle por las rodillas y le llevaban sus peonzas y pelotas para que les prestase el bastón de caña barnizada. Aunque lo había visto muchas veces, antes de la guerra, no alcanzaba a reconocerle entonces. Hay gente que envejece mal, a quienes los inviernos no sólo esfuminan, sino también desfiguran. Él era uno de ellos. El tiempo lo había corcovado y enflaquecido de tal modo que nada quedaba ya de su insolente apostura. Además, nunca lo imaginara tan modestamente vestido, con ropas mal planchadas y relucientes por el uso, zurcida la camisa en la pechera. Fue él quien se acercó cojeando, después de despedirse de sus amigos. Sonriendo, tendíame una mano temblorosa y manchada por los años. «Usted es Moratín, ¿verdad? Soy el Príncipe de la Paz».

—¿Qué más hubo, Leandro? ¿Qué más hubo? ¡En nombre del cielo, no te cortes ahora!

El corazón me golpea el pecho, como los batanes apalean el paño. Moratín vivió y relata aquel sueño mío en la lejana primavera de Sanlúcar. Este Godoy, carcomido por la vejez y la pobreza, es el mismo hombre a quien soñé hace más de treinta años. El hombre a quien María Teresa podría amar ahora, como me amó a mí cuando la sífilis me había dejado sordo, como amaba a los mendigos, a los leprosos, a los ciegos, a los huérfanos y a los desvalidos, como dejó todos sus bienes a los pobres, antes de que la Reina y el propio Godoy la despojasen después de muerta.

—¿Te sientes mal? ¿Por qué te agitas de este modo? —me preguntan a un tiempo Leocadia y Moratín, asombrados por mi rapto y mis voces de impaciencia.

—Estoy perfectamente. ¡Prosigue, Leandro! ¡Prosigue!

—No hay mucho que contar —se encoge de hombros—. Paseamos un buen rato por el jardín y Godoy habló casi siempre de sí mismo. Tenía un singular acento italiano, que se trajo de Roma donde según me dijo veló la agonía de la Reina María Luisa. Añadió que la Princesa de la Paz había muerto en Madrid, el año veinte, sin responder jamás a sus cartas. Su hija, Carlota, también se negaba a escribirle. «No quiere saber nada de mí, vivo ni muerto», repetía desapasionadamente como habituado a recordar aquella ingratitud. Él habita en un cuarto piso, cerca de las Tullerías, gracias a una modesta pensión del Gobierno francés. Fallecida la Princesa de la Paz casó con Pepita Tudó, para reconocer al hijo que tenía con ella. «En aquel cuarto piso», sonreíase, «aguardamos todos la muerte del Déspota, por otro nombre el Deseado. Creo que ahora vuelve a estar muy enfermo». Le dije que un pueblo que llamó Deseado a Fernando no tiene perdón de Dios. Asintió cabeceando en el crepúsculo: «No, no lo tiene, ni siquiera en el infierno». Iba a replicarle que España era el infierno, cuando bisbisó en voz muy baja: «Doy por bien empleada mi miseria actual, porque es la garantía de mi conciencia. Yo al menos no tuve la oportunidad de vivir aquella guerra, donde los españoles se vieron obligados a traicionar o a defender los derechos de un traidor, cometiendo toda suerte de atrocidades». Repliqué que yo había sido bibliotecario del Rey José, precisamente para servir a mi país. Sonrió sacudiendo la cabeza. «Allá usted, Moratín. Yo me congratulo de que el destino me forzase a inhibirme».

—Probablemente tenía razón —le interrumpo—. El dos de mayo del año ocho, cuando los mamelucos cargaron a caballo contra las mujeres, cuando los soldados franceses fusilaron a los hombres a racimos, aquellos de nosotros que no habíamos nacido para carniceros debimos abstenernos de colaborar con el invasor. Aquélla era una guerra, que irremediablemente íbamos a perder todos, fuese cual fuere su desenlace. Nuestra obligación se reducía a mantener incólume la dignidad personal; pero por desdicha la perdimos también con la contienda. El día en que Fernando VII, recién regresado a Madrid, me llamó a Palacio para decirme que absolvía mi pasado, sentí el mismo dolor que sufriera a la muerte de mis hijos. Hubiese preferido mil veces que me exhibiesen en una jaula, como al Empecinado, para ejecutarme después.

—El Rey no tiene derecho a absolver a nadie, porque nadie podrá perdonarle a un miserable como él su mayor pecado: el de haber nacido —dice Leocadia.

—Muy calderoniana está usted, señora mía —sonreía mordaz Moratín—. No sé cómo casará esta predestinación con su liberalismo.

—Abuelito, ¿qué es el liberalismo? —preguntó Rosarito.

Prefiero ignorar su demanda, pues de responderla debería decirle que el liberalismo español se reduce a esperar la muerte de un hombre, quien acaso nos sobreviva a todos menos a ella. Quizás lo comprenda por sí misma algún día, o acaso no llegue a entenderlo nunca, como le ocurrirá a la mayor parte de nuestros compatriotas. Así es hoy y así será probablemente pasado mañana, cuando nosotros seamos cenizas y el eterno Déspota haya cambiado de nombre, para reencarnarse con la misma ambición y la crueldad de siempre.

—Cuando fui a Zaragoza, después del primer sitio, vi en el camino los cadáveres de los guerrilleros desnudos y empalados en los árboles por los soldados de aquel Rey de quien tú fuiste bibliotecario y yo pintor circunstancial —le digo a Moratín—. Estaban por todos los campos, amputados y castrados a sablazos, con los ojos vacíos y comidos por los pájaros. Indudablemente Godoy tiene razón. Dichoso él quien pudo inhibirse, a la hora de aquellos horrores.

—¿Sabes tú lo que hicieron los nuestros? ¿Conoces sus atrocidades en la guerra?

—¡Claro que las conozco! —protestó enfurecido—. Ya te dije otra vez que a mi juicio todas aquellas matanzas fueron el mismo crimen. Ellos asesinaban con razón o sin ella. Los nuestros, lo mismo.

—No, no es lo mismo —replica con una exaltación muy insólita en él—. El prójimo más próximo, aquél con quien instintivamente tendemos a identificarnos en este laberinto, es el de nuestro país y el de nuestra habla. Se hace tan difícil absolverle como olvidarse de las culpas personales, porque también él es el objeto de nuestra conciencia individual…

—¿Quién puede hablar de conciencia hoy en día? ¿Quién, en verdad, cuando todos nos vendimos por un plato de lentejas?

—¡Por ejemplo, yo! —me interrumpe—. Podría perdonarles a los franceses aquellos muertos desnudos y profanados, como perdono a los cuervos que les devoraron los ojos. No puedo olvidar en cambio los crímenes de los míos, porque en cierto modo son mis propios crímenes. En Santa Cruz de Mudela, entre Valdepeñas y Despeñaperros, los caballistas de Castaños sorprendieron a doscientos franceses dormidos, en la noche del 4 al 5 de junio de 1808. Antes de matarlos al hacha y a la pica, las mujeres les desorejaron y les cortaron las partes, como antes lo hicieran en Lerma. Luego los

despedazaron a todos, uno a uno, y echaron sus restos a los puercos. En Cádiz, la cuna de nuestra Constitución y de nuestras inútiles libertades, diez mil prisioneros franceses se hacinaban en diez pontones donde difícilmente cabían mil. La disentería, la gangrena, el escorbuto, la fiebre tifoidea y por último el cólera los redujeron a seiscientos. Muchos se suicidaron y más enloquecieron. Cuando soplaban vientos mareros, el hedor de los pontones apestaba toda la ciudad.

—Discúlpeme usted, Leandro, pero voy a llevarme a la niña. Quiero ahorrarle estas barbaridades —interviene Leocadia.

—Pero, abuelita, si a mí me gusta mucho —protesta Rosarito—. Es como un cuento de hadas.

—Es un cuento de hadas, hija mía —insiste Moratín, mientras Leocadia lo mira en suspenso—. Todo esto ocurrió en un país muy distante y muy lejano, el nuestro, que al decir de tu abuelito no ha existido nunca. Algún día todos nosotros tendremos que inventarlo. Entre tanto debemos limitarnos a tener presente un pasado, que jamás debiera haber sido. Se cree que 16.000 soldados y oficiales franceses fueron deportados a la isla de Cabrera —prosigue, mirándome detenidamente para que no me pierda ninguna palabra en sus labios—. Un mallorquín debía avituallarles; pero se enriqueció vendiéndose las provisiones en Palma. En Cabrera, como en los Pontones de Cádiz, los cautivos morían de hambre, de cólera, de escorbuto, de gangrena y de fiebre tifoidea. Los mandos dieron orden de quemar los cadáveres, porque sus compañeros los desenterraban para devorarlos. Aunque yo catalogase en aquel tiempo los libros del Rey intruso, me siento responsable de estos horrores porque los cometieron y toleraron mis compatriotas. ¿Y todo esto, en nombre de quién? Pues, en nombre de Dios y del Deseado.

—Mientras, los otros empalaban a los campesinos vivos, para liberarlos del Santo Oficio, o los fusilaban en la montaña del Príncipe Pío, a mayor gloria de la razón. Los pueblos siempre justifican sus crímenes en nombre de la historia. La historia convierte luego en sarcasmo sus delitos y sacrificios. Cuando me quedé sordo y pasé dos años a las puertas de la muerte, descubrí en la soledad de mi silencio que en cada hombre habita un monstruo. Mucho después vería el principio de la tragedia en la Puerta del Sol, desde las ventanas de mi estudio, mientras la caballería egipcia cargaba a tiros y a espadazos contra gentes armadas de gritos y navajas. ¿Te paraste a pensar alguna vez, Leandro, en el espectáculo de una guerra vista por un sordo? No podía oír los gritos, los disparos, los relinchos y los cañonazos, que aquel día poblaban Madrid. En aquella quietud siniestra, que parecía rajarme el cráneo,

la batalla de la calle cobraba un aire distante e irreal, como si la vida se obstinase en plagiar las pesadillas de mi agonía. Quienes se mataban en silencio, un silencio tan interminable como el del insomnio, más parecían títeres que personas. Entonces comprendí que si un monstruo habitaba al hombre, este monstruo era siempre a su vez un muñeco.

—¿Entonces concebiste el cuadro de la carga en la Puerta del Sol, que luego pintarías para el Deseado? —pregunta sonriéndose.

—Entonces no concebí absolutamente nada. Me limité a percatarme de mi auténtica naturaleza de vampiro y de polichinela. Casi veinte años después compraría la Quinta del Sordo, para decorar los muros de la casa a mi imagen y semejanza: con monstruos que semejaban fantoches. Creía haber pintado mi confesión y mi contrición; pero acaso me equivocase.

—¿Por qué ibas a equivocarte?

—Porque tal vez pintase allí la entera historia de mi país, sin reparar en ello, como una vez lo dijo Leocadia.

—Quizás lo hiciste.

—Con la historia quise enfrentarme, sin embargo, la madrugada del tres de mayo, cuando fui a los desmontes del Príncipe Pío a esbozar aquella carnicería, acompañado de mi criado. A la luz de la luna, aplastados en tierra o mirando al cielo con los ojos muy abiertos, todos los muñecos estaban muertos. El monte entero olía a jara temprana, en aquella amanecida llena de perros y de cuervos hambrientos.

Se marcha Moratín, sin consentir que le escolte hasta la escalera. Nos despedimos en la misma alcoba y él me abraza y besa en ambos carrillos, como si fuésemos franceses. Por un instante trato de orillar el presentimiento de que nunca más volveremos a vernos. Se va precedido por Leocadia, quien le acompaña hasta la escalera, y yo me derrumbo en la poltrona con Rosarito en las rodillas. Calla la niña y me contempla, suspensa, con sus grandes ojos oscuros, muy fijos en los míos.

—Abuelito —me dice al cabo—, si los hombres son muñecos, ¿quién juega con ellos?

—El tiempo, mariquita mía, el tiempo que todo lo devora, como los ratones y las carcomas. Sólo tú permanecerás para siempre, como una flor eterna, en medio del universo y debajo de las estrellas.

—El Esqueleto Viviente me dijo en el circo que algún día enseñaría dibujo a una Reina.

—Debe de ser cierto, mariquita, porque él hablaba todos los idiomas.

«La niña será profesora de arte de una soberana, maestro», me repetía Claude Ambroise Lurat, en un rincón de su tienda en la *rue* du Manège. «Lo será probablemente porque usía la ha prohijado. Una tarde, camino del Palacio Real, se ha de tropezar con un motín o una algarada. A todo correr regresará a casa, para morir de miedo unos días más tarde. Tendrá para entonces veintiséis años recién cumplidos. No se enfade conmigo, maestro, *je vous en prie*. Yo me limito a leer las cartas boca arriba». Rosarito se adormece en mi regazo. Asómase Leocadia por la puerta entreabierta y le hago señas impacientes, para que no la despierte y nos deje solos. Se va y cierra despaciosa. Le hice un dibujo al Esqueleto Viviente, apoyado en un bambú y con un gorro de cocinero en la cabezuela pelona. Desnudo, salvo por un mandil que le ocultaba las vergüenzas, parecía una momia hervida y descarnada. Bajo la piel blancuzca, surgían todos sus huesos y choquezuelas. Era menudo y jorobeta de pecho; pero la delgadez lo afilaba como una sombra. Me dijo haber nacido en Narbona y ser hijo del Conde de Saint Germain, aquel que no para nunca dos días en la misma ciudad, y a quien atribuyen seis siglos de vida. El Esqueleto jamás aprendió a escribir y sólo leía las cartas; pero chapurreaba todas las lenguas, como si hubiese descendido el pentecostés llameante sobre su gorro de marmitón.

«Usía me perdone lo que dije sobre la niña. No puedo retractarme, aunque debí callar. En prueba de mi buena voluntad, barajo gratis y usía lee en mis labios su buenaventura». Le pregunté riendo qué porvenir podía aguardar un viejo de mi edad y Claude Ambroise Lurat se encogió de hombros. «Uno nunca sabe, porque la única verdad está en los naipes. Mi padre putativo, el carbonero Lurat, de Narbona, no creía en la baraja y murió sin enterarse de que mi madre me había concebido con el Conde de Saint Germain, mientras él apaleaba el torrefacto. Mi madre me lo contó todo el día de mi primera comunión, cuando me enseñó a echar las cartas. Ella podía precisar el día y la hora de cualquier *évenèment* futuro, si el año en que caía era bisiesto. Yo no soy tan bueno; pero en el circo me defiendo. Sentémonos, maestro, y ahora mismo le digo la buenaventura, *bien entendu que pour rien, absolument pour rien*». Fue entonces cuando manifestó ver en las cartas a un hombre y a una mujer que aún no existían. El hombre se esforzaba en escribir un libro sobre mí mismo y el Esqueleto Viviente parecía muy turbado por aquellos mensajes. «Déme diez *sous*, maestro, para beberme un dedal de borgoña».

Hace diez días le dije a Moratín que España no existía y era sólo uno de mis *Disparates*, puesto en pie en el fondo de la noche de la historia. Inmediatamente sentí que aquellas palabras no eran del todo mías. En las

trastiendas de la sordera y con los oídos del espíritu, creí saberlas pronunciadas por un hombre a la vez muy distinto y muy parecido a mí, acaso en un siglo que aún no era. Me pregunto ahora si aquel desconocido será el mismo que el Esqueleto Viviente vio en las cartas, como el Príncipe de la Paz, a quien yo soñé en Sanlúcar hace treinta y dos o treinta y tres años, acaeció ser el mismo Godoy, anciano ahora y con la pechera zurcida, con quien Moratín se topó un domingo de este invierno en los jardines de Las Tullerías. («Usted es Moratín, ¿verdad? Soy el Príncipe de la Paz»). Tal vez en otro tiempo y en otro mundo, porque cada época es un universo tan desemejante de la anterior como pueda serlo la luna de la tierra, un hombre me aguarde y me tienda la mano en el vacío, para decirme: «Yo soy quien usted ha sido».

Para distraer a Rosarito, le dibujé hace unos días mi caricatura: un viejo chepa, todo melenas y barbazas, saliendo de la sombra apoyado en dos bastones. «¿Qué dices en el dibujo?» inquirió la mariquita, y yo escribí en un ángulo: «Aún aprendo». Luego empecé a preguntarme qué aprendería y llegué a la conclusión de que toda mi vida de pintor no fuera sino una búsqueda de mí mismo, un torpe intento siempre fracasado de relatar mi entera existencia en mi arte. Pensé entonces en el hombre que, al decir de la baraja, se esforzaba en escribir mi biografía. ¿Se perseguiría también a sí propio, mientras creía descubrirme poco a poco en mis cuadros?

Diez años atrás pinté los muros de la Quinta del Sordo. Allí, detrás del puente de Segovia, supuse encerrarme para siempre entre mis frescos y mis cuadros. Llevaba aquéllos bien mediados, cuando conocí a Leocadia no recuerdo en casa de quién. Resultó ser de familia aragonesa de los Monegros y aun lejana pariente mía. Había casado muy joven con cierto Isidro Weiss, hijo de un relojero bávaro y judío, que la abandonó con dos hijos recién destetados, vueltos ya entonces hombre y mujer. Era tan leída como liberal y anduvo mezclada en las conspiraciones de Mina, de Porlier, de Lacy y a la postre en la de Riego, que aquel año impusiera a Fernando VII la Constitución de 1812. De la política y sus conjuras sólo había heredado deudas, quebrantos y temas de largas tiradas acerca de las intrigas cocidas en el Café Lorencini o en la Fontana de Oro. «Véngase a vivir conmigo, a mi casa en la vega del Manzanares», le dije un día en la Cruz de Malta. «Soy viejo y me abandoné entre mis pinturas y mis criados. Necesito un ama de llaves y alguien a quien hablar, aunque no pueda oír su voz ni la mía». Me siguió y la pinté a la entrada de la casa, recogida en sí propia, un codo en un peñascal y cubierta con un velo, entre frailes sordos y ululantes, reyes decapitados, aquelarres, romerías de monstruos, Parcas, perros sepultados,

borrachos, caballos fantasmas, riñas a palos, cuchillos, espejismos, calaveras, brujos voladores, ciegos, locos, hechiceras, fantasmas, idiotas y masturbadores. Cuando concluí le pregunté su parecer a Leocadia. Esperaba que me dijese ser la casa mi autorretrato; pero sorprendentemente replicó: «Todo esto, claro está, es nuestro país visto desde dentro: el corazón ardiente de un volcán». Argüí haberme equivocado entonces, puesto que yo quise pintar en aquellos muros mis propias pesadillas y el infierno que me habitaba. Asintió Leocadia con un gesto. «Los dos venimos a decir lo mismo, ¿no es cierto? Contar la historia de esta España nuestra equivale a confesarse los delitos ocultos».

La niña se ha dormido en mis brazos y yo me sorprendo cabeceando. En el duermevela de este sesteo, me hablan los labios de María Teresa y del Esqueleto Viviente. «Si esta gente son tan canallas como nosotros, ¿qué sentido tienen nuestras vidas y las suyas?». Y luego: «En estos puntos no le veo a usía sino a otro hombre, cuyo nombre desconozco porque acaso no haya nacido. Lo percibo confusamente, acompañado de una mujer, en una casa junto a un río, que rueda en un cauce de piedras muy blancas. Ni el hombre ni la mujer existen aún; pero, en los naipes, él se esfuerza en escribir un libro sobre su señoría»… El sueño es un río, que me lleva poco a poco al centro de la tierra. Me sé dormido y me siento otro. Estoy sentado en el último de tres peldaños de piedra, al pie de la puerta de un molino. Pero casi no puedo reconocerme, aunque muy adentro del alma descubro mi propio ser, oculto en un hombre distinto. La casa y el paisaje son nuevos a mis ojos o al menos juraría no haberlos visto nunca. Los muros del molino, de grandes piedras enmarillecidas por el tiempo, se doran al sol de un cielo de invierno. Cerca discurrirá un arroyo, cuyo rumor se repite en mis oídos, como si el sueño me librara de la sordera. La puerta es de roble hendido y tiznado por un rayo, que torció la aldabilla y el cerrojo. Frente a mí se extiende un chopal, deshojado, con grandes muelas de piedra medio hundidas entre matojos. En mi interior siento otra vez las palabras de aquella desconocida. «Jamás sabré quién pude haber sido, como no lo sabe ninguna mujer que no ha sido madre. Para el caso también ignoro qué hago aquí contigo». De nuevo intento acallarla en mis entrañas, como lo hice antes, mientras hablaba con Leocadia y Moratín. «Me iré cuando me plazca. Al fin y al cabo, tanto da marcharme como permanecer a tu lado, porque toda relación entre nosotros fue siempre una insensatez». Luego advierto su presencia junto a mí y su voz ya no suena ahora en mi conciencia, sino en mis oídos. Distintamente me dice:

—Si en verdad quieres escribir el libro, huyamos hoy mismo. Vámonos donde tú digas y yo te seguiré, si así lo deseas. ¡Pero huyamos de aquí en seguida, antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros!

Los Monstruos

La Duquesa de Alba

María del Pilar Teresa Cayetana Manuela Margarita Leonor Sebastiana Bárbara Ana Joaquina Josefa Francisca de Paula Xaviera Francisca de Asís Francisca de Borja Francisca de Sales Andrea Abelina Sinforosa Benita Bernarda Petronila de Alcántara Dominga Micaela Rafaela Gabriela Venancia Antonia Fernanda Bibiana Vicenta y Catalina, hija legítima del legítimo matrimonio de Don Fernando Francisco de Paula de Silva y Álvarez de Toledo y Portugal, Duque de Huesear, Conde de Oropesa, Alcaudete, Belbis, Deleitosa de Morente y de Fuentes, Marqués de la ciudad de Coria, de las villas de Héliche, Tarazona, Jarandilla, Flechilla y Villarramiel y de Doña María Ana de Silva Sarmiento y de Sotomayor, nació el 10 de junio de 1762, fiesta del Corpus Christi, en el caserón de sus padres, los Duques de Huéscar, sito en la esquina de las madrileñas calles del Duque de Alba y de los Estudios: pleno corazón de la manolería, al decir de Joaquín Ezquerra del Bayo, futuro biógrafo de la recién parida a dos siglos vista.

Es fama que María Teresa (Cayetana no se dijo nunca a sí misma en los cuarenta años de su paso por la tierra) vino al mundo con mucha y muy poblada cabellera, del mismo tono entre azulado y negrísimo que luego realzaría su blanca belleza. Lo cierto es que la cristianizaron, en la alcoba de sus padres, por dispensa especial que no consta en acta, puesto que el Arzobispo de Toledo había ordenado que no se diesen las aguas bautismales fuera de las iglesias, salvo en casos de fuerza mayor, cuando se temiese por las vidas de las criaturas. Fue su padrino el confesor de los Duques de Huéscar y actuaron de testigos Don Miguel de Bujanda, secretario de Don Fernando de Silva; Don Ignacio de Ahedo, teniente de canciller mayor de las Indias, y Don Blas Carranza y Cornejo, archivero del abuelo, el Duque de Alba. Por vía paterna, María Teresa era nieta de Don Manuel José de Silva, hijo segundo de los Duques del Infantado y de Doña María Teresa Álvarez de Toledo, undécima Duquesa de Alba, quien compartiría el título con su esposo, según lo convenido en las arras matrimoniales. La madre, Doña María Ana de

Silva Sarmiento y Sotomayor, era hija de Don Pedro Artal, octavo Marqués de Santa Cruz y del Viso, y de Doña María Cayetana, Condesa de Pie de Concha y Marquesa de Arcicóllar.

No educaron a María Teresa las Ursulinas ni tampoco las Salesas Reales. Su abuelo, el Duque de Alba, había sostenido larga correspondencia con Rousseau. Admiraba *L'Emile* y debatía por carta con el ginebrino acerca de botánica. Doña María Ana de Silva pintaba, escribía dramas y versos, traducía y hablaba diversos idiomas. En los muros de la casa admirábase una prodigiosa colección particular, donde se contaba un Rafael, un Corregio y *La Venus del Espejo*, de Velázquez. Inevitablemente los aires populares de la calle, entre Lavapiés y el Rastro, entrarían también en este feudo de nobles muy cultos y tan libres de pensamiento como de costumbres. En fin de cuentas, y en esta época, la aristocracia empieza a imitar al pueblo, como bien lo precisa Ortega. Los pares del Duque destierran sus pelucas y péinanse con largas coletas como los toreros, para desesperación de Jovellanos. Pronto empedrarán el castellano de giros arrabaleros, que no alcanzan al arcaizante lenguaje de América. A la vuelta de otra generación, cuando María Teresa sea ya mujer y Duquesa de Alba, nadie sabrá si *La Maja Desnuda* es su retrato de chispera en cueros o el desnudo de una manola, disfrazada con la imagen desvestida de María Teresa de Silva, Duquesa de Alba y de Huéscar.

Don Fernando Francisco de Paula de Silva y Álvarez de Toledo muere de muerte imprevista el jueves, 26 de abril de 1770, al séptimo día de asaltarle un «tabardillo dolor de costado en la casa o palacio del Barquillo, que su padre acababa de comprar», según reza la partida de defunción. María Teresa tiene entonces ocho años y la gente se hace ya lenguas de su hermosura y de su atrevida listeza. Su madre, Doña María Ana, consuela la viudez amancebándose con el Marqués de Mora, amante a su vez de *mademoiselle* de Lespinasse y de la comedianta Mariquita Ladvenant, de quien tuvo cuatro hijos. Pese a su rijosa juventud, el marquesito había sido recomendado por D'Alambert al mismísimo Voltaire y tres o cuatro veces al año peregrinaba a Château-Ferney, para besar las manos del maestro. Murió tísico y echando sangre en Burdeos y en otoño de 1773. Doña María Ana desposóse entonces con el Conde de Fuentes, padre viudo del Marqués de Mora y hombre de figura larga, derecha y silenciosa, según lo describía el embajador francés Ossun. María Teresa habíase prometido entre tanto al undécimo Marqués de Villafranca, Don José Álvarez de Toledo Ossorio Pérez de Guzmán el Bueno. Se dio así la insólita circunstancia de que el mismo día, 15 de enero de 1775, madre e hija contrajesen nupcias en la madrileña capilla de San José.

María Teresa cuenta apenas trece años en el día de sus bodas. El Marqués de Villafranca frisa los diecinueve. Veinte después Goya nos dejará su retrato, reclinado sobre el canto de una mesa y en las manos la partitura de cuatro canciones de Joseph Haydn. El Marqués es para entonces Duque consorte de Alba y aparenta diez otoños más de sus treinta y nueve. Se le encenizó prematuramente la melena y el pelo le relea en lo alto de la frente. Tiene la mirada triste y el gesto circunspecto de los consentidos muy resignados. Bajo los ojos oscuros y las largas cejas se adelgazan nariz y mejillas. Los labios, no obstante, son chicos y sensuales, aunque empalidecidos. Dentro de un año estará muerto y probablemente lo presiente ahora, sin desasosiego. Unido a una mujer del todo distinta a él, con la que no puede tener hijos, este solitario rehúye el trato humano y se refugia en su única pasión: la música. Haydn le manda desde Viena cuartetos para violín, violoncelo, viola y piano. Por mutuo acuerdo suprimen los oboes, trompas y otros instrumentos de viento, de los cuales no gustan en exceso ninguno de los dos.

Al año de las bodas fallecen el Conde de Fuentes y el viejo Duque de Alba, abuelo paterno de María Teresa. Por deseo del finado, su bufoncillo ocupa un puesto de honor en las exequias y luce en el pecho las condecoraciones más preciadas del difunto. La Villa y Corte se excandece; pero María Teresa admirará siempre el excéntrico señorío del anciano. Muy pronto, apenas entrada en la adolescencia, dará ella misma mayores campanadas. «En 1788», escribe Godoy en sus memorias de desterrado, «las Duquesas de Alba y de Osuna se disputaban la posesión de Joaquín Rodríguez (*Costillares*) y de Pedro Romero, los primeros matadores de toros de la época. No se hablaba más que de este innoble libertinaje. Se contaban sus episodios, los rasgos de pasión y las generosidades de cada rival». Al cabo, con la hipocresía o el cinismo de un amante despechado, concluye el viejo fauno, encogiéndose de hombros: «Pero aquella inmoralidad no escandalizaba a nadie».

Costillares es el favorito de la Duquesa de los ojos grises, la de Osuna. Sevillano, inventa el volapié y la verónica. El torero majo priva entre las damas, que se sueñan castañeras picadas como las de Don Ramón de la Cruz. En vano Jovellanos quisiera prohibir la fiesta nacional, «aquel bárbaro divertimiento». En 1805, después de maduras reflexiones en el Consejo de Castilla, Godoy creerá haber terminado con «las corridas de toros y novillos de muerte». Concluida la guerra, Fernando VII las restablece a su vuelta. «Concediéronse como en cambio de las libertades y de todos los derechos que el pueblo heroico de España había ganado con su sangre», escribe Godoy al

recordarlo. «No se dio pan a nadie; pero se dieron toros… ¡Las desdichadas plebes se creyeron bien pagadas!». Casi medio siglo antes, Tomás de Iriarte, el poeta en plaza de la Duquesa de Osuna, laméntase contrariado: «Vivimos ahora entre costillaristas y romeristas. No se oye otra conversación desde que nos levantamos por la mañana hasta que nos acostamos para dormir». María Teresa dispensa sus gracias a los hermanos Romero, Pedro y José. A los dos los retrata Goya, antes de seguirlos por las mismas sábanas. Pedro Romero, el creador de la escuela rondeña, mató más de cinco mil toros sin ser cogido. En su retrato, que es por cierto uno de los mejores de Goya, nos contempla un hombre de aladares entrecanos y rasgos estilizados, con esta instintiva distinción que sólo tiene a veces el pueblo más bajo. Sus ojos traslucen una inteligente e indefinible tristeza: la de un matemático ante la raíz cuadrada de las tinieblas, o la de un cirujano en busca del alma.

María Teresa, aquella mujer nacida en el corazón de la manolería, no se limita a rivalizar con la Duquesa de Osuna. Las circunstancias la llevan a medirse con la propia Reina, quien le profesará siempre un rencor feroz. Cuando María Luisa es aún Princesa de Asturias, comparten el mismo amante: un apuesto y tontiloco militar, Juan Pignatelli, hijo del Conde de Fuentes, el padrastro de la de Alba. Jactancioso e indiscreto, Pignatelli trueca con María Teresa una cajita de oro, adornada de brillantes y regalo de María Luisa, por una sortija de su hermanastra. El fatuo muestra luego el anillo a la Princesa, quien se lo arrebata airada. A poco y en un besamanos, María Luisa tiende a la Duquesa la mano guarnecida por aquella joya. María Teresa entrega entonces el estuche de oro a su peinador francés, quien también lo es de la Princesa, para que lo lleve a Palacio colmado de afeites, cuando vaya a embellecer a María Luisa.

Carlos III fallece al cabo de una larga agonía, en cuyas horas interminables a veces no halla a nadie que le dé un bol de caldo caliente, en aquella Corte donde la eficiencia se limita al ceremonial, como luego se reducirá a la intriga. Pasados los meses de luto riguroso, la nueva Reina encarga los últimos modelos de los modistos de París. María Teresa se los copia y pasea a sus doncellas por el Prado, en carroza abierta, ataviadas con idénticas ropas, tocados y manguitos. Poco después un inesperado incendio abrasa el palacio que los Duques de Alba levantaron en la calle de Alcalá. María Teresa se ríe en un baile, cuando le piden su parecer sobre lo ocurrido. «La próxima vez me quemaré yo misma la casa. No quiero dejarles a otros el placer de destruirla a su antojo».

Diagnósticos póstumos, a siglo y medio de su muerte, la dicen yerma y por añadidura frígida. De su alto busto, demasiado opulento para su talla, se deduce ahora algún disturbio endocrino. Se da a los hombres como si se buscase en ellos ciegamente. Otra mujer, Antonina Vallentin, afirma que la voluptuosidad es inseparable de la compasión en María Teresa. Un angustioso sentido de la justicia se entrevera en ella con la carne y la misericordia. Protege a los animales indefensos, a los viejos, a los tullidos, a los locos, a los mendigos y a los miserables. Los demás, desde los Reyes a sus propios sirvientes, pasando por sí propia, son para María Teresa la auténtica canalla. En Sanlúcar sienta a su mesa a Goya, su amante sordo, revejecido y atrabiliario, junto al sepulturero y al bobo del lugar. Recoge en su casa al hermano Basilio, un fraile ancianísimo, renco y tartamudo, cuya candidez incita las burlas de los lacayos y las doncellas, para regocijo de los invitados. Se encrespa María Teresa: «¡Esta chusma me hará creer que el hermano Basilio y yo somos los únicos seres decentes!». Refiriéndose concretamente a los domésticos, le dice al Duque, atemorizado por su cólera: «¡Taifa ésta capaz de persuadirme que hasta nosotros somos mejores que ellos!». Goya la retrata de cuerpo entero en 1795. En pie en un arenal o una playa, la Duquesa señala con el índice la respetuosa firma del pintor, trazada en la tierra con un palitroque: «A la Duquesa de Alba, Fr. Goya». Sigue el año en cifras bien visibles. María Teresa viste de blanco, con lazos rojos al pecho y en la cabellera. Rojos son también su collar de dos vueltas y la ancha faja que la ciñe. Si antes disfrazaba a sus doncellas con los modelos de la Reina, ahora se compone ella misma como su perro de aguas. A sus pies y junto al nombre del pintor, la bestezuela lleva un torzal en la pata del color de las cintas de su señora. En 1797, muerto ya el Duque, Goya vuelve a pintarla en Sanlúcar. Son queridos ahora y el cuadro entero vocea sus amores. En la diestra lleva la Duquesa una alianza y un anillo, en aquélla léese *Goya* y en éste *Alba*. Para que nadie se llame a engaño, otra inscripción en grandes letras invertidas reza también en tierra, cabe los zapatitos plateados de María Teresa: «Sólo Goya». Como si el tiempo no concerniese a los amantes, la fecha aparece en guarismos más chicos, de cara al espectador y casi huida por el borde del lienzo. De nuevo la Duquesa apunta con el dedo el nombre del hombre que cree su dueño. «Sólo Goya». Dijérase que la propia María Teresa lo testimonia en la arena, para que el sordo no pueda dudarlo. De su estancia en Sanlúcar, tráese también Goya algunos apuntes. En un carboncillo la amada se desmelena frente al espejo, en un arrebato de ira infantil y ante la mirada mordaz de su enamorado. «Se arranca los pelos y patalea porque el cura

Picurris le ha dicho que estaba pálida». En otro la de Alba sestea vestida y de espaldas, mientras una sirvienta retira un orinal de debajo la cama. Por último, con los brazos abiertos y de espaldas a un toro bravo, cita al bruto despreocupada. La res la contempla inmóvil y entristecida, como si no alcanzase a creerla cierta.

A veces los celos se trasvinan en el cuaderno de Sanlúcar. La Duquesa se ha desmayado o fingió desfallecer en el borde de un murete. Dos doncellas se prestan al juego, le abren el corpiño y la abanican con la mano. Un majo la sostiene por los hombros y le mira el pecho, mientras ella le abraza el delgado talle de banderillero. En un talud dormita un embozado con tricornio y junto a él se sienta María Teresa. Delicadamente se ajusta la mantilla a la cintura y espía al hombre de soslayo. Un petimetre acosa a la de Alba con sus requiebros. Al pie se pregunta Goya: «¿Quién más rendido?» para responderse: «Ninguno de los dos. Él no es más que un charlatán del amor que dice las mismas cosas a cada mujer y, en cuanto a ella, sólo piensa en las cinco citas que ha dado entre las ocho y las nueve y en que son ya las siete y media». Las horas menguan también para Goya en la inconstancia de la Duquesa. Cuando regresa a Madrid, ensimismado en su silencio de sordo y con la carpeta de apuntes debajo del brazo, su *affaire d'amour à la mode canaille* ha concluido tormentosamente. María Teresa se convierte en la querida de Godoy y Goya denuncia su ligereza en esbozo y caprichos. «Tal para Cual», «Ni así la Distingue», «Dios la Perdone», «Bellos Consejos», «Tres Toreros levantan los Cascos de la Duquesa de Alba, que pierde por Fin la Chaveta por su Veleidad», «Sueño de la Mentira y de la Inconstancia». Luego los antiguos amantes ajustan una tregua y conciertan una buena amistad. Camino de un baile, la de Alba comparece una tarde en el estudio de Goya y le pide que le pinte el rostro para disfrazarla. Goya accede al juego y a juzgar por una carta suya a Zapater, única confidencia de aquellos amores, gózanse de nuevo en recuerdo de los viejos tiempos. En 1798, cuando él trabaja en los frescos de San Antonio de la Florida, María Teresa recala inesperadamente por allí una mañana. «¡Goya! ¡Goya!» le grita riéndose, sin que él pueda oírla ni distinguirle los labios desde lo alto del andamio. «¡Pintaste en esta cúpula a todas las putas de Madrid, para celebrar un milagro del santo!».

Otro *affaire beaucoup plus canaille,* el de María Teresa y Godoy, concluye en el rencor más enconado. Él la aborrecerá como acaso no odiara nunca a nadie, ni a Fernando VII ni a los hombres que otro día lo arrastrarán entre palos y navajazos por las calles de Aranjuez. En abril de 1800 la Reina,

siempre celosa, escribe a Godoy: «La de Alba se despidió esta tarde de nosotros; comió con el general Cornel y se fue: está hecha una piltrafa; creo que no te sucedería ahora lo de antes, y también creo que estás bien arrepentido de ello». El 5 de septiembre de aquel año Godoy proclama bien alto su ira y su saña, en una carta a la Soberana. «La de Alba y todos sus partidarios deberían ser sepultados en un vasto abismo. Cornel, que, desde sus amores con la de Alba, ha tomado partido, no debería existir». El teniente general Antonio de Cornel y Ferraz será el último amante de María Teresa. Aragonés como Goya, caballero de la Orden de Santiago, cincuentón y muy leído, mantiene una apuesta estampa, a pesar de sus años. Su leyenda le precede y encandila a las mujeres. Dícese que se mantuvo soltero para cumplir un juramento de celibato realizado veintidós años antes, cuando su prometida pereció abrasada en el incendio del Teatro de Zaragoza. Ha sido ayudante del Conde de Aranda y en la campaña del Rosellón ascendió a mariscal de campo, para celebrar la guerra de los pueblos franceses, después de violadas sus mujeres por los devotos soldados catalanes. Caído circunstancialmente Godoy en la tormentosa primavera de 1798, Saavedra lo sustituye en la Presidencia del Consejo de Castilla, Urquijo, íntimo amigo de Cornel, hereda del propio Saavedra su puesto en Hacienda. Cuando Urquijo pase a gobernar, hará a Cornel su ministro de la Guerra. En diciembre de 1800, Pedro de Cevallos, mandadero político de Godoy, asume el poder. Urquijo y Cornel dan con sus huesos en la cárcel. El Príncipe de la Paz no olvida una venganza, aunque a la postre y en sus memorias perdone a todos sus enemigos, a excepción hecha de la Duquesa de Alba.

Súbita e inesperadamente una muerte escondida se lleva a María Teresa. Ya inconsciente, le administran los Santos Sacramentos y fallece a las dos de la tarde del 23 de julio de 1802. Por deseo expreso de la difunta, la entierran sin pompa y de noche en el Oratorio de los Padres Misioneros del Salvador. El 6 de agosto abren su testamento, en presencia de sus hermanos políticos el Marqués de Villafranca y el Conde de Miranda. Lega su inmensa fortuna a los servidores y a los pobres, sin olvidarse de su gracioso Benito, que recibe una pensión vitalicia con un albacea para administrársela. Una manda aparte es para el hijo de Don Francisco de Goya Lucientes.

Los mentideros de Madrid repiten el rumor de que la Duquesa de Alba ha sido envenenada por Godoy y por María Luisa. El 25 de julio, víspera del entierro de María Teresa, los fiscales del Consejo de Hacienda inventarían sus bienes con el pretexto de una demanda interpuesta contra ella, por demora en el pago de impuestos sobre su estado de Oropesa. Se llevan las alhajas, las

tasan y luego la Reina se exhibe con aquellas joyas. Una orden del Rey al propio Godoy exige el registro y el comiso de los documentos de María Teresa, amparándose en burdas razones. «El alcalde, a quien fue la causa contra los sospechosos en la herencia, ha podido averiguar que por criados desleales se habían sustraído papeles de la caja de la Duquesa, en el momento en que expiró». Godoy aprovecha el proceso para hacerse con cuanto la Reina desechara, incluida *La Venus del Espejo*, de Velázquez, junto con todos los otros cuadros de María Teresa. Los mendigos, los criados, el hijo de Don Francisco de Goya Lucientes y el bufón Benito no verán jamás parte alguna de cuanto legítimamente les corresponde.

Secuestrados los bienes del Príncipe de la Paz, en 1808 y después de la revuelta de Aranjuez, sus lienzos pasan al almacén de Cristales y se inventarían las obras de arte de su propiedad. La entrada 122, publicada en 1919 por Aureliano de Beruete, describe: «Dos cuadros de cinco pies y cuatro dedos de alto por seis pies y diez dedos de ancho, representa uno una Venus desnuda sobre el lecho, otro una maja vestida, autor Francisco de Goya».

25 de octubre de 1975

Marina encontró a Sandro sentado en los peldaños al pie del molino, con los codos hundidos en los hinojos y las manos cruzadas debajo del mentón.

—Volvió a agravarse —dijo en tono indiferente y sin mirarle—. Al mediodía oyó misa y recibió la extremaunción del capellán del Palacio. Quizás haya fallecido.

Callaba Sandro, absorto e inmóvil. Perdido el encaro entre las muelas de la arboleda, no parecía percatarse de su presencia. Marina pensó en un hombre, irónicamente vuelto de sal mientras miraba hacia adelante, más allá de los árboles y de los zarzales al borde de la ribera.

—¿A quién extremaunciaron? —preguntó de pronto, contemplándola suspenso—. ¿De qué viniste a hablarme?

Ella no repuso. Desapareció el único rayo de sol que cruzaba el chopal, y la luz de otoño agrisó el aire entre el cuarzo y la pizarra. Observando a Sandro, Marina se dijo que ambos tendrían la misma edad; pero él parecía llevarle veinte años. Antes de otros cinco, diez a lo sumo, presentía haberle sobrevivido. Toda su vida consciente, «si una mujer española pudo haber tenido jamás vida consciente», como apostillaría el propio Sandro, transcurrió entreverada con la de aquel hombre, si bien a veces y de una forma guadianesa los separaran otros cónyuges y el plazo de una generación cumplida. No obstante, habría bastado un mínimo retoque en el destino de cualquiera de los dos, o para el caso una circunstancia ajena a ambos como la inexistencia de R., para que sus suertes fueran recíprocamente ajenas una de la otra. Ahora, pese a sus propias protestas y al hastío que le inspiraba la embriaguez de Sandro, sabía de fijo que nunca lo abandonaría, como él no llegaría a concluir el libro sobre Goya. Hubiese jurado cualquiera de aquellas hipotéticas realidades con idéntica certeza. Se repitió calladamente, como lo hizo antes tantas veces, que ambos eran por igual estériles: dos seres ateridos y perdidos a la orilla del torrente de la vida, que jamás alcanzarían con los dedos. Fue R. quien había moldeado su común destino, a semblanza de un propósito desconocido para ella y para Sandro. R. los presentó junto al minúsculo estanque de los nenúfares. R. les procuró la alcoba de sus primeras citas y el lugar donde abortara al único hijo que Marina habría podido tener.
R. volvió a reunirlos, casi treinta años después y en su casa vivían ahora, aunque Sandro le prometiese que para entonces se hallarían en los Estados Unidos. A través de R. obtuvo Sandro el contrato para la vida de Goya, y aun

la beca de «aquella fundación que llevaba el nombre del primer pirata del Mediterráneo».

—Si en verdad quieres escribir el libro, huyamos de aquí hoy mismo —sorprendióse exclamando en voz alta—. Vámonos donde tú digas y yo te seguiré, si así lo deseas. ¡Pero huyamos de aquí en seguida, antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros!

Sandro la observaba como si no pudiese oírla y difícilmente lograra reconocerla. Poco a poco levantóse desperezándose y sacudiendo la cabeza. A Marina se le antojó entonces un hombre vuelto de un trance hipnótico, donde la hicieron creerse un toro banderilleado: aquel corniveleto pintado por Goya, apenas sobrevivida la sífilis y aceptada la sordera, cuya reproducción en el catálogo de Gudiol la turbó como no lo hiciera ningún otro cuadro, al mostrársela Sandro. «El original era propiedad de los Duques de Veragua», le había dicho él entonces. «¿No te gustaría verlo?». «No, en absoluto», repuso Marina en seguida. «Temería volverme ciega después».

—¿De qué viniste a hablarme? ¿A quién extremaunciaron? —repetíase Sandro, aturdido.

—Supongo que a Franco. Oí las nuevas en la radio y te busqué para contártelo.

—¿Tú crees que ha muerto?

—Sí, presiento que falleció alrededor del mediodía. Por la noche o mañana se atreverán a confesarlo.

—De ser así, dentro de nada parecerá que nunca hubiese existido —replicó Sandro—. Aquí el pasado no se reforma nunca. Sencillamente se olvida, para repetirlo luego con leves variantes. De todos modos, contemplaremos pronto la desintegración del único Imperio hacia Dios que en el mundo he sido. Me pregunto qué se hizo de aquella Orden Imperial del Yugo y las Flechas, creada en 1939 o en 1940 para ofrecérsela a Hitler, a Mussolini y a su diminuta Majestad Vittorio Emanuele, el tercero de la *terza* Italia.

—En cualquier caso, tú serás el único que la recuerde ahora —dijo Marina, encogiéndose de espaldas—. Debieran concedértela antes de que el Imperio se desmigue.

La vencía la fatiga. «Si en verdad quieres escribir el libro, huyamos de aquí hoy mismo. Vámonos donde tú digas y yo te seguiré, si así lo deseas. ¡Pero huyamos de aquí en seguida, antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros!». Se preguntó por qué Sandro no oiría aquellas palabras suyas o por qué fingiría ignorarlas. La avergonzaba haberlas gritado, sobre el rumor

del torrente y bajo los cielos de piedra, cuando ella se expresaba siempre en susurros. Sólo entonces comprendió que nunca profiriera aquella súplica. Su alarido se detuvo entre sus sienes o en lo más hondo de la garganta, allá, entre la gola y el pecho, donde los locos afirman instintivamente que se oculta su identidad. «Es mejor así», se dijo, «porque nunca podremos escapar de esta casa».

—Yo recuerdo mucho acerca de aquellos años: los de nuestra infancia imperial, con cartillas de racionamiento —reiterábase Sandro—. Las frases quincenales con las palabras del Caudillo, que ahora agoniza, y aquel aviso docente a las muchachas, en las puertas de las iglesias: «Mujer, no entres en la casa de Dios sin medias ni con manga corta. No seas instrumento del judaísmo». El mundo dirá que aquí concluye la última versión militar y clerical del fascismo y del nacismo. A la larga, la historia se resume en simplificaciones, para hacerse comprensible o para divertir a los dioses locos que nos sueñan. También cabe en lo posible que los locos seamos nosotros y los dioses no existan.

—Sí —asintió Marina quedamente—, esto es muy posible.

—«Aquello fue una locura colectiva», me decía de la guerra un antiguo combatiente franquista, malherido en la Ciudad Universitaria. Le pregunté entonces, como podría preguntarle pasado mañana: «¿Y esto?» —tomó a Marina del brazo y empezaron a descender por la cuesta del encinar, detrás del molino—. Tal vez tu marido sea el único quien esté en lo cierto…

—¿A qué viene mi marido ahora?

—A la larga, la historia se convierte en un pobre reportaje y él cree que todos los males de Occidente vienen del despotismo de los medios informativos. A estas horas, en los Estados Unidos, identificarán a Franco con los recipiendarios de la Orden del Yugo y las Flechas, orillado el pobre Vittorio Emanuele, a quien nadie recuerda. No obstante, Alemania e Italia proporcionaron a la España franquista menos de 4.000 camiones. Los Estados Unidos le dieron más de 12.000, a través de la General Motors, la Ford y la Studebaker. Por otra parte, la Texaco le suministró cerca de medio millón de toneladas de petróleo, con amplios créditos, en cada año de la contienda. Todavía en 1945 el subsecretario español de Asuntos Exteriores decíale verídicamente a un periodista: «Sin el petróleo americano, sin los camiones americanos, sin los créditos americanos, nunca hubiésemos ganado la guerra».

—No sabía yo todo esto.

—Hay más. En abril de 1938 y en una conferencia de prensa, el Presidente Roosevelt manifestaba haber leído que bombas de fabricación americana fueron arrojadas sobre Barcelona unas semanas antes. El hecho, según dijo, era bien posible y obedecería a operaciones perfectamente legales. Las bombas habrían sido vendidas al Gobierno alemán o a compañías alemanas, para ser reexpedidas luego a las fuerzas franquistas. Los bombardeos de Barcelona fueron realizados por aparatos italianos, con gasolina importada por Mussolini de la U.R.S.S. Otra operación que puede parecerte paradójica, aunque su legalidad resulte también manifiesta. Todo esto, claro está, es hoy historia pasada que difícilmente moverá molino. En el ataque americano sobre Nagasaki murieron más gentes que en Hiroshima. No obstante, nadie se acuerda hoy de Nagasaki, como todos olvidamos al diminutísimo Rey de Italia, porque los grandes crímenes se absuelven a sí mismos al repetirse. En otra generación y en Vietnam, se lanzarían más explosivos que en el mundo entero durante la segunda guerra mundial. La memoria de la historia en nuestro tiempo no es ni más ni menos que una «escalada» de genocidios.

—Supongo que Goya pensaría lo mismo con respecto a su tiempo.

—Probablemente, aunque entonces el arte de matar era todavía inocente. Limitábanse a fusilar los hombres contra una cuesta, o a ensartarlos vivos en los árboles, para descuartizarlos después. Nadie, ni siquiera el propio Goya, hubiese augurado un siglo como éste —dudoso, quiso corregirse casi de inmediato—. Quizá lo predijo en fin de cuentas y en los frescos de la Quinta del Sordo quepamos todos.

En silencio, descendían ahora por la vereda que repechaba entre encinares y alcornocales. Las últimas lluvias secáronse en la tierra cárdena; pero el bosque olía aún a enebros y estepares mojados. Alcor abajo, donde espinos y helechos gigantes estrechaban la senda, les aguardaba otro aroma a setales recién surgidos, aunque ocultos, a melaza y a maderas viejísimas. En la hondonada, a un tiempo distante y bien próxima, Marina creyó distinguir un castañar prieto y salvaje.

—¿Adónde me llevas, Sandro?

—Casi llegamos ya —respondió oblicuamente—. Es un remanso muy tranquilo de historia olvidada.

Un regato seco discurría entre los castaños y más allá se escalonaban bancales abandonados, con parras y almendros perdidos. Al pie de la cuesta y en el último repecho del camino, vio Marina tres cruces de piedra, un fondo de mármol tallado y dos lápidas. Todo había empezado a roerlo el tiempo y a

enverdinarlo el musgo; pero en el mármol se distinguía claramente el águila, que fuera imperial antes de volverse demócrata orgánica, la cruz gamada y el emblema del Fascio. Muy despacio fue leyendo Marina la inscripción que devoraban los vientos: «Caminante: por aquí huyó la furia roja, dejando como huella de su paso satánico cuarenta mártires… Piensa en ellos con una oración. 7-2-1939». La otra losa tardaron más de año y medio en grabarla: «… Que están presentes en nuestro afán. ¡Viva España! ¡Arriba España! 22-11-1940». Encima de aquel verso perdido de *Cara al Sol* aparecían los nombres del coronel Domingo Rey d'Harcourt; Don José Pérez del Hoyo, teniente coronel de Artillería; comandante Don José Pereda; alférez de la Guardia Civil Don Joaquín Rodrigo Ginés «y treinta mártires más». La otra placa recordaba a Fray Anselmo Polanco y Fontecha, obispo de Teruel; Don Felipe Ripoll Morata, vicario general; Don José Coello de Portugal, comisario de Policía; Don Antonio Galea, capitán italiano; Bolgioni, soldado italiano, y Gerardo Impimg, soldado alemán.

—No puedo creerlo —murmuró Marina.

—R. me descubrió el lugar este verano —proseguía Sandro—. Más arriba y junto a la carretera, hay otra estela, tan trágica y grotesca como ésta, que recuerda los mismos crímenes. Aquí fueron asesinados los cuarenta presos, el siete de febrero de 1939, en plena retirada republicana y dos días antes de que los vencedores llegaran a estos lugares. En frente de la hondonada, verás aquella casa, *Molí d'en Calvet* creo que la llaman, desde donde oyeron las descargas y vieron el resplandor de la hoguera con que trataban en vano de abrasar a los muertos. Once días después un pastor halló los cuerpos por casualidad, aunque probablemente para entonces todo el pueblo callara la tragedia. A no dudarlo, ésta sería la última matanza en Cataluña, antes de que los franquistas empezasen sus propias ejecuciones. En 1941 un agustino publicó un libro, con prosa de analfabeto, donde relataba la atrocidad. Dice allí que en los despojos del obispo no se descubrieron señales de bala y sugiere la posibilidad de que lo quemaran vivo. Asegura que manó sangre fresca en la autopsia, para asombro de los forenses, y presagia erradamente la próxima canonización de monseñor Polanco. Calla o ignora que el prelado pudo salvarse.

—Vámonos de aquí —le interrumpió Marina—. No debiste traerme sin prevenirme.

Sandro se encogió de hombros. En la penumbra del barranco, ella parecía empalidecida. No obstante, trepaba ahora ágilmente por caminos perdidos en la cuesta. En una ventana del *Molí d'en Calvet*, detrás de los olivos y de los

tejos, se encendió una luz como de cinabrio. De vez en vez una piedra rebotaba por el despeñadero. Hojarasca y brezos partidos crujían bajo sus pies. Cruzó un aguilucho, venido de la nada, que aleteaba hacia la fronda. Marina ni siquiera levantó la frente para seguirlo. Al alcanzar la vieja carretera del pueblo demoraron los pasos jadeando. Un peón cavaba en la margen y su perro chascó tres veces la lengua sonrosada en el borde de un vivero, rodeado de sauces y cipreses. Sólo entonces, sin mirarle a los ojos, preguntó Marina:

—¿Cómo pudo salvarse el obispo?

—La antevíspera de la mortandad, Azaña había huido a Francia. Año y medio antes, cuando su cuñado se hallaba de cónsul en Ginebra, le robaron allí los cuadernos de los diarios del Presidente de la República. Un miembro del consulado se los llevó a la otra zona, a modo de salvoconducto. Azaña quería recobrarlos a cualquier precio. Parte del manuscrito, con juicios y observaciones muy derrogatorios acerca de Prieto, de Largo Caballero y de otros políticos republicanos, se había publicado en el *ABC* de Sevilla. Estaba dispuesto a cambiar los papeles por el prelado; pero Franco no se avino al trato. El propio Azaña lo consigna en otra entrada, poco antes de la ofensiva sobre Cataluña.

—Nunca conoceremos el precio de un hombre.

—Ni para el caso el de los niños y las mujeres —proseguía Sandro—. Con monseñor Polanco mataron allí al coronel Rey d'Harcourt, como leíste. Los habían apresado a los dos a la caída de Teruel, que Rey d'Harcourt defendió hasta el final y en las más desesperadas circunstancias. Cuando capituló, con el asentimiento escrito de su entero Estado Mayor, fue acusado de traidor por Queipo de Llano desde Radio Sevilla. Al parecer, el Cuartel General del Generalísimo no podía perdonarle que rindiese vivo la plaza. De haberse pegado un tiro, probablemente la Iglesia lo perdonara y el Ejército le diese la Laureada. Uno nunca cabe de qué modo morir en nuestra desquiciada historia.

—¿A qué vienen las mujeres y los niños?

—¡Ah! —exclamó Sandro—. Casi me había olvidado de ellos. Antes de rendir la plaza, cuando toda la ciudad era de hielo, en el invierno más duro del siglo, sin provisiones, sin armas y sin red hospitalaria, Rey d'Harcourt concertó una tregua con los republicanos para evacuar a las mujeres y a los niños enfermos, quienes morían de frío en aquellas ruinas bombardeadas. Un frailecito franciscano, quien conseguiría huir y llegar a las líneas de Franco por los campos cubiertos de nieve, escribió luego que los niños y sus madres

pedían la muerte a gritos, antes de ser salvados por los rojos. Según afirma nuestro monje, todos sabían que la tregua era el prólogo de la entrega, cobardemente apercibida por el canalla de Rey d'Harcourt. Al ver de aquel furioso varón determinista, la muerte de los inocentes a manos del enemigo era preferible a la merced del adversario.

—Probablemente el fraile no tuvo nunca hijos y a las mujeres las había deseado a todas en vano —murmuró Marina.

—Entra en lo posible; pero carece de importancia. Si desconocemos el precio de un hombre, podemos prescindir también de su conciencia. Ésta resulta del todo superflua. Parece evidente que a Franco no le remordió nunca la suya por la muerte del obispo, ni por el sacrificio de Rey d'Harcourt cuando expió los errores del Cuartel General. Inclusive permitió que los suyos le ultrajasen cumplidamente, antes de que los otros le asesinasen en aquel barranco. De hecho, a veces existe mayor solidaridad entre las víctimas y sus propios verdugos.

—¿A qué te refieres?

—Pensaba en otro fusilamiento colectivo, el del comandante López Amor y los capitanes Lizcano de la Rosa, López Varela y López Belda. Eran los verdaderos jefes de la sublevación militar en Barcelona, el 19 de julio de 1936. Fracasado allí el alzamiento, un juicio sumarísimo y apresurado los condenó a todos a la última pena. Conozco los terribles detalles de su ejecución a través de la crónica de dos testigos: un anarquista que participó en su cumplimiento y Jaume Miravitlles, quien ha publicado dos relatos de la misma. La víspera de su muerte, Lizcano de la Rosa hizo llegar un patético mensaje a Miravitlles: «Eres el único amigo que me queda en el mundo. Por favor, acompáñame en los últimos instantes». La mañana siguiente Miravitlles subió al Castillo de Montjuich, donde los condenados serían pasados por las armas. Lo hizo en obediencia a los deseos de Lizcano y probablemente en función de testigo oficial de la Generalitat, aunque esto no venga al caso. Sobre las seis de la madrugada llegaron los militares de uniforme pero desprovistos de galones e insignias; el piquete y un camión inesperado, repleto de paisanos anarquistas. Entre estos últimos, armados todos hasta los dientes, se hallaba el testigo de quien te hablé y cuyo nombre omitiremos. También él acaecía ser amigo de otro reo, del comandante López Amor; pero no fue a Montjuich a confortarle en la agonía, sino a matarlo.

En los fosos del Castillo, mientras disponían el fusilamiento, los dos hombres se estrecharon la mano. «¿Viniste a ajusticiarme, como supongo llamaréis a esta trágica farsa?», preguntó López Amor. «Vine a cumplir con

mi deber de ciudadano español, frente a vuestra rebelión fascista». López Amor asintió con un gesto. «Cumple entonces, como yo lo hice al sublevarme. Cumple pronto porque perderéis la guerra y luego os ejecutarán a vosotros». Se hablaban desapasionadamente, sin rencor alguno. Acaso con la misma serenidad que el anarquista infundía a su relato casi cuarenta años más tarde. En otro siglo, como R. me lo señaló una vez, Bernal Díaz del Castillo había sentenciado el destino de nuestro país: matarás y matarte han y matarán a quien te matare. Antes de que se llevasen a López Amor, para ponerlo de espaldas al muro, los dos hombres se abrazaron estrechamente.

Miravitlles dice que no olvidaría nunca los ojos de Lizcano de la Rosa, clavados en los suyos, en aquellos instantes eternos, cuando una raya en el tiempo separaba su vida de la muerte del otro. Cuatro ataúdes negros aguardaban los despojos de los hombres encarados con los fusiles. López Varela, malherido en los combates del 19 de julio, permanecía sentado en una silla y estrujaba nerviosamente un rosario entre las manos. López Belda fumaba con estremecedora serenidad y sonreía desplicente. Cuando dieron la voz de fuego, Lizcano de la Rosa gritó «¡Viva España!» con todas sus fuerzas. La descarga se demoró unos segundos. López Belda seguía fumando y sonriendo. «¡Viva!» corearon los milicianos unánimemente. Dispararon a la vez el piquete y todos los anarquistas, mientras Bernal Díaz del Castillo debía reírse en los infiernos. Era casi imposible identificar los despojos despedazados, cuando quisieron llevarlos a sus féretros. No, no cabe duda alguna de que en las pinturas negras de la Quinta del Sordo cabemos todos.

—No ando muy lejos de pensar así —asentía Marina—. Si Goya hubiese nacido ciego, no hablaríamos hoy de estas muertes.

—Pronto seremos tú y yo los únicos en recordarlas. La mayor parte de la historia está hecha de olvido. Aquéllos a quienes sacrificaron en su nombre deben aguardar el turno correspondiente en la posteridad. Cerca de cuarenta años permanecieron prohibidas las víctimas legales del franquismo. Me refiero a los fusilados durante la guerra y a los ejecutados en la paz, cuando apenas se acallaran las descargas en aquel barranco de los castaños. En cuanto fallezca Franco, empezaremos a reverenciar muchos de sus espectros y los otros muertos serán proscritos. Ésta es la memoria de la justicia, en este país de carniceros y de payasos.

—No obstante, algunos muertos resístense siempre tenazmente a desaparecer —disintió Marina—. Sobreviven también a generaciones enteras, concebidas después de su paso por la tierra.

—Supongo que te refieres a Federico García Lorca.

—Pensaba en Lorca —asintió ella en voz baja y mirándose los pasos—. Pero no aludía a su obra, sino a su muerte. Nunca pudieron negarla ni hacerla olvidar.

—Lo intentaron por muy diversos medios —replicó Sandro—. En septiembre de 1936, a las pocas semanas del crimen, un periódico de Huelva afirmaba sin reparos ni repulgos que Lorca había sido asesinado en Madrid por elementos marxistas y su cadáver amaneció en el arroyo. Otro diario de la misma provincia lo decía detenido y muerto en Barcelona, donde se ocultaba en la residencia de un tendero. La prensa de Burgos volvía a situar la especie en Madrid, para redondearla con el supuesto escándalo de los círculos literarios franceses ante la noticia. El marquesito de Merry del Val aseguraba que Lorca, cuyos méritos literarios eran en su opinión muy inferiores al celo político, resultaba un peligroso agitador y fue condenado a muerte por un tribunal militar. Más tarde, un periodista de Falange y de San Sebastián rendía homenaje al muerto, llamándolo correligionario suyo y denunciaba a «los cien mil violines de la envidia», que se llevaron su vida para siempre. El propio Franco llegó a declarar a un corresponsal mexicano que la pérdida de Lorca era lamentable; pero que en Granada no se había fusilado a ningún poeta. Todavía en 1956 *La Estafeta Literaria* se hacía eco del artículo de Schonberg «*Enfin, la verité sur la mort de Lorca! Un assassinat, certes, mais dont la politique n’a pas été le mobile*», aparecido en *Le Figaro Littéraire*, para convertir aquel crimen político y su sistemático encubrimiento en una venganza de homosexuales. Fue preciso que el Régimen entrase en la agonía, para que se publicase un libro como el de José Luis Vila-San Juan y aquí conociésemos los nombres de los verdaderos culpables. Uno de los asesinos se vanagloriaba en los bares de Granada: «Venimos de matar a Federico García Lorca. Yo le metí un tiro en el culo por maricón».

—Los muertos entierran a los muertos y Lorca ha sepultado a sus verdugos —musitó Marina—. No nos referiríamos a ninguno de ellos, si no le hubiesen asesinado.

—Sí, me imagino que éste será su título de gloria, aunque algunos alienten aún. Si cada hombre es capaz de todo crimen, allá cada pueblo con su lepra y con su llanto, como diría León Felipe. Pasan las víctimas y sus verdugos; pero los países los sobreviven. Más que la muerte del propio Lorca, en aquel inmenso crimen de nuestra guerra civil, me asombra y repele la reacción de tantas almas bien pensantes, quienes te dicen aún hoy en día que matándole le favorecieron, porque su mejor obra estaba ya escrita. Éste es nuestro pueblo y ésta es la lepra que lo consumió siempre.

En silencio entraron en el pueblo, con sus calles pinas y empedradas de guijarros. A propuesta de Marina, pararon en una taberna para comer. Detrás del mostrador de madera, cubierto de cinc, un hombre de mandil manchado disponía unos vasos. Les saludó con la cabeza, mientras se acomodaban junto al muro enjalbegado. En un hogar llameaban las encendajas bajo unos troncos. Al fondo y a través de una puerta entreabierta, crecíase un rumor de peroles y sartenes. En los estantes de madera recién pintada alineábanse las botellas y las latas de conservas. Junto a la chimenea y casi a los pies de Sandro y de Marina, vieron dos grandes cestos llenos de manzanas y de setas secas. Del techo colgaban pemiles prendidos a unos garabatos. Una jaula dorada, con un pájaro verde disecado dentro, dos carteles de corridas en Figueras y un par de calendarios con mujeres desnudas adornaban las paredes. Viejos obreros o campesinos sentábanse a los veladores, mirando la televisión y en espera de las noticias. Olía a vinagre, a carne sollamada, a cal y a paja viejísima.

En la pantalla leían un mensaje del Papa. «Con nuestra confianza puesta en el Señor, seguimos noticias enfermedad de Vuestra Excelencia, a quien renovamos seguridad nuestras fervientes plegarias invocando ayuda divina y reiteramos de corazón nuestra confortadora bendición apostólica. Paulus PP. VI». De inmediato leyeron la respuesta: «He recibido con emoción el bondadoso mensaje de Vuestra Santidad y agradezco profundamente las plegarias que por mí eleva al Altísimo, así como vuestra bendición, que tanto me conforta. De vuestra Beatitud devotísimo hijo, Francisco Franco, Jefe del Estado español». Siguieron otras nuevas, todas bastante significativas. Monseñor Cantero Cuadrado, arzobispo de Zaragoza y miembro del Consejo del Reino, había salido hacia Madrid en automóvil a la una de la tarde. En Palma de Mallorca, otro obispo, monseñor Úbeda Gramaje, pedía preces para el Caudillo. «Ante las recientes noticias sobre la enfermedad que sufre Su Excelencia el Jefe del Estado, ruego a todos los fieles de la diócesis de Mallorca que se unan a mis plegarias por la salud del insigne enfermo. Los sacerdotes deberán incluir esta intención en las celebraciones litúrgicas». En la Presidencia del Gobierno se iban reuniendo los ministros. A las dos y media de la tarde llegaban los de Industria y del Ejército.

Sandro se bebió un par de *whiskies* en tres buchadas, mientras Marina pedía cordero asado, sopa de cebolla y una ensalada de achicoria para los dos. Él apenas probó el lechón y la escarola; pero trasegó una botella entera de tinto y tres coñacs a la hora del café. Marina comía despacio y calladamente, evitando mirarle. Los labriegos les espiaban de soslayo, entre lentos

cuchicheos. Un pastor, quien los viera antes por los campos, les saludaba con su sonrisa desdentada. Tenía las encías negras, como las de un perro de casta. «Ésta es la memoria de la justicia, en este país de carniceros y de payasos», decíase Sandro de nuevo. De pronto y detrás de su frente, desde los hontanares más oscuros de la conciencia, volvió a sentir su voz oculta: «Quienes se mataban en silencio, un silencio tan interminable como el del insomnio, más parecían títeres que personas. Entonces comprendí que si un monstruo habitaba al hombre, este monstruo era siempre a su vez un muñeco». Cerró los ojos, oprimiéndose las sienes con las manos. Creyó haber vuelto al laberinto de la Gran Pirámide, donde se perdió en aquel sueño recordado en el molino. Todos los rumores de la taberna, incluidos los comentarios sobre la lenta muerte de Franco, se habían acallado y la voz de otro hombre interrogaba la suya detrás de sus párpados. «¿Sabes tú a ciencia cierta lo que hicieron los nuestros? ¿Conoces sus atrocidades en aquella guerra?», le preguntaba. «¡Claro que las conozco!», replicó. «Ya te dije otra vez que a mi juicio todas aquellas matanzas fueron el mismo crimen. Ellos asesinaban con razón o sin ella. Los nuestros lo mismo». «No, no es lo mismo», argüía. «El prójimo más próximo, aquél con quien instintivamente tendemos a identificarnos en este laberinto, es el de nuestro país y el de nuestra habla. Se hace tan difícil absolverle como olvidarse de las culpas personales, porque también él es el objeto de nuestra conciencia individual…». «¿Quién puede hablar de conciencia hoy en día?», le interrumpió. «¿Quién, en verdad, cuando todos nos vendimos por un plato de lentejas?».

Trompicándose y tambaleándose se fue al lavabo. El hombre del mandil manchado le seguía lentamente con la mirada, mientras secaba unos vasos. Marina no levantó los ojos del canto de la mesa. Las campanas del pueblo daban horas sonoras y espaciadas. Poco a poco se vació la taberna. Sólo el viejo pastor de las negras encías permanecía en un rincón, debajo de los carteles de toros, para ofrecerle su sonrisa desdentada. Vio levantarse a Marina para cuchichear con el hombre del mandil manchado. No oía sus palabras; pero distinguió el tintineo de una sortija sobre el cinc, cuando ella puso la palma en el mostrador. El tabernero cabeceaba y asentía a cuanto decíale aquella mujer. Secóse las manos en el delantal y juntos desaparecieron, camino del patio y de las cocinas. El pastor dejó entonces unas monedas junto a su vaso vacío y se fue a la calle, donde empezaba a alzarse el viento de los montes.

Sandro yacía desvanecido en el suelo del retrete, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza caída sobre el pecho. Se había vomitado encima y hedíanle las ropas. De vez en cuando las manos le temblaban sobre las baldosas. El tabernero llevóse el mandil al hombro y cargó con Sandro como si fuese una res desollada. En la calle, el pastor les vio acomodarlo y mal que bien tenderlo en el asiento trasero de su viejo automóvil, con el regazo de Marina por almohada. Luego el hombre del delantal manchado se puso al volante y el coche desapareció arroyo arriba, traqueteando.

El tabernero encamó a Sandro, en la casa de R. y negóse a aceptar los dineros que le ofrecía Marina. La mano que le tendió al despedirse era dura como la piedra; pero apenas se atrevía a rozarla. A solas Marina desnudó y limpió a Sandro con una esponja, diciéndose que aquél parecía el lavatorio de un muerto. Luego lo arropó con la roja manta de Momostenango, que hacía las veces de cubrecama; prendió el fuego en la chimenea del estudio y dejó entreabierta la puerta que daba a la alcoba. En la Royal había una holandesa, que parecía concluir una semblanza. «Una orden del Rey al propio Godoy exige el registro y el comiso de los documentos de María Teresa, amparándose en burdas razones. *El alcalde, a quien fue la causa contra los sospechosos de la herencia, ha podido averiguar que por criados desleales se habían sustraído papeles de la caja de la Duquesa, en el momento en que expiró*. Godoy aprovecha el proceso para hacerse con cuanto la Reina desechara, incluida *La Venus del Espejo*, de Velázquez, junto con todos los otros cuadros de María Teresa. Los mendigos, los criados, el hijo de Don Francisco de Goya Lucientes y el bufón Benito no verán jamás parte alguna de cuanto legítimamente les corresponde». Levantó la hoja por un ángulo, con la punta de los dedos y volteó el rodillo, para seguir con el último párrafo. «Secuestrados los bienes del Príncipe de la Paz, en 1808 y después de la revuelta de Aranjuez, sus lienzos pasan al almacén de Cristales y se inventarían las obras de arte de su propiedad. La entrada 122, publicada en 1919 por Aureliano de Beruete, describe: *Dos cuadros de cinco pies y cuatro dedos de alto por seis pies y diez dedos de ancho, representa uno una Venus desnuda sobre el lecho, otro una maja vestida, autor Francisco de Goya*». Avivó el fuego, que tendía a extinguirse, esforzándose por no pensar sino en el brezo llameante. Por la ventana contempló los bosques, cuando prendieron los leños junto a las trébedes. En el vasto paisaje gris del valle destellaban a veces las ramas desnudas. Antes del atardecer, llegaría la primera nevada. Evocó irremediablemente «Los Muertos», el relato final de *Dubliners*, que R. le había prestado traducido cuando cesó de ir a la Universidad después del

aborto. En un baile de invierno, una melodía despierta en una mujer el recuerdo de un muerto a quien había amado. Al regreso de la fiesta, mientras ella se duerme, su marido empieza a compartir sus memorias. Advierte entonces en el rostro dormido de su esposa cómo la belleza comienza a ceder ante la caducidad. Siéntese profunda y extrañamente unido al muchacho muerto, quien entonaba aquella lejana canción. Por la ventana cae una espesa y silenciosa nevada sobre Dublin. El tiempo intangible se funde en la placidez interminable, mientras la nieve cruza el firmamento, como si hubiese llegado la hora final de todos los vivos y de todos los muertos, para concluir calladamente en la nada.

Oyó toses y gemidos en la alcoba. Sandro estaba sentado en la cama. Sacudía y estrujábase la cabeza, oprimiéndose los oídos con las palmas. Marina volvió a verle como lo encontró aquella mañana, al pie del molino: absorto en un mundo para ella desconocido, donde sus palabras perdían todo sentido y su misma presencia era una intrusión.

—¿Qué dices? ¿Me llamabas?

—No, no, hablaría en sueños.

—Me llamaste —el tono vacilaba ambiguamente entre la afirmación y la demanda.

—No llamé a nadie, Marina, te lo aseguro —agitó de nuevo la cabeza, para mirarla luego con los ojos amusgados, como si no alcanzase a precisar su imagen—. Vete ahora, te lo suplico. Márchate y déjame solo en esta casa, con mi maldito libro.

—¿Irme? ¿Adónde iría?

—¡A donde te plazca! —empezó a exasperarse—. ¡Vete de nuevo con tu marido, si él te lo permite, o vete al diablo! ¡Escoge por ti misma, pues a mí me es del todo indiferente! Antes dijiste que te marcharías cuando te plugiese, porque lo nuestro fue siempre una insensatez. ¡Pues bien, márchate en seguida, tanto si te place como si no!

—No, no me iré —toda vacilación había desaparecido de su voz. El tono era firme pero comedido, como si se diese a sí misma una orden inquebrantable y madurada en largas reflexiones.

—¿A qué viene esto ahora? ¿Por qué te contradices de este modo? ¡Estabas dispuesta a irte cuando te viniese en gana!

—También puedo estar en desacuerdo conmigo misma, porque en el fondo sé muy bien que debo dejarte. No obstante, tengo otras razones para no hacerlo.

—¿Qué razones serían éstas? ¡Muerte y condenación! ¡Lárgate de una vez y déjame solo! ¡No te necesito para trabajar! ¡No te necesito para emborracharme ni para enloquecer!

—No —replicó Marina pausadamente—, sólo me necesitas para sobrevivir.

—Esto es cosa mía. Yo soy mi único dueño.

—Yo también soy dueña de quedarme. No te dejaré. Ésta es mi última palabra.

—¡Si es preciso, te echaré a empujones!

—No, Sandro, no lo harás. ¿Acaso no comprendes que no te puedo dejar, como abandoné a mi marido? —perpleja, pareció titubear un instante. Luego dijo—: Como tú mismo abandonaste a tus hijos.

Enfurecido, la abofeteó de un revés en los labios. Caída de espaldas en el cubrecama rojo, Marina parecía más suspensa que dolida, mientras le miraba con los ojos muy abiertos. En un gesto de estupor, levantó las delgadas cejas rubias sin llegar a fruncirlas. Un hilo de sangre le cruzaba la boca entreabierta. En vano quiso resistirse, cuando Sandro, desnudo y aullando como un salvaje, se le arrojó encima. Volvió a golpearla, ahora con el puño cerrado, en la frente y en los oídos. Luego la poseyó vestida, inmóvil y desmadejada como un grotesco maniquí. Con los ojos siempre abiertos, ella contemplaba el techo blanqueado. A través de las lágrimas, se fue transformando en una lenta nevada, que traspasaba silenciosamente el espacio y el tiempo en el firmamento vacío de astros y de hombres.

Acezante, Sandro se derrumbó a su lado. En el hogar del estudio, un tronco partido por el fuego cayó con un golpe seco y sordo. Marina restañó la sangre de los labios con una mano que no se estremecía. De pronto mordióse los nudillos para ahogar un súbito grito, que le abrasaba la garganta. No odiaba a Sandro. Pensó que acaso le había querido alguna vez, aunque olvidaba cuando. Todo su rencor, un rencor frío y alejado como el sentido hacia un monstruo mitológico, era para R. Pudo prever su destino, el de ella y de Sandro; pero no tenía derecho a determinarlo. De algún modo inexplicable, aun entonces Marina lo sabía próximo y oculto, contemplándoles desapasionadamente como un viejo *voyeur*. Diríase que inclusive el relato de Joyce, con aquella nevada en la que poco a poco se transformaba el techo entre sus lágrimas (el relato prestado por R. casi treinta años antes), era otra pieza de aquel rompecabezas, resumido en un infierno a la medida suya y de Sandro.

Sandro gemía otra vez entre jadeos, la cabeza envuelta en la almohada. Debajo de las cejas oía aquella voz, idéntica a la suya, en parajes perdidos como los de un sueño. «Abuelito», decíale una niña, «si los hombres son muñecos, ¿quién juega con ellos?». En seguida se oyó responderle: «El tiempo, mariquita mía, el tiempo que todo lo devora, como los ratones y las carcomas. Sólo tú permanecerás para siempre, como una flor eterna, en medio del universo y debajo de las estrellas». «El Esqueleto Viviente me dijo en el circo que algún día enseñaría dibujo a una Reina». «Debe de ser cierto, mariquita, porque él hablaba todas las lenguas». Temblando, adormecíase sin acallar los susurros dentro de los oídos. Quedamente y a sabiendas de que no la oía, susurró Marina:

—No, yo no te abandonaré nunca en este estado.

A medianoche hallábanse sentados en el estudio, comiendo pan con *foie gras*. Marina lo regaba con vino y Sandro bebía ávidamente vasos de agua mineral. Hablaban de insignificancias, evitando mirarse. La nevada con que amagaba la tarde no llegó aquella vez. El viento empujó la tormenta hacia el mar y aquietóse luego, en una fría y limpia noche de otoño. El último parte aseguró que a las 23:10 horas la situación clínica de Su Excelencia el Jefe del Estado era estacionaria. Descansaba apaciblemente y mantenía las constantes vitales. Decían normal su nivel de conciencia.

La Tauromaquia

El Sueño de la Razón

Toro Bravo

El cuadro estuvo en la antigua colección de los Duques de Veragua y una vieja copia del mismo, ejecutada acaso por Esteve o por Vicente López, fue propiedad de los Marqueses de Casa Torres. Es un óleo sobre tela, de 75 centímetros de ancho por 80 de alto, expuesto por primera vez en la exposición *El Arte en la Tauromaquia*, que se inauguró en Madrid en 1918.

Representa, a tamaño natural, una testa de toro de lidia, que llena casi el lienzo entero, sobre un cielo de jaspe. Es una res enorme y endrina, de hocico blanco y cuerniabierta. La sangre pringa la punta de una de sus astas y se derrama por su flanco izquierdo. Otra sangre, de rojez más encendida, le prende los ojos, desmesuradamente abiertos, alrededor de las brillantes pupilas. De sangre también, aunque apagada y parecida al cinabrio, es la lengua de la bestia herida y acezante. Una capa asalmonada, de reverso plateado, se derrama por el morrillo. Dijérase la arrebató en la misma embestida donde cogiera o matara a un banderillero, porque un par de rehiletes quebrados le penden aún en el costado.

Se trata de un toro vivo, en mitad de una corrida, afirma Gudiol innecesariamente. De modo aún más increíble, José María de Cossío se abstiene de citar el cuadro en *Los Toros*. Mejor fuera en este caso omitir el mundo, porque el universo entero se redujo para el pintor a esta testa de fiera. Desaparecieron los tendidos y los hombres. Desapareció inclusive el firmamento, porque el fondo de jaspe o de feldespato nada tiene que ver con los cielos. Quizás sea un atisbo del infierno, o acaso el propio infierno haya vuelto a la nada, en este momento de la verdad. Nuestro punto de vista, fuera del cuadro, es el mismo del pintor, a un paso de la fiera. Si él o nosotros extendiésemos la mano, palparíamos las astas o las fauces jadeantes. («No se cerraron sus ojos / cuando vio los cuernos cerca». Y el verdugo en su dicha del deber cumplido: «Venimos de matar a Federico García Lorca. Yo le metí un tiro en el culo por maricón»). Aunque pinte de memoria, Goya se mira de

cerca en los ojos del toro. Tal vez en éstos nos vea a nosotros, como en las pupilas de la bestia podemos percibirle a él.

Aun sin conocer el original, juraría que no hay en el mundo otra representación más poderosa de un toro bravo. Posiblemente no la habrá nunca. El minotauro de Picasso y el propio astado de *Guernica* son versiones afeminadas de esta fiera incomparable. (Cuando se la mostré a Marina en el catálogo, para preguntarle si le gustaría ver el cuadro, sacudió su cabeza de muñeca olvidada de envejecer. «No, en absoluto», me dijo. «Temería volverme ciega después». A no dudarlo acertaba entonces, porque este testuz es al mismo tiempo la testa de la Gorgona, la que aún decapitada ciega a los hombres con sus ojos muertos).

El cuadro no está fechado. Josep Gudiol cree que Goya lo pintaría en su lenta convalecencia, después de la enfermedad que lo asordó y retuvo un año entero en las lindes de la muerte, entre 1792 y 1793. Hacia el final de aquella agonía, sordo para siempre, escribe a Zapater su carta más citada: «Yo estoy lo mismo en cuanto a mi salud, unos ratos rabiando con un humor que yo mismo no me puedo aguantar, otros más templado como este que he tomado la pluma para escribirte, aunque ya me canse. Sólo te digo que el lunes, si Dios quiere, iré a ver los toros y quisiera que me acompañaras, para el otro lunes, aunque dijera bobadas que te habías vuelto loco. Tu Paco».

El mayor artista de los dos siglos que vive encabalgados no supo jamás sintaxis ni ortografía. Para convertirse en Goya tendrá que olvidar el dibujo aprendido en las mocedades, primero de José Luján y luego de su cuñado Bayeu. De este modo, quiebra y suprime contornos y perfiles. En la realidad única, afirma triunfante y anticipándose al cubismo: «Yo no distingo más que cuerpos luminosos y cuerpos oscuros; planos que avanzan y planos que se alejan; reveses y concavidades». Después de la enfermedad que lo encierra en el silencio de la sordera, la armonía goyesca no se reduce a los límites de la «divina» razón, sino viene a cifrarse en la verdad total de los seres. Ser es saberse otro. Saberse, por ejemplo, este toro negro y herido, destellante la sangre en el blanco de los ojos.

La razón humana, aquélla en que Goya creyera con la fe del converso dos años antes («me he puesto en la cabeza que debo mantener una determinada idea y guardar una cierta dignidad que el hombre debe poseer, con lo cual, como puedes creerme no estoy muy contento»), la razón humana, repito para no perderme, se halla fuera del cuadro y se identifica con el pintor y con nosotros mismos, cuando compartimos su punto de vista al encararnos con la bestia. Por contraste, el toro sería la naturaleza, torva, brutal y oscura, con

sangre del prójimo en el pico de un pitón, aunque paradójicamente vulnerable en su monstruoso poderío. («¡Oh blanco muro de España! / ¡Oh negro toro de pena!». «¿Han fusilado ustedes a escritores españoles de fama mundial?», preguntan a Franco. «Lo cierto es que en los primeros momentos de la revolución en Granada, ese escritor murió mezclado con los revoltosos; son los accidentes naturales de la guerra. Granada estuvo sitiada durante muchos días y la locura de las autoridades republicanas, repartiendo armas a la gente, dio lugar a chispazos en el interior, en alguno de los cuales perdió la vida el poeta granadino […] Queda dicho que no hemos fusilado a ningún poeta»). El encaro de la naturaleza con la razón bastaría para catalogar el cuadro, si los ojos de la fiera no fuesen tan obsesivos. Con mirada muy distinta y menos fascinante, habría pintado Goya este testuz, antes de su dolencia, cuando al decir de Cardadera iba a los toros con chambergo, chupa, capa terciada y espadín para hablar largamente con los diestros junto a la barrera. Ahora, tapiado el laberinto del oído y perdido en los delirios de su agonía, aprende a creer en los espectros de sus pesadillas como en sí mismo. Mucho antes de que Freud denunciase en el prójimo al parricida y al incestuoso, Goya descubre a Saturno en su interior, devorando a sus hijos en mitad de un aquelarre. A este coro de monstruos, que le pueblan el alma y habitan al hombre, pertenece la mirada del toro de lidia. La ha visto en los disparates de sus desvarios, mientras bordeaba la muerte. Si Gudiol acierta en la fecha del cuadro, apenas sabe haber sobrevivido, Goya se precipita a pintarla de memoria, bajo las astas de la bestia.

Los ojos del minotauro, que esboza Picasso entre los apuntes de *Guernica*, son los del propio Picasso. Éstos, o para el caso aquéllos, no son demasiado grandes ni demasiado oscuros, según afirma Brassäi. Parecen enormes debido a su singular capacidad para abrirse de par en par, incluso por encima del iris, donde la luz fulge y se refleja en la esclerótica. («Gritos de niños, gritos de mujeres, gritos de pájaros, gritos de flores, gritos de maderas y de piedras, gritos de ladrillos, gritos de muebles, de camas, de sillas, de cortinas, de cazuelas, de gatos y de papeles, gritos de olores que se arañan […] En Granada asesinan a Federico García Lorca, en Salamanca gritan: ¡Muera la inteligencia!». «*Enfin la verité sur la morí de Lorca! Un assassinat, certes, mais dont la politique n’a pas été le mobile*»).

Los ojos de este toro de muerte vienen de abismos más profundos. Eran los del Saturno, que Goya vio en los arrebatos de la fiebre, y que pintará un cuarto de siglo después en el comedor de la Quinta del Sordo. Son iguales de grandes y de salvajes, aunque los de la res se llenen de sangre y los del

monstruo brillen de hambre bestial. (Marina temía cegar en presencia de aquel cuadro. Hace unos días la poseí borracho, llamando a aullidos a mis hijos. Luego nos dormimos abrazados. Me despertó horas más tarde, porque mis gritos la sobrecogían. Mentí cuando le dije no recordar nada de mi pesadilla. Había olvidado las imágenes pero no las voces de aquel sueño. Una, que me pareció mía al evocarla, exclamaba: «¡No es preciso que chilléis de este modo! ¡Ya os dije que os leo los labios!». Alguien, no sé quién, replicó: «Chillaré cuanto me venga en gana. Sobreviviste a tu mujer, quien sólo te servía para parirte hijos que destruías con tu sífilis, pero no sé cómo pudiste sobrevivir tu propia doblez y tu impudicia. Mejor dicho, sí lo sé, puesto que a ti, con tu cobardía, te hicieron a imagen y semejanza de nuestro pueblo»).

Si este toro de lidia ha sido antes Saturno, pronto se transformará en el descamisado a quien asesinan en *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid: Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío*. Los ojos del astado devienen los ojos del hombre, a quien dicen ajusticiar aquella amanecida. La mirada sangrienta del bruto, que allá embestía y corneaba, se esclarece e ilumina aquí al destello de un fanal gigantesco. Pasamos del monstruo al toro; del toro, al hombre sacrificado por sus semejantes. El monstruo era Saturno o el Tiempo, padre de los dioses y devorador de sus propios hijos. Al toro lo llaman de muerte y ha sido apercibido y criado para la cornada y el sacrificio. El hombre es un cesante, un mendigo, un arriero o un albañil. Muere proclamando la injusticia de aquel crimen y gritando paradójicamente: «¡Muera la libertad! ¡Vivan las cadenas!». A mayor gloria de la fe de los suyos, acaso chille también: «¡Viva la Inquisición!».

(«Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura: / la muerte le ha cubierto de pálidos azufres, / le ha puesto la cabeza de oscuro minotauro». *La Estafeta Literaria*, 13 de octubre de 1956: «En fin, hemos de decir nosotros, se ha roto la piedra de escándalo. ¡Veinte años utilizando la muerte de García Lorca como instrumento político! Claro que éste es un gesto internacional ni único ni original. Pero, en fin, había que explotar sin escrúpulos ni honradez el hecho de la muerte del poeta granadino, aun a costa de cometer la más concienzuda, vil y sistemática estafa con la gente de buena fe. Aquellos actos públicos, aquellos recitales solemnes de sus obras, aquel ondear constante de su nombre como víctima, aquellas lágrimas de cocodrilo. ¿Quién no se acuerda?». Por el camino de la misma selecta prosa, tan propia de este bello país del sol y la mentira, como diría Valle Inclán, prosigue el anónimo comentarista: «Al fin, el escritor francés J. L. Schonberg, autor de la más amplia y documentada biografía del poeta, ha venido a España varias veces

desde 1953 a 1956, ha recorrido Andalucía, visitando pueblos colindantes con Granada, ha hablado con quien ha estimado conveniente o necesario. Ha investigado en archivos, inspeccionado lugares. Y, al fin, ha llegado a esta conclusión: *De politique, pas question. La politique, s'était alors la purge qui vous évacuait sans preámbule*»).

Si el toro de muerte se transforma en el condenado de *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid*, veinte años más tarde, *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío* se convierte a su vez en el palimpsesto de la más bárbara corrida. En diversas ocasiones Goya manifiesta que sus grandes maestros fueron la naturaleza y Velázquez. El plano de bayonetas caladas, que sostiene el piquete de *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid*, podría ser una versión horizontal de las lanzas velazqueñas en *La Rendición de Breda*. Cabría verlo también como la repetida metáfora de las largas astas de aquel cornivelto, pintado por Goya veinte años antes. De hecho, en *Fiesta Brava de Pueblo en Plaza Partida*, óleo ejecutado hacia 1810 y hoy propiedad del Metropolitan Museum de Nueva York, otro toro negro, de cornadura casi tan fina y paralela como las bayonetas del pelotón, acomete a un picador montado en un caballo blanco.

El mito del minotauro es casi tan antiguo como el de Saturno. El monstruo, hijo de un toro y de la Reina de Creta, tiene cuerpo humano y cabeza astada para los griegos. Ovidio lo llama *semivobemque virum, semivirumque vobem*. Dante lo cree una res con cabeza de hombre. En el séptimo círculo del infierno, donde penan precisamente los violentos, el poeta encuentra a la fiera enmascarada de persona: «*en su la punta della rotta laca / l'infamia di Creti era distesa / che fu concetta nella falsa vaca*». Borges supone la leyenda secuela expurgada de otras más antiguas y terribles, luego misteriosamente olvidadas. En realidad todo debió de suceder al revés, porque el mito de aquella quimera es el augurio de horrores más grandes.

El piquete del cuadro de Goya carece de rostro y casi de forma. Visto de espaldas y a la luz del fanal, es casi imposible decidir cuántos soldados lo componen. El pelotón deviene así un prieto conjunto de capotes, morrales y correas, casi por completo deshumanizado. Los fusiles, que prolongan las bayonetas, surgen debajo de los chacós oscuros y esbozan la imagen de un hato de cornalones, hiriendo el aire en su embestida. Las mochilas de esta tropa corcovada, para mejor asegurar el tiro, abundan en la ilusión de los morrillos de unos toros apiñados en su carga. Sólo los brazos, las piernas y los pies calzados con zapatillas son de hombres, mientras torsos y cabezas se transforman en lomos y testuces de reses bravas. Un rebaño de furiosos

minotauros se arranca unánime en la noche oscurísima, para consumar un sacrificio.

(«La vaca del viejo mundo / pasaba su triste lengua / sobre un hocico de sangres / derramadas en la arena, / y los toros de Guisando, / casi muerte y casi piedra, / mugieron como dos siglos / hartos de pisar la tierra». El 11 de marzo de 1937, cierto Luis Hurtado o Urbano Álvarez, quien presumía a un tiempo de vieja amistad con Federico García Lorca y de «sangre derramada en la más alta intemperie de un campo de batalla», escribe en el periódico falangista *Unidad*, de San Sebastián: «Se desplomó tu cuerpo, para siempre, y se borró tu risa de los mapas; y la tierra tembló a través de tus manos de agonía, al sentir la llegada de tu espíritu. Y, sin embargo, no puedo resignarme a creer que has muerto; tú no puedes morir. La Falange te espera; su bienvenida es bíblica: Camarada, tu fe te ha salvado. Nadie como tú para sintonizar la doctrina poética y religiosa de la Falange, para glosar sus puntos, sus aspiraciones. A la España Imperial le han asesinado su mejor poeta. Falange Española, con el brazo en alto, rinde homenaje a tu recuerdo lanzando a los cuatro vientos su presente más potente. Tu cuerpo ya es silencio, silencio nulo y sombra: pero sigues viviendo intensamente vivo, en las formas que laten y en la vida que canta. Apóstol de la luz y de la risa. Andalucía y Grecia te recuerdan, ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!»).

«Se ha visto», escribe Moratín, «a un hombre sentado en una silla, o sobre una mesa y con grillos en los pies, poner banderillas y matar a un toro». *Martincho*, o Martín de Barcáiztegui, natural de Oyarzun y cuatro veces inmortalizado por Goya en su *Tauromaquia*, clavaba los rehiletes a la manera de Melchor Calderón, es decir, partidos y hundidos a cachetes o puñetazos, citando en ocasiones de rodillas. De rodillas mueren también los ajusticiados en *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid*. Sus verdugos les postran, para humillarles antes de fusilarlos a bocajarro. En los arrieros, los mendigos, los cesantes, los picapedreros y los peones, los hombres de la *Legion de Réserve*, venidos también de los abismos de la sociedad, hallan víctimas aun más humildes a quienes obligan a rebajarse a la hora de inmolarlas. Esta matanza en un descampado no guarda las apariencias de las ejecuciones en los países cristianos y civilizados. Aquí no se rinden armas ni hay tiros de gracia. Se ajusticia a los reos a racimos y se les deja rehogar en su propia sangre, mientras se apiña a otros presos a punta de bayoneta, para destrozarlos con nuevas descargas, a tres pasos de los ojos. Sólo el tiempo del crimen es el apropiado para los *verdaderos* fusilamientos, como bien lo recuerda Hugh Thomas. Tal es decir, antes del alba y a la hora del minotauro.

En una conferencia pronunciada en 1926, Don Ventura Bagüés comenta otro grabado de *La Tauromaquia,* donde el citado *Martincho* pone las banderillas al quiebro. Al decir de tal crítico aquel banderilleo pertenece a una antigua modalidad de la suerte, llamada a *topa-carnero* y pronto caída en desuso. En esta primitiva y temeraria variante no se marca el quiebro hasta que el toro entra en la jurisdicción del torero y humilla para embestir. Es fama que *Martincho* clavó pares así, arrodillado, sin ser nunca cogido. De rodillas ante el minotauro, el monstruo humano con diversas cabezas de chacó y bayonetas por astas, el descamisado de Goya, alza los brazos y abre las palmas, como si citase para banderillear con rehiletes invisibles. En la sinrazón del desespero, este mártir supuestamente racional, quien acaso muera vitoreando el Santo Oficio, se niega a entregarse al engendro mitad toro y mitad hombre, que es el último y el más sarcástico sueño de la razón. *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid* será así la gran corrida pintada por Goya, para celebrar el retorno del más indeseable de los reyes, Fernando VIL Aquel toro de 1793, el de la sangre en el pitón y la capa asalmonada en el morrillo, se ha transformado en este piquete de verdugos. Si el descamisado a quien van a ejecutar o a asesinar, en el supuesto de que los términos no sean sinónimos («¡Qué tremendo con las últimas / banderillas de tiniebla!»), extendiese las manos, en vez de alzarlas abiertas en la noche, rozaría las bayonetas del pelotón como hubiésemos podido tentar nosotros las astas de aquella res de lidia.

(«Pero ya duerme sin fin. / Ya los musgos y la hierba / abren con dedos seguros / la flor de su calavera. / Y su sangre ya viene cantando: / cantando por marismas y praderas, / resbalando por cuernos ateridos, / resbalando sin alma por la niebla, / tropezando con miles de pezuñas / como una larga, oscura, triste lengua». Lo mataron la madrugada del 20 de agosto de 1936, junto con dos banderilleros, un maestro cojo y su hijo. El crimen fue en el camino de Viznar a la Fuente Grande, Ainadamar, en árabe, Fuente de las Lágrimas. José Luis Vila-San Juan cita el autorizado parecer del comandante de Intervenciones Militares y gobernador civil de Granada en aquel tiempo, José Valdés Guzmán: «Todos los maestros son rojos». Al maestro de Paulinas le faltaba una pierna. Lo detuvo un policía con quien se había enemistado. Cuando su hijo quiso protestar se lo llevaron también. Ninguno de los dos pudo presentir entonces que pocos días después los asesinarían a ambos junto a Federico García Lorca. Nadie sabe de cierto dónde yacen sus huesos, entre los olivos o en un barranco, que sirvió de sepultura a centenares de víctimas. Un viejo enterrador cree haber reconocido el cadáver del maestro por su

pierna única y recuerda muy bien el de Lorca, por su chalina. A Ian Gibson decíale muchos años después: «Sabe usted, de esas que llevan los artistas». La partida de defunción del poeta atribuye su muerte a «heridas producidas por hecho de guerra». No cabría mejor título, ni eufemismo más siniestro, para uno de aquellos crímenes que Goya graba en sus *Desastres*).

Hugh Thomas escribe que el descamisado de Goya, el mártir anónimo quien cita al minotauro con banderillas invisibles, va a morir de inmediato. Nada ni nadie puede salvarle. Dentro de un instante, una descarga lo hundirá eternidad adentro, como hubiese podido hacerlo la seca cornada de un toro heridor.

No obstante, la descarga se ha demorado ya siglo y medio sobrado. Desde hace más de ciento sesenta años, aquel hombre la desafía de rodillas y con los brazos abiertos. Su momento de la verdad, acaso al borde del infierno, se eterniza en la más larga de las agonías. En 1939 el condenado, los muertos, sus asesinos y la noche que a todos los envuelve, estuvieron a punto de desaparecer, cuando otra guerra iba a devorar el cuadro. Evacuado con el entero museo, para librarlo de los bombardeos de Madrid, *El 3 de Mayo de 1808* pasó a Las Torres de los Serranos, en Valencia. Desde allí lo enviaron a Cataluña, donde siguió con el Prado la retirada de los republicanos hacia Francia primero y hacia Ginebra después. Por Mataró bombardeado, cruzaba la tela en un camión descubierto. La barandilla de hierro de un mirador, rota y torcida por la metralla, desgarró el lienzo por detrás del fanal del piquete. En el Castillo de Perelada y en el llamado Museo del Vidrio, la colección de cristalerías de Mateu, le cosieron la camisa de la abuela del mayordomo en el reverso, para restaurarlo.

En un relato de Borges, «El Milagro Secreto», un erudito judío es condenado a muerte en Praga por los nazis. En vísperas de su ejecución le vence el terror de morir fusilado. La horca o el degüello no le habrían arredrado de tal modo; pero las circunstancias de la muerte le parecen más temibles que su propio destino irrevocable. Suplica a Dios que si de algún modo Él existe, si no es una errata o una repetición de la Divinidad, le permita concluir su drama *Los Enemigos* antes de que le maten. Sólo implora un año para terminarlo. Frente al piquete oye la voz de mando y ve alzarse el brazo del oficial (Borges tiene un sentido un tanto operístico de las ejecuciones hitlerianas, que solían ser menos ceremoniosas), oye la orden de fuego y ve el brazo suspenso en el aire, en un ademán truncado.

(En la biblioteca de R. consulté el pasaje, hace unas noches, mientras Marina dormía y la tramontana aullaba como si quisiera arrancarnos las raíces del alma. Hasta aquel punto, el relato transcurría esencialmente como yo lo recordara. Llegado al prodigio secreto, al fusilamiento detenido con la tierra en el tiempo, leí estremeciéndome de asombro: «*El viento había cesado como en un cuadro*». Sólo mucho más tarde, cuando cesara también el otro viento, el que se estrellaba contra los muros y las ventanas de la casa, advertí que R. había subrayado aquella frase en rojo, para recordármela. A no dudarlo, y antes de que yo pudiese presentirlo, él reparó en el origen oculto de *El Milagro Secreto*; el cuadro que un escrito ciego transformaría calladamente en una de sus fábulas).

El tiempo se suspende y el condenado concluye el poema. Luego una descarga lo borra de la faz de la tierra. En *Cien Años de Soledad*, cuando el coronel Aureliano Buendía rememora su vida y la historia de un paraíso fundado y perdido por los suyos ante otro pelotón que se dispone a fusilarle, Gabriel García Márquez parte a su vez de Borges y de *El Milagro Secreto*, aunque luego a su coronel Buendía no le ajusticie nadie. Estas versiones literarias son marginales y contingentes. No habrían sido si Goya no hubiese pintado *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid*. A diferencia de lo ocurrido en *Las Meninas*, donde Velázquez sólo capta un instante fugitivo entre instantes, Goya paraliza el tiempo cuando el descamisado de rodillas abre los brazos ante las bocas de los fusiles. Tal dijérase uno de aquellos pájaros de otra era, inmovilizados para siempre en ámbar en mitad de su vuelo.

Naturalmente el tiempo retenido no es sólo el histórico, en cuyo caso *El 3 de Mayo de 1808 en Madrid* sería un simple acto de propaganda. El cuadro trasciende las circunstancias de su encargo, como Goya sobrevive a Fernando VII. A la vez el ámbar de su tiempo atrae otros seres y destinos, para identificarlos con quienes permanecen inmovilizados allí. Un toro, pintado veinte años antes (que en otra evolución de su especie devendrá Saturno) se transforma en el hombre que increpa al piquete con los brazos abiertos. Dos versos de Lorca, «No se cerraron sus ojos / cuando vio los cuernos cerca», entreveran a este reo de muerte con un poeta asesinado ciento veintitrés años más tarde. Otro par de versos, del propio Lorca y del mismo poema, «¡Qué tremendo con las últimas / banderillas de tiniebla!», mudan el crimen del lienzo en una corrida. Aquel descamisado, quien era un toro, quien era Lorca, se convierte ahora en *Martincho,* citando con rehiletes y a *topa-carnero*. Dos banderilleros caen con Lorca, camino de Ainadamar, sin que nadie levante acta de su «muerte producida por hecho de guerra», por ser

gente del bronce y de escalera abajo, en una tierra donde todos los maestros son rojos. A través de otro toro de Goya que tres años antes acometía a un caballo blanco, el piquete de *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío* se transfigura en un repetido minotauro, con las bayonetas por cuernos.

«No hay un solo ser en la tierra capaz de saber quién es», decía R. la mañana en que conocí a Marina, antes de que yo supiese que la frase no era suya, sino de Léon Bloy. Toda la teoría de la evolución, la unánime metamorfosis que va de los peces a los hombres como Fernando VII y Franco, pasando por todos los monstruos, y de *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid*, a *Cien Años de Soledad*, a través de *El Milagro Secreto*, parece confirmar aquella certeza, en el arte y en la vida.

Calladamente, con recogido sobresalto, me pregunto quién seré yo y quién fue Don Francisco Goya Lucientes.

27 de marzo de 1828

La plaza ardía de sol y los tendidos estaban desiertos. Arriba, un azul de mar y de mediodía, sin nubes y sin pájaros. Un azul tan unánime y resplandeciente, que lo creí abierto sobre el centro exacto del firmamento.

En el balcón del Rey, en frente de los toriles, Su Majestad Don Carlos IV sonreía distraídamente y se acodaba como un majo en la baranda, engalanada con un tapiz donde bordaron el pendón de Castilla. La Reina María Luisa, de negro y envuelta en tules, abanicábase mirando el cielo. Entre los muy Católicos Soberanos, vi al Monarca difunto Don Carlos III, que Dios guarde y tenga en su gloria. Enmarillecido, parecía tan acatarrado como en la primera audiencia que me concedió en mis juventudes. Pensé no haber sabido hasta entonces que los espectros estuviesen sujetos a un mal aire y se resfriaran en pleno verano. De vez en vez, el Rey muerto extendía una mano traslúcida y Doña María Luisa le entregaba un pañizuelo de encajes, sacado del corpiño. El Señor sonábase entonces delicadamente, con sólo dos dedos y abocándose a la plaza. Luego devolvía el lienzo a su augusta nuera, como si le diera a besar la mano y ella lo guardaba apelotonado entre los pechos. Al mocarse, Don Carlos me ofrecía su perfil de fantasma fatigadísimo. Le adelgazó la muerte, subiéndole los pómulos y las cejas bajo la piel empalidecida. Una larga vena azul, como los mismos cielos, le cruzaba el cuello del oído a la chorrera. «De joven me tomaban por un galgo hambriento y ahora asemejo una oveja mal pastada», me dijo sonriendo cuando me disponía a pintarle en traje de caza. «¿Cómo vas a retratarme tú, para que finalmente sepa quién soy?».

Junto a la Reina se sentaba mi Josefa. Tenía los labios prietos, como dos pétalos mustios y los ojos fijos en el graderío sin gente. Le contemplé la mirada profunda y cortante de todos los Bayeu: el encaro de gente venida de antiguos pastores de secano, habituados a cavilar mucho y a esconder celosamente lo pensado. Un alarido, ahogado en mitad de la gola, me abrasó la boca y las quijadas, mientras la observaba. Josefa abrazaba ahora en la falda a nuestros hijos muertos. Allí Vicente Anastasio, tan blanco como lo estaba aquella madrugada, cuando nos amaneció yerto en su cunita, con un hililllo de sangre entre los labios. Allí mis dos hijicas malogradas, María del Pilar Dionisia, con su cabeza de gárgola y su frente aplastada, y la pobre Hermenegilda, aquélla a quien bautizaron a toda prisa porque Josefa la echó al mundo asfixiada. Allí mi Francisco de Paula, el que murió riéndose en mis

brazos, como si un rayo nunca visto me lo hubiese arrebatado. De cuando en cuando la Reina se volvía hacia las sombras de los niños, para sonreírles o acariciarles la cabeza con el canto del abanico. Luego el país de la tela se abría y cerraba, se cerraba y abría entre el chasquido de las varillas.

Habían allanado y limpiado la arena, como disponiéndola para una corrida. No obstante, las barreras y los estribos reclamaban una buena capa de pintura y los burladeros estaban rajados a cornadas. Solo en el centro del ruedo, bajo los ojos de los vivos y los muertos, me sentí desnudo y empequeñecido entre los tendidos despoblados. Rehuyendo el encaro de mis hijos, humillé la cabeza y vi afilarse mi sombra en el suelo, como una lengua o como una pica. En la diestra, prendido de una larga cadena de oro, sostenía mi reloj. Era aquel que me regaló mi padre, a la vuelta de Italia en las mocedades. Nunca se adelantó ni atrasó un instante ni jamás se había parado. Lo llevé siempre prendido en la faja, en la camisa o en el propio levitón. Cada noche, al acostarme, le daba la cuerda cumplida y lo guardaba debajo de la almohada. Luego me adormecí escuchando su rumor de arroyo diminuto, vuelto eternamente a las propias fuentes. Con aquel tictac bajo los almohadones, Josefa y yo concebimos a nuestros hijos muertos; los soñamos hombres antes de engendrarlos y lloramos sus muertes, lamiéndonos las lágrimas. Con aquel tictac bajo mis oídos, abiertos los ojos en la oscuridad y apoyado el pescuezo en las manos cruzadas, imaginé en una noche de insomnio mis pinturas del tiempo, a través del paso de las estaciones, *Las Floristas, La Era, La Vendimia* y *La Nevada*, para iluminar las estancias nupciales del Infante Gabriel, en El Escorial, cuando se desposó con Doña María Ana. Entre tanto y en la brillante quietud de la plaza abandonada, el abanico de la Reina se abría y cerraba, se cerraba y abría, juntando y separando el varillaje allá en lo alto del balcón real.

Otro rumor no advertí entonces, porque el reloj se había parado a las doce en punto, en el mismísimo mediodía. Me llevé la esfera muda al oído y la sostuve luego en la palma de la mano, mirándola suspenso. No fuera mayor mi asombro de saberme en pie y con el corazón detenido en el pecho. Quise implorar la asistencia de los vivos y de los espectros del palco, como para entonces empezaban a llamar a los balcones de los toros; pero parecían desatendidos de mis súplicas mudas. El viejo Rey muerto se miraba las uñas y sonreía para sus adentros. (*Allora, appena il crepuscolo, il giorno comincia a scolorire e nel traspasso de colori tutto rimane calmo,* me había contado acerca de los atardeceres de Madrid en la primera audiencia). En la plaza, sin embargo, era mediodía y a las doce, precisas y exactas, se detuvo el reloj. En

aquel punto de desconcierto, recuerdo haberme dicho que acaso todo sucediese al revés y lo parado no fuese el reloj, sino el tiempo. Así se represaba en cada uno de aquellos cuadros míos, pintados para las bodas del Infante, donde las horas hacían pie en cuatro momentos de cuatro estaciones.

Su Majestad Don Carlos IV, felizmente reinante, seguía acodado en la baranda, como un picador en las tablas. (*Saper fare e condursi a aquel modo*. «Nadie resiste mis trompadas, los palafraneros más duros caen como bolos. Cuando tú regreses lucharemos a la barra en las cuadras y luego tocaré el violín para ti, si te place»). De súbito levantó la mano y la Reina cerró el abanico. Josefa abrazóse más estrechamente a nuestros hijos muertos y el espectro del viejo Rey sacudió con tediosa fatiga la cabeza acatarrada. Las puertas del toril acababan de abrirse solas y de allí veníase un toro zaino y cuerniabierto, que le llevaría medio testuz a la barrera. Acometía de frente y bramando, asomada la lengua por el borde de las fauces. Iba hacia mí, mirándome de hito en hito, como lo haría un hombre a quien acabasen de castrarle un hermano. Sus ojos eran enormes y luminosos, lleno de sangre el blanco y de furia azabachada la pupila. Comprendí que aquel toraco era mi verdugo y aquélla la muerte a que me condenaban mis propios hijos, por concebirlos muertos, y los Reyes por atreverme a juzgarlos vivos. No temí ni traté de huir, en aquellos momentos apresurados e interminables. Me satisfizo sentir firme la mano que sostenía el reloj por la cadena y saber espaciados y tranquilos los latidos de la sangre en el pecho.

El sueño debió cercenar mi grito y convertirlo en jadeo, porque el primer destello de la conciencia fue para percatarme de no haberlo oído. En camisón me incorporaba entre las sábanas y las colchas revueltas de la cama, mientras el doctor Arrieta me abrazaba los hombros, esforzándose por sujetarme. Josefa, descompuesta y más delgada que nunca, trataba de secar el sudor de mis manos y de mi frente con una toalla de largos flecos. Poco a poco, con el trabajoso aturdimiento de un animal medio adormecido, reconocí mi propia alcoba, como si regresase a aquella estancia después de una ausencia muy larga. Allí la cómoda cubierta de mármol, en cuyos cajones mi mujer aromaba la ropa con membrillos. La imagen de la Virgen del Pilar, que Josefa se trajo al matrimonio con su dote, y el crucifijo de mis padres. En la pared pendía también el cartón de *El Parasol*, en una copia que hice para Josefa, cuando trabajaba en la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara. Dos adolescentes me contemplaban desde el cuadro. El muchacho protegía a la chica con un

quitasol verde, de contera redonda y encarnada, mientras un perrillo negro, doblado como una pescadilla, dormitaba en las faldas de la niña. A espaldas de la pareja, el aire mecía un sauce.

Lentamente iba recordando lo sucedido: el calvario que fuera mi enfermedad, al cabo de la cual acababa de recobrar la conciencia. Todo empezó con súbitas y terribles jaquecas, que parecían encenderme los sesos dentro del cráneo. No había camomila, vinagres, calor ni melecinas que pudiesen aliviarlas. Luego el dolor pasó recrudecido desde la frente y las sienes a los oídos, como si dos escorpiones hubiesen anidado en la cerilla de una oreja, para abrirse paso muy despacio hasta la otra. Después perdí el tino y me sepulté en una pesadilla interminable, aunque sólo guardase memoria de algunos retazos de aquel delirio. Vi entonces lo que en parte grabaría en *Los Caprichos* y en *Los Disparates*. Dos viejas celestinas y un par de majas barrían tres pollos desplumados, con afeitadas cabezuelas de hombre. Las mismas brujas y manolas empalaban otro pollo vivo, de rostro humano, debajo de un arbusto donde posaban aves de facciones conocidas. Una, colipava y de grandes alas abiertas, era yo mismo con gorguera, espadín colgado al cuello y calañés. Otra, con pechos de mujer en la pechuga de paloma, recogido el pelo con unas cintas blancas, parecía la viva imagen de María Teresa. Esqueletos de piel apergaminada, seguidos de ancianas arpías, obstinábanse en alzar la losa de su tumba bajo un sol poniente, rojo como un huevo. Una muchacha vestida de blanco cabalgaba un bayo, de larguísima crin, puesta en pie en la silla y sujeta a las riendas bien tersas. El corcel sosteníase a su vez sobre una delgada maroma, que se doblaba al paso de aquella caballería de recia ambladura. Unos turcos enseñaban las primeras letras a un elefante retinto, en un libro tan grande como las tablas de la ley. Frailes envejecidos y boquiabiertos apiñábanse extáticos al pie de un púlpito, en cuya baranda predicaba un loro. El papagayo, muy orondo y poseído de sí mismo, levantaba una pata en la penumbra para subrayar la profundidad de sus sermones. Sobre un paisaje de procesiones y capiteles, conversaban animadamente dos demonios desnudos. Media cabeza y la mitad de la barba de uno de ellos eran de hombre; pero el rostro semejaba de ave, con un ojo y una ceja en mitad del pico. El otro tenía los trazos muy largos y afilados; las orejas caídas como las de un perro dálmata. Con los ojos cerrados y las manos cruzadas piadosamente, recordaba a un tiempo al mastín, al cerdo y al fraile. Ambos endriagos montaban en pollinos, con torso y patas de velludos gorilas. Amanecía en el cerro del aquelarre, mientras la lejanía achicaba un pueblo del llano. En los aires un cretino sosteníase a horcajadas sobre un búho, en tanto

que una pareja de hechiceros acomodaban a una mujer obesa y desnuda sobre sus espaldas. Un gato, prendido a un diminuto paraguas abierto, ascendía con ellos hacia la alta borrasca. Una manola, medio rostro cubierto con su pañoleta y la mirada vuelta de lado, erguíase de puntillas encima de una tapia para arrancarle los dientes a un ahorcado, mientras un mono entonaba madrigales para un asno, acompañado del guitarrón y de los aplausos de los hombres.

Monstruos, ajusticiados, sambenitados, hechiceras, diablos, putas, petimetres, dueñas, quimeras, amantes, duendes, monjes, doncellas, busconas, jorobados, alguaciles, presos, bandidos, avaros, toreros, pintores, embozados, enlutados, escribanos, verdugos, barberos, mendigos, pregoneros, cabezudos, gigantes, árabes, payasos, sangradores, máscaras, forzados, sastres, fetos, beatas, carcamales, leones, lechuzas, gatos, carneros, machos cabríos, borricos, pavos, arañas, leopardos, chimpancés, perros, polluelos, carneros, murciélagos, cacatúas, pardales, erizos, caballos, osos, zorros, ratas, gusanos, luciérnagas, elefantes, tigres, peces, águilas, caballos, topos, conejos, tortugas, salamandras, lobos, halcones, lagartos. Por un trance de tinieblas, aquella desbandada se fundía de improviso en la plaza vacía, salvo por el palco de los Reyes, donde yo aguardaba el derrote del toro morucho y veleto, con el reloj prendido por la cadena. Despierto, recordaba con toda claridad aquel último sueño al final de mi desvarío y reviviéndole advertí que el dolor de las templas y de los oídos había desaparecido, dejándome el cráneo como vacío. No obstante creía presenciar otra pesadilla con los ojos bien abiertos. Josefa y el doctor Arrieta me hablaban y sonreían, sin que yo alcanzase a oírles las risas ni las palabras. También la voz me fue negada, cuando quise replicarles. Boqueando como un pez, me sentí sumido en el silencio. Se diría nadaba debajo de unas aguas invisibles, soleadas por la ventana de la alcoba, donde todo fuera quietud inalterable desde la amanecida del mundo. Con mayor asombro que desespero, me percaté entonces de que me había quedado sordo como una tapia.

Lo primero que pinté en la convalecencia fue el testuz de aquel torazo zaino. Lo hice de tamaño natural y lo representé tan cerca como lo viera al final de mi pesadilla: a cinco palmos de mi pecho y al alcance de mi mano. Si un pintor no consigue repetir sus sueños cumplidamente en un cuadro, tampoco podrá pintar de memoria. Si no sabe pintar de memoria, no es un pintor, sino un pintamonas con sus pintarrajos. También comprobé que el silencio de mi

sordera, al cual nunca pude ni puedo habituarme, no había mermado mis facultades, aunque sí cambió mi talante con los pinceles. Era ahora mucho más parco y expresivo con los colores, también más suscinto en el diseño. Líneas y contornos habían desaparecido de mi arte, puesto que nunca hallaron cabida holgada en mi conciencia. Me percataba también de que, sabiéndolo todo acerca de la luz, había ignorado las tinieblas hasta entonces. Con las sombras de mi propio espíritu, escarbando en los sueños y en la memoria como quien cava una zanja en el centro de su ser, creé aquel toro tan bestialmente humano como los propios bufones de Velázquez.

En un pitón le puse sangre, sin saber de quién era. Le añadí rehiletes clavados y torcidos, debajo de la cruz, así como una capa prendida en el morrillo, sobrecogido por su oscura desnudez. Al concluirlo, frescas aún las últimas pinceladas, le dije: «Ahora embiste, cabrito». Se lo repetí sin ira ni jactancia, subrayando un deber suyo que se me antojaba obvio, si de veras estaba vivo como yo lo sentía. Luego sacudí la cabeza desalentado, al comprobar que lo había pintado sordo, a mi propia imagen y semejanza. Cuando le mostré aquel testuz a María Teresa, en mi estudio, preguntándole luego si me creía loco, repuso entre despavorida y escandalizada:

—Claro que lo estás. Ido de atar. ¿Cómo te arriesgaste a citarlo para que saliese del cuadro y te prendiera de veras, insensato?

Como no la comprendía, porque aún no me había avezado a leer en los labios y ella hablaba siempre muy de prisa, lo garrapateó todo nerviosamente en un papel. Luego añadió: «Este toro me hace sentir desnuda hasta los huesos. Me mira como si yo fuese un pelele». Me eché a reír, la atraje hacia mí e hicimos el amor en el suelo, debajo del tragaluz, puesto que en mi taller no había otro sitio para el fornicio. Después de verla aullar de gozo, sin oírle los gritos, le dije que en mi silencio sus chillidos parecían de dolor increíble, como si la hubiesen crucificado.

—Crucificada viví siempre —replicó muy despacio, para que percibiese las palabras en su rostro—. Yo no quería haber nacido.

Me asombró el despropósito, pues siempre creí a María Teresa más colmada de vida que cualquier otro ser sobre la tierra. Entonces me percaté de cuán lejos pueden permanecer dos amantes, inclusive cuando se revuelcan en el suelo. Tan lejos para el caso como la propia María Teresa parecía haber vivido de sí misma. A la vez y bajo otra luz aparte, comprendí que yo estaría siempre mucho más próximo a mi arte que a toda persona, incluido mi hijo bienamado Francisco Xavier Pedro. María Teresa vestíase entre tanto ante el espejo de mis autorretratos. Llevaba velos y ropas de viuda, porque aún no

terminara el luto por la muerte de su esposo, el Duque. Vivía aquella tarde su primera salida a escondidas desde las exequias, con la complicidad de un cochero y de una camarera. También aquel día convenimos mi visita a Sanlúcar y su viaje anticipado a las marismas, para reunirnos allí de rebociño.

En mayo de 1801 a María Teresa le quedaba un año de vida, aunque ninguno de los dos hubiese podido creerlo entonces. Hacía tiempo que no éramos amantes; pero volvíamos a ser buenos amigos. Yo la asesoraba en la compra de cuadros y ella iba a veces a llorar en mi estudio, allá por la época en que Godoy encarceló a su último querido, el teniente general Cornel. María Teresa faltaba en la plaza el segundo lunes de aquel mes, cuando debían torear *Pepe-Hillo,* José Romero y Antonio de los Santos en corrida grande. Yo sí estaba y me arrodillé como todo el mundo, tan pronto entraron los Reyes en su balcón. Después, en cuanto ellos se hubieron acomodado, nos pusimos en pie para aclamarlos. Mirándolos los recordé en mi sueño y en el retrato de la Augusta Familia, que pintara el verano anterior. Como en mi lejana pesadilla, Su Majestad el Rey se apoyaba de costado en la baranda del palco y sonreía, al igual que en mi desvarío lo hizo a la plaza desierta. No obstante, era ahora un anciano distraído y de ojos azules, vuelta apelotonada gordura su antigua robustez. Envejecía como deben hacerlo los espectros: perdiendo poco a poco la estampa y la memoria hasta desaparecer definitivamente. A su lado la Reina se esforzaba también por saludarnos con su boca desdentada, que parecía hundirle la quijada en el cráneo. Detestaba los toros y sólo acudía a las corridas por deber real.

Pepe-Hillo lucía un traje azul con cordones plateados. Me vio y acercóse a la barrera para hablarme. También él se había avejentado en el último invierno. Nunca fue muy alto; pero las cercanías del medio siglo le empequeñecían todavía más. Se le abotargaba el rostro y sobresalía la barriga crecida por el borde de la taleguilla, mientras una papada hermana del bocio coronaba la guarnición de encajes de su camisa. Entre los párpados medio caídos, las pupilas brillaban aún como dos cabezas de alfiler; pero grandes ojeras enfermizas le amorataban la piel hasta los pómulos. A su lado, José Romero parecía un gigante resplandeciente de juventud y de fuerzas titánicas, como todos los hombres de su casta.

—Pepe —le dije al *Hillo*—, ¿por qué no dejas el circo? ¿Tanto te cuesta seguir el ejemplo de *Costillares* y de Pedro Romero, parar, retirarte a tiempo?

Nos unía cierta amistad, la que tuve siempre con todos los diestros, y no era mi propósito incordiarle. Indefinidos presentimientos empezaron a escarabajearme el ánimo desde el comienzo del paseíllo. Aunque sordo, no

conseguía acallar aquellas confusas voces en mi interior. Se convertían en verdaderas telarañas de alaridos sofocados, de susurros y de silbos, hiladas por la aprensión en el pecho y en la garganta.

—¿Adónde iba a retirarme, ar cementerio? —preguntó *Pepe-Hillo*, sonriendo—. Yo no toreo pa morir, sino pa ganarme la vida.

Luego me dijo que los toros serían buenos, aunque castellanos y de Peñaranda de Bracamonte. El domingo por la mañana, después de misa, fue al Arroyo Abroñigal para contemplarles la estampa. Le gustaron todos por lo altos de cuerna y bien cortados; pero muy especialmente uno dicho *Barbudo*, que mandó reservarse. Lo correrían por la tarde y el *Hillo* añadió que aquella bestia y él eran nacidos uno para el otro, «como los amantes en el teatro».

—Cuando lo tenga dominao, tiraré la muleta y lo torearé con el reló, pa que vea que es llegada su hora y no la mía.

En seguida sonaron los clarines y empezó la fiesta. Por la mañana la corrida transcurrió sin mayor historia, aunque un cárdeno astiverde, con la divisa de Briceño, tumbó a *Pepe-Hillo* y debió arañarle la pierna, pues salió por la tarde claudicando un poco y con la pantorrilla vendada por debajo de la media. («Maestro, aquel toro y yo somos nacidos el uno para el otro, como los amantes en el teatro»). La corrida vista por un sordo más parecía teatro que toros, por el silencio en que transcurría el espectáculo. Una tragedia donde se moría de veras, como dijo una vez *Costillares*; pero tragedia al fin y por lo tanto representación de un drama oculto, cuyo sentido y desenlace ignorábamos todos. *Barbudo* salió el sexto o el séptimo de la tarde. De inmediato comprendí que el *Hillo* se equivocó incomprensiblemente al escogerlo. Era grande, muy negro y con buenos pitones; pero peligroso y deslucido por lo asustadizo y abantón. Tomó tres picas, escapando de todas, y tres pares de banderillas. Recuerdo aún uno excelente y a cargo de Antonio de los Santos, quien siempre se crecía en la suerte. Tocaron a matar y *Pepe-Hillo* le dio un par de pases por el orden natural. En el segundo se le revolvió *Barbudo*, con aquella desparramada presteza que lo hacía heridor por lo nervioso, y lo encerró contra las tablas. Salió a medias del apuro con un pase de pecho y quedó el *Hillo* a la derecha de los toriles, la cabeza algo terciada hacia la barrera y dispuesto a matar. No había tirado la muleta para torear con el reloj, como lo hacía en los tiempos de sus piques y contiendas con Pedro Romero. Más tarde me dijo su banderillero Manolo Jaramillo que andaba muy dolido al mediodía por el costalazo de aquella mañana. La cuadrilla le pidió que se abstuviese de torear por la tarde en tales condiciones; pero *Pepe-Hillo* negóse a escucharla, porque tenía una contrata con la plaza de la Puerta de

Alcalá y aquellos compromisos eran para él tan sagrados como si los hubiese jurado ante la Virgen del Baratillo.

Cuadrado *Barbudo* en el peor de los lugares, junto a la puerta derecha del toril, se arrojó *Pepe-Hillo* para darle un volapié al viejo modo de *Costillares*. La estocada le quedó mediada y por el lado contrario, al tiempo que el toraco le prendía por la taleguilla. De una sola cabezada le volteó entonces, arrojándolo de espaldas a la arena y aturdiéndole con el golpe. La plaza entera estaba en pie y aullaba horrorizada, esperando la cogida de sangre, con gritos de espanto para mí tan mudos como los alaridos de María Teresa en mis brazos. *Barbudo* sepultó todo el pitón izquierdo en el vientre de *Pepe-Hillo*, como si buscase su reloj por el camino de la cadena. Así ensartado lo meció y bamboleó, en los instantes más interminables, mientras *Pepe-Hillo* moríase ahora consciente e ido de dolor, agarrándose a la otra asta con las manos crispadas. Juan López fue el primero en acudir al quite y puso al toro una vara alimonada a caballo alzado. Al *Hillo* se lo llevaron en brazos Antonio de los Santos y Manolo Jaramillo, rojos los tres de sangre como teas, esforzándose por contenerle los intestinos en el vientre partido. En el balcón real, Su Majestad el Rey seguía inmóvil y apoyado en la baranda, donde colgaba un tapiz con el pendón de Castilla como en mi sueño, boquiabierto de pasmo ahora. La Reina volvíase a un lado y ocultaba el rostro entre las manos. En la plaza los peones mudaban con las capas la situación del toro. Andaban tan azorados que a uno le quedó el capote prendido en las banderillas de *Barbudo*. Sólo José Romero, con aquella marchosa y casi inhumana dignidad de los matadores de su familia, guardaba la cabeza fría en la desdicha. En cuanto hubo cuadrado al bicho y con la punta de su propia espada, arrancó la del *Hillo* sin que *Barbudo* bulliese entonces. Mientras Romero perfilaba la estocada, en las mismas tablas, miré a la fiera encarada conmigo a través del callejón y por encima de la barrera.

Sin ningún asombro la reconocí entonces. Era la viva imagen del toro que había pintado al salir de mi desvarío y al entrar en la sordera. El toro de muerte de mi pesadilla, que yo aguardaba con el reloj en la mano, emplazado en el centro de la arena por quienes concibiera o juzgara. Los ojos encedidos y azabachados de *Barbudo* se miraban en los míos, como si a su vez se esforzase también en reconocerme. La sangre todavía fresca de *Pepe-Hillo* le caía por el asta y chorreaba por la espaldilla izquierda. En las pausas del acezo, lamíase las fauces con la punta de una lengua, encarnada como el bermellón. «¿Quién eres?», le pregunté sin despegar los labios, pero sin apartar tampoco mis ojos de los suyos. «El Rey muerto me pidió que le

retratase para saber quién era él. A mí no puedes engañarme, porque somos demasiado parecidos. Tú no eres solamente un toro. Esto lo sabía el propio *Pepe-Hillo* cuando te escogió en el Arroyo Abroñigal para que le matases». Más no hubo porque José Romero se interpuso entre nosotros y lo estoqueó de dentro afuera, con un pinchazo hasta el guardamano. Repitió la suerte, hundiendo toda la hoja desde la punta a los gavilanes. Cayó *Barbudo* con los remos ya atiesados por la muerte, sin intervención del cachetero.

Toda la noche del dos de mayo de 1808 oímos desde mi casa las descargas de las ejecuciones. En la madrugada del día siguiente, pero antes de la amanecida, me llevé a mi criado a la Montaña del Príncipe Pío, donde según susurraba el vecindario todavía fusilaban los franceses. Josefa quiso impedírmelo, con llantos y voces que por fortuna no pude oír. En la puerta se me abrazaba aún, fuera de sí como no la viera nunca antes. Dominándose el desespero, con todas las fuerzas de aquella flaqueza suya parecida a la del naipe, espació las palabras en los labios para que pudiese leerlas sin tropiezo. Decíame que habíamos conseguido una posición desahogada y respetable, casi en nuestras vejeces. Teníamos un birlocho, un coche de caballos y otro de mulas, cuando muchos nobles no pasaban de la calesa. Teníamos un hijo crecido, después de haber dado tierra a otros cuatro. Todo iba a perderlo ahora, haciéndome matar en la calle como un perro. ¿Qué sería de ella en su viudez? ¿Cómo se las compondría para velar por el hijo, los coches y el tiro de mulas? Irónicamente no era yo, sino ella quien perecería de hambre, en la guerra que empezaba entonces. Quedó como una espina en aquel ataúd de niña, junto al cual la velaríamos Xavier y yo en otra noche no muy lejana.

Faltaba poco para el alba y había luna creciente, casi llena. En las calles no topamos con nadie, aunque por la parte del Palacio de Oriente sentíase rumor de patrullas montadas, según me contó Isidro. El farol le temblaba de tal modo en la mano que terminé por arrebatárselo, enfurecido. Desde entonces yo lo sostenía, abriendo camino, mientras apretujaba la carpeta y los papeles debajo del otro brazo. El sirviente me seguía hecho un perro apaleado, avanzando los dos como en un sueño hacia San Antonio de la Florida y la Montaña del Príncipe Pío, rebasados paso a paso el Convento de los Padres Agonizantes, las Escuelas Pías, la Casa Real de las Recogidas, el Convento de Mercedarios Descalzos de Santa Bárbara, la Huerta de la Beata María de Jesús y el Saladero de Carnes. Como le contaba ayer a Moratín, al acercarnos a la ladera de las ejecuciones empecé a sentir la fragancia de los

jarales tempranamente florecidos. Vimos también las bandadas de cuervos que aleteaban sobre los cadáveres y en seguida la tropa de perros callejeros, lamiendo la sangre y el relente entre los ajusticiados. A los perros los asustamos a blasfemias y a pedradas. A los cuervos sólo pudimos increparlos a gritos y con los puños cerrados. Isidro me dijo que nos respondían en un guirigay de graznidos y que los canes nos ladraban en las sombras. Me pregunté si aquellos animales nos creerían dos espectros que se hubiesen vuelto locos. Medio centenar de hombres yacían cabe a una margen del monte. Apelotonábanse en tierra, caídos de frente o de espaldas con los brazos abiertos, como si los hubiesen fusilado unos encima de los otros. Mi criado, quien era entonces poco más que un mozalbete, vomitó, llorando, al pie de los muertos. Lo abofeteé desatinado y encogióse junto al farol, sujetándose la cabeza con las dos manos, todavía estremecido por temblequeos y sollozos.

Bastante después, en el segundo o el tercer año de la guerra, busqué y conocí a José Suárez, un trajinero de la Aduana de Tabacos de quien se refería la fuga en mitad de aquellas matanzas. Era un hombre avellanado y menudo, que parecía ligero como un mico. Sobándose la gorra con las puntas de los dedos y sonriendo siempre, me detalló los pormenores de la noche terrible. Hablaba con burlón desapego de aquellas atrocidades, como si el deleite de saberse vivo empequeñeciera los horrores vividos. Entre las víctimas había un fraile, a quien yo reconocí por la tonsura aunque no llevase ropas talares. José Suárez me dijo que era el capellán del Monasterio de la Encarnación. Él mismo se lo contó cuando iban a fusilarlos. «Padre», le suplicaba entonces el arriero, «absuélvame antes de que nos maten». «Hijo mío, si Dios no está ciego verá que somos inocentes». «Padre, ¿y si estuviese sordo a nuestras voces, como estos verdugos que nos asesinan sin poder entendernos?». Recordó entonces mi propia sordera, que me obligaba a mirarle los labios y no los ojos cuando me hablaba. «Le ruego a usía que me disculpe, pues no quise ofender. No me refería a su impedimento, sino al de Dios. En aquel momento yo hubiese jurado que no oía o no comprendía nuestra lengua. Luego resultó que precisamente a mí me iba a ahorrar el suplicio». Relató cómo el pelotón los apiñó a todos, pinchándoles con las bayonetas y postrándolos de rodillas. «De aquel modo nos sujetaban, vejándonos de paso, porque carecían de cordeles para atarnos». Los acababan en grupos de cinco o seis hombres, fusilados a quemarropa, para empujar los siguientes a bayonetazos y despenarlos también de hinojos y entre los muertos. Cuando José Suárez vio llegada su hora, se alzó de un brinco no para escapar, sino

para morir en pie, como él mismo lo precisaba al relatarlo. Ante aquel gesto inesperado hubo un instante de incertidumbre por parte del piquete y empujado por el instinto de vivir se dio a la fuga. Le dispararon varias veces, sin poder herirle y en San Antonio de la Florida lo acogieron y ocultaron los monjes.

En verdad no me contaba nada nuevo; pero me ayudó a precisar mis recuerdos y a comprender mi propio cuadro, años antes de crearlo. Los caídos en la Montaña del Príncipe Pío se hacinaban destrozados, como si los hubiese corneado un toro gigantesco. Los soldados del pelotón eran una res monstruosa y repetida, con las bayonetas por astas de los testuces. La misma madrugada, en su hora más oscura y mientras las nubes ocultaban la luna casi llena antes del alba, cobraba el color de aquel zaino, pintado en la convalecencia de mi agonía. *Para Esto Habéis Nacido*, pensé llamar el lienzo entonces como luego diría a uno de mis grabados en *Los Desastres de la Guerra*. En un rincón y entre las sombras, detrás de los hombres que iban a morir, imaginé casi oculta a Josefa con Vicente Anastasio en los brazos, vueltos ambos el esbozo esfumado de como los viera en la plaza de mi sueño. El mismo toro surgido de mi encuentro con la muerte y concluido en dos sesiones, cuando a duras penas lograba tenerme en pie, reaparecía en el ruedo de la Puerta de Alcalá, para destripar a *Pepe-Hillo* y mirarme largamente, desde la arena al tendido, antes de que José Romero lo estoquease. Nacida en el desvarío de un enfermo, la fiera pasaba de la pesadilla a la pintura y de la pintura al circo, como la salamandra por el fuego: sin destruirse ni negarse. En la montaña del Príncipe Pío y en su última encarnación, se arrancaba multiplicada en un minotauro de ocho cabezas, armadas de pitones tan largos como las propias bayonetas. A su paso caían los hombres acribillados a puntazos, para apilarse desmadejados junto a un ribazo. María Teresa me confesó que aquel toro la hacía sentirse como un pelele y desnuda hasta la caña de los huesos. Peleles parecían también los muertos amontonados, que Isidro y yo vimos en la madrugada de veinte años atrás. Sólo los cuervos aleteando en espera de vaciarles los ojos y los perros perdidos abrevando su sangre sabían instintivamente que aquellos muñecos nacieron de mujer.

—Señor —me preguntó mi criado todavía sollozante—, ¿por qué quiere dibujar estas barbaries de los hombres?

—Para decirles eternamente que no sean bárbaros —repliqué sentado a la luz del farol, mientras esbozaba a los fusilados.

Cuando cinco años después pinté *El 3 de Mayo, en Madrid*, sabía que un pelele nos habitaba a mi prójimo y a mí mismo. Sabía también que aquel

fantoche podía convertirse en un hombre parecido al *Hillo*, con las entrañas vertidas en la plaza; en los ajusticiados caídos al pie de aquel declive o en otros títeres vestidos de punta en blanco, como la propia Familia Real, que Dios guarde y tenga en su gloria, cuando la retraté en Aranjuez. En verdad llegué a pensar que aquel país nuestro, ahora tan alejado por el exilio, era alternativamente la tierra del monstruo o del monigote. Las horas del uno y del otro sucedíanse, destruyendo o demorando nuestra historia. A veces el toro se arrancaba brutalmente contra los muñecos y los destrozaba como si no hubiesen sido también hombres. En otras ocasiones, llegado el tiempo de los fantoches, les lamía mansamente la mano cuando se la daban a besar. Hace ya bastante tiempo Moratín me hizo notar que las fiestas de la coronación de Su Majestad Don Carlos IV coincidieron con la Revolución Francesa, aquella que entronizaría la razón en un altar, en nombre de la libertad. En la libertad y sobre todo en la divina razón, había creído yo con la misma fe que el propio Moratín. Cuando finalmente llegaron a nuestra tierra, la del toro y del títere, lo hicieron convertidas en aquel minotauro disfrazado con los capotes del ejército napoleónico, que corneaba a los arrieros a bayonetazos. El día en que concluí *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío*, en vísperas del regreso del Deseado, me preguntó Isidro si aquél era el cuadro que me propuse pintar en 1808, para decirles eternamente a los hombres que no fuesen bárbaros.

—No —repliqué sacudiendo la cabeza llena de malos presagios—. Éste es el cuadro que le hice al Rey, para que no me mande ahorcar por haber colaborado con los invasores.

En verdad *El 3 de Mayo, en Madrid* era muy distinto de como en un principio lo había concebido. Entonces vi y esbocé el piquete, las bayonetas y los cielos tenebrosos como una suerte de salvaje corrida nocturna, donde un minotauro de más cabezas que la hidra sacrificaba a los hombres, en vez de lidiar éstos a los toros. Las víctimas caían unas tras otras y de hecho el cuadro carecía de fin, como no lo tenían los crímenes cometidos en nombre de la historia. Algo me decía, sin embargo, en la única voz imposible de acallar por mi sordera, que aquélla no era la entera verdad. Imaginé entonces un espectro vivo, que se alzase de rodillas entre los mismos muertos para denunciar la atrocidad en nombre de todos los muertos. Lo concebí con las manos traspasadas a balazos, como había visto a muchos fusilados de palmas horadadas cuando intentaban irracionalmente hurtar el rostro a las descargas. El hombre, aquel descamisado de calzones amarillos, crecióse luego en el centro del cuadro para conferirle un sentido inédito. Con los brazos abiertos,

como clavado en la cruz de San Andrés o presto a poner un par de rehiletes invisibles, detenía no sólo el fuego, sino también el tiempo en el centro del lienzo. Por ojos le di los del propio toro, tal como yo mismo los había pintado en los primeros días de mi convalecencia.

Quince años pasaron desde entonces y el mundo de ayer, el de María Teresa, *Pepe-Hillo* y el Príncipe de la Paz, desapareció para siempre. Como diría Moratín, no coinciden impunemente la coronación de un Rey como Su Majestad Don Carlos IV y la Revolución Francesa. También nosotros, los hombres como Moratín y como yo mismo, pasamos con nuestro mundo y ahora nos consumimos en el destierro. No obstante, en algún lugar de Madrid, mi descamisado de las calzas amarillas sigue deteniendo el tiempo y el fuego, con los brazos abiertos, mientras se obstina en gritarle algo a sus verdugos que nunca alcanzaré a oír. Quisiera creer que dentro de un siglo y medio aún estará allí, eternizando aquel instante brutal para denunciar todos los suplicios cometidos en la tierra a mayor gloria de la fe o de la razón. Quisiera creer también que para entonces otro hombre, quien acaso sea yo mismo, como diría el Esqueleto Viviente, viva obsesionado por aquel cuadro mío y llegue a percatarse de su sentido oculto y de su manifiesta verdad. Quizás en esta misma hora de otro tiempo aún muy lejano, aquel doble mío cuyas palabras juraría oír a veces, se siente a una mesa y escriba: «Calladamente, con recogido sobresalto, me pregunto quién seré yo y quién fue Don Francisco de Goya Lucientes».

Los Monstruos

Pepe-Hillo

José Delgado Guerra nace en Sevilla y en el barrio del Baratillo, el 14 de marzo de 1754. Le bautizaron tres días después en la Colegiata de San Salvador y allí lo apadrina José de Misas, primo hermano de un afamado picador. El padre, Juan Antonio Delgado, es un tratante en vinos y aceites del Aljarafe, o la Banda Morisca, como llamaban aún entonces al condado de Niebla al decir de Cossío. Establecido en Sevilla poco antes del nacimiento de *Pepe-Hillo*, para cuidar del embarque de los caldos, no tarda en arruinarse. Apenas aprendidas las primeras letras, las únicas que *Pepe-Hillo* llegó a conocer, pone a su hijo de aprendiz de un zapatero. De la madre no se guarda más noticia que el nombre, Agustina Guerra. Por una extraña coincidencia de destinos, pare al futuro diestro el mismo año que nace en Ronda su rival más conspicuo: Pedro Romero.

Desespera el padre cuando le cuentan las escapadas de *Pepe-Hillo* al matadero de Sevilla, para torear vaquillas, novillos y aun toros hechos en la corraleja de las jaulas, sin parar casi nunca en el obrador del zapatero. El matadero es la primera escuela taurina del Reino, según el historiador José Daza, e indudablemente lo fue de *Pepe-Hillo*. Allí lo descubre Joaquín Rodríguez, *Costillares*, cuando el niño se vale de su propia camisa a falta de capote. En aquel entonces *Costillares* dispútase el primado de la torería con Juan Romero, como rivalizará luego con su hijo Pedro. También él, *Costillares*, se ha formado en las becerradas del matadero y pasa por ser el inventor del volapié y de la verónica, en sus versiones modernas. Es un torero racional, consecuente y originalísimo, quien abucheado una vez y en las vejeces por el actor Isidro Máiquez, le gritará con fría lógica desde la barrera: «Señor Máiquez, señor Máiquez, esto no es el teatro porque aquí se muere de veras».

A *Costillares* le agrada la disposición de *Pepe-Hillo*: su hombría tenaz y alegre, su ambiciosa audacia y sus desplantes imaginativos y pintureros. Quizá le asuste un tanto su pasmosa soberbia, ciega al peligro, en quiebros y

adornos, precisamente porque en la plaza se muere una sola vez y siempre de veras. En todo caso y contra las protestas del tratante en vinos, se lleva a *Pepe-Hillo* de peón de brega. En las corridas de Córdoba, en 1770, lo muestra ya de segundo espada. *Pepe-Hillo* no tiene entonces sino dieciséis años recién cumplidos. Cuatro después se casa en la Colegiata de San Salvador con María Salado. A poco su prestigio se ha extendido por toda Andalucía, donde ya entonces le prefieren a Pedro Romero. En Madrid, en cambio, juran todos aún por el nombre de este último. Cuando la Junta de Hospitales de la Villa y Corte no consigue que los Romero toreen en aquella plaza, recurre de mala gana a *Costillares* y a *Pepe-Hillo*.

En 1778 coinciden en la plaza de Cádiz *Pepe-Hillo* y Pedro Romero. Éste, un hombre hercúleo, sereno y aséptico a la envidia, le dice en una pausa: «Compañero, lo que Dios le quitó en fuerza se lo compensó en gracia». *Pepe-Hillo* trastea un toro con su sombrero de castor, antes de matarlo de un volapié como los de *Costillares*. Pedro Romero vacía el suyo con la peineta de la redecilla. Aquel mismo año compiten de nuevo en la Real Maestranza de Sevilla y allí sufre *Pepe-Hillo* una de sus veinticinco cogidas graves. Pedro Romero, a quien los toros no hirieron nunca, arriesga la vida en el quite para salvarle. De entonces data la profunda amistad entre aquellos rivales, atestiguada por el propio Romero.

En 1784 *Pepe-Hillo* se presenta de espada único, en Burgos, con motivo de las corridas celebradas en obsequio del Conde de Artois. Al decir de un manuscrito conservado en la colección de Ortiz Cañavate y citado por José María Cossío, *Pepe-Hillo* se excede de tal modo en valor y destreza que «llega a matar varias veces llevando el reloj en la mano izquierda en lugar de la muleta». En Madrid y en 1789, con motivo de las fiestas de la coronación de Carlos IV, vuelven a coincidir Pedro Romero y *Pepe-Hillo*. Armona, el corregidor de la Villa y Corte, sortea la primacía en la alternativa y ésta corresponde a Pedro Romero. Luego le pregunta, vacilante: «Pues, señor Romero, supuesto que le ha tocado a usted ser primer espada, ¿se obliga a matar los toros de Castilla?». Replica aquel ser imperturbable: «Si son toros que pastan en el campo, me obligo a ello; pero me ha de decir Su Señoría por qué me hace esta pregunta». El corregidor se encoge de hombros, mientras *Pepe-Hillo* les escucha silencioso y lívido. Luego lee una carta de José Delgado Guerra, donde éste condiciona previamente su contrato a medirse sólo con toros andaluces y extremeños, porque los castellanos pasan por difíciles, tardos y derrotadores.

Los diestros torean lidia completa, por la mañana y por la tarde. Pedro Romero despacha los toros de Castilla y *Pepe-Hillo* los andaluces, según lo convenido. El último de la tarde, que corresponde a José Delgado, es de ganadería castellana por burla o error del *Tío Gallón*, quien los aparta en los toriles y detesta a *Pepe-Hillo*. Al decir de Pedro Romero, aquél se descompone al verle la divisa y luego hace una faena deslucida y sin fijeza, que asombra e irrita al público. Tocan a matar y el bronco, que hasta entonces había mostrado querencia por el rincón del Peso Real, encúlase en aquellas tablas sin que *Pepe-Hillo* consiga correrlo ni cuadrarlo. «Compañero, deje usted, lo sacaremos de ahí», le dice Pedro Romero. *Pepe-Hillo* lo mira fijamente, sin replicarle, y se va derecho al toro. Su rival se aparta pero apercibe el quite, porque presiente la cornada. Ésta llega en seguida, cuando el toro prende y voltea al desazonado *Pepe-Hillo*. En un gesto de cínico gran señor, o de anticipado personaje valleinclanesco, Pedro Romero sube en brazos a *Pepe-Hillo*, sangrante y aturdido, al palco de la Duquesa de Osuna y lo deja a sus pies. Luego cuadra al astado y lo despacha de una sola estocada.

Néstor Luján ha penetrado mejor que nadie en el significado sociológico del toreo de *Pepe-Hillo*. Por primera vez y de resultas de su rivalidad con Pedro Romero, la afición divide significativamente sus preferencias. Las imprudencias de *Pepe-Hillo* y la vistosidad un tanto superficial de su toreo, le convertirán en el ídolo de las masas, incluida en éstas la propia aristocracia. Un hombre obseso por la nombradía se transforma en el primer torero de grandes multitudes. Sus corridas en días laborables interrumpen los trabajos. Si torea en domingo la fiesta se prolonga hasta el martes, con el fin de comentar debidamente sus faenas. En la plaza plebe y nobleza se codean, para arrodillarse y descubrirse a la entrada del Rey y ovacionar luego enardecidos a *Pepe-Hillo*. «Los españoles son buenos, pacíficos y entusiastas», concluye el ministro de Prusia, con lenguaje de explorador, al informar a su Corte acerca de aquellas costumbres. Si el pueblo se muestra remiso en civilizarse, la parte más culta de la nobleza se encanalla con dedicada pasión. A mayor gloria de *Pepe-Hillo*, copia el habla arrabalera y la difunde por sus salones. Entre tanto Pedro Romero, indiferente al prestigio y a los aplausos, persistirá en la pureza de su arte, siempre seguido por una minoría de verdaderos entendidos. Cuando finalmente se retire de los ruedos, cansado de las multitudes y de su pugna con *Pepe-Hillo*, habrá dado al toreo una estética mental y precisa, que es el sentido y la razón de ser del más elaborado de los espectáculos.

Ausentes *Costillares* y Pedro Romero, *Pepe-Hillo* es ahora el único dueño de los ruedos. Año tras año se acerca al medio siglo, mientras merman las facultades y aumentan las cogidas. Crea el lance a la aragonesa o el capeo de espaldas y perfecciona recortes, quites y regates con el capote vuelto en varios dobleces y prendido del antebrazo. Trece veces lo dan por muerto al sacarlo herido de la plaza. No obstante cuando le preguntan si piensa retirarse, replica sonriendo: «Sólo me iré de aquí con las entrañas en la mano». En 1796, cinco años antes de cumplir tal promesa, publica en Cádiz *La Tauromaquia o Arte de Torear*. La obra se la ha escrito un amigo, José de la Tixera, puesto que *Pepe-Hillo* tiene trabajos para firmar. No obstante muchas páginas del libro parecen dictadas por el diestro y recogidas palabra por palabra. Su consejo substancial a los toreros en agraz es la triple repetición de un imperativo: valor, valor, valor.

A través de tantas y tan indecibles temeridades, el pueblo presiente un obscuro pánico, que acaso el propio *Pepe-Hillo* no llegue a advertir. Cuando torea en Sevilla, pide siempre de rodillas la bendición de su padre, el antiguo tratante de vinos de la Banda Morisca. Luego, cubierto de escapularios, reza largamente ante el altar de sus supersticiones preferidas. Una triste seguidilla parece anticiparle el trágico destino. «¡Qué lástima me ha dado / de ver al *Hillo* / rezando en la capilla del Baratillo!». *Pepe-Hillo* no puede creer demasiado en aquella condolencia. Sabe cuán salvaje llega a ser aquel público, cuyos aplausos son la primera finalidad de su vida. Le ha visto azuzar con pinchos y palos a los toreros viejos cuando se refugian en el burladero o tomar el olivo, para que regresen al centro del ruedo. Dentro de nada, en un tiempo y una plaza que se niega a imaginar, aquél puede ser su humillante final. No obstante niégase a desertar de su destino, como a su vez lo hizo Pedro Romero. Él lo dijo ya múltiples veces. Sólo abandonará su profesión con las entrañas en la mano.

Entre tanto derrocha riquezas y mujeres, que vuelven siempre renovadas a sus manos. Galleras, zambras, juergas, colmados, burdeles. Inculto y mal parecido, aunque jactancioso y agudo, su machismo de arrogante suicida arrebata a las manolas y a las damas de sangre mejor probada. Desde las fiestas de la coronación, cuando Pedro Romero lo llevó herido a la Duquesa de Osuna, la gente apuesta a cuál de los balcones de la nobleza van a subirle después de cada cogida. Dedica parte de sus bienes a la compra de fincas rústicas y urbanas en Sevilla. Allí tiene dos tertulias, una en la calle Gallegos y otra en el puesto de agua de Tomares, frente a los Almacenes del Rey. Por algún tiempo le creen casi tentado a abandonar los ruedos, para retraerse entre

sus raíces, donde todo el mundo le trata como a un soberano. No obstante, su leyenda le precede y obliga a vivir en olor de multitudes, aun por obra del mismo azar. Cuando presencia una corrida en Calatayud, un toro salta al tendido lleno de público. Vacilan las autoridades, tan despavoridas como el gentío. *Pepe-Hillo* toma una espada, monta el caballo de un picador y acude a todo correr al lugar del suceso. Frente al toro, aguarda su embestida y lo mata recibiendo, de una sola estocada.

Para el lunes, 11 de mayo de 1801, se anuncia lidia completa en la plaza de la Puerta de Alcalá. Por la mañana ocho reses de Gijón y Briceño y por la tarde ocho más de la vacada de José Gabriel Rodríguez, en Peñaranda de Bracamonte, para *Pepe-Hillo*, José Romero y Antonio de Santos. Hace tiempo que *Pepe-Hillo* renunció a sus prejuicios contra el ganado castellano. Ahora, como antes lo hacía Pedro Romero, se obliga a medirse con toda fiera que paste en el campo. La víspera de la corrida, *Pepe-Hillo* cabalga hasta el Arroyo Abroñigal, para ver los toros comprados. Le gusta la estampa de un zaíno corniabierto, de Peñaranda de Bracamonte, al que dicen *Barbudo*. Lo exige para sí y nadie se atreve a disputárselo.

Los Reyes acuden a la fiesta y también lo hace Goya, quien en su sordera esboza los lances, en aquel nuevo y esperpéntico silencio que ahora tiene la lidia. Por la mañana *Pepe-Hillo* sufre un revolcón, del cual sale con arañazos y contusiones. Por la tarde, resintiéndose aún de la costalada, se enfrenta con el toraco que él mismo escogiera para su lucimiento. *Barbudo* sale en séptimo lugar de los toriles y *Pepe-Hillo* debe de comprender al verlo que erró de medio a medio, cuando creía adivinarle el trapío. Toma tres varas rehuyendo siempre la suerte y tres pares de banderillas; es cobarde, heridor y muy peligroso en las salidas. Llega la hora de matar y *Pepe-Hillo* le da dos naturales y un pase de pecho, mientras la bestia se le revuelve y amenaza con encerrarle contra la barrera. *Pepe Hillo* lo estoquea a toro parado y le clava media espada por el lado izquierdo. *Barbudo* le prende a su vez por un cañón de los calzones y le arroja de espaldas a la arena por encima del morrillo. El golpe aturde al diestro y la res le hunde el pitón izquierdo en la boca del estómago. Aquél es el paso que Goya recoge en el grabado 33 de su *Tauromaquia*: el trágico momento cuando el dolor le devuelve la conciencia a *Pepe-Hillo*, para que muera advertido de sus sufrimientos y agarrado a la mazorca de la otra asta. Luego *Barbudo* lo suspende en el aire y campanea durante un minuto entero, al decir de José de la Tixera. El testimonio de la autopsia habla de una herida terrible, que parte el colon, el estómago, el hígado y el pulmón derecho. Todo el lóbulo mayor del hígado pasa a la

cavidad torácica, rotas varias vértebras y costillas de añadidura. La autopsia lo pronuncia muerto en el acto, aunque otras versiones menos realistas y más piadosas le conceden un cuarto de hora, con el alma en los dientes, para recibir los sacramentos. El picador Juan López llega tarde al quite; pero pone una vara al toro a caballo alzado. José Romero termina con *Barbudo* de un par de estocadas. Don Manuel Godoy anda por entonces en Portugal, ganando la poco gloriosa guerra de las naranjas. Su querida, la Reina, le escribe desde Aranjuez, contándole la cogida de *Pepe-Hillo*. «Quedó muerto de una sola cornada, allí mismo, sin que la unción llegara a tiempo. En el momento de estar asestando la espada al toro le pilló; le levantó el hueso esternón, que es el del pecho, le partió el estómago, le subió hasta el hígado, le cortó por medio el intestino y le rompió por un lado cuatro costillas y por otro seis, y dejó toda su sangre en la plaza, y estuvo un rato en las astas. Se fueron muchas gentes de la plaza, y yo, amigo Manuel, que no gusto de las corridas, ¿qué será ahora?».

7-8 de noviembre de 1975

> *—A las 15:30 horas, ante el aumento considerable de la hemorragia gástrica aludida en el parte anterior y su falta de respuesta al tratamiento médico, se decidió una nueva intervención quirúrgica. Para ello, Su Excelencia el Jefe del Estado fue trasladado a la Ciudad Sanitaria de «La Paz», donde fue intervenido seguidamente por el profesor Hidalgo Huerta, con la colaboración de los doctores Serrano Martínez Cabrero y Artero Guirao y los instrumentalistas Paula Seminario y Sagrario Parrilla. El equipo de anestesia y reanimación estuvo constituido por los doctores Llauradó, María Paz Sánchez y Francisco Fernández. La vigilancia de las constantes cardiorrespiratorias durante la intervención estuvo a cargo de los doctores Vital Aza, Señor, Mínguez y Palma. En la operación se demostró la existencia de nuevas y múltiples ulceraciones en el estómago que sangraba profusamente. Por este motivo se procedió a una gástrica subtotal. La intervención, que duró cuatro horas, requirió la administración de cinco litros seiscientos milímetros de sangre. Todo ello fue bien tolerado. En el momento de la redacción de este parte, a las 21:00 horas, las constantes están dentro de la normalidad. El pronóstico es muy grave. Mañana, a las nueve horas, se facilitará un nuevo parte médico.*

«Si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una División de voluntarios españoles la que allí fuese, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían», citó Sandro a Franco en invierno de 1942. Dos años antes eran dos los millones de guerreros que el Generalísimo ofrecía para cumplir «el mandato de Gibraltar y la visión africana». Sandro se refirió luego a un personaje de Huxley, desconocido por Marina, quien aseguraba que la muerte era el único valor absoluto todavía no corrompido por los hombres, a pesar de sus esfuerzos por degradarla. Preguntóse en voz alta si aquel millón de bayonetas apostadas a la puerta de «La Paz» impedirían el paso a la muerte escondida, después de pedirle sus señas de identidad. En fin de cuentas, con las bayonetas se puede hacer cualquier cosa, menos sentarse encima. Bien lo puntualizaba Charles Maurice Talleyrand-Périgod, maestro en el arte de la supervivencia política. Acto seguido se dio a hablar de otras bayonetas, las de *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid: los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío*. Las comparó e identificó con las astas de aquel toro de muerte pintado por Goya («el que tú no quisieras ver en el original, por temor a quedarte ciega después»), y con los pitones de otro toro goyesco embistiendo el caballo blanco de un picador. Terminó por describir la matanza del Prado como una corrida, donde un minotauro de múltiple testa sacrificase los hombres a rebaños. Marina le escuchaba a medias, sin comprender muy bien sus palabras y casi sin dar crédito a su existencia. Desde hacía más de diez días Sandro no probaba el alcohol y acompañaba las comidas con agua

helada. No obstante expresábase ahora con la atolondrada premura de la embriaguez, resumiendo atropelladamente y *à bout de souffle* unas hipótesis, incomprensibles para ella, en las que venía trabajando como un obseso. De la corrida grande que fueron *Los Fusilamientos*, pasó a referirse al tiempo detenido por el arte en mitad de las atrocidades de la historia.

—¿Qué tiene que ver esto con la agonía de Franco?

—Todo —replicó Sandro prontamente—. A pesar de la erotización de nuestra sociedad de consumo, la muerte hecha espectáculo es todavía el centro del ruedo ibérico. Sabemos que Franco se consume poco a poco en una sala de asepsia total. Sabemos también que lo mantienen adormilado con calmantes y auxilian artificialmente su insuficiencia respiratoria y urinaria. Uno de sus médicos le dice a un periodista haberle palpado las entrañas abiertas, y le jura que el moribundo no padece cáncer ni presenta síntomas de metástasis. Frase esta última que por cierto no alcanzo, por ser la metástasis la reproducción de un mal muy cierto en lugar distinto de donde apareciera antes. Le han suturado una arteria rota y varias úlceras de estómago. Llegó a pararse su corazón, pero lo estimularon y acompasaron eléctricamente. No hay en su cuerpo una sola gota de sangre suya, pues toda se le fue a golpes y toda tuvieron que transfundírsela.

—Sigo sin comprender —insistió Marina, encogiéndose de hombros. De perfil sobre el vano y apoyada en el alféizar de la ventana, parecía extraviársele la mirada en la noche oscura, donde se apercibía otra nevada.

—Volvemos a presenciar la muerte de Felipe II. Aquella de la cual sabemos casi tanto como de su vida y desde luego mucho más que de su persona, pues la historia ignora quién fue en realidad aquel hombre. La tisis, la gota, las tercianas y un cáncer en la rodilla le acaban en El Escorial y en una agonía de dos meses y medio. Tumores hidrópicos le han hinchado horriblemente el vientre y las piernas. La sed le abrasa y sólo su entereza o su orgullo le permiten morirse despacio, sin una queja. El cuerpo lacerado no tolera el roce de las manos ni de las ropas. Es imposible mudar ni limpiar la cama y la cámara hiede como una cloaca. Sumido en sus propias inmundicias, se le abre una llaga por toda la espalda, desde la nuca a las posaderas y se le agusanan las úlceras. En tales condiciones le operan la pierna y el pus sale a chorros de la hinchazón. Traen el féretro de su padre y lo abren junto a su lecho. Felipe II ordena que lo amortajen igual que a Carlos V y fallece lúcidamente, a los cuarenta y dos años de reinado, con el crucifijo del Emperador entre las manos. Su muerte es una obvia parábola de la descomposición del poder absoluto.

—El poder absoluto es el más transitorio —murmuró Marina—. Dentro de dos años, nadie se acordará de Franco. Será sencillamente como si no hubiese existido.

—El país, sin embargo, será todavía el mismo: la tierra del sentimiento trágico de la muerte y el sentimiento picaresco o asesino de la vida. De hecho la picaresca es nuestro Renacimiento y si aquí nos libramos de las guerras de religión, no fue por haber tostado a los herejes sino porque sólo creemos en la muerte por un lado y en el lazarillo por otro. Nuestro porvenir se reduce a esperar el final de un hombre. Nuestro pasado es la crónica de otras agonías. La propia historia del toreo, antes de que se convirtiese en un espectáculo para turistas extranjeros, se remansaba y resumía en unas cuantas cogidas mortales, empezando por la de *Pepe-Hillo*.

Calló Sandro unos instantes, recordando sus notas sobre aquella tragedia, tomadas la víspera de Cossío, de Luján y de la Tixera. Mientras las redactaba creyó describir un suceso sangriento, que él había presenciado personalmente en un espejo o en un mundo semejante al de los cuadros. Casi como el destello de una alucinación, le asaltó entonces la memoria del toro de lidia pintado por Goya, apenas sobrevivida su gravísima crisis entre 1792 y 1793. Sintió la certeza de que otra res muy parecida, o acaso la misma en una especie de bestial reencarnación de la pintura en la plaza, acabó con *Pepe-Hillo* en Madrid ocho o nueve años más tarde. Goya había asistido a la corrida y testimoniado la muerte del diestro entre los pitones de *Barbudo*. Pero a Goya lo imaginaba entonces Sandro, en el vértigo de una evidencia tan cierta como inexplicable, preguntándose quién sería él, quién sería en verdad Don Francisco Goya y Lucientes.

Después de *Pepe-Hillo*, habló Sandro de Joselito, de Granero, de *Varelito*. Tres toreros más, muertos en los ruedos de otro siglo, donde suertes simétricas y concéntricas convergían en una especie de determinismo que anticipaba unánimemente la misma cogida. El 15 de mayo de 1920, casi en el aniversario de la muerte de *Pepe-Hillo*, Joselito torea en Madrid. Al día siguiente debe hacerlo en Talavera, mano a mano con su cuñado Ignacio Sánchez Mejías. Como antes al *Hillo*, el público le exige riesgos y prodigios cada vez más grandes, en espera acaso del sacrificio que «las madres terribles» de Lorca presienten con una certeza desconocida por los propios toreros en su ambigua soledad. En Madrid el gentío le abuchea; echa almohadillas al ruedo y aúlla: «¡Que se vaya! ¡Que se vaya!». En un instante de silencio, una muchacha le grita desde el tendido: «¡Ojalá te mate un toro mañana en Talavera!». En Talavera el quinto toro de la tarde se llama

Bailador y es zaino como *Barbudo*. Parece además áspero y desparramado, para resultar a la postre burriciego; viendo bien de lejos pero no de cerca. Joselito percibe el defecto y lo trastea más con la voz que con el engaño, casi invisible para la res. Concluida una serie de pases de castigo, el diestro se aleja de la fiera, creyéndola dominada y olvidando por un instante su presbicia. Al distanciarse del toro, el espada entra dentro de su campo de visión y *Bailador* le embiste velozmente. Joselito intenta marcarle la salida con la muleta; pero el toro, demasiado cercano ahora al trapo para distinguirlo, sigue su acometida al hombre. Prende a Joselito por la pierna izquierda, como *Barbudo* había cogido al *Hillo*, lo arroja al aire y a la caída lo recibe con otra cornada, hundiéndole todo el pitón en el vientre, como también lo hiciera su toro a *Pepe-Hillo*. Expira en las astas. Luego, mirando su cuerpo abierto en la enfermería, dirá un banderillero de Joselito: «Si a este hombre lo ha matado un toro, yo os digo que aquí no se libra nadie de morir en la plaza».

Manuel Granero se impone apresuradamente después de la muerte de Joselito y la afición lo cree heredero indisputable de aquel genio sin par. Muerto a los veinte años recién cumplidos, es un mozo valenciano, alto, mofletudo y de aspecto entre abobado y barbilindo, que en algunas viejas fotografías parece un niño del coro y en otras un capón. Es también un hombre de valor excepcional y de muy meditada inteligencia. Su paso por los ruedos no excede los tres años y al principio duda de sus dotes para la lidia. Se dice dispuesto a abandonarla sin reparos, a las primeras novilladas, porque no quiere quedarse en la mediocridad ni mucho menos hacer el ridículo. Ha estudiado música y toca el violín maravillosamente. Si abandona el toreo, se hará violonista profesional. No obstante en su primer año de matador suma noventa y una corridas, demanda inigualada por el propio Joselito recién tomada la alternativa. El siete de mayo de 1922, a cuatro fechas del aniversario de la muerte de *Pepe-Hillo* y casi a los dos años de la última cogida de Joselito, torea en Madrid con Juan Luis de la Rosa y Marcial Lalanda. El quinto de la tarde, *Pocapena*, corresponde a Granero. Es burriciego como *Bailador* y espantadizo como *Barbudo*. Se acuesta mucho del lado derecho y tiende a embestir cerca de las tablas. A la hora de matar se encierra en los tercios y encula en el estribo, exactamente igual que *Barbudo*. Un peón, quien antes lo había sido de Joselito, intenta llevarle el toro a los medios. Granero arranca en seguida: «Déjalo, que puedo con él». *Pocapena* arranca su embestida, cerrando el terreno de Granero, quien lo espera a pie firme. Empitona al diestro por el muslo derecho, lo suspende en vilo como

Bailador y *Barbudo* suspendieran a Joselito y a *Pepe-Hillo*, y lo arroja al pie del estribo. Allí le cornea una y otra vez, destrozándole la faja y la taleguilla. En uno de aquellos derrotes, le hunde un cuerno en el ojo derecho, arrancándoselo de cuajo y partiéndole los sesos y los huesos frontales. Lo entran vivo en la enfermería, pero fallece a los pocos instantes.

Seis días después de la muerte de Granero, Manuel Varé, *Varelito*, se extingue en Sevilla de resultas de otra cornada y al cabo de tres semanas de agonía. Es sevillano, como *Pepe-Hillo*, y ha llevado a una perfección inigualable aquel volapié hasta la empuñadura, que el *Hillo* aprendió de *Costillares*. Si bien correcto, es menos brillante con la capa y la muleta; pero en el momento de la verdad entra en corto y muy despacio, levemente encogida la pierna izquierda, estoqueando con una maestría idéntica al valor que la hace posible. Falto de las dotes físicas de Joselito, sufre, sin embargo, muchos percances en la suerte, sin que las heridas mengüen su obcecada valentía. El 21 de abril de 1922 torea en Sevilla la cuarta corrida de feria. Muerto Joselito y retirado Belmonte, sevillano como Manuel Varé, el público lo exige todo a los diestros, de forma cada vez más imperiosa. Como a Joselito en Madrid y en su penúltima faena («¡Ojalá te mate un toro mañana en Talavera!»), el graderío abuchea a *Varelito* y le exaspera con sus broncas e insultos. El quinto toro de la tarde, *Bombito*, corresponde al diestro de Sevilla, al igual que *Bailador* y *Pocapena* tocaron también en quinto lugar a Joselito y a Granero. Es un zaino, como *Barbudo* y *Bailador*, aunque más corto de cuerna. Siempre perseguido por la gritería del gentío, *Varelito* lo estoquea sin descabellarlo al primer pinchazo. *Bombito* le prende entonces, a la salida, destrozándole el esfínter y el recto. Mientras lo llevan en brazos a la enfermería, en el sobrecogido silencio de la plaza, grita al público antes de desvanecerse: «¡Ya me la ha pegao! ¡Ya os habéis salido ustedes con la suya!». Deja en el ruedo un reguero de sangre y al toro muerto, después de herirle.

—Vámonos de este país —dijo Marina lentamente—. Vámonos juntos, mañana mismo, si tú quieres. En fin de cuentas, ninguno de los dos pertenecemos a esta tierra. Tú eres en el fondo un italiano y yo no supe nunca quién soy.

—No lo sabe nadie. Nos lo dijo R. el día en que nos conocimos. Pero no es cierto. Goya lo sabía perfectamente, aunque le llevase casi la vida entera averiguarlo. Los demás quizás pasemos por el mundo sin distinguirnos de las sombras, ni alcanzar a ciencia cierta para qué fingimos haber nacido. En todo

caso, no puedo dejar el ruedo ibérico sin haber terminado mi libro y no puedo concluir el libro sin comprender el sentido del toro en esta plaza.

—¿El toro? ¿A cuál te refieres, al de Goya, a *Barbudo,* a *Bailador,* al que le vació la cabeza a Granero?

—Posiblemente todos sean el mismo. El toro es el símbolo de la muerte, con sus derrotes y embestidas. Como es fama también que *Pepe-Hillo* en persona escoge a *Barbudo* para lidiarlo, la víspera de su cogida. Por otra parte, la fiera se convierte en la víctima de un cruento sacrificio a un dios desconocido u olvidado, con el pueblo por testigo. Sólo la razón alcanza a propiciar la bestia a la hora de inmolarla, poniendo en juego la dignidad y la existencia humanas. ¿Conoces la respuesta del *Espartero* a su peón de brega?

—¿Cómo iba a conocerla, si nunca fui a los toros?

—Nervioso, un banderillero pasaba apuros para meter los rehiletes. En dos frases impacientes, le indicó *Espartero* cómo clavarlos. «Si hago lo que me mandas, me cogerá este toro». *Espartero* le miró estupefacto y se encogió de hombros. «Y eso, ¿qué importa?». Su lógica me parece apropiada a un ritual, de cuyos misterios no sabemos absolutamente nada. El toro puede ser a la vez la víctima y el inmolador en este sacrificio. Es además uno de los animales con los que el hombre tiende a identificarse mágicamente. Desde la Edad Media hasta el siglo XVIII, llevan a un toro a misa y en procesión en el día de San Marcos. Cuando Fernando el Católico casa con Germaine de Foix, se hace servir testículos de toro, en el banquete de bodas, para acrecentar su virilidad. Por otra parte, nuestra única contribución a las ciencias naturales redúcese a haber probado el poderío del toro sobre todos los animales salvajes.

Habló entonces Sandro de los públicos encuentros entre reses de lidia y otras fieras, a mayor gloria de las multitudes de la Restauración. En 1894 y en Madrid, enfrentan al toro *Caminero* con el león *Recadé* en una jaula de cincuenta metros de diámetro. El rey de la selva se amedrenta a los primeros trastazos y *Caminero* lo persigue, voltea y cornea a placer. El león muere de sus heridas al día siguiente. Tres o cuatro años después y de nuevo en la plaza de Madrid, encierran a un toro berrendo en negro con un tigre de Bengala. Cuando éste ve a su enemigo de espaldas, se abalanza sobre el lomo y lo prende con las fauces por el morrillo. *Regatero,* como dicen a aquel astado, se sacude al adversario y lo cose a cornadas. El tigre se revuelve y muerde en la papada; pero *Regatero* lo acochina contra las rejas y empitona hasta dejarlo por muerto. El público protesta, creyendo concluido tan insólito y atrayente espectáculo. Los monosabios la emprenden a palos con el tigre, a través de los

barrotes, para azuzarlo de nuevo. Remuévese y *Regatero* lo acomete una vez más. El tigre, cuyo nombre injustamente no ha pasado a las crónicas, hunde los colmillos en el hocico de la res y ésta lo acaba con frenéticas cabezadas. La muchedumbre brama entonces y vitorea patrióticamente al toro español, mientras suenan los acordes de la *Marcha de Cádiz*. Al tigre lo retiran vacío de sangre.

Al año siguiente y siempre en la Corte, se ofrece otro duelo: el del toro *Sombrerito* y el elefante *Nerón*. Encadenan al paquidermo a un poste, clavado en el centro del redondel; pero quiebra los hierros y el pánico invade el graderío. Vuelven a amarrarlo y *Sombrerito* lo embiste un par de veces, sin que el gigante le preste mayor atención. Cesa el toro en sus empeños y la multitud abuchea a las dos fieras, arrojándoles naranjas que el elefante se zampa tranquilamente. Se llevan a *Sombrerito* y sueltan otro toro de muerte, de la misma ganadería. Éste ataca en seguida a *Nerón*, lo pone en fuga vergonzosa, lo derriba y cornea en el vientre y en la cabeza. El gentío se enardece y aplaude al toro y a la Patria. La charanga se arranca de nuevo por los primeros compases de la *Marcha de Cádiz*.

Otros festejos no menos notables y siempre a cargo de fieras tienen lugar en aquellos años de la Restauración. Tiempos que todavía se abren en las aguas de la antepenúltima historia, como las flores japonesas en el bidet, mientras muere un Rey diciéndole a la Reina: «Cristinita, guarda el coño y tú de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas»; mientras el propio Cánovas perfila el primer artículo de la Constitución: «Son españoles quienes no pueden ser ninguna otra cosa»; mientras los franceses eran españoles con dinero y besar a un hombre sin bigote era como beberse un huevo sin sal; mientras «Esos burgueses, asaz egoístas, / que así desprecian la humanidad, / serán barridos por los socialistas / al santo grito de libertad…»; mientras declara el Guerra que él no torea más en Madrid, ni a beneficio de María Santísima; mientras afirma el *Espartero* que «más cornás da el hambre», hasta que una última cornada, la del toro *Perdigón*, aquel «torillo traicionero» que Fernando Villalón quería conjurar veinticinco años después en una sesión de esperitismo, acabe con él en Madrid. Entonces, también en la Corte y en la plaza donde se ha derramado la sangre de todo espada que se estime, un supuesto hijo del mismo *Perdigón*, corniabierto y jabonero, lucha con las leonas *Sabina* y *Nemea*. Las ahuyenta y de tal modo las inhibe que ni aun con rehiletes de fuego se arriesgan a resistirlo. Los torneos de fieras se vuelven barrocos y churriguerescos, como la arquitectura jesuítica en su ocaso deslumbrante. Al toro *Carasucia* lo encierran con una osa, una pantera y una

leona. Sólo la osa combate pundonorosamente, en tanto que la leona y la pantera huyen despavoridas y muy corneadas. El graderío se conmueve y arrebatado en fervores aplaude en pie al vencedor.

En San Sebastián y poco después de la vuelta del siglo, se celebra la fiesta postrera. El toro *Hurón* se mide con un tigre, cuya ferocidad garantizan y predicen los carteles. No obstante el felino se acobarda como una liebre a las primeras arremetidas y rehúye las cornadas, sin presentar batalla. *Hurón* revuelca al tigre, lo prende y arroja contra el enrejado con tal fuerza que la costalada tuerce varios barrotes. Herreros improvisados los enderezan en seguida a martillazos; pero el presidente manda suspender la lucha, harto del espectáculo o presintiendo la inminente desgracia. El respetable se enfurece sobremanera, patalea y exige a rugidos que siga la batalla hasta la muerte del tigre. Cede la presidencia y ordena hostigarlo con pinchos, garrotes y banderillas de fuego, sin que la fiera, abrasada y apaleada, cese en su acezo ni en su temblor, encogida a un lado de la jaula. Los cohetes enloquecen a *Hurón*, circunstancia imprevista por aquellos estrategas, y el toro se arroja contra su asustadizo adversario quebrando las rejas y saliendo ambas bestias al ruedo. Presa del pánico y chillando, el público se amontona y encrespa en oleadas, buscando las salidas de la plaza. Mientras la gente arrolla a la gente, los migueletes tirotean a los dos brutos en la arena. Fuera quien fuese el que les dio la orden de abrir fuego, lo cual por cierto nunca se supo, espectadores armados de pistolas siguen su ejemplo en los tendidos. Las balas rebotan en el cemento de las gradas, acrecentando el terror de las nobles masas. La jornada arroja un muerto y casi un centenar de heridos, por disparo, caída o atropello. Del toro y del tigre se pierde la memoria después del incidente.

—Vámonos de aquí cuanto antes —insistía Marina, cruzados los brazos sobre el pecho, como si se esforzara por contener un estremezo—. Vámonos para no regresar nunca a este país.

Sandro sacudió la cabeza, para luego repetir promesas de evadirse en cuanto el libro, casi concluso, fuese entregado. Irían entonces a Colorado y el verano lo pasarían con sus hijos. A Marina le deleitaría vivir unos meses con ellos. En realidad hablaba sin oírse, vagamente advertido de que ella tampoco le escuchaba. Contemplándola sobre la noche oscura de la ventana, donde empezaban a cruzar menudos copos de nieve, pensó en un Piero della Francesca. Uno de aquellos fríos y serenos perfiles femeninos, en los frescos de la iglesia de San Francesco, en Arezzo, o en el *Díptico de Federigo da Montefeltro y Battista Sforza*, en los Uffizi de Florencia. La misma decidida voluntad parecía haberles trazado los rasgos comunes, bajo los cuales las

pasiones velaban un fuego oculto o una luz resplandeciente, cuyo fulgor mitigado apenas se transparentaba en el gesto. Quinientos años antes, Piero había amado a una mujer casi idéntica a Marina, aunque su arte fuese caracterizado luego por una supuesta frigidez emotiva. Amándola la inmortalizó obsesivamente en casi todas sus obras, acaso por saberla también muy semejante a él mismo. Sandro pensó luego en otro Piero: *El Nacimiento del Señor*, de la National Gallery, al pie de cuya reproducción y en el sofá de su casa había hecho el amor con Marina, antes del *autumn of our discontent*, cuando empezaron a citarse en aquellos bares perdidos detrás del viejo Matadero Municipal. Nunca había reparado entonces en el parecido de Marina con aquella Virgen, la que oraba de rodillas junto al coro de pastoras. Si ahora la identificaba con la amada de Piero, no se sentía cierto de ser él, sólo él, quien recordase los frescos de Arezzo y de los Uffizi. Quizás otro hombre los vio en un siglo más cercano al pintor florentino y silenciosamente le ayudaba a evocarlos. Sandro no quiso decirse su nombre.

Aquella noche se acostaron desnudos, sin rozarse debajo de las sábanas y de las frazadas de R. Sandro soñó con el *Toro Bravo*, recién pintado. Sobre un caballete de madera desbastada con garlopa resplandecía el óleo húmedo. Una mujer aún joven, a quien Sandro reconoció en el sueño sin recordarle el nombre, conversaba con él junto a la tela. Vestíase de negro riguroso, con ropas y encajes de otro tiempo, como si fuese a un baile de disfraces. Sandro le preguntó si lo creía loco, convencido a la vez de haber perdido el juicio, puesto que no alcanzaba a oírse la voz. Tampoco pudo comprender lo que ella repuso, reholladas sus palabras por el mismo silencio. De bruces sobre una mesa, al pie de un tragaluz, la máscara buscó papel, pluma y tintero y arañó nerviosamente unas frases, con letra menuda y clarísima: «Claro que lo estás. Ido de atar. ¿Cómo te arriesgaste a citarlo, para que saliese del cuadro y te prendiera de veras, insensato? Este toro me hace sentir desnuda hasta los huesos. Me mira como si yo fuese un pelele». Sandro se echó a reír y riéndose despertó.

El sol alto brillaba en las paredes enjalbegadas de la casa. Vestida con tejanos y jersey, Marina sentábase junto a la ventana del estudio. Permanecía inmóvil, como si hubiese pasado parte de la noche en espera de que la nieve cubriese la tierra y resplandecieran los cielos. En la televisión encendida y desde la sala de actos de la Ciudad Sanitaria de «La Paz», el ministro de Información y Turismo leía el último parte médico acerca de Franco:

> *A las 8:30 horas del día 8 de noviembre, la evolución clínica de Su Excelencia el Jefe del Estado es la siguiente: ha pasado la noche dormido. Ha despertado de la anestesia a las tres de la mañana y se ha procedido a sedarle para evitar dolores.*

Las constantes se han mantenido normales. La situación cardiocirculatoria no ha manifestado incidencias. Desde el comienzo de la intervención quirúrgica de ayer y hasta el momento del parte actual se han transfundido siete litros y doscientos mililitros de sangre. Al final de la intervención quirúrgica se implantó en el antebrazo derecho un cortacircuito arteriovenoso para la práctica de hemodiálisis. El proceso tromboflebítico del muslo izquierdo sigue estacionario. El pronóstico sigue siendo el mismo.

Acto seguido se informó acerca de la verdadera naturaleza del «cortacircuito arteriovenoso». Consistía en poner una cánula a una arteria y otra a una vena, de tal modo que la arteria aporte sangre suficiente a la hemodiálisis, o riñón artificial, y vuelva luego al organismo por la otra cánula. La diálisis depura la sangre del enfermo, puesta en contacto con el plasma artificial a través de una membrana semipermeable. En la diálisis peritoneal, practicada entonces al moribundo, la membrana peritoneal hacía las veces de membrana semipermeable, limpiando los tóxicos acumulados en el organismo.

Sandro pensó entonces en *Marruecos. Diario de una Bandera*, crónica y recuerdos de aquella campaña escritos por Franco a los treinta años. Un cornetín de órdenes traía la oreja de un moro, para mostrársela a los otros legionarios. «¡Lo he matado yo!» ufanábase. Había encontrado al moro en el fondo de un barranco y oculto entre unas peñas. Encañonándole con la carabina lo subió hasta el camino, junto a las otras tropas. «¡Paisa, paisa, no matar!» suplicaba el prisionero. «¡No matar! Pues ahora verás. Marchar a sentar en aquella piedra». Obedeció temblando el prisionero y el cornetín le descerrajó un tiro. Luego le cortó la oreja, a modo de trofeo, como si fuese un toro bravo y recién despenado. No era aquélla, subrayaba Franco, la primera hazaña del joven legionario. En una reedición, aparecida después de la guerra civil, el párrafo había sido censurado.

Afuera destellaba la nieve en los bosques silenciosos. Contemplándola le recordó la blancura desnuda de aquella mujer, con quien había soñado. Riendo le arrancaba Sandro las ropas de luto y los encajes negros, de máscara dispuesta para un baile de disfraces. Hacían el amor al pie del caballete, donde aún brillaba la pintura fresca en aquel testuz de zaino renegrido, sobre unos suelos mal entablados de madera crujiente. Sandro no oía sus risas ni sus gritos, porque un silencio de hielos eternos le poblaba la cabeza. Le dijo entonces a la mujer que en la sordera sus chillidos de goce se le antojaban los de una crucificada. «Crucificada viví siempre», creyó leer en sus labios. «Yo no quería haber nacido».

Du Sang, de la Mort et de la Volupté. Paseó la vista por la espesura para no pensar en aquel sueño cuyo último y acaso único sentido no quería decirse.

Montes arriba y bajo el cielo de un azul encendido, parecía sonrosarse la nieve a la luz de la mañana alta. Detrás de los primeros picachos, en una hondonada cubierta de helechos, abríase una laguna redonda como una medalla. La habían descubierto Sandro y Marina aquel otoño, cuando casi por azar toparon con el paraje. En las últimas cuestas desaparecían los árboles y la fronda reducíase a espinos, tejos perdidos y prados de angélicas carlinas. Las imágenes de un hombre y de una mujer se prolongaban en el agua, que doraba el mediodía; pero lejos de la orilla la laguna se oscurecía y ahondábase como un embudo. La memoria más clara era la del silencio, para Sandro. Quietud perfecta de un mundo aún sin chicharras ni serpientes, sin viento y sin pájaros. Pensó que la sordera iluminaría los recuerdos y evocó lo que escribiera una madrugada, borracho perdido, en su cuadernillo: «Saturno es mi autorretrato y sólo esta noche llegué a comprenderlo». Luego había sopesado una moneda en la palma de la mano («Francisco Franco Caudillo de España por la Gracia de Dios»). Cobró impulso y la arrojó a las aguas. Caería en el centro exacto de la laguna, porque las ondas que empezaron a rizar la superficie eran perfectamente concéntricas con el contorno de la orilla. Fue Marina quien advirtió que trazaban el esbozo de una plaza de toros, de altos tendidos. Un coso y sus graderíos desaparecían irónicamente al crecerse.

Sólo entonces, mientras rememoraba la mañana ante las nieves de unas semanas más tarde y decíase que la laguna se helaría en su hondonada, creyó percibir el sentido de cuanto venía escribiendo últimamente acerca de Goya, en el capítulo que titularía LA TAUROMAQUIA. Marina negábase a ver el original de *Toro Bravo*, por temor a volverse ciega. Según Néstor Luján no sabemos casi nada acerca de los toros, al cabo de los siglos. Ignoramos por qué todos los diestros llamados *Pepete* murieron en la plaza, o por qué fue siempre mayo, no abril, *the cruelest month*, el que más sangre y más muertos dejó en el ruedo. Rudolf Arnheim observaba que el bombardeo de Guernica, ocurrido el 26 de abril de 1937, y los esbozos del mural de Picasso vienen bajo el signo de Taurus, el toro celeste. Sandro ampliaba ahora las coincidencias de la constelación, a través del tiempo y hasta límites incomprensibles para el cálculo de probabilidades. Entre el 20 de abril y el 21 de mayo, tiene lugar la matanza del 3 de mayo de 1808 y Goya expone su cuadro *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío*, en un arco triunfal que celebra la vuelta del Deseado, el 11 de mayo de 1814. La más bárbara de las corridas, aquélla en que el minotauro se multiplica para embestir a los hombres con bayonetas, acusa para siempre a la historia mientras gritan las masas: «¡Vivan las cadenas!».

Si el zaino corniabierto y pintado por Goya en su convalecencia parece transformarse en el piquete de *El 3 de Mayo en Madrid*, otro zaino abierto de cuerna mata a *Pepe-Hillo*, en presencia de Goya, el 11 de mayo de 1801. Todavía bajo el signo de Taurus, aunque en otro siglo, un toro oscuro como la noche prende mortalmente a Joselito el 15 de mayo de 1920, en una cogida idéntica a la última del *Hillo*. Si el toro de 1801 se llamaba *Barbudo*, al de 1920 le dicen *Bailador* y sale el quinto de la tarde. Otro toro, también aparecido en quinto lugar, mata a Granero, un 7 de mayo dos años después. Es una fiera asustadiza como *Barbudo* y reparada de la vista como *Bailador*. Prende a Granero junto a las tablas, como cogiera *Barbudo* a *Pepe-Hillo* y también por una pierna, para rematarlo en el suelo a cornadas en la cabeza. De nuevo en quinto lugar asoma al ruedo el toro *Bombito*, que cogerá a *Varelito* el 21 de abril de 1922. A consecuencia de la herida el espada fallece el 13 de mayo. Los cuatro toreros son empitonados a la hora de matar.

La nieve empezaba a helarse y se doraba entre los árboles. El 2 de mayo de 1808, siempre bajo la misma constelación y en la Puerta del Sol, kilómetro cero de las Españas, empezaba la historia contemporánea de un pueblo desatinado, que desde entonces embestía salvajemente en busca de sí mismo sin encontrarse nunca. Pensó en aquella víspera de Navidad, de un año del que no quería acordarse, cuando el coche donde Sandro conducía a su mujer (su segunda mujer) y sus dos hijos resbaló en la pista helada de Boulder a Denver y volcó en un terraplén de nieve escarchada como la de aquellos bosques. A su mujer (su segunda mujer) la ingresaron técnicamente muerta en el hospital de Boulder. Si bien los médicos se esforzaron denodadamente por resucitarla, acaso por aquella lógica desesperada que reduce el realismo al logro del imposible. Una hora más tarde lo conseguían y dos semanas después la daban de alta y regresaba a casa, donde Sandro era un manojo de contradicciones culpables por haber escapado ileso del accidente.

Su mujer (su segunda mujer) era racionalista y agnóstica. No obstante, no recató nunca lo vivido muerta. Dijo sentirse de pronto desprovista de entidad y convertida en serena conciencia, emprendiendo un viaje no a través del tiempo y del espacio sino de una paz y de una luz deslumbrantes. Su romería se interrumpió de pronto, cuando cobró conciencia del dolor físico en la cama del hospital. Sufría y estaba perfectamente lúcida, porque el padecer aísla y define. Lo recordaba todo: el nombre, las señas y aun el último grito antes del vuelco. Sandro se dijo entonces que acaso hubiese un infierno especial e intransferible para los españoles, un pueblo culpable de su lento suicidio a través de los siglos, donde cada ciudadano amaneciese en una plaza de toros

vacía que sería para él la eternidad. Allí y aunque su nombre fuese Sandro Vasari, descendiente de Giorgio Vasari y de tres generaciones de *xarnegos* italianos, se hallaría también él, algún día, perpetuamente preso en el centro del ruedo y de la infinidad de círculos concéntricos de los graderíos, frente al toril y con un irónico e inútil reloj en la mano (un reloj prendido a una larga cadena de plata, como el de *Pepe-Hillo*), bajo el mismo sol despiadado del 2 de mayo de 1808.

—Esta madrugada, mientras dormías, telefoneó R. desde los Estados Unidos —susurró de pronto Marina, devolviéndole a la otra realidad—. Insistió en que no te despertase. Quería hablar a solas conmigo para preguntarme cómo llevabas el libro acerca de Goya. Repuse que trabajabas a toda hora y decías tenerlo casi terminado.

—Más o menos, ésta es la verdad.

—Pareció creerme —vaciló un instante, para añadir luego—: R. estaba en Boulder, Colorado, y llamaba desde casa de tu mujer, de tu segunda mujer, según me dijo.

—Es muy libre de hacerlo —la interrumpió Sandro secamente—. Puede telefonear desde otra vida mía, si así le place.

Ella no le escuchaba. Reverberando en la nieve helada, el sol volvía a iluminarle el perfil como a uno de los personajes de Piero della Francesca. Mirándose las manos cruzadas sobre una rodilla y sin levantar la cabeza, preguntó Marina:

—Sandro, ¿tú crees que me estoy volviendo loca? Dime la verdad.

—Debes estarlo si de veras viniste a mí al cabo de los años y si en realidad te encuentras ahora aquí conmigo. Dicho sea de otro modo, si nosotros somos en verdad quien creemos ser.

Apoyó la palma en un hombro de Marina y observó su propia mano como si fuese ajena, mientras el sol azulaba las venas tendidas desde la muñeca a los nudillos y reflejábase en el reloj de pulsera. Eran las diez en punto de la mañana.

—Yo sé muy bien quién eres; pero cada día me desconozco más a mí misma —insistía Marina—. Sólo si nos fuésemos de aquí, podría acaso encontrarme.

—Nos iremos, Marina, muy pronto y acaso antes de lo que supones. El libro se terminará en seguida.

—Espero que no sea demasiado tarde. Ojalá no haya enloquecido de veras entonces, si todavía no he perdido el juicio —hizo una pausa y Sandro sintió endurecérsele el hombro bajo la palma, como si se hubiese vuelto de

piedra—. Antes del amanecer y de la llamada de R., me levanté y me vestí porque no conseguía dormir. Aún nevaba, pero pronto se alzaría el viento, que iba a barrer todas las nubes. Prendí la lámpara del porche y me senté en esta misma silla, junto a la ventana. Fue entonces cuando lo vi, apenas encendidas las luces…

—¿Qué viste, en nombre de Dios?

—Era el toro de Goya y llevaba aún aquella capa revuelta entre las banderillas, clavadas al lomo. Permanecía inmóvil en un claro del bosque y debajo de los robles. También él debió verme al mismo tiempo, porque se acercó lentamente a la ventana, sacudiéndose la nieve de la frente a cabezadas. Llegó hasta el borde del alféizar y empezó a observarme con tanta fijeza que creí iba a hundirme viva en sus ojos. Los tenía enrojecidos de sangre y muy abiertos, como en el cuadro; pero su mirada no era de fiera sino de hombre, de hombre encadenado al infierno. No sé cuánto tiempo permanecimos mirándonos; tal vez eternidades. De pronto, muy despacio, dio media vuelta y se perdió entre los árboles. Yo me quedé contemplando sus pisadas en la tierra nevada. Otros copos, los últimos, las borraron por fin cuando amanecía.

Los Caprichos

El Sueño de la Razón

La Gallina Ciega

En 1788 realiza Goya sus cuatro últimos trabajos para la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara: tres borrones y un cartón, tal es decir una pintura grande y en tela para ser bordada. Según Gudiol los apuntes serían *La Pradera de San Isidro*, *La Ermita de San Isidro* y *La Merienda Campestre*. De *La Gallina Ciega*, una de las creaciones del artista más reproducidas, se conserva en el Prado el esbozo y el cuadro. Al mismo museo pertenecen *La Pradera de San Isidro* y *La Ermita de San Isidro*. *La Merienda* es propiedad de la National Gallery, de Londres. Todos aquellos óleos habían sido de la Duquesa de Osuna y fueron adquiridos por los museos en 1896, en la almoneda de los bienes familiares.

Los tres esbozos son de distintos tamaños. *La Pradera de San Isidro* es una tela de 0,44 por 0,94. *La Ermita* es mucho menor y casi cuadrada; mide 0,42 de ancho por 0,44 de alto. *La Merienda* resulta el más pequeño de aquellos borrones: 0,41 por 0,26. El esbozo de *La Gallina Ciega*, otro óleo en tela, tiene dimensiones parecidas a las de *La Ermita de San Isidro*: 0,41 por 0,44. El cuadro o cartón correspondiente, hoy en la planta baja del Museo, parece apaisado en el recuerdo; pero a sus 2,69 de luz corresponden otros 3,50 de altura.

Después de *La Gallina Ciega*, *La Pradera de San Isidro* es la más conocida de aquellas telas. En mayo de 1788 Goya escribe a Martín Zapater, para decirle haberse propuesto realizar un cartón sobre la romería a la fuente de San Isidro, en la fiesta del santo. El cuadro es una singularidad en la obra del artista. Quien en su juventud quebrara el contorno de las figuras y en la vejez diría no distinguir más que sombras y luces, formas y volúmenes avanzando y retrocediendo, recurre aquí a minucias de miniaturista e individualiza todas las figuras con el detallado rigor de un Brueghel. Un ribazo en ángulo, donde brotan la malva y el pámpano salvajes, extiéndese en primer término. En lo alto de aquel alcor una hilera de personajes, vestidos en tonos claros o llamativos y vistos a la distancia, regálanse en el ocio del

festejo. Dos muchachas conversan o chismean bajo un quitasol. Una maja de bolero rojo y pañoleta sirve vino a una pareja. Muchos caballeros se tocan con bicornios emplumados y lucen chaquetas plateadas; pero abundan también las chaquetillas cortas y las fajas prietas de Lavapiés. Una damita, toda de blanco, señala la pradera en la hondonada de la orilla. Allí hormiguea la muchedumbre, empequeñecida por la lejanía. Pararon birlochos, carrozas y tiendas. Un galgo claro corre entre el gentío. La multitud cabalga, juega al corro, galantea y conversa apiñada en grupos. Más lejos aún discurre el Manzanares, plateado por la luz metálica de una primavera indecisa. Al otro lado del río se distingue la perspectiva de Madrid, con los muros del Palacio Real y la cúpula de media naranja de San Francisco el Grande.

Tampoco *La Ermita de San Isidro* tendría trasunto al cartón ni a la estofa. Quedó en boceto, como *La Pradera*, y ambas son aproximaciones a un tema común, bajo distintos enfoques. La luz es la misma, bajo el cielo cubierto de nubes grises y azuladas. En último término, al fondo del país como hubiese dicho Goya, se levanta el templo con la doble cúpula, el mirador, la aguja rematada por la cruz y las tres espadañas del campanario. Al frente se agrupan majos y majas, gustando el agua milagrosa de la fuente. Más hombres y mujeres se juntan y apretujan ante el pórtico de la iglesia. Los mozos se arrebujan en sus capas, porque este mayo es aún incierto, como dijimos. No obstante, y en primer plano, una adolescente, envuelta en un chal blanco, se abanica y conversa con una amiga. A Antonio de Onieva los azules, agrisados, sanguinas, amarillos y verdes de este apunte le anticipan y recuerdan a Camille Corot, en sus mejores momentos. En la almoneda de los Osuna se vendió por 3.000 pesetas. *La Pradera de San Isidro*, en cambio, se adjudicó en 15.000.

Irónicamente el penúltimo esquema para cartón, que realiza Goya al servicio de la Real Fábrica de Tapices, comparte el tema del primero: *La Merienda Campestre*. En 1776 y por intercesión de Bayeu, encargan a Goya el modelo de una estofa que represente una comida a la vera del Manzanares. Los hijos de Van Goten, el primer director de aquella industria, dirigen el taller de Santa Bárbara; pero quien lo gobierna en realidad es Antonio Rafael Mengs, primer pintor de Cámara del Rey y presidente de la Academia de San Fernando. Mengs manda pagarle a Goya 8.000 reales «por el momento», como si la encomienda fuese dudosa. El resultado, sin embargo, le agrada mucho y Goya seguirá trabajando para aquella manufactura, hasta que doce años después se canse de servirla. Cierra entonces un período de su vida y de su quehacer, que será a la vez la muestra más acabada del arte del siglo XVIII.

Característicamente llama a su última obra en tal etapa *La Gallina Ciega*. Pronto y también con él empezará la pintura moderna, al decir de André Malraux, en cuanto Goya se convierte en Goya después de haber pasado por las puertas de la muerte.

El primer Borbón, Felipe V, funda la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara. Un viajero inglés, cuya opinión recoge Antonina Vallentin, visita los veinte telares y escribe con toda justicia: «Estos talleres han sido organizados de forma pueril, como un pretencioso remedo de los Gobelinos. Los sostiene, a gran costo, la generosidad del Rey, y sus pobres resultados sólo son asequibles a los más opulentos». Jacob van Goten y sus hijos usan cuadros de Teniers y de Wourwerman como modelos de sus telas durante dos generaciones, hasta que el gusto por el barroco mitológico y alegórico francés empieza a fatigar a su hacendada clientela. Por lo demás la industria atraviesa dificultades técnicas, en un período de obligada transición, donde no consigue conciliar sus muchas contradicciones.

Al taller de los Van Goten, en Santa Bárbara, se une otro dirigido por el francés Antoine Langer, donde se tejerán los cartones de Goya. Los Van Goten mantienen la técnica tradicional del bajo lizo, con los hilos de cadena extendidos horizontalmente y la cadena sobre el cartón, que el telar repite invertido como un espejo. El siglo XVIII trae el alto lizo, entre otras innovaciones, y Langer lo introduce en la Real Fábrica en 1730. Los hilos de la cadena tiéndense ahora verticalmente y el operario calca en un papel transparente los contornos del modelo a tejer. No obstante, conserva el cartón a su lado y vuélvese a todo instante, para comprobar la fidelidad de su trabajo. De este modo, como observa Chabrun, el tejido de tapices pierde toda entidad y se convierte en una copia de la pintura.

Al mismo tiempo el tapiz abandona su valor funcional, de mampara o de puerta portátil para transformarse en un elemento decorativo. Jean-François Chabrun señala ciertos grabados de Abraham Bose, impresos en el siglo XVII, donde aparecen cuadros y espejos colgados en tapices, que hacen las veces de tabiques. Cien años después los gobelinos se expondrán entre pinturas, en los salones de París, como si fuesen imitaciones un tanto vergonzantes de los óleos. La industria entra en crisis en Francia y en España, si bien aquí fue siempre mantenida artificiosamente. Los Gobelinos alcanzan la perfección técnica; pero limítanse a plagiar cuadros conocidos, hasta que la Revolución clausure la planta.

En España Mengs intenta renovar el género, con una vuelta a sus fuentes populares. Recuerda entonces a un pintor de segunda fila, Miguel Ángel

Houasse, a quien Felipe V había llevado a Madrid en 1720 para decorar La Granja con cuadros llamados *Hombres y Mujeres jugando a la Gallina Ciega, Merienda Campestre, Merienda sobre la Hierba, Juego de Bolos, El Columpio, Lavanderas*. Entre los pintores contratados entonces por la Real Fábrica de Santa Bárbara, Goya se muestra muy pronto como el más dotado y el más prolífico. Entre 1776 y 1779 Ramón Bayeu, hermano de Francisco, entrega veinte cartones; José del Castillo pinta diecisiete; Antonio Velázquez concluye veintitrés; Goya firma treinta en el mismo plazo. Poco a poco reforma también la técnica de aquella artesanía, hasta convertirla en la primera manifestación, brillante aunque un tanto balbuciente, de su obra más lograda e inalienable. Al principio protestan los operarios porque incluye excesivos matices y perifollos en los cartones, difíciles de repetir en la estofa. Goya se enfurece; pero luego aprende a sintetizar el horizonte y a resumir la naturaleza, dándole un aire casi transparente a la luz velazqueña de Madrid, para acentuar la dimensión humana de sus figuras.

«No tengo más que doce o trece mil reales anuales, y con todo estoy tan contento como el más feliz», escribe Goya a Zapater en aquel entonces. En 1785 cobrará otros doce mil reales por un solo cuadro, su primer retrato de la Duquesa de Osuna. Un año después será nombrado pintor de Cámara, junto con Mallea y Ramón Bayeu. «Martín mío, ya soy pintor del Rey con quince mil reales». Desde 1780 es miembro de la Academia de San Fernando, con su sueldo correspondiente. Compra acciones del Banco de San Carlos, precedente del Banco de España, y a veces laméntase a Martín Zapater sin mayor motivo, mientras poco a poco va enriqueciéndose. «No tengo más ingresos fijos que los títulos del Banco y el salario de la Academia».

Las contradicciones que caracterizan su existencia entera se revelan también en la administración de su hacienda. Durante mucho tiempo la frugalidad es la norma de su hogar, cuando una libra de carne de buey cuesta sólo dos reales y una de pan de avena otros dos. Compra un birlocho de dos ruedas, vuelca, se hiere una rodilla, que le dolerá meses enteros. De mala gana adquiere otro de cuatro, con sus mulas correspondientes. No obstante, niégase siempre a renunciar a sus placeres personales entre *la canaille*, como aprende a llamarla entonces en francés y en algunas cartas a Zapater. No se pierde corrida en el coso de la Puerta de Alcalá y es siempre huésped bienvenido de diestros y cuadrillas, con puesto fijo en la barrera. El mundo de las pendencias, los prostíbulos y las tabernas del Rastro y de Lavapiés le es tan familiar como el del toreo.

En parte, y como testigo de su tiempo, debe sentirse observador de aquellos ambientes. En parte también debe identificarse con la sociedad marginada de la Villa y Corte, pues de no haber sido pintor de Cámara casi pertenecería de lleno a la misma por sus orígenes. Rijoso, bebedor y pendenciero de mozo, según testimonio de su criado, quema en riñas, bullangas y puterío su última juventud al acercarse al medio siglo. En Madrid, que entonces es un poblado junto a los Reales Sitios, su súbita fama habrá llegado inclusive hasta aquel inframundo detrás de la Plaza Mayor. Si se la recuerdan, desechará bruscamente toda mención de su celebridad. Él es sólo Francho, el maño, el que hubiese querido ser torero. Él es uno más en aquellos infiernos, que conoce tan bien como su propia casa desde hace muchos años. No hay más, pardiez. Pronto, muy pronto, comprenderá, aturdido, de qué modo tan inútil llegó a engañarse.

No se desconoce a sí mismo. Desconoce a su país incomprensible, aquél cuyo desastre sin fin empieza precisamente en la época de Goya. El Capricho, palacio de los Osuna que él frecuenta después de pintar a los Duques unos retratos poco conseguidos pero muy alabados, celebra las carnestolendas durante el año entero. Ante los ojos atónitos de Goya, los arrabales de Madrid invaden los jardines y los salones, no como un vendaval sino como una fiesta de disfraces. Las anchas fajas ceñidas de las majas, la chaquetilla breve de los chisperos y el habla desgarrada de la manolería sustituye de la noche a la mañana las modas, los modales y la lengua de Versalles. Goya, quien había aprendido un poco de francés, para no desentonar entre los poderosos y para escribirle a Zapater cartas pretenciosas con casi tantas faltas como las redactadas en castellano, advierte estupefacto que el idioma del Capricho es de pronto la germanía de Lavapiés.

Casi en seguida, en cuanto empiezan a abrirse los embozos y las mantillas de aquella gente de toda broza, aparecen los verdaderos rostros de muchos conocidos. No sólo están allí los modelos de los cartones de Goya y los verídicos personajes de los sainetes de Ramón de la Cruz, sino también los cómicos y los toreros. En otras palabras, los mismos a quienes en otra época hubiesen negado tierra sagrada después de muertos. Pepa Figueras, *Costillares* y *Pepe-Hillo* son de improviso más alabados y comentados que Goya, Iriarte y Jovellanos. Si antes se hablaba de los cuartetos y las sinfonías de Haydn, ahora se discute con mayor pasión acerca del volapié y de las banderillas a *topa-carnero*. Con el *Hillo, Costillares* y la Figueras se cruza Goya en los jardines del Capricho. Entre dos árboles podados y aún no reverdecidos por la primavera, tendieron un columpio. La Duquesa de Osuna,

aquella mujer altiva y sarcástica, ríe ahora desatinada al mecerse sobre un fondo de praderas y montes soleados. Con las manos abiertas *Pepe-Hillo* la recibe y empuja por las caderas. *Costillares* la devuelve al *Hillo*, sobándole las rodillas a la vuelta de los embates. Pepa Figueras conversa con otra farsanta, sentadas ambas en un par de taburetes que ocultan sus amplias faldas. Un picador, cuyo nombre Goya acaso no recuerde, yace tendido en tierra, la quija en la mano y muy calado el sombrero cordobés, mientras contempla sonriente los tobillos de la Duquesa a cada vaivén del seno de la cuerda.

(«Me he puesto en la cabeza que debo mantener una determinada idea y guardar una cierta dignidad que el hombre debe poseer, con lo cual, como puedes creerme, no estoy muy contento»). Al parecer de Ortega, Goya comprende la oposición entre *la idea* y lo plebeyo y jamás volverá a vivir por completo en ninguno de ambos mundos. De hecho ocurre precisamente lo opuesto, porque Goya es un hombre de síntesis morales. La feria del Capricho le revela a la vez la complejidad del mundo real, en su dimensión humana, y la invalidez de todo empeño para aprehenderlo directamente en el arte. Sólo a través de un laberinto, cada vez más hondo y más engañoso, podrá aproximarse al prójimo después de este carnaval, que es la fiesta postrera de una época condenada.

Le fatigan los encargos de cartones para tapices, precisamente porque la realidad obligada a expresar en aquellos modelos es del todo engañosa en su pretendida sencillez. Demora el cumplimiento de los pedidos o trata de eludirlo por cualquier medio. Cuando presenta un borrón, tan detallado como el de *La Pradera de San Isidro*, sabe muy bien que de trasladarlo a una tela grande nunca podrían tejerle el trasunto. Enfurecido, el director de la Real Fábrica redacta una larga denuncia para el ministro de Hacienda. Ramón Bayeu evita el cumplimiento de sus obligaciones para con Santa Bárbara, con la disculpa de unos retratos de los Infantes. «Goya, en cambio, está enteramente desocupado y su actitud es tan extraña como irregular». Alega que su nombramiento de pintor de Cámara le exime de todo compromiso con la manufactura de tapices, porque el sueldo de quince mil reales no incluye el pago de cartones para la Fábrica. Entre tanto los tejedores se hallan sin trabajo por culpa de aquellos artistas desaprensivos. Muchos tuvieron que ser despedidos y se encuentran en la miseria.

La soberbia de Goya indigna al ministro y el pleito se encona. El mayor de los Bayeu interviene en favor de su cuñado y probablemente la propia Duquesa de Osuna no sea ajena a la búsqueda de un arreglo, que la

obstinación del pintor hace cada vez más difícil. Por último se llega a una especie de convenio tácito, para que Goya presente un último cartón, *La Gallina Ciega,* que luego comprará la Duquesa a la Real Fábrica una vez tejido. Después de ceder, Goya se humilla y escribe una carta contrita a Francisco Bayeu. «A decir verdad, lamento mucho que nuestras relaciones se hayan alterado y pido a Dios que me libre de este orgullo, que siempre se apodera de mí en semejantes ocasiones. Si sé guardar la medida, si aprendo a no dejarme arrastrar por mis impulsos, mis acciones serán menos reprobables de ahora en adelante».

La Gallina Ciega, dice Antonina Vallentin, es como una caja de música donde suenan las horas de un siglo ya muerto. José López-Rey nota influencias de Antonio Palomino en el último cartón goyesco. Siglo y medio antes de Oscar Wilde, escribe aquél en 1715 y en su *Museo Pictórico*: «Así como el Arte se desvela diligente en imitar la Naturaleza; también la Naturaleza, traveseando en sus obras, procura imitar el Arte». El mismo López-Rey espiga una distinción de Palomino para la pintura de paisajes: aquéllos donde la historia se somete al país y aquéllos donde el país se sujeta a la historia. En todos sus cartones y de modo muy especial en *La Gallina Ciega*, Goya se inclina decididamente por los segundos. Al mismo tiempo y con notable fidelidad, sigue los consejos del teórico para el tratamiento de la naturaleza. «Es menester observar la templanza de los aires (que son celajes) de suerte que no ofendan a la historia y que los horizontes no sean muy chillantes, y que estén a la altura del punto de la perspectiva que tuviere o se considerase en la historia, figura o pavimento que tenga; y la misma templanza en los terrazos, montañas y arboledas, procurando que ayuden y no ofendan a lo principal». Por último y coincidiendo con una práctica expuesta en el epílogo de *Museo Pictórico*, Goya cubre con una ligera capa de barniz su pintura, antes de darle las pinceladas finales, para hacerlas más resplandecientes.

Junto a un estanque retoña una acacia, como si la luz de la primavera castellana fuese casi siempre la preferida de Goya para sus cartones. Detrás del agua ondulan las lomas de un ribazo, cárdenas y grises con algún matojo verde. Más lejos, en el mismo horizonte, azulean los montes bajo la tarde. Corren por las laderas largas vetas blanquecinas, que enturbia la distancia. Será mayo, como en *La Pradera de San Isidro,* pero aún no se ha fundido toda la nieve de los riscos. El cielo es alto y muy claro, por encima de las nubes que a trechos rasgó el viento sobre el perfil de los montes. En primer

término aparecen unas rocas partidas y brota un triángulo de hierba, bordeado de plantas y semejante a una alfombra.

A la orilla del estanque juegan al cucharón o a la gallina ciega cuatro mujeres y cinco hombres. Es manifiesta la juventud, casi la adolescencia de todos ellos, aunque uno de los caballeros lleve la peluca empolvada de gris. Es también el único que viste casaca larga, con hombreras, y chaleco abotonado. Sus compañeros lucen el atavío festivo de los majos: calzas muy ceñidas y recamadas en la pernera, chaquetillas cortas, con borlas y tersas medias azuladas. Calzan zapatillas sujetas con grandes hebillones de plata y recogen la melena en redes ornadas con peinetas y lazos. Dos de las damas, a ambos extremos del corro, envuélvense en los tules blancos de unos modelos popularizados por la señora de Osuna y parecidos al vestido de la propia Duquesa en el cuadro de familia firmado por Goya. Otra, que lleva una ropilla de raso y acaso de cazadora, tócase con un sombrero negro de anchas alas, adornado con plumas de faisán. Frente a ella, de espaldas a nosotros y de cara al estanque, una maja, muy jovencita a juzgar por su talle y por su talla, aparenta ocupar el centro exacto del cuadro, aunque en realidad se halle desplazada a la izquierda de la tela. El engaño viene del color de su bolero, rojo como la sangre recién derramada, en contraste con los templados mañees del conjunto.

Un mozo, salpicadas de lentejuelas verdes las prietas ropas y vendados los ojos, ocupa el centro de aquel ruedo y empuña una larga cuchara de madera. La pintura se detiene en el preciso instante en que el hombre se inclina y tienta el aire con su cucharón, mientras una de las damas de blanco y otro caballero con la rodilla en tierra tratan de esquivarlo. Un instante antes, o para el caso otros después (uno de estos momentos del Rococó galante en sus largos días de fiesta), seguirá el baile de las figuras cogidas de la mano, de derecha a izquierda, en el sentido de las agujas de un reloj donde tintinean las últimas horas de una era.

Resulta evidente que todos los protagonistas de *La Gallina Ciega* lucen disfraces cortados a medida y recién estrenados. Son cofrades de una canalla dorada, como diríase ahora, emperejilados como la auténtica *canaille* en las mañanas de romería a la fuente del milagro. Vistiéronse de máscaras para su propio placer o para servir de modelos al artista. En cualquier caso juegan a ser actores en una farsa, no muy bien aprendida, que tal vez ni ellos ni Goya comprenden claramente todavía. Su auténtica condición, la de actores en el teatro de un siglo, nos revela el artificio del paisaje. Don Quijote había transformado los horizontes y lugares castellanos en tierras de su fantasía. En

el fondo de algunos de sus retratos ecuestres, no pinta Velázquez el panorama de la Casa de Campo sino un tapiz que copia sus cielos y sus bosques. La acacia, el estanque, los montes, el césped y las nubes son un bastidor para el juego y el baile de la cuchara: un cartón dentro del cartón, dispuesto como un *trompe l'oeil* porque a primera vista diríase a la naturaleza viva representada allí y no a su pintura en un lienzo de fondo, parecido a las decoraciones de los sainetes.

«Goya distante de sus temas» titula Ortega uno de los capítulos de su libro inacabado. August Mayer nota a su vez que los cartones, incluida *La Gallina Ciega*, carecen de protagonista. Un orfebre no tiene por qué ser apasionado, puntualiza Ortega. No cabe duda de que en esta época Goya se interesa mucho más por el sentido de su tiempo que por muchos de sus modelos. Más tarde, en su sordera, se aproxima instintivamente a sus figuras, como si en vez del oído hubiese empezado a perder la vista. Entre tanto, en este último encargo para la Real Fábrica, Goya se separa de los nueve danzantes hasta verlos muy parecidos a peleles o a títeres. Sin juzgarlos los desnuda a su modo y a su modo también participa como espectador de su frívolo juego. En fin de cuentas, como el mismo Goya escribe a Zapater en esta época, por cuatro días que vamos a vivir es preciso vivir lo mejor posible.

En *La Gallina Ciega* no oscurece nunca, porque el artista ha detenido el tiempo y los cielos son de papel. No obstante, en los jardines del Capricho, donde *Pepe-Hillo* y *Costillares* mecen a la Duquesa de Osuna en un columpio, empieza a caer la noche lentamente sobre los estanques y las acacias. Muy pronto, en cuanto se cierren las tinieblas, todos los personajes de esta larga fiesta de disfraces estarán tan ciegos como el falso majo quien tienta el aire con su cuchara de madera. Entonces, en las sombras interminables que todavía ahora envuelven el país, empezarán a encenderse los ojos de los monstruos de Goya en sus propios *Caprichos*: aquel laberinto a la medida de nuestra historia reciente y eterna, donde todo será siempre lo mismo, con razón o sin ella, porque los hombres no saben el camino.

Primero de abril de 1828

«Querido Xavier: Me es imposible decirte otra cosa sino que de tanta alegría estoy un poco trastornado y tuve que encamarme. Dios quiera que pueda verte y recibirte cuando llegues, con lo que mi ilusión fuera completa». Debajo firmé y Marianito añadió una nota por su cuenta: «Querido papá: el abuelo le envía estos renglones y otras cuatro cartas adjuntas, para que usted compruebe que todavía está vivo». Lo cierto es que vivir, lo que se dice vivir, no vivo de tanto gozo en estos días. Anteayer llegaron la nuera y Marianito, para decirme en seguida que Xavier vendrá a buscarlos dentro de un par de semanas. Tan feliz esperanza, la de saberlos pronto reunidos a todos a mi alrededor, me tiene como loco y terminó por enfermarme. Pasaba las horas hablándoles sin cesar como una vieja cotorra, sin que ellos pareciesen cansarse de mi garrulería. La nuera, que es buena pero reticente como todos los Goicoechea, más vascos ellos que propiamente madrileños, se limitaba a sonreírme a veces meneando la cabeza con un gesto de afecto. Marianito, en cambio, salió idéntico a mí. No ha heredado nada de los Goicoecheas ni tampoco de los Bayeu, por parte de su abuela, mi difunta Josefa. Es como yo fui a esta edad suya, que andará ahora por los diecisiete o dieciocho años. Cuajó apuesto y fuerte, con un temple que le va a su planta como anillo al dedo. Apasionado y tumultuario, se muestra tan violento como afectuoso. A veces me interrumpía la verborrea, abrazándome y besuqueándome las mejillas, para celebrar alguna ocurrencia mía o algún recuerdo lleno de gracia. Se lo rifarán las mujeres, si no empezaron ya a disputárselo. Mucho me temo también que a los hombres los mantenga a raya a punta de espada o de navaja, en demasiados duelos y reyertas, como a mí me tocó hacerlo. Me parece tan inevitable como significativo que trate de usted a su padre, mientras se tutea conmigo. De todas éstas y de tantas otras cosas quisiera hablar también con Xavier cuando llegue a Burdeos. Ojalá este viaje suyo, que me anuncian para dentro de quince días, no vuelva a demorarse ni yo me apague antes como un candil. Moratín me dijo una vez que él había tratado siempre de evitar la felicidad, porque la dicha es más traidora que las penas. No quisiera creerlo; pero me acordé de Moratín esta tarde, al sentirme destemplado y enfermo después del almuerzo. Hasta entonces y desde la llegada de mis queridos viajeros, mi ventura era tan grande como mis bríos. Ahora, debajo de estas frazadas, he vuelto a recordar que tengo ochenta y dos años y que a mi edad la mayor alegría, como le dije una vez a Su Majestad el Rey, sería morirme

antes que Xavier y naturalmente antes que Marianito. Sí, de todas éstas y de tantas otras cosas quisiera hablar con mi hijo, en cuanto llegue a Burdeos. A diferencia de lo ocurrido con Marianito, en Xavier se mezclan mi sangre y la de los Bayeu por partes iguales. En ocasiones se arrebata como yo y entonces se lo lleva todo por delante, hecho un vendaval. No obstante, sabe ser comedido y sagaz como su madre, la mayor parte de las veces. En este particular somos muy distintos, porque cuando pretendo obrar con prudencia incurro en la cobardía y en la indignidad. (También a Marianito le ocurrirá lo mismo, si Dios no lo remedia). Con su tacto y su mesura Xavier lijaría ahora asperezas de Leocadia, en las que yo ni siquiera quiero pensar. En cuanto llegaron Marianito y la nuera, ocultó a Rosarito no sé dónde, como si temiese el contagio de la lepra. Ella, Leocadia, empezó a conducirse luego al igual que una sirvienta respetuosa, pero distante y desabrida. «La señora me manda. Se cocinará lo que disponga la señora», leía en sus labios cuando dirigíase a la nuera, quien se esforzaba por vencer su propia frialdad en los tratos con aquel basilisco. Otras veces su ironía cortaba como un trinchante en el trinchero. «¿El señorito quiere el chocolate y los *croissants* servidos en la cama o prefiere desayunarse con los demás?», decíale a Mariano. Anteanoche al acostarnos le rogué que moderara sus modales, para no templar mi dicha con aquel comportamiento. Como si hubiese echado sal a sus llagas, vuelta una furia, se dio a increparme enajenada entonces. Acodábase con un brazo en los almohadones y sostenía un quinqué encendido junto al rostro, para que no perdiese palabra en sus labios. «¡Estás tan cegado que ni siquiera adviertes tu propia estupidez! ¡Grandísimo cabrón! ¿No comprendes que sólo vinieron a cerciorarse de que no habías cambiado el testamento? Se les da un ardite tu sangre, tu nombre y tu propia vida, si tienen la certeza de heredar tus dineros, tu casa y tus cuadros. De contar con todo ello ahora, te dejarían consumir en el destierro sin mirarte el blanco de los ojos. Poco les importa que te devoren la soledad o los gusanos, porque de ti sólo quieren la herencia. Por lo demás tampoco se lo reprocho, puesto que si viviesen mil años no llegarían a comprenderte. Serán gente de tu apellido y de tu carne; pero nunca, nunca sabrán de veras quién fuiste en el mundo». Con la ira, se le trompicaban las palabras y creí que iba a estrellarme el quinqué en una sien. «¡No son mal nacidos por egoístas sino egoístas por mal nacidos!» siguió tronando apenas recobrado el resuello. «¡Tu hijo Xavier es todavía peor que la raposa de tu nuera o que el chulo de tu nieto! Peor por ser más hipócrita y menos borrego que este par de payasos. Ahora aguarda en la sombra las nuevas de sus espías. Si le escribiesen que habías muerto, vendría a matacaballo para atesorarlo

todo, hasta el último pañuelo. ¡Después vendería tus pinturas una a una, para comprar pienso de mulas o bonos del Banco de San Francisco!». Cerré los ojos para no oírla y a poco, hundida la cabeza en la almohada me adentraba en el sueño. («Ya va para siete años que en Roma se acababa mi madre y diez días después la seguía mi padre hacia los infiernos desde Nápoles. Únicamente entonces y por primera vez en mi vida me sentí libre. Luego me dije que no, que para serlo de verdad hubiese sido preciso que ellos no me engendrasen. Sólo son libres quienes nunca fueron, porque hasta los muertos penan su condena. Lo demás, incluida la Corona, es la raya en el agua e intrigas de golillas»). En un comedor más vasto que el de la Venta del Aire, vacías casi todas las mesas, almorzaban un hombre y una mujer. A él creí imaginarle la voz, que era igual que la mía en otros sueños; pero la pareja cerrábase en el silencio. En el muro pendía mi último retrato de Su Majestad el Rey, envuelto en su armiño y con el cetro en la mano. («El día en que falleció mi madre, me escribió mi hermana María Luisa desde Roma. Mi madre había muerto casi en brazos de Godoy, por así decirlo. Una semana entera la veló a todas horas en su agonía, y a solas los dos en aquella cámara. La víspera de su defunción, mi madre llamó a María Luisa y le dijo: *Yo me voy a morir. Te recomiendo a Manuel. Puedes estar segura de que no hallaréis una persona más afecta tú y tu hermano Fernando*. Cuando mi hermana vio que la cosa iba mal, le quitó de su lado al choricero, que lloraba como una arrepentida y llamó a los curas»). La mujer sentábase ahora en un tronco partido, a la vera de unos pastos. Vestía una prenda de punto, parecida a la zamarra de los pastores leoneses, y unos calzones largos y estrechos, como los llevan los toreros en las tientas. Aquel hombre de voz idéntica a la mía, o al recuerdo de mi voz en mi impedimento, permanecía en pie a su lado. Ella le había tomado una mano entre las suyas y le hablaba en palabras que no distinguí en el sueño, el gesto absorto e intenso iluminado por un sol de invierno. Sobre la nieve del prado jugaban a la gallina ciega los seres de mi último cartón para tapices. Jugando, bailaban y reían con carcajadas mudas en mi sordera. Mirando a la pareja, leí dos preguntas en los labios de la mujer: «¿Tú sabes quién eres? ¿Sabes de veras quién somos?». «*La Gallina Ciega* te dice quién seremos», repuso su compañero. Concebí aquel cartón en El Capricho, después de un pleito odioso con la Real Fábrica. No quería pintar otros pero me avine a entregarles un último lienzo, que resumiese cuatro borrones míos sobre las fiestas de San Isidro. Los juegos en los bosques de los Duques de Osuna me dieron el motivo. Omití la ermita y la fuente prodigiosa, que entonces me parecían demasiado obvias. Descarté también toda

referencia al perfil de Madrid en la lejanía. En su lugar inventé un paisaje, entre el tapiz y la ilusión, como solía hacerlo Velázquez. Vestí de chispero a un figurín de la nobleza, le vendé los ojos, le puse una larga cuchara de madera en la mano y lo dejé en el centro de la tela. Luego pinté a su alrededor cuatro parejas de fifiriches y petimetras, disfrazados como él, prendidos de las manos y bailando en un corro. El cartón gustó mucho y en la Real Fábrica me halagaron y suplicaron que les sirviera otros a mi conveniencia. Secretamente me ofrecían unos precios sobre telas futuras, que no cobrara nunca el propio Francisco Bayeu, el mayor de mis cuñados. Me negué en redondo. Aquella época de mi vida, la de pintor de tapices para Santa Bárbara, había terminado. Prolongarla artificiosamente hubiese sido tan descabellado como obstinarse en demorar la amanecida hasta el mediodía, o las estelas en el mar. Lo que entonces sólo pude presentir y no comprendí hasta muchos años más tarde era que todo un siglo, aquél en que nos tocó nacer, cobrar uso de razón y concebir a los hijos, acababa con aquella parte de mi carrera. Recuerdo muy bien la fiesta de San Isidro, el año en que pinté *La Gallina Ciega*, allá por 1787 o 1788. Fue idea de la Duquesa de Osuna que aquel marzo fuésemos todos a la ermita en romería. «Sólo conviviendo de este modo con el pueblo, aunque sea una vez al año, comprenderemos el sentido de nuestro paso por la tierra», dijo la de Osuna. Me pregunté si habría olvidado de dónde veníamos gentes como *Costillares, Pepe-Hillo* y yo mismo, unos criados entre triperos y truhanes en el matadero de Sevilla y el otro hijo de un batihoja aragonés. En verdad lo olvidara y no porque la gente nos creyese sus amantes sino porque tanto ella como el Duque nos decían sus amigos. A los ojos de los Osuna, aquel título valía más que la sangre del Rey. En diversas carrozas y birlochos, fuimos desde El Capricho a San Isidro, cruzando Madrid. «Es una mañana tan clara que parece salida de uno de tus cuadros», me dijo la Duquesa. «Quizá saliese», repliqué y los dos nos echamos a reír. Aún faltaban varios años para mi sordera y no me limitaba a oír en sueños, como ahora, mis risas y las risas de las mujeres. Por el arco levantado por Su Majestad el Rey Don Carlos III, quien moriría aquel mismo año, dimos con la calle de Alcalá. Cruzamos ante los conventos de las Bernardas, de las Calatravas y de las Baronesas. En la mañana temprana tocaban a misa las campanas de San José, junto a la capilla de Santa Teresa, donde según me contó el Duque estuvo de cuerpo presente Don Rodrigo Calderón, después de subir a la horca con su proverbial arrogancia. «Un día valido de un soberano, al siguiente era condenado por malversación. Dícese que al fallecer Felipe III, exclamó Don Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias: ¡El Rey ha muerto, yo soy muerto

también!», comentaba el de Osuna. «Fue al cadalso enlutado, caballero en una mula y con grande escolta de corchetes, pregoneros, alguaciles y otras gentes de justicia. Por estas mismas calles y camino de la Plaza Mayor, donde iban a colgarle, requebraba a las muchachas como si aquello fuese un carnaval. Los ladrones no vivían tan bien como ahora, en aquella época; pero morían con mayor dignidad». Junto a la huerta del convento de San José y en las lindes de la Plazuela del Almirante, moraba un mílite extremeño y aún desconocido a quien decían Manuel Godoy. En la esquina del Prado de San Jerónimo con la calle de Alcalá, María Teresa, muy joven todavía, levantaba el Palacio de Buenavista. Ni ella ni su marido, el Marqués de Villafranca, llegarían a habitarlo ni a verlo terminado. A la muerte de María Teresa y en el saqueo de sus bienes, regalarían aquel edificio al mismo oficial extremeño, a quien llamaban entonces Duque de Alcudia y Príncipe de la Paz. Una burlona justicia, no sé si la del cielo o la del infierno, haría que también la entera hacienda del Príncipe fuese rapiñada, después de su caída en desgracia. («Voy a confesarte algo que no sabe nadie. Mi madre dejó toda su fortuna personal a su querido, el choricero. Naturalmente nunca permití que Godoy viese un sueldo de aquellos bienes. En París y podrido de miseria terminará sus días, te lo aseguro»). Junto a la ermita probamos el agua del manantial prodigioso. Recuerdo aún muy bien que sabía a rosada y a vientos serranos. La Duquesa hizo un par de burlas casi blasfemas acerca de los portentos de la fuente. *Pepe-Hillo* y *Costillares* bebían, sin embargo, muy recogidos y con los ojos cerrados, como si rezasen en silencio implorándole al santo una tregua en las cornadas. «Cada época tuvo su Edad del Oro, que fue la de los asombros», comentaba la de Osuna. «En la paganía coincidió con el tiempo en que los animales hablaban y proponían enigmas. En el cristianismo fue la era de los milagros. Hasta el demonio contó con su magia y sus aquelarres, cuando los íncubos concebían en las vírgenes de la muy católica Vizcaya. Ahora la razón es el único ámbito de lo extraordinario». «No te olvides de la libertad, querida mía», sonreíase el Duque. «Creamos en ella como en la razón todopoderosa, aunque no sé si exactamente por los mismos motivos». El poeta Iriarte aspiró un pellizco de rapé y se asentó desperezándose junto a los manteles de la pradera. «Tal vez los prodigios sigan aún vigentes, si bien estemos ciegos para advertirlos. Esta ignorancia de lo portentoso parece propia de los imperios en su agonía. Recuerdan a Julio César, desechando los augurios de lo portentoso parece propia de los imperios en su agonía. Recuerden a Julio César, desechando los augurios de su muerte antes de dirigirse al Senado». «La analogía no es válida, mi buen Iriarte, porque difícilmente podríamos

comparar a nuestro nuevo Monarca con el César y muchísimo menos al Senado de Roma con el Consejo de Castilla», replicó el Duque. «Exactamente, Iriarte, no sea usted sacrílego», intervino la Duquesa. «Yo nunca creí en el derecho divino de los Reyes, sólo en el de los Emperadores y claro está en el de los Duques. No obstante, es forzoso admitir que Julio César, aunque Emperador, era marica». Reía todo el mundo, incluidos los toreros que difícilmente comprenderían cuanto allí se pretendía disputar. «No me refería a Su Majestad ni tampoco al Consejo de Castilla», sonreía Iriarte, «sino a gente seria y de bien como nosotros. Los milagros se prodigan y no sabemos leerlos. Convertir el agua en vino no es menudo asombro; pero nuestra supervivencia en los cuadros de este hombre —me señaló a mí con un ademán perezoso—, quizás siglos después de la muerte, me parece igual maravilla. El mayor de los portentos no consiste en transformar el presente, sino en anticiparle sus cambios futuros. De este modo nuestras cenizas devendrán nuestros retratos, como la pintura de una paleta trueca una tela en un espejo». «¡Ah, Iriarte, qué hermoso es esto que usted nos cuenta!», aplaudía la de Osuna. «Debería recogerlo en un entremés y llamarlo *La Fuente de San Isidro*. Lo representaríamos en el teatrillo de El Capricho y cada uno de nosotros haría allí su propio papel, tal como ahora lo vivimos. Al final podría resultar que todos éramos parte de un tapiz o del recuerdo de nuestro pintor en sus vejeces». Sonreía Iriarte, sacudiendo la cabeza. «El proyecto supera mis méritos, señora. Para escribirlo se necesitaría un biógrafo de grandes artistas como Vasari». Alguien preguntó quién era Vasari e Iriarte habló de *Le Vite de'più Eccelenti Pittori, Scultori e Architetti*. Me satisfizo que la conversación mudase de curso, porque no sabía si Iriarte se burlaba de mí o era sincero en sus desmedidos elogios. Posiblemente las dos cosas fuesen ciertas a la vez. La luz se iba como un soplo. Como el día. Como nuestras vidas. Treinta o treinta y cinco años más tarde, en la primera romería después de la guerra, volví a la fuente de San Isidro. Para entonces habían muerto todos los presentes en aquella gira, menos la Duquesa de Osuna y yo, aunque nosotros dos tampoco volveríamos a vernos. La víspera me llamaron desde Palacio, donde me reclamaba Su Majestad, vuelto de Valençay pocos días antes. Le habían gustado *El 2 de Mayo de 1808, en Madrid: La Lucha con los Mamelucos* y *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid: Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío,* expuestos en el arco triunfal de la Puerta de Alcalá. Como todos los suyos, tenía un instintivo sentido de la justicia para la pintura que nunca supo aplicar al prójimo ni a sí mismo. Con toda razón me alabó el cuadro de las ejecuciones por encima de la otra tela. Según me

contaron luego había mandado detener la carroza frente a aquellos lienzos y apeóse luego, ante el asombro de la multitud, para contemplarlos detenidamente. «¡El maldito viejo salvó la pelleja! ¡Nunca hubo otro como él!» le oyeron murmurar los más cercanos. Luego, meneando la cabeza y sonriendo con su sonrisa de hiena, regresó al carruaje. En el palacio no mencionó aquella mañana mis tratos con los invasores y con el Rey francés. Le conocía sobradamente para saber que su actitud no obedecía a la deferencia, sino al designio de mantenerme en la incertidumbre ante un posible proceso por traición a la Corona. En verdad poco me importaba lo que hiciese conmigo, porque después de pintar *Los Fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío* había perdido el temor a la muerte. De hecho pude huir con los otros afrancesados y no lo hice, aunque tampoco quería recordárselo entonces. La audiencia fue breve y se redujo a un monólogo suyo. Hizo diversas referencias a mi pintura y al arte en general, todas por cierto muy atinadas; habló de crear un museo para la nación con las colecciones reales y por último me dijo que al día siguiente, San Isidro, debía acompañarle a la ermita y a la fuente maravillosa, donde los romeros iban a rendirle su homenaje. «Será una fiesta como nunca hubo otra: la de la paz del Deseado», puntualizó con su sonrisa pálida. «Me gustaría que sacases apuntes, para hacer un cuadro acaso otro día». A la mañana siguiente me obligaron a compartir con él la carroza regia. Me saludó guiñándome un ojo y dando con el codo en mis costillas. Le hedía el aliento a huevos pasados y a tabaco. «Es preciso reconocer que en cierto sentido estamos en deuda con tus amigos los franceses. Te lo confieso sin reparos, si prometes guardarme el secreto». Por primera vez hacía referencia, si bien oblicua, a mi comercio con el Rey José y sus gentes. Descifraba perfectamente las palabras en sus labios; pero no repliqué ni quise darme por aludido. Por otra parte tampoco parecía esperar mis disculpas ni mis protestas, pues prosiguió de inmediato: «El Intruso abolió la horca e introdujo el garrote vil, lo cual señala un progreso irrevocable en nuestras costumbres jurídicas. A ahorcar aprende cualquiera en un decir amén y yo mismo le colgué un perrillo caniche a mi madre, cuando era niño, a título de venganza por no sé qué castigo. Como tú recordarás, despuntaba por mi ingenio de jovencito. Fue una pena que no perseverase en mi disposición natural y no colgara luego al choricero del mismo árbol. ¿No te parece?». Creo haberle dicho entonces que yo viera demasiados crímenes durante la guerra, para desearle aquella muerte a nadie. Se echó a reír cloqueando. «¡No seas hipócrita, viejo! El talento que te dio el demonio te disculpa todas las faltas, menos la doblez. Tú eres el primer verdugo del

reino, porque en tiempos nos apretaste la golilla a mí y a los míos, al retratarnos juntos. En cada cuadro nos ejecutabas, sin miramientos. No te lo reprocho, pues eras el más fuerte y nos sometiste a tu ley». Le dije no haberme impuesto a nadie, sino limitado a pintar lo que veía. Asintió encogiéndose de hombros. «Los dos venimos a decir lo mismo, pues nos viste como éramos por dentro y por fuera. Además, nos obligaste a asumir nuestra verdad total. Fue una pena que andando el tiempo tú también flaqueases, porque desde entonces ya no creo en nadie salvo en mí mismo. Lo malo del caso es que yo en realidad no existo. Soy sólo un loco que se imagina ser el Deseado. Dime, viejo, ¿tú crees en Dios como en tu Rey?». Pretendí ignorar la pregunta y él prosiguió sin mirarme ahora; abiertas las piernas, repantigado en el asiento, los ojos fijos en el techo del carruaje. «Yo creo en el garrote. Es el resultado inevitable de la armonía natural del siglo pasado. Si lo prodigamos discretamente en estos primeros tiempos de paz, puede convertir esta casa de locos en una arcadia. Cuento con un pueblo que me lo debe todo, después de pasarse cinco años matando en mi nombre. Me ofrecerá ahora su sumisión a cambio del orden». En tanto nos acercábamos a la ermita, crecían afuera las multitudes. Su Majestad el Rey abrió personalmente las cortinas con borlas de la carroza, que hasta entonces fueron corridas. En las cuestas de San Isidro la tropa se esforzaba trabajosamente por contener al gentío, que aclamando al Monarca trataba de invadirle la carroza. El Soberano sonreía y saludaba con la mano a derecha y a izquierda, encorvándose en obsequiosas reverencias. Yo me creía descendido a la última sima del infierno, un infierno llegado con la paz y del cual la misma guerra no pudo darnos la cabal medida. Oleadas humanas, de mendigos, leprosos, ciegos, mutilados, famélicos, venidos con su hambre, su desnudez y sus familias desde las tierras incendiadas por la contienda, iban en romería a la fuente milagrosa para probar el agua y rendirle vasallaje al Rey. Por orden expresa de Palacio, según lo supe luego, los soldados habían conseguido a la plebe con orujo y las turbas bebidas atronaban los cielos con sus bramos. Vitoreaban al Deseado, a la Santa Inquisición, a las cárceles y a las cadenas. Se encargó de puntualizarlo el Monarca para que ni siquiera en mi sordera pudiese librarme de sus rugidos. Una peste a gangrena, a sudor y a vino penetraba en el coche, para deleite de Don Fernando. «¡Huele a nuestro noble pueblo, viejo! ¡Recréate con el rastro de su carnaza, puesto que no alcanzas a oírle las voces! ¡Hieden como nosotros mismos, puesto que fueron creados a nuestra semejanza o a la de Dios! En cualquiera de los países aparentemente civilizados, como la Francia de tus amigos, esta canalla haría una revolución

para decapitarnos a ti y a mí. A ti tal vez antes, porque saliste de la misma gleba y de la misma calle donde ellos penan aún. En Valençay el Corso me repitió una vez una frase de no sé qué jacobino. Con toda razón decía aquel hombre que no se nace Rey impunemente. Aún resulta más imperdonable nacer un artista como tú. Para seres de tu pelaje, aquellos que se cuentan con los dedos en la historia, no hay cuartel ni sitio en la tierra, aunque los Reyes te permitamos a veces pintarnos como somos. Cuando la muerte te haga inofensivo, te recordarán como testigo de nuestras vergüenzas y te encerrarán en las jaulas invisibles que el porvenir reserva a los monstruos». Abrió las ventanas y aquel mar de carne hedionda y vociferante se precipitó por los vanos, para besarle las manos al Deseado. Él las ofrecía riendo al tropel de ojos desorbitados y fauces abiertas, cuyo horror multiplicaba mi silencio. Carcajeándose permitía que le lamiesen las palmas, que le chuparan los dedos, que le mordiesen los artejos y se le disputaran las uñas para besuqueárselas. De pronto, en uno de sus imprevistos arrebatos, hastióse y golpeó el techo de la carroza con el puño del bastón. Como si aquélla fuese una señal convenida, los cocheros la emprendieron a latigazos con la chusma mientras los guardias de la escolta la dispersaban con tiros al aire. Su Majestad el Rey se limpió con un pañuelo, que aromaban dos perfumes entrecruzados: uno a eucalipto y el otro a pachulí. Luego lo arrojó por la ventana con gesto de asco y encendió un cigarro. «Con un pueblo como éste, las llaves del Reino están bien protegidas. No tenemos nada que temer ni tú ni yo. Toda auténtica revolución será siempre imposible en una tierra como la nuestra. Con la ayuda del garrote viviremos en paz y el verdugo será nuestro ángel de la guarda. Es un consuelo saber que esta corte de los milagros me adora, porque puestos a matar son más salvajes que nadie, como pudieron comprobarlo los invasores. Lo mismo sirven para asesinos que para lacayos. Si se adueñasen de nuestras ciudades y de nuestras armas, tendríamos que fusilarlos durante años enteros para meterlos de nuevo en vereda. Entre tanto fundaré el museo de pintura donde exhibirán el retrato de familia que nos hiciste. Llegará día en que la gente no nos reconozca allí agrupados, porque haya olvidado mi nombre y el de los míos. El tuyo en cambio lo recordarán siempre, o al menos así lo espero». Más atrás y en mitad de la cuesta, quedaba aquella hez hambrienta y borracha de orujo. La miré absorto, mientras la carroza se alejaba del gentío, por el camino de la ermita. Después de los rebencazos y de los culatazos, apiñábanse como un rebaño recién arredilado por los perros. Lentamente, arrastrando los pies descalzos o envueltos en harapos, proseguían su peregrinaje hacia el templo y el manantial. Los

conducía un ciego, de grandes ojos en blanco y testa torcida como la de un títere medio descabezado. Tocando la guitarra, cantará a voz en grito a juzgar por el modo que boqueaba. Los demás parecían corearle. De súbito amagó una tormenta de mayo y oscurecióse el cielo en plena mañana. Era ahora de vieja plata ennegrecida y a trechos reverberante. Pronto cruzarían los primeros relámpagos por San Antonio de la Florida. No diré haber llevado conmigo el recuerdo de los romeros durante mucho tiempo. Expresarlo de este modo no sería ajustarse a la realidad. La memoria almacena en sus desvanes demasiadas estampas perdidas, que sólo de tarde en tarde volvemos a evocar. Más bien creería que la turba de pordioseros, de ciegos, de leprosos, de lisiados, aventados por los desastres de la guerra y reunidos aquel día de San Isidro por su fe en la fuente y en el Deseado, me siguieron más allá de la ermita, adentrándose en mí como si en el fondo de mi ser, donde la sordera apagaba sus rugidos, buscasen el final de su éxodo. Cinco o seis años después, cuando compré la Quinta del Sordo, los pinté en un muro con el empeño de exorcizarlos, como antes había pintado a Saturno devorando a su hijo. («Contar la historia de esta España nuestra equivale a confesarse los delitos ocultos»). Quizás sea cierto, porque este país lleva tanto tiempo devorándose que ahora tiene la crueldad de los contrahechos. En cualquier caso la finca y sus pinturas serán muy pronto de Xavier, mal que le pese a Leocadia. («… Se les da un ardite tu sangre, tu nombre y tu propia vida, si tienen la certeza de heredar tus dineros, tu casa y tus cuadros. De contar con todo ello ahora, te dejarían consumir en el destierro sin mirarte el blanco de los ojos. Poco les importa que te devoren la soledad o los gusanos, porque de ti sólo quieren la herencia…»). Le dije a Su Majestad el Rey que mi ideal de la dicha era morirme antes que mi hijo. Esto no me parece ahora del todo cierto. Mi concepto de la felicidad es cada vez más ambicioso. Para colmarlo necesitaría que Xavier llegase a Burdeos antes de mi muerte. Volver a verle aunque sólo fuese por un instante, quizás como pago del suplicio de no haberle oído la voz desde que era muy niño. En el fondo vuelvo a engañarme, porque si Xavier viniese en seguida, como lo aseguran la nuera y Marianito, la mayor bendición sería entonces no morirme. ¡Mejor olvidarse de vivir o para el caso de la muerte! ¡Mejor resignarse a esperar la llegada de mi hijo mañana por la mañana, sin mayor tardanza! («… Ahora aguarda en la sombra las nuevas de sus espías. Si le escribiesen que habías muerto, vendría a matacaballo para atesorarlo todo, hasta el último pañuelo. ¡Después vendería tus pinturas una a una, para comprar pienso de mulas o bonos del Banco de San Francisco!»). ¿Qué puede importarme a mí cuanto haga Xavier con mis

cuadros, cuando yo haya muerto? No los pinté para que los míos los guardasen ocultos, como si fuesen las reliquias de un santo. ¿Qué puede importarme lo que piensen Xavier o Marianito de su nombre, que es el mío? He sido amigo de cuatro Reyes y el último, el Deseado, me dijo certeramente que ni él ni yo éramos nadie. En el mejor de los casos, no valíamos ni más ni menos que los mendigos de la romería, porque en la farsa sangrienta de nuestro país todos compartimos la misma condena. No, no pinté mis cuadros para que los venere mi gente, ni tampoco escogí mi nombre para que lo reverencien. El nombre y la pintura me fueron impuestos por fuerzas desconocidas, muy superiores a mi voluntad. Pinté siempre para saberme vivo y quisiera creer que en la eternidad seguiré pintando, porque de lo contrario no merecería la pena haber vivido. («Yo tenía la ilusión de que murieses aquí, de viejo, para hacerte unas exequias dignas de Apeles. Te hubiese mostrado de cuerpo presente en la Puerta de Alcalá, velado por los alabarderos reales y la tropa a caballo. En fila india y hasta las Ventas del Espíritu Santo, la gente habría aguardado noches enteras para verte muerto. La canalla acude por igual a las ejecuciones y a los funerales. Todo es parte del mismo circo»). A Dios gracias no exhibirán nunca mis despojos a la curiosidad pública. Irán muy pronto al cementerio de la Grande Chartreuse, aquí en Burdeos. No obstante, tengo la esperanza de que esta tierra francesa no sea su último cobijo. Me agradaría que otro día los llevasen a Madrid. No para mostrárselos al pueblo sino para sepultarlos en San Antonio de la Florida. Ignoro en realidad a qué obedecerá este deseo mío; tal vez a razones de perspectiva y simetría. En San Antonio de la Florida y por primera vez en mi vida, pinté como me plugo sin que nadie se atreviese a reprochármelo. En otras palabras, allí empecé a ser quien soy, aunque hasta entonces no hubiese osado a reparar en mí mismo. Justo fuera pues que cuando aquellos frescos me sobrevivan les corresponda velar mis huesos, en el cruce de cruz griega de la planta de la ermita, al pie del altar mayor y debajo de la linterna. Frescos me dije y en verdad no lo son ni lo fueron nunca, sino invención mía inspirada en el libro del viejo Palomino y conseguida con una mezcla de fresco y temple. Con una libra y tres cuarterones de esponjas lavadas finas, empapadas en color, alisé las tonalidades del fondo. Luego hice la preparación al fresco y la dejé fraguar con el enlucido. Después puse las masas oscuras y aguardé a que todo se secase. Por último, y al cabo de tanto apercibimiento, empecé a diseñar los detalles limitando las masas. De este modo conseguí un doble propósito: mantener los fondos azules, verdes y grises que me hubiese dado el auténtico fresco y librarme de las premuras exigidas por este tipo de pintura, cuando el

muralista aplica los colores antes de secarse el enlucido. Me agradó el tema propuesto, porque casi parecía uno de mis *Caprichos* a lo divino y en aquella serie de grabados trabajaba yo entonces. Un joven monje portugués oye la noticia en Italia de que su padre, Martín Bulloes, ha sido falsamente acusado de asesinato en Lisboa. Volando por los aires comparece en Portugal, resucita a la víctima del crimen por un instante y éste revela el verdadero nombre de su asesino. El frailecillo es San Antonio de Padua y aquél es el más celebrado de sus portentos. *La primera verbena / que Dios envía / es la de San Antonio / de la Florida*. Tenía yo entonces más de cincuenta años, estaba ya sordo para siempre y había roto con la única mujer a quien verdaderamente amé en este mundo. No obstante recibí el real encargo de decorar la ermita, con la ardentía del mozo que vende su primer cuadro. Alrededor de la cúpula pinté un balcón redondo y detrás de su baranda más de cien figuras, testigos del prodigio. San Antonio obró su resurrección en la Lisboa medieval; pero yo la trasladé a las calles del Madrid de mi época. Iriarte había dicho que las maravillas se prodigaban a nuestro alrededor sin que nosotros supiésemos leerlas. A la vuelta de los años, aquella reflexión me inspiró a una muchedumbre, apretujada en la bóveda y presenciando el milagro con la fría curiosidad que mirarían las mañas de un volatinero. Mientras el muerto se levanta inciertamente del féretro, un trío de mozas parlotea de espaldas a él. Un muchacho las contempla y sonríe. Una rubia, entre mujerzuela y marisabidilla, trata de tentarle con su busto despechugado. Dos enfermos medio desnudos rezan piadosamente a los pies del santo. Un par de chiquillos, menudos y traviesos, trepan a la baranda para no perderse detalle de aquel teatro. Los hombres se apiñan en grupos, comentando otros negocios, o requiebran al mujerío. Amas, comadres y bachilleras secretean entre ellas o se timan con los mancebos. El símbolo radiante de la divinidad aparece escoltado por coros celestiales en lunetas, intradoses y pechinas. Los ángeles son mujeres muy jóvenes, carnales e incitantes en su misma sencillez. Amorcillos desnudos hacen el papel de los querubes. Pinté el mundo que veía en el mercado, en los toros, en las ferias y en las verbenas. Un pueblo de madres y esposas de obreros, de doncellas, de dueñas, de criadas, de celestinas, de actrices, de modistas, de verduleras, de maestrillas, de zurcidoras, de camareras, de pescateras, de cantineras, de entretenidas. Un pueblo de soldados, estudiantes, torerillos de invierno, corchetes, escribanos, mozos de posada, trajineros, sacristantes, albañiles, labriegos, cesantes, truhanes, chulos y feriantes. En lo alto del andamio, mi ayudante Asensio Juliá meneaba la cabeza tristemente. «Cuando todo esto se haga público,

saldremos de ahí engrillados por la Santa Inquisición», decíame a cada rato. Una tarde, María Teresa apareció por San Antonio de la Florida. Para entonces renováramos el trato, convertidos los viejos amores en una amistad más o menos indecente. Asensio Juliá y yo andábamos por los últimos tablones, y desde aquella altura la veía reírse sin distinguirle las palabras en los labios. Soltó también el trapo mi asistente, como si los gritos de María Teresa desde la planta fuesen lo más chocarrero que oyese en su vida. Enfurecido descendí del armazón y me encaré con ella, pataleando las velas que cubrían las losas del suelo. «¿Puede saberse qué carajo haces aquí? ¡Te dije mil veces que no vinieses a interrumpirnos el trabajo! Si querías hablarme pudiste mandar un billete con uno de tus criados». Me preguntó a su vez y sin parar de reírse, qué carajo hacían todas las putas de Madrid repartidas entre la gloria celestial y el balcón de una iglesia. Repliqué colérico no haber pintado ningún burdel sino a la humanidad de todos los días, tal como la veíamos en las calles y en el teatro. «¡A mí no trates de explicármelo! ¡Los frescos son bellísimos! Si El Escorial es nuestro San Pedro, justo sería que San Antonio de la Florida fuese nuestra Sixtina». «Éstos no son frescos, propiamente hablando». «Sean lo que fueren, te traerán quebraderos de cabeza. ¡No digas luego que no te previne!». «Asensio teme que salgamos de aquí encadenados por el Santo Oficio, cuando abran la ermita al culto. Yo no lo creo». «Yo tampoco, porque en fin de cuentas estamos a las puertas del siglo XIX. No obstante te obligarán a raspar el trabajo entero. Los Reyes serán los primeros en indignarse». El día de la Virgen de aquel año se descubrieron mis murales ante la Familia Real. Todo el mundo, la gente de la Iglesia y la de la Corte, les alabó la originalidad. El pueblo de las verbenas llenaba la ermita cada mañana para verse en la cúpula. María Teresa me mandó una esquela a través de un sirviente: «¡Mi enhorabuena! Empiezo a preguntarme si no viviremos de veras en tus pinturas y si no será el país entero burlería y ensueño tuyo». («¿España? España no existe. Es uno de mis *Disparates*, puesto en pie en la noche de los tiempos»). En cualquier caso, tengo la firme aunque irracional convicción de que San Antonio de la Florida será mi último pudridero. A veces y casi con la misma claridad que si lo hubiese pintado, imagino el entierro de mis huesos en aquella capilla. Caballeros enlevitados, chistera en mano, escuchan a un anciano de barbas caudales, quien lee tres pliegos donde suena mi nombre con mucha frecuencia. Nadie aplaude cuando concluye la lectura, pero todos asienten cabeceando. Luego unos obreros cubiertos de largos blusones, como los pardillos del campo de Toledo, descienden un cofre de plomo al fondo de una hoya abierta a pie de plomada

desde el ojo de la lucerna. Después cubren el hueco con una gruesa lápida, que lleva mi apellido entre dos fechas. Encima dejan una corona de rosas de otoño, donde serpentea una cinta dorada: piadoso envío, a su propio decir, de la Real Academia de Bellas Artes, de la cual yo fui socio de número y aun presidente. Caída la noche se marchan todos y las estrellas de invierno empiezan a encenderse sobre la linterna. Sólo la luna y la lámpara del presbiterio iluminan aquella capilla, donde un juego de espejos en los rincones multiplica mis pinturas y las sombras. De pronto, sin subir aldabas ni empujar puertas sobre sus goznes, las cuatro parejas de *La Gallina Ciega* cruzan los muros y prendidas de las manos cierran un círculo alrededor de mi tumba. En la penumbra suenan los golpes medidos de una cuchara contra el muro. Afuera la flauta de algún rabadán recoge y sostiene aquel ritmo. En seguida se acompasan y apresuran, como si el dúo casase los únicos rumores de un universo sumido en el silencio de la sordera o en la quietud de las simas de un mar aún no descubierto. Al compás de la flauta y de la cuchara, bailan ahora los personajes de *La Gallina Ciega* en torno de mi fosa. Brincan, ríen y se desperecen danzando, mientras avivan ecos de voces y risas en los espejos y en los rincones de las naves. Arriba, en la cúpula, las pechinas, los intradoses y las lunetas, las gentes del milagro se asoman por encima de la baranda para mirarlos, entre el mujerío de los ángeles y el revuelo, súbitamente detenido, de un enjambre de amorcillos en porreta.

Los Monstruos

La Duquesa de Osuna

María Josefa de la Soledad Alonso Pimentel Téllez-Girón Borja y Cenellas, Condesa-Duquesa de Benavente y Duquesa de Béjar, Arcos, Gandía, Plasencia, Monteagudo, Mandas y Villanueva, Princesa de Anglona y Squilache, Marquesa de Javalquinto, Gibraleón, Zahara, Lombay, Terranova y Marquini, Condesa de Mayorga, Bañares, Belalcázar, Bailen, Mayalde, Casares, Oliva, Osilo y Coguinas, Vizcondesa de Puebla de Alcocer nace en Madrid en 1752. A los diecinueve años casa con Don Pedro Téllez Girón, Marqués de Peñafiel y noveno Duque de Osuna, a quien lleva tres años cumplidos. Los desposados son primos hermanos y con su matrimonio se incorporan los Osuna el condado de Benavente, el ducado de Béjar, las armas de Gandía y la sangre de los Borja, que en Italia los llevó al trono papal entre crímenes e incestos, que enrojecen al propio Renacimiento. Por otra parte y quizá porque en la casa de los Pimentel caben casi tantas moradas como en la de Dios mismo, cuentan también en su estirpe al santo Marqués de Lombay y gran Duque de Gandía, quien juró no servir nunca a señores que en gusanos se convierten.

Antonio Marichalar, quien dos siglos después sería biógrafo de Mariano Girón, otro Duque de Osuna nieto de María Josefa, dice a los Osuna castizos, desgarrados y manirrotos y a los Pimentel emperejilados, impertinentes y sabihondos, muy dados a la lectura en todas las generaciones. En el siglo XVIII sólo hay en España diez familias y cien personas de privilegios tan rancios como los suyos, avalados por ambas ramas desde tiempos del Emperador Carlos V. Se tutean entre ellos y permanecen cubiertos ante el Rey, quien debe llamarlos primos. Antonina Vallentin cita a un historiador francés de la época, quien habla de los desvelos de otro aristócrata de menor cuantía. «Un Grande de creación reciente mendigó toda su vida un tú que hubiese pagado con sangre y sólo obtuvo de sus pares un Excelentísimo Señor». Los Osuna Pimentel tienen derecho a cuatro tiros de mulas en su carroza y a una escolta de cuatro criados con antorchas. Probablemente a través del Cardenal Infante

Don Luis, aquel hermano del Rey quien fue Arzobispo de Toledo a los ocho años y vistió a los diez la púrpura cardenalicia, conoció a Goya a la familia Osuna. Para entonces Don Luis había abandonado la Iglesia y sus vanidades y remitido sus derechos al Trono, que en justicia le correspondían, para casarse con María Teresa de Vallabriga, quien creíase descendiente de los Reyes de Navarra; pero era hija de un capitán de caballería. Goya hizo un óleo de la Duquesa de Osuna, en 1785, y volvió a retratarla con el Duque y sus tres hijos en 1790. La Duquesa y el Cardenal Infante tuvieron el talento de reparar en Goya, antes de que él mismo se hubiese percatado de su genio. En los mentideros de la Corte llegaron a decirla querida de Goya, como antes la llamaron amante de *Costillares* y sobre todo de *Pepe-Hillo*. En cualquier caso y después de su enfermedad, entre 1792 y 1793, Goya abandonará el mundo de la Duquesa por el de su aborrecida rival: María del Pilar Teresa Cayetana Manuela Margarita de Alba.

En los cuadros de Goya, la Duquesa de Osuna, la Peñafiel como la dice el pintor en sus cartas a Martín Zapater, es una mujer de ojos grises, labios prietos y cara de navaja, que a Antonina Vallentin le recuerda la de las reinas egipcias en sus estatuas hieráticas. («Yo ando bien, como, bebo bien y me divierto lo que puedo. Pero aún tengo el tobillo hinchado y por las noches más. No me da mucho cuidado, pues he salido dos veces a cazar. Una fue con la Peñafiel y la otra con otros aficionados, en las dos cacerías he sido sobresaliente en matar piezas»). Lady Holland llama a la Duquesa la dama más distinguida de Madrid, por sus cualidades y su *bon goût*. Siendo una mujer muy inteligente y acaso la más culta en la España de su época, hace dudar de su sano juicio por sus repentes y sus extravagancias. La defrauda el retrato que le hizo Esteve y lo acuchilla en presencia del pintor. Una noche se suspende el juego alrededor de su mesa, cuando alguien pierde una moneda que rueda y tintinea por los suelos. La Duquesa prende entonces nuevas velas, con un fajo de billetes y se las ofrece encendidas a los criados. El legado del Rey Cristianísimo ha invitado a los Osuna a cenar en la embajada de Francia, donde escasea el champaña. Cuando los Duques devuelven el convite, María Josefa ordena que los caballos del embajador sean abrevados con champaña a su llegada. El general Córdoba, quien había asistido a la quema de los billetes, llama deslumbrado a la de Osuna: la más encopetada dama de España y de mayor elegancia y rango de Europa.

Su delgadez, entre ambigua y quebradiza, desdice la vitalidad de la Duquesa. Morirá a los ochenta y un años, muchos después de haber sobrevivido las hambres y angustias de la guerra. De joven rinde a los

caballos más fuertes, al galope tendido por sus tierras. A veces y anticipándose a las enseñanzas de Giner en la Institución Libre de Enseñanza, se adentra también sola en el Guadarrama, donde trepa de día por los riscos y descansa de noche al pie de los árboles. En aventuras más osadas y siempre sin escolta recorre a pie los caminos, durante semanas enteras, «sin temor a la intemperie ni a los ladrones», durmiendo al raso o en los pajares. En aquellos esforzados riesgos, debe de encontrarse con los labradores de la Mancha, como por entonces los ve Cabarrús, ahuyentados de sus hogares por las malas cosechas y las epidemias de fiebre, mendigando medio desnudos camino de Madrid. En Cádiz, donde también tiene propiedades y pasa parte del verano la Duquesa de Osuna y de Béjar, conocerá una miseria aún mayor: la de los campesinos de Andalucía la Baja, que horroriza a Campomanes. En su inmensa mayoría duermen al raso, viven de sopa de pan hervido cuando trabajan, sus mujeres se prostituyen, sus hijos mendigan. María Josefa de la Soledad Alonso Pimentel sabe que su familia y las otras nueve, con las cuales tiene el privilegio de tutearse, dominan toda la riqueza agraria y ganadera de España a través del sistema de los mayorazgos. Sabe también que las rentas del Duque, aun mermadas por el atraso de la agricultura, figuran entre las más altas de Europa y exceden los tres millones de francos anuales. María Josefa de la Soledad Alonso Pimentel, Condesa-Duquesa de Benavente y Duquesa de Osuna, se opondrá a los mayorazgos, con las curiosas y prudentes reservas mentales de su maestro en Economía Gaspar Melchor de Jovellanos, quien pide se respeten los ya establecidos; pero se prohíba la adquisición y legado de otros latifundios. No obstante y por encima de todo, María Josefa de la Soledad Alonso Pimentel debe imaginar en su más íntimo escepticismo que todo aquello, el país, el Rey, sus propiedades, las hambres del campesinado y ella misma no son sino un retablo casi transparente, pintado en el aire por su artista preferido, Don Francisco Goya Lucientes.

El primer Pimentel es un caballero portugués, quien muere luchando por Alfonso el Sabio en el combate de Campo de la Verdad. Un descendiente suyo recibe el primer condado de la familia, en reconocimiento de sus hazañas militares. En pago de otras gestas, los Reyes Católicos otorgan el ducado de Benavente a Rodrigo Pimentel. Los suyos seguirán llamándose Condes durante enteras generaciones, como si el nuevo título fuese blasón de advenedizos. María Josefa Pimentel, Duquesa de Osuna, participa también en una acción de guerra para probarse. En 1781, embarca con su esposo en la conquista de Menorca, a las órdenes del almirante francés Duque de Crillon. Disfrazada de grumete, en una intriga urdida a solas entre ella y su marido,

soporta sin quejas todos los trabajos de su fingida condición y vive en la primera línea de fuego la triunfante batalla naval.

Esencialmente, sin embargo, aquella mujer, llena de contrastes tan singulares como inexplicables, es una intelectual. La Sociedad Económica de Amigos del País, en su filial madrileña presidida por Jovellanos, la elige rectora de su Junta de Damas, cuando éstas son admitidas en la entidad por cédula regia del 27 de agosto de 1787. Aunque reconoce los méritos de María Josefa y la ayuda imprescindible que había prestado al Duque de Osuna, mientras éste ocupó la presidencia, el propio Jovellanos acepta la decisión del Rey con irónica cautela. «Las damas nunca frecuentarán nuestras Juntas. El recato las alejará perpetuamente de ellas. ¿Cómo permitirá su delicada virtud que vengan a presentarse en una concurrencia de hombres de tan diversas condiciones y estados, a mezclarse en nuestras discusiones y lecturas, a confundir su débil voz en el bullicio de nuestras disputas y contestaciones?».

No obstante la Duquesa pronuncia diversas conferencias sobre Economía y profesa aquella ciencia en la Alameda, según los principios mantenidos por Jovellanos en su *Informe sobre la Ley Agraria*. Denuncia la amortización eclesiástica, acrecentada por patronatos, capellanías y legados de agonizantes. «Si en ello hay algún abuso o algún mal, la aplicación del remedio tocará a la Iglesia… Pero entre tanto, ¿podrá parecer ajena a nuestro celo la proposición de un medio que conciliase los miramientos debidos a tan piadosa y autorizada costumbre con los que exigen el bien y la conservación del Estado?». En último término el progreso de un país se reduce a la regeneración de todos sus estamentos, especialmente de aquellos que sacrifican privilegios materiales al bienestar común. En Economía la palabra *mayorazgo* es la que mayores dificultades ofrece, porque apenas hay otra más detestable en una sabia y justa legislación. El derecho de transmitir la propiedad privada en la muerte es extraño a las leyes y designios de la naturaleza. No obstante, la Sociedad Económica de Amigos del País mirará siempre con gran respeto y mayor indulgencia los mayorazgos de la nobleza, y si en materia tan delicada puede temporizar, lo hará de buen grado para eludir la justicia y la violencia. «Me parece justo, damas y caballeros, que si la nobleza no puede ganar en la guerra estados y riquezas, se sostenga con los recibidos de sus mayores. Retengan en buena hora sus mayorazgos; pero si éstos son un mal necesario, trátense como tal y redúzcanse al mínimo posible».

En 1783 los de Osuna compran al Conde de Priego sus propiedades rurales al sur de Aranjuez y a legua y media de Madrid, cerca de la carretera

de Aragón. Las tierras, llamadas la Alameda, comprenden un casal y diversas granjas. Dos años después Goya pinta el primer retrato de la Duquesa, ataviada como la Reina María Luisa, quien impuso a su vez las modas del Trianón y de María Antonieta de Francia. María Josefa muda en cambio el nombre de sus nuevas propiedades y las dice El Capricho. Desde entonces, como bien lo advierte Ortega en sus incompletos *Papeles sobre Goya*, suele repetirse aquel término en la correspondencia del artista y en documentos a él referentes. El 4 de enero de 1794, recién sobrevivida su gravísima enfermedad y acaso concluido su *Toro Bravo*, el que pronto copiarán Esteve o Vicente López, escribe a Iriarte, poeta en plaza de la Duquesa de Osuna: «Para ocupar la imaginación mortificada en las consideraciones de mis males, y para resarcir en parte los grandes dispendios que me han ocasionado, me dediqué a pintar un pliego de cuadros de gabinete. En éstos he logrado hacer observaciones a las que regularmente no dan lugar las obras encargadas y en las que el capricho y la invención no tienen ensanche».

El otro Capricho, el de los Osuna, es la convergencia de dos mundos distintos bajo los cielos de los tapices de Goya. De un lado, el plagio un tanto provinciano de Versalles, con la vasta escalinata de granito, la balaustrada de mármol, los ojos de buey, las altas columnas, los amplios espejos, los bustos de Trajano y de Caracalla, las estatuas desnudas, los tapices chinos, los candelabros dorados, las arañas de cristal, las salas de conciertos, los teatros, los invernaderos, las fuentes de colores, los jardines trazados a cordel, las avenidas de guijarros pulidos, los bojes cortados según el *Discurso del Método*. De otro, un laberinto de senderos amables entre álamos y acacias, pajareras, estanques, columpios, prados artificiales de un verdor parecido al verde de París, belvederes, amorcillos, puentes levadizos, cascadas artificiales, rosaleras, columpios, sauces llorones, parasoles, fuentes, adelfas, laureles alejandrinos, caballitos enanos, pavos reales, cometas, flamencos y rebaños blancos como no lo fueron nunca las propias nieves. A veces los dos mundos se entrecruzan en el teatro de El Capricho. Iriarte escribe juguetes artificiosos para aquel escenario, en los cuales la Duquesa de Osuna desempeña siempre el primer papel, vestida de pastora o de doncella de otros tiempos. Sus representaciones inspiran una complacencia, que sin duda trasciende la adulación. Tiene soltura, voz bien timbrada y la naturalidad de quien cree acaso la tierra entera otro escenario para una farsa llamada historia.

Teatro es la Alameda, a hechura e imagen de su dueña. Como en el palacio de otros Duques, los del *Quijote*, todo es máscara y mojiganga en El Capricho y mayor gloria y halago de la locura. Los cien primos del Rey, los

que se tutean entre ellos, se disfrazan con sus mujeres de chisperos, de mandos y de majos. En otro siglo Eugenio d'Ors subraya las distinciones entre aquellas categorías. Los chisperos proceden originalmente del barrio de Maravillas, donde abundaban las fraguas y los hombres de bronce. Los mandos vienen de Lavapiés y suelen ser una tropa trabajadora, aunque ineducada y pendenciera. Los majos son hampones; pero muy devotos. Viven del juego, del contrabando de tabaco y del alcahuetazgo; pero no rehúyen el duelo a cuchillas en defensa de la honra. Un majo venderá por una noche la mujer, la amante o la hermana, si los tratos se cierran con el debido respeto, por aquello que del Rey abajo nadie es más que nadie en ambas Castillas. En tiempos duros para la tercería, el majo se humilla ante Dios y reza en San Francisco o en la Almudena, implorando el concurso de los cielos en su oficio.

Para la gente de El Capricho, majos, manolos y chisperos redúcense todos al pueblo, recién descubierto y divinizado a la luz del tedio y del erotismo de la aristocracia. Las damas de la Alameda visten, como las majas, largas faldas negras, ceñidas fajas, altos corpiños y boleros con borlas. Tócanse con mantillas de encaje, entre cuyos pliegues asoman los pechos como pichones. Los caballeros recogen la melena en redecillas como las de los diestros y los gitanos feriantes. Usan camisa blanca, chaquetilla corta, calzas muy prietas en los muslos, medias de seda y zapatos adornados con buenos hebillones. Detrás de las máscaras penetra la realidad en los parques y en la casa de los Osuna. Toreros salidos del matadero de Sevilla, como *Costillares* y *Pepe-Hillo*, se convierten en invitados preferidos de María Josefa. Son hombres que apenas saben firmar sus nombres; pero su orgullo mediado de fachenda y de dignidad, su pisar fuerte en todos los mármoles y su desprecio de la muerte enciende a las damas como pavesas. El año del Señor y de gracia de 1789 será para unos el de la Revolución francesa y para otros el del ascenso al Trono de Su Católica Majestad Don Carlos IV. Para los aficionados a la fiesta brava será también aquél en que Pedro Romero subió en brazos el cuerpo corneado e inconsciente de *Pepe-Hillo* al palco de la señora Duquesa de Osuna, para dejárselo a sus pies, en la corrida grande de las fiestas de la coronación.

La guerra terminará con el carnaval. («Señor Máiquez, señor Máiquez, esto no es el teatro porque aquí se muere de veras»). Un año antes de la catástrofe muere el Duque de Osuna. La Duquesa, de quien dirá Jean-François Chabrun que pertenece a una especie más sutil y quizá más perversa que la de los majos y los petimetres, abre una biblioteca pública en su casa de Leganitos. En la valija diplomática, el embajador de Austria le trae de París

libros prohibidos como las *Cartas Inglesas* de Helen Williams y las *Confesiones* de Rousseau. Un académico francés, Marius Charles Joseph de Pougens, se encarga de comprarle otras obras menos peligrosas, así como té de la China, telas de Jouy, perfumes de iris y semillas para sus jardines. Cuando en 1802 aparece *Le Génie du Christianisme*, de Chateaubriand, monta en cólera María Josefa porque Pougens lo censura en la lista y no se lo envía, creyéndolo en exceso peligroso. El académico presenta cumplidas disculpas y la tempestad queda en un vaso de agua.

La guerra la pasa en su casa de Cádiz, sin colaborar con el invasor, a diferencia de otros muchos nobles y a pesar de su temple volteriano y reformista. No sólo sobrevive a los Reyes reinantes sino también a su hijo el Deseado. Es demasiado inteligente para no advertir que su tiempo, del cual dejaría Goya el testimonio artístico más cumplido en los cartones para tapices, desapareció en la contienda aunque ella salvase sus propiedades. En sus vejeces se dirá acaso la Duquesa de Osuna que aquella era terminó con la Revolución francesa de 1789, si bien un país mental y materialmente atrasado como España necesitaría otros veinte años y la catástrofe de una guerra para comprenderlo. Aburrida y fatigada ante tanto fracaso, fallece en su palacio de la Cuesta de la Vega el 5 de octubre de 1833.

15 de noviembre de 1975

> *En «La Gallina Ciega» no oscurece nunca, porque el artista ha detenido el tiempo y los cielos son de papel. No obstante, en los jardines del Capricho, donde «Pepe-Hillo» y «Costillares» mecen a la Duquesa de Osuna en un columpio, empieza a caer la noche lentamente sobre los estanques y las acacias. Muy pronto, en cuanto se cierren las tinieblas, todos los personajes de esta larga fiesta de disfraces estarán tan ciegos como el falso majo, quien tienta el aire con su cuchara de madera. Entonces, en las sombras interminables que todavía ahora envuelven el país, empezarán a encenderse los ojos de los monstruos de Goya en sus propios «Caprichos»: aquel laberinto a la medida de nuestra historia reciente y eterna, donde todo será siempre lo mismo, con razón o sin ella, porque los hombres no saben el camino.*

Releyó el final de sus notas sobre los cartones para tapices, en las que había trabajado toda la noche, y apagó la lámpara de la mesa. Afuera la mañana sonrosaba las agujas heladas de un pino. Poco antes, cuando apenas amanecía, oyó levantarse a Marina. Sin cambiar una sola palabra con Sandro, arrebujada en un viejo abrigo gris, cruzó ante la ventana empañada, después de cerrar la puerta de un solo golpe seco. Luego la sintió afanarse en poner en marcha el motor crujiente y frío del Simca, para alejarse, cambiando las marchas, por el ancho sendero nevado que se hundía en los bosques.

Prendió el hornillo de gas y sirvióse una taza de café hirviente. Sólo entonces, mientras pensaba en la *Riña a Garrotazos* y en las otras pinturas negras de la Quinta del Sordo, reparó en la radio perdida entre los libros. Resumía partes médicos de la víspera, para ratificarlos sin mayores novedades aquella madrugada.

> *A las 15:30 del día de ayer, Su Excelencia el Generalísimo presentaba un cuadro agudo con hipotensión arterial, aumento de la presión venosa y distensión abdominal, condicionando un diagnóstico de abdomen agudo por probable deficiencia de sutura, en virtud de las circunstancias locales y generales que concurrían en la enfermedad. Decidida la intervención inmediata, fue realizada en el quirófano de la Ciudad Sanitaria «La Paz» por el profesor Manuel Hidalgo Huerta, con la colaboración de los doctores Artero, Alonso Castrillo y Cabrero. El equipo de anestesia y reanimación estaba integrado por los doctores Llauradó y Francisco Fernández Juste. El control cardiológico fue realizado por los doctores Vital Aza, Señor de Uría, Mínguez y Palma, en presencia del equipo médico habitual. En la intervención quirúrgica se comprobó la existencia de una dehiscencia reciente, relacionada con el cuadro de shock, descrito anteriormente, a nivel del anastomosis gastro-yeyunal, de calibre reducido, con salida de contenido intestinal en cavidad peritoneal. Suturada nuevamente la zona dehiscente, se situaron drenajes en cavidad abdominal y de asa yeyunal. La intervención duró dos horas, siendo aceptablemente tolerada. Al terminarla el pronóstico era gravísimo.*

José Luis Pérez Olmedo, madrileño, casado y con tres hijos, técnico especialista en instalaciones de aire acondicionado, de veintiséis años de edad, católico apostólico y probablemente socio del Rayo Vallecano, compareció en la puerta de «La Paz» para ofrecerle uno de sus riñones a Franco. «Mi mujer está un poco asustada; pero lo comprende. Los españoles se lo debemos todo a este hombre que tanto sufre ahí dentro». Anotaron sus señas y el género de la oferta, mientras los medios informativos recogían su imagen para la posteridad. Después el hombre se fue a trabajar. Una mujer de Cuatro Caminos personóse en la clínica, «para brindar algo que quizás ayudase al milagro». Envueltos en un pañuelito aromado llevaba una medalla de oro y de la Virgen del Carmen; otra medallita de Nuestra Señora de Lourdes; un anillo con rubí montado en menudos brillantes y una bandera española de papel. Dijo que aquellas prendas, guardadas en un relicario, habían obrado muchos prodigios en su casa, al cabo de los años y de las generaciones. Gerardo González Serrano, jardinero del Pardo durante tres décadas, ahora de ochenta y seis años e inválido, es conducido cada mañana a las puertas de «La Paz» para seguir de cerca las últimas nuevas. Anselmo Paulino Álvarez, embajador de la República Dominicana en Madrid, manifestó a la prensa que «el Generalísimo es el Jefe de Estado más grande que le queda a Europa. Después de la última operación nos dicen que Franco ha mejorado. Las impresiones son favorables y nos alegramos mucho. Yo soy amigo personal suyo desde hace veinte años». Salvador Tébar Jiménez, estibador de Cartagena, recorre una distancia de ocho kilómetros, la que dista «La Paz» de la Puerta del Sol, con cincuenta kilos de cemento a lomos. «Quería cumplir esta promesa, en agradecimiento a Franco», manifiesta.

A las 23:30 horas del día anterior *la evolución de la enfermedad de Su Excelencia el Jefe del Estado, hospitalizado en la Ciudad Sanitaria de «La Paz», de la Seguridad Social, era la siguiente: la situación de choque endotóxico del Generalísimo pudo ser superada durante la intervención quirúrgica. La evolución del postoperatorio en las primeras cinco horas era satisfactoria, con tensiones arteriales, venosa, ritmo y frecuencia cardíaca dentro de los límites aceptables. La situación pulmonar tampoco había empeorado. El pronóstico seguía siendo gravísimo*. Custodiaban la clínica la propia escolta de Franco y una compañía de reserva de la Policía Armada, compuesta de cincuenta y seis números, dos sargentos y un teniente. Tres compañías se relevaban cada ocho horas, protegiendo al moribundo de sol a sol. Un grupo de exiliados cubanos enviaba al Caudillo un ramo de rosas. A través de la Subsecretaría de Gobernación, la Casa Civil del Generalísimo

recibía una carta firmada por Lorenzo Valverde Ruiz, donde en nombre de los mutilados de la República (a quienes siempre se negaron las pensiones) expresábase los mejores votos para un pronto restablecimiento. También se felicitaba al Gobierno en aquella esquela, por su eficacia y serenidad. La niña María Ángeles Lazcano López, hospitalizada en la clínica «Francisco Franco» en julio del año anterior y a la vez que el Caudillo, en su penúltima dolencia, le llevaba ahora un ramillete con una nota escrita en tinta china y de colores, manifestándole sus deseos para una inmediata recuperación. Otra niña, Paloma Trujillano, mandaba cada día una rosa al paciente, acompañada de una tarjeta donde decía: «Sigo rezando». Un sacerdote de Alcalá de Henares envió una medalla de la Virgen alcalaína y una anciana de Jaén hizo entrega de otra medalla, junto con una estampa de la Virgen de Tiscar, «por ser de tierras muchas veces honradas con la presencia del Generalísimo».

> *Hoy, 15 de noviembre y a las nueve horas de la mañana, el curso postoperatorio continúa con las constantes de presión arterial, venosa, ritmo y frecuencia del pulso dentro de límites aceptables. La situación pulmonar permanece estable, con respiración asistida según las técnicas habituales de reanimación postoperatoria. La sesión de hemodiálisis se realizó con buena tolerancia y eficacia. El pronóstico sigue siendo gravísimo.*

El hombre que agonizaba en Madrid había prometido llevar a España a lo más alto o salir del país con los pies hacia adelante. Ahora moríase irremediablemente, bajo el manto de la Virgen del Pilar y velado por el brazo incorrupto de Santa Teresa, así como por las medallas de las Vírgenes de Tiscar, Alcalá de Henares, del Carmen y de Lourdes. La grandeza económica, intelectual y moral de su tierra resultaba bastante menos evidente y mucho más disputable. Como Raymond Carr le dijo una vez a Sandro, el vencedor de la guerra civil proclamó haber destruido el siglo XIX español. En otras palabras, aquella tradición liberal que llenaba casi siglo y medio de historia, pese a tantas interrupciones armadas y a los propios errores, falsedades, cacicazgos y limitaciones de todo género. «Como vieron los anteriores profetas del cirujano de hierro», proseguía Carr, «el coste marginal del autoritarianismo es, sin embargo, muy elevado y no resulta tan fácil repasar el Rubricón como antes de franquearlo».

Sandro se había mostrado parcialmente de acuerdo con el historiador inglés. Desde su propio punto de vista, el franquismo no era la última y más prolongada respuesta de los cirujanos de hierro a la tradición liberal, sino el resultado inevitable de su propio desastre. «En España y hasta la fecha», replicó entonces, «ha fracasado todo, la Monarquía, la República, los regímenes autónomos, los partidos, las instituciones y los hombres. Cuando

termine el franquismo, con la muerte de Franco, quedará únicamente el malogro del Régimen y una vez más volveremos a empezar desde el cero absoluto». Raymond Carr se echó a reír, sacudiendo la cabeza, ante aquel nihilismo que le recordaba el de Baroja y le parecía tan irónico como absoluto en alguien llamado Sandro Vasari. «Es usted peor que los propios españoles», le dijo, «tiene el descreimiento fanático característico de todos los conversos».

No replicó porque la discusión era ya ociosa. Pensaba entonces para sus adentros que el país seguía en las vísperas inciertas del siglo XVIII. Tres libertades fundamentales e irremplazables, las de expresión, representación y asociación serían muy pronto *l'illusion mystique* del ruedo ibérico, como en otras fechas llamara André Malraux al comunismo libertario de los anarquistas. Dos siglos y medio después de Diderot, España creía en la voz de la democracia con la misma ferviente ingenuidad que Diderot había creído en la voz de la naturaleza. En una ficha Sandro conservaba una cita, como posible lema de un capítulo de su libro. *Que nous dit cette voix (de la nature et des passions) de nous rendre heureux? Doit-on et peut-on en résister? Non, l'homme le plus vertueux et le plus corrompu lui obéissent également. Il est vrai que'elle leur parle un langage bien différent; mais que tous les hommes soient eclairés, et elle leur parlera à tous le langage de la vertu*. Lentamente rompió la papeleta. Sentía el temor, por bien conocido no demasiado amargo, de que el país llegara tarde a su cita con el pasado. «Desde Sócrates hasta nosotros se retrocede siglos por las sendas del alma», le había dicho R. una vez para añadir luego: «La atrofia de la ciencia en nuestro tiempo se llama Hiroshima. La crisis de la razón no lleva nombre». Sandro se preguntó qué nombre cuadraría a la crisis española, la de un pueblo condenado a buscarse en un espejo perdido a su espalda. En seguida se encogió de hombros. La pregunta era demasiado evidente y sus respuestas harto obvias. Cualquier título de Goya respondía certeramente a semejante cuestión. Por ejemplo, *Disparate Furioso*.

Goya. ¿Quién fue en realidad Francisco Goya Lucientes y sobre todo quién sería él, Sandro Vasari, a los ojos de Francisco Goya Lucientes? Hasta que no aprendió a plantearse su propósito de biógrafo en tales términos, no supo a ciencia cierta qué libro se proponía escribir acerca del dueño de la Quinta del Sordo. Toda biografía desde dentro, como Ortega había descubierto y predicado en vano aquel género inédito, era en último término una semblanza ideal del cronista visto por el biografiado. «Si esta tierra y su historia son un *Disparate* de Goya, en alguna parte de su obra estamos todos y

cada uno de nosotros, incluido naturalmente el propio Franco agonizante». *Goya, cauchemar plein de choses inconnues / De foetus qu'on fait cuire au milieu des sabbats / De vieilles au miroir et d'enfants toutes nues, / Pour tenter les démons ajustant bien leurs bas*. Baudelaire se equivocaba. La pesadilla no parecía poblada por lo desconocido, sino por la historia más visible y contemporánea. En el tránsito del siglo XVIII al XIX, Goya había predicho el destino del XX, como el Bosco se anticipó a los surrealistas en la Edad Media. Si Goya no hubiese existido, el país habría tenido que inventarlo para reconocerse inútilmente a su obra. «En sus cuadros y grabados se ordenan y remansan nuestro tiempo y nuestro destino, como al decir de Cortázar se oculta el *Quijote* en la tinta de un tintero y se esconde un endecasílabo de Garcilaso en palabras extraviadas y dispersas en las páginas del diccionario».

Al pensar en el siglo XVIII español, mejor sería olvidarse de los Derechos del Hombre y volver a los cuatro últimos cartones de Goya para la Real Fábrica de Tapices. En el catálogo de Gudiol contemplaba Sandro *La Pradera de San Isidro, La Ermita de San Isidro, La Merienda Campestre* y *La Gallina Ciega*. Por primera vez advirtió entonces que las cuatro telas, incluida la última, componían variantes de un mismo tema: la fiesta y su romería en la fecha del santo. Súbitamente recordó también que aquélla caía en el 15 de mayo, de nuevo bajo el signo del toro, como los fusilamientos, la vuelta del Deseado, la coronación de su padre y las cogidas mortales de *Pepe-Hillo*, de Joselito, de Granero y de *Varelito*. A un tiro de piedra de la ermita y su fuente milagrosa, estaban la montaña del Príncipe Pío, el solar de la Quinta del Sordo y naturalmente la tumba de Goya, en San Antonio de la Florida. Un rastro de sangre en la arena parecía llevarle al centro exacto de aquel ruedo, presidido por el segundo signo del Zodíaco, en lo alto de la Eclíptica de un país siempre idéntico a sí mismo, desde Goya a Picasso, desde *Los Desastres de la Guerra* a *Guernica*, a través de *La Tauromaquia*. Evocó entonces la última carta de Godoy, aún inédita, cuya fotocopia le había dado R. «A veces creo haber vivido un sueño ajeno: el sueño de la razón».

Las campanas del pueblo repitieron las diez de la mañana. Sandro empezó a inquietarse por la tardanza de Marina. Como si despertase de un sueño, volvió a oír también la radio, encendida entre los libros. Un popular personaje madrileño, el *Pirulo*, mostraba un *poster* de los Príncipes de España, orlado con la bandera nacional, a la muchedumbre congregada frente a la Ciudad Sanitaria. Al pie de los perfiles de Sus Altezas decía el rótulo: *El pueblo quiere a sus Príncipes. Todo está atado y bien atado*. La niña María Mercedes

del Mar Manzanares dejaba un ramo de flores a las puertas de la clínica y un sobre escrito por ella misma, donde leíase: *Para Franco*. Sandro apagó la radio y salió de la casa.

La nieve empezaba a fundirse. El sendero mayor, aquel que se emboscaba a lo largo de amplias revueltas, encharcábase en el gres partido por el Simca. La mañana era casi de primavera y un sol de oro bruñido lucía en el confín de nubes perdidas. Todo el bosque semejaba de malaquita entre el hielo quebradizo del ramaje, a trechos irisado por la luz. En lo alto de la sierra y de espaldas a Francia, los siglos desmigaban una torre vigía. Sandro se detuvo un instante, pateando la nieve, al oír el graznido de un cuervo. El pájaro había sobrevivido los primeros fríos y proclamaba estridentemente su presencia en la espesura. Llamó entonces a gritos a Marina y en vano aguardó su respuesta, esforzándose por oírla en la lejanía. Luego, por un momento tan interminable como el tiempo que imaginamos dormido en el fondo de un pozo, sintióse completamente sordo en el silencio que le envolvía. Después creyó advertir en algún repliegue de la conciencia un remoto presentimiento de todos los rumores, dormidos ahora en la invernada. Cuanto repta, zumba, roe, aletea, aletargado o larvado bajo la nieve, le punzaba el ánimo con un lenguaje tan quedo que el propio Sandro no conseguía comprenderlo.

Siguió el rastro del coche en el camino. Con un lejano remordimiento, culpábase de haber desatendido a Marina en los últimos días. («Sandro, ¿tú crees que me estoy volviendo loca?»). En tanto que él dejaba de beber, para abstraerse en su trabajo, Marina procedía de un modo cada vez más inexplicable. Primero dijo haber visto el toro de Goya en los bosques, vivo y con los rehiletes y la capa prendidos del morrillo, contemplándola a través de la ventana, con aquellos ojos a un tiempo monstruosamente humanos e inverosímiles. («Los tenía enrojecidos de sangre y muy abiertos, como en el cuadro; pero su mirada no era de fiera sino de hombre, de hombre encadenado al infierno»). Luego empezó a sumirse en largos períodos de remoto silencio, que saboreaba sonriendo en el suelo de cualquier rincón de la casa. A veces se desvivía en raptos de risa chillona y por completo inesperada, en los momentos más improcedentes. Huía entonces al campo, fuese de día o de noche, y no regresaba hasta largas horas más tarde, al parecer olvidada de su histeria. Sandro quiso aquietarla y razonar con ella al principio. Casi en seguida se convenció de la inutilidad de sus afanes y volvió a aislarse en su libro. De tarde en tarde paseaban juntos por aquel mismo sendero o iban a almorzar a la venta del pueblo: la que olía a vinagre, a carne sollamada, a cal y a paja viejísima. Una noche cenaron también en el hotel del pueblo, bajo un

gran mapa de aquellas tierras y una reproducción del último retrato de Fernando VII, pintado por Goya, cuya presencia no se explicaba Sandro en el comedor. En tales circunstancias, como cuando fatigosamente hacían el amor en la madrugada, casi no se hablaban.

Vio el coche y oyó las risas casi al mismo tiempo. El Simca estaba parado y vacío junto a una cuesta, protegida por un plantío de prietas mimosas. Marina debió abandonarlo de forma tan precipitada como presurosa, porque la llave de contacto seguía puesta y una puerta estaba entornada. La cerró Sandro antes de guardarse el llavín en el bolsillo. Procedía como olvidado de sus actos, escuchando las carcajadas venidas desde unos prados llanos, al pie del declive y detrás de las mimosas. Cruzó la espesura por un caminejo, que a no dudarlo había pisado Marina. Apenas rebasada la fronda y al final de un recodo, la vio sentada en un tronco partido, de perfil contra los cielos y las manos cruzadas sobre las rodillas. Gritó su nombre y ella no repuso, aunque pareció llamarle con un gesto entre incierto y absorto. Aturdida escuchaba las risas que subían de los pastos más hondos y reclamó a Sandro con la mano. Salido del plantío, ahora junto a Marina, vio a las cuatro parejas de *La Gallina Ciega* cerrando su corro en el pradal de guadaña, alrededor del mozo de los ojos vendados, quien se esforzaba por tentarles los pechos con su cucharón. No lo conseguía, quizás aturdido por los chillidos de las muchachas y las carcajadas de los hombres. Tambaleándose cuchareteaba los aires, mientras los otros esquivaban sus intentos y seguían el baile, despereciéndose de gozo entre melindres.

—Sandro, ¿tú ves lo que yo veo?

—Sí —dijo en voz tan queda como la de ella—, sí creo verlo.

—¿Cuál es aquí la alucinación? ¿Ellos o nosotros?

Tardó en responder. Sentía el golpe de la sangre en el corazón y la vaga fragancia a humo del bosque nevado. («El agua que tocamos en los ríos es la última de las que se fueron y la primera de las que vendrán; así el día presente», había dicho Leonardo, para que R. lo parafrasease en aquellos parajes). El juego de la gallina ciega seguía sobre la nieve, coreado de risas. Cerró los párpados unos instantes, sin acallar las carcajadas, mientras tentaba la espalda de Marina con una mano que parecía la de otro hombre. El corro giraba hacia la derecha, como las agujas de un reloj donde las horas fuesen seres vivos. Recordó lo que él mismo escribiera la noche pasada («Resulta evidente que todos los protagonistas de *La Gallina Ciega* lucen disfraces cortados a medida y recién estrenados. Son cofrades de una canalla dorada, como diríase ahora, emperejilados como la auténtica *canaille* en las mañanas

de romería a la fuente del milagro»). Súbitamente recordó también la discutida aventura de Anne Moberly y Eleanor Joudain. Hacía setenta o setenta y cinco años (*Où sont-ils passés, les becs de gaz? / Que sont-elles devenues les vendeuses d'amour?*) dos viejas maestras inglesas, virtuosas, encorsetadas y empalidecidas, realizan un verano su primer viaje a Francia. Van a Versalles y de pronto, al pasar ante el Trianón, se cruzan con damas, caballeros y *petit-maîtres* tocados, vestidos y calzados a la moda rococó. Ven inclusive la lechería de María Antonieta y a la propia reina, con su guardainfante de amplio vuelo y su pañoleta de tul, sentada en un banco de mármol y apoyada en un báculo adornado de rosas silvestres, mientras conversa con sus camareras en un francés que las maestras no comprenden. Al año siguiente Anne Moberly y Eleanor Jourdain regresan a Versalles y puntualmente se repite aquel trance. El éxtasis de Sandro y de Marina era sin embargo distinto. No conjuraba a quienes vivieron en otro siglo sino a los personajes de un cuadro, para hacerles bailar en la nieve, encarnados en majos y chisperas de chaquetilla corta y zapatos hebillados.

—¿Cuál es aquí la alucinación? ¿Ellos o nosotros? —insistía Marina.

—Somos tan ciertos como ellos mismos —repuso al cabo—. Juegan a la gallina ciega para nosotros.

—No, juegan a la gallina ciega para ti. Ni siquiera reparan en mi presencia. Ésta es una fiesta en tu honor, un baile de máscaras en el bosque. Sandro, ¿tú sabes quién eres?

«Esto no es un país. España no ha existido nunca. Es uno de los *Disparates* de Goya, puesto en pie en la noche de los tiempos», le había dicho a Marina poco antes. Presintió aquel día, turbia e inexplicablemente, que otro hombre pronunciaba aquellas palabras en su interior. «Soy Sandro Vasari, descendiente de Giorgio Vasari y de tres generaciones de *terroni* emigrados» le confesó a Marina al conocerla. Casi treinta años después, cuando Franco entró en la agonía, se vio obligado a admitir una realidad muy distinta. «En esta bufonera de país, no hay un ser humano capaz de saber quién es, precisamente porque aquí todo es lo mismo». La primavera pasada, también en otra vida, despertó embriagado una madrugada para garrapatear en un cuadernillo: «Saturno es mi autorretrato y sólo esta noche llegué a comprenderlo». Tres semanas antes, cuando se emborrachó por última vez en la taberna del pueblo, volvió a sentir en su interior aquella voz oculta, que aun sonando ajena le parecía inexorablemente fundida en la propia. «Entonces comprendí que si un monstruo habitaba al hombre, este monstruo era siempre un muñeco». Creyó haber regresado al más diáfano de los sueños, el que

irónicamente olvidara durante meses enteros para recordarlo en el molino abandonado. Se había perdido en el laberinto de la Gran Pirámide, buscándole el centro, el punto que coincidiría con la cámara mortuoria del Faraón. En aquel peregrinaje a tientas y a través de falsos espejos, llegó a preguntarse si no perseguiría a un muerto inexistente: si el Faraón no habría levantado la Pirámide, con el solo fin de no sepultarse en su interior, en el más insensato de los sarcasmos. Cuando por último dio con la cripta, detrás de una puerta cerrada con una simple aldabilla, se topó con la familia de Carlos IV, que allí posaba apiñada y en espera de un pintor. La Reina María Luisa le sonrió con su boca desdentada y un instante antes de despertarse le dijo: «Vamos, vamos. Te aguardamos dispuestos como lo mandaste. Puedes empezar el cuadro cuando te plazca». Aquél, sin embargo, no fue más que un sueño. («El sueño que vemos es el último de los que se fueron y el primero de los que vendrán; así el día presente»). En cambio, ahora se enfrentaban con seres vivientes, aunque venidos de un cuadro, cuyas risas aturdían el bosque.

—Presenciamos un espejismo al revés, en el tiempo y no en el espacio; hacia el pasado y no hacia el porvenir.

—Sé muy bien lo que presenciamos —replicó Marina—. Es un cuadro pero está vivo. También sé que nos volvimos locos, aunque ni siquiera esta demencia sea nuestra.

—No estamos ante un cuadro, sino ante sus modelos —tuvo que alzar la voz, que ahogaban las carcajadas—. Esto no es *La Gallina Ciega*. Es la última danza de las romerías a San Isidro, antes de que los romeros se conviertan en monstruos como los de la Quinta del Sordo.

—Es *La Gallina Ciega* y nos llaman para entrar en el baile. Al menos te llaman a ti.

—Es la última feria antes de la catástrofe; pero a nosotros sólo nos corresponde observarla. Nos encontramos ante un 15 de mayo de otro siglo y ésta es su danza de la muerte.

—¿Su danza de la muerte?

—No hay otra en este carnaval. Todos se disfrazan de lo que nunca fueron. Son pisaverdes y damitas de la mejor nobleza. Se lo notarás en los aires, en las manos y aun en las risas.

—Es cierto —asintió Marina quedamente—. Más que personajes de Goya parecen de Watteau.

—No obstante, visten como los majos y las manolas de Goya, para bailar en la nieve como en el cuadro. Cada época tiene su propia danza de la muerte, como tiene su forma propia de concebir los hijos —sintió crisparse y erguirse

la espalda de Marina, bajo la palma que apoyaba en su hombro—. *La Gallina Ciega* es la del siglo XVIII. La nuestra, naturalmente, es *Guernica*.

Esta mi dança traye de presente / estas dos donsellas que vedes fermosas, / ellas vinieron de muy mala mente / oyr mis canciones que son dolorosas; / mas non les valdrán flores e rosas / nin las composturas que poner solian. / De mi sy pudiesen partirse querrian, / mas non puede ser, que son mis esposas. Desde la *Dança General* a *Guernica*, pasando por *La Gallina Ciega*, los muertos bailaban en la historia viva y en apariencia condenada, con la muerte como única evidencia. Como lo presagiaba la *Dança* desde la agonía de la Edad Media, los miramelindos y las preciosas ridiculas de *La Gallina Ciega*, ataviados con trapos de la torería chispera, pronto darían la mano a otras máscaras tan mortales como ellos. Les esperaban el Santo Padre, el Emperador, el Cardenal, el Rey, el Patriarca, el Duque, el Arzobispo, el Condestable, el Obispo, el Caballero en la certeza común de su destino. Al rondón se unirían luego bailarines aún no concebidos, en las revueltas de la sangre y del tiempo. Con la manolería danzarían José Luis Pérez Olmedo, quien quería ofrecer uno de sus riñones a Franco; la mujer de Cuatro Caminos, con sus medallas, su anillo y su banderita española de papel; Gerardo González Serrano, el jardinero inválido del Pardo; Anselmo Paulino Álvarez, embajador de la República Dominicana y amigo personal del Generalísimo; Salvador Tébar Jiménez con su saco de cemento a lomos; los exiliados cubanos con sus ramos de rosas; Lorenzo Valverde Ruiz, el mutilado de la República; la niña María Ángeles Lazcano López, la del pomo de flores y la nota en tinta china; la niña Paloma Trujillano, que escribía en las tarjetas: «Sigo rezando»; el cura quien regaló una medalla de la Virgen alcalaína, y la vieja de Jaén, quien ofreció otra medalla de Nuestra Señora de Tiscar, por ser las suyas tierras que honrara Franco con su presencia. En el mismo baile, la fiesta del fin del mundo, entrarían luego el Pirulo con su rótulo y María Mercedes del Mar Manzanares con su sobre para el Caudillo. «Iremos allí todos y sanseacabó».

—Cada siglo es un corro y unidos parecen concéntricos, hasta que el olvido empieza a confundirlos. Hoy *Guernica* y *La Gallina Ciega* se nos antojan dos danzas de la muerte del todo distintas. Mañana las creerán el mismo retablo. Las majas y los petimetres serán entonces idénticos a los monstruos despedazados.

—Sandro, ¿tú sabes quién eres? ¿Sabes de veras quién somos?

—*La Gallina Ciega* te dice quién seremos.

—No, Sandro, ni esto es un espejismo en el tiempo ni nosotros somos nosotros —hablaba en voz muy baja, que todavía soterraban las risas de los bailarines; pero las uñas se le hundían en la palma de Sandro y sus manos eran frías como el viento azulado, que acababa de levantarse.

—¿Quién somos entonces?

—Ni ellos ni nosotros existimos de veras.

El corro apresuraba sus giros, como si el viento empujase suavemente a los danzantes. Las carcajadas iban del repique al tintineo, del tintineo a la piada. El majo de los ojos vendados y la cuchara de madera atropellábase en sus fintas y embestidas. También él aceleraba las vueltas, parecido a un trompo al soltarle el zurriago.

—¿No somos nadie?

—No, ni nosotros ni ellos.

—Nosotros vemos lo mismo, luego existimos, Marina, y cuanto vemos es tan cierto como nosotros mismos.

—¡Todo es mentira, lo visto y los ojos que lo ven! Si R. no pensase en *La Gallina Ciega* no se aparecerían estas máscaras en el prado. Es él quien las viste como las figuras del cartón; quien las hace reír y bailar en la nieve. ¡Cuando se le antoje olvidarlas, desaparecerán en el aire, como si nunca hubiesen sido!

—¿Cómo iban a desvanecerse? ¿Qué tiene que ver R. con todo esto?

(«Sandro, ¿tú crees que me estoy volviendo loca?»). Angustiosamente recordó una vez más el insólito proceder de Marina, en los últimos días. Los largos silencios, los bruscos accesos de hilaridad, tan interminables como inesperados. La visión de aquel toro, con ojos de hombre condenado al infierno, precediendo la fata morgana de *La Gallina Ciega* aparecida a los dos, como si un común desvarío viniese a unirlos de forma tan imprevista como inquebrantable al cabo de tantos años. Si Marina estaba enajenada, había una extraña consecuencia en su locura y sobre todo un terrible acento de veracidad en el modo de expresarla. «No hay certeza más convincente que la de la demencia», se dijo aterrado. «Las otras realidades, las de los sentidos o de la razón, son siempre debatibles».

—Sí —insistió, sintiendo la incertidumbre de su voz—, ¿qué tiene que ver R. con todo esto?

—¿Nunca te paraste a pensar que él determinó casi cada paso de nuestras vidas? Era R. quien tenía que presentarnos aquel día, en el patio de Letras. «No hay un solo ser en la tierra capaz de saber quién es», dijo entonces y aún me parece oír su voz, al cabo de treinta años, como hoy oigo la mía. En

realidad ya sabía, o presentiría al menos, que tú y yo no éramos nadie, porque a partir de aquella mañana iba a gobernar nuestro porvenir, como si fuese una farsa a la medida de su capricho.

—No desquiciemos la realidad, Marina. Serénate.

—Aquí no hay realidad alguna, porque nosotros nunca la tuvimos. Ni nuestras decisiones ni aun nuestros deseos fueron nuestros sino suyos. No diré esperanzas, porque probablemente él resolvió que no las merecíamos. Fue R. quien te procuró aquella alcoba, debajo del puente de Vallcarca, donde inadvertidamente hacíamos el amor por mandato suyo. No me lo contaste tú sino él, cuando tantos años después dispuso que volviéramos a encontrarnos en la cena de su casa. También me dijo entonces haberte proporcionado las señas de aquella mujer, en la calle Moneada, donde perdí a tu hijo y a todos los hijos que hubiese podido tener. ¿Recuerdas el espejo en el cuarto del puente de Vallcarca, aquél ennegrecido por el tiempo, con largas fisuras moradas? Una vez me dijiste en la cama que alguien, inalterable e invisible, parecía contemplarnos desde el otro lado de la luna. Presentí entonces la única verdad, la que ahora resulta evidente. No nos miraba nadie, porque carecíamos de auténtica existencia, aunque nos creyésemos desnudos y abrazados, como tampoco existían el espejo, la alcoba y la casa. Todo ello, con nosotros dentro, no era más que una fábula tejida por R. con nuestras supuestas vidas. ¡Somos sólo sombras, como estos fantasmas que bailan en el prado, las sombras de otro hombre quien nunca se compadeció de nuestra suerte, después de acordarla!

Los espectros de *La Gallina Ciega* parecían ahora traslucirse, como si la tersa luz de la mañana empezase a difuminarles los perfiles. También el corro demoraba las vueltas, antes tan presurosas, mientras descendían las risas fatigadas. («Sandro, ¿tú crees que me estoy volviendo loca?»). Miraba a los danzantes para rehuir los ojos de Marina. Sobrecogido se preguntó qué derecho le asistiría para juzgar a nadie, ni siquiera a Marina en aquellos instantes. ¿No se había dicho él mismo una tarde, precisamente en la alcoba del puente de Vallcarca, que los dos, Sandro y Marina, eran el borrón de otro hombre, sin saber tampoco cómo juzgarse?

—Vamos a casa, Marina. Allí seguiremos hablando de todo ello.

—La casa no es nuestra. Pertenece a R., como las vidas que no tenemos.

—Vámonos de todas formas. No podemos seguir aquí.

—La casa es de R. —insistía sacudiendo la cabeza—. Suyo es también el libro, que crees escribir, puesto que él lo concibió para encomendártelo. Lo concluirás cuando así lo decida o lo abandonarás cuando se le antoje. Si

dejaste de beber de improviso, de una forma tan increíble como improbable, fue únicamente por voluntad de R., aunque tú lo ignorases. Él resolvió también que yo me casase con mi marido y luego le abandonara para seguirte. No sólo se adueñó de nuestros actos, sino también de nuestras palabras y de nuestros pensamientos. Si perdí el juicio fue porque él decretó mi enajenamiento. ¡Perdí la razón pero ni siquiera esta demencia es mía! ¡Le pertenece a él, como las vidas de nosotros dos, desde aquel día en el patio de Letras! —hizo una pausa y soltó la mano de Sandro, oprimiéndose ahora los codos contra el cuerpo con las palmas abiertas.

La Gallina Ciega casi se había desvanecido sobre el horizonte de cielos y bosques. Cesaron las risas, la carrera y los brincos. En el aire, y como trazadas en cristal, pendían unas pinceladas blancas, verdes, rojas, cárdenas y azafranadas. Despaciosamente se fueron transparentando.

—Ahora nos iremos, Marina, y luego volverás a contármelo todo: quién somos y quién nunca fuimos. Ni siquiera el espejismo nos retiene aquí, porque ha terminado. En el prado no hay nadie.

—¡No comprendes nada! —gritaba ahora enfurecida, sacundiendo aquel perfil suyo de mujer pintada y poseída por Piero della Francesca—. ¡El espejismo somos nosotros! ¡Como en verdad no existimos, ni siquiera podemos ocultar nuestras mentiras! ¿Dónde están aquellos dos hijos tuyos, los de tu segunda mujer, que iríamos a ver a Colorado en cuanto terminases el libro? —se endurecían la mirada y los labios de Sandro, como si el gesto se le volviera de metal—. ¡Puedes pegarme otra vez! ¡Puedes golpearme hasta romperte los puños, pero no callaré ahora! Tú no abandonaste a tus hijos, porque R. no lo quiso así. ¡Tus hijos han muerto! ¿Me oyes bien, Sandro, o quieres que lo grite todavía más alto? ¡Tus hijos han muerto y por más que te obstines en olvidarlo, nunca conseguirás engañarte! Murieron, como no nacerán nunca los míos, todo por decreto soberano e inapelable del hombre que nos sueña. ¡Me lo contó el mismo R. el sábado pasado, cuando telefoneó mientras tú dormías! Había preguntado antes cómo llevabas el libro y le mentí diciéndole que estaba casi terminado. Luego añadí algo, que entonces sí creía sinceramente cierto: «En cuanto Sandro entregue el manuscrito, nos iremos a los Estados Unidos. Él quiere que conozca a sus hijos». Me sorprendió su silencio y el tono de su voz, después de aquel paréntesis. «Sus dos hijos fallecieron en un accidente, cuando eran muy niños. Sandro nunca quiso aceptarlo ni creerlo. Llegó a convencerse de que vivían y él los había abandonado. Supe la verdad a través de su segunda mujer, de quien se divorció un año más tarde».

Marina lloraba ahora, con el rostro oculto entre las manos. Sandro se dijo, asombrado, que nunca viera antes su llanto. Era un desconsuelo sin voces y casi sin gemido. Un largo rumor de fuentes soterradas y un estremecimiento.

—Murieron los dos en un accidente de coche, la víspera de Navidad de un año que no quiero recordar —decía entonces Sandro—. A mi mujer, que también iba con nosotros, la dieron por muerta al ingresarla en el hospital; pero en unas semanas pudo reponerse. Entonces tuve que confesarle la verdad acerca de nuestros hijos. No nos perdonamos nunca por haberlos sobrevivido. Habíamos resbalado en la autopista helada y caído por un terraplén. Yo conducía y sobreviví el vuelco sin un arañazo. Esto es todo y ésta es la primera vez que me atrevo a contarlo. Mi mujer me detesta desde entonces porque no acerté a matarla también a ella. Al año siguiente nos divorciábamos.

Por primera vez y aunque aún no podía confesárselo a Marina, se dijo que aquella Nochebuena él no había matado a nadie, si bien entonces murieron sus dos hijos. Estaba bebido, como luego iba a reiterárselo su segunda mujer; pero conducía con el tino y la prudencia de alguien muy avezado al volante. El coche resbaló en la imprevista mancha de hielo, sin que pudiese enderezarlo entonces ni detenerlo luego, cuando inició su vuelta de campana por el terraplén. Si Marina tuviese razón y ellos no fueran más que la pesadilla o el desvío de R., cabría decirse que su dueño y verdugo soñó también el hielo, para llevarle a él, a Sandro Vasari, al centro de un infierno ajeno a la medida de su castigo. «¿Cuál es tu idea de la dicha en la tierra?» le preguntaba o volvía a preguntarle una voz extraña, aunque no desconocida, en su interior, al pensar en el infierno. Iba a replicarle o a replicarse: «Mi regreso a aquella víspera de Navidad, antes del vuelco del coche, para ver a mis hijos vivos, aunque sólo sea por un instante». No obstante, y sin demasiado asombro por su parte, se oyó bisbisar precipitadamente: «Morirme antes que mi hijo Xavier. Otros cuatro sepultamos ya mi mujer y yo, antes de enterrarla también a ella, cuando las hambres de la guerra. A éste no quiero perderlo». La otra voz, aquella ajena aunque no ignorada, rompió a reír en el fondo y en mitad de su pecho.

Marina sollozaba. Como en aquella lejana atardecida, en la esquina de la calle Moneada y del Arco de San Vicente, Sandro la levantó para llevársela abrazada por la cintura, sin decirle nada. Quiso cruzar el plantío con ella y darle tiempo de serenarse antes de emprender el regreso al coche. «Somos el borrón de otro hombre». A veces, en aquella otra vida tan distante y al detallarle a R. sus lances eróticos ante el espejo oscurecido, creyó presentir

que él los divulgaría otro día con sus propias palabras. ¿Tendría razón Marina cuando afirmaba que ellos no eran parte de un relato, sino el relato mismo? En otras palabras, R. no escribiría ocultamente acerca de sus vidas. Las viviría de forma vicaria al imaginarlas y él y Marina no tendrían otra existencia que la de los seres de un libro en la mente de su creador.

Se detuvo en el centro del prado, con Marina todavía abrazada sobre su pecho. Los danzantes habían hollado y revuelto la nieve, partiéndola con sus pisadas. En el fondo de sus huellas reverdecía la hierba, como si fuese de la misma malaquita que el bosque entero, si bien más tersa y pulida. Inverosímilmente el azar trazaba así dos palabras en tierra, con el rastro de los personajes de *La Gallina Ciega*. Las leyó Sandro letra a letra, mientras el sol las iba borrando al fundir la nieve. Escritas en grandes y desiguales tipos de imprenta rezaban: disparate furioso.

Disparate Furioso

El Sueño de la Razón

Riña a Garrotazos

Xavière Desparmet Fitz-Gerald adjunta un catálogo de obras de Goya, redactado por Antonio Brugada en los días de la muerte del pintor, a su libro *L'Oeuvre de Goya. Catalogue Raisonné*. Brugada llama allí el cuadro *Dos Forasteros*, título que el catálogo del Prado cambia en otro mucho más justo y expresivo: *Riña a Garrotazos*. La escena fue pintada al óleo y directamente sobre el muro, en la segunda planta de la llamada Quinta del Sordo: la casa comprada por Goya en febrero de 1819, detrás de los puentes del Rey y de Segovia. Entre 1821 y 1822 Goya decoró los muros de ambas plantas, siempre al óleo sobre las paredes, con once pinturas además de la riña: *La Leocadia, Judith y Holofernes, Saturno, La Romería de San Isidro, Dos Frailes, El Aquelarre, Dos Viejas comiendo Sopas, El Gran Cabrón, La Lectura, Dos Mujeres y un Hombre* y *El Destino o las Parcas*. Como describe Andró Malraux, los oscuros caminos que llevan del martes de carnaval al día de difuntos, o para el caso al 18 de julio de 1936 pasando por el 2 de mayo de 1808, se entrecruzan todos en el laberinto de estas pinturas, que el pueblo dice negras.

La Quinta del Sordo no existe hoy en día. Cuando Eugenio d'Ors, muy joven aún, la buscaba a principios de siglo en las inmediaciones del Cerrillo de San Isidro, nadie pudo darle razón de la casa. Sesenta años después Saint-Paulien visitó la minúscula estación de ferrocarril, levantada en el solar de la finca. *La station fut baptisée Goya. De Goya on peut aller à Móstoles, Navalcarnero, Alberche, Almorox: 148 kilomètres aller et retour*. Aguas arriba del Manzanares se encuentra la ermita reconstruida de la Virgen del Puerto, la fuente en honor de Juan de Villanueva y los merenderos que fueron de la Bombilla, donde a veces iba a bailar Joselito. Más lejos aún la guía de Juan Antonio Cabezas señala un huerto enrejado, con seis cipreses y una cruz de hierro sobre un pilar de granito. Allí yacen los fusilados en las cuestas del Príncipe Pío la madrugada del 3 de mayo de 1808.

La Quinta del Sordo no existe hoy en día. Cuando en 1912 Hugh Stokes quiso dar con la casa de Goya no pudo localizarla. Al cementerio de los ejecutados tampoco se acerca nadie. Rafael Canedo, sin ocupación conocida; Juan Antonio Martínez, mendigo; Julián Tejedor de la Torre, herrero; Manuel García, jardinero; Manuel Sánchez Navarro, empleado de los juzgados; Martín de Ruicarado, picapedrero, y todos sus compañeros pueden pudrirse en paz. Charles Yriarte sí llegó a ver la quinta en sus últimos años. En su libro *Goya, sa Biographie, les Bresques, les Toiles, les Tapisseries, les Eaux-Fortes et le Catalogue de l'Oeuvre*, París, 1967, afirma erróneamente que Goya compró la finca cuando trabajaba en los frescos de San Antonio de la Florida. En la misma página, que es la novena de su obra, Yriarte presenta un dibujo de aquella morada detrás de un jardín un tanto abandonado. A la muerte de Goya fue de su hijo Xavier, quien la legaría al nieto del pintor Mariano Goya Goicoechea. Con la propiedad ha heredado Mariano todas las prendas de su abuelo menos el talento. A diferencia de su padre, prudente y comedido como los Bayeu, Mariano es arrojado, mujeriego y pródigo en extremo. Sobrevive diversos duelos, cosido a cicatrices, amasa y pierde fortunas y poco a poco enajena las pinturas de Goya. En 1860 vende la propiedad de la vega del Manzanares a un francés, Robert Courmont. Siete años más tarde la casa, largo tiempo deshabitada, se halla en estado de abandono y un nuevo dueño, Segundo Colmenares, la adquiere a buen precio. Para entonces Mariano Goya, indiferente a su apellido, invierte el final de su última fortuna en comprarle su título a un noble tronado, el Marqués del Espinar. Poco después se extingue oscuramente, como el humo en la noche, contando mentiras y memorias de su insigne antepasado, quien lo inmortalizara en tres retratos.

Segundo Colmenares manda restaurar los óleos de la Quinta del Sordo a Eduardo Gimeno. No obstante, en 1873 se enajena el palacete, que ahora pasa a otro francés, el Barón y banquero Emile d'Erlanger. El nuevo propietario, obsesionado por las pinturas de Goya, quiere llevarse a París los muros entablados. Lo disuade un arquitecto madrileño y le pone en contacto con los hermanos Martínez Cubells, conservadores de Valencia. Éstos trasladan las telas al lienzo y las rescatan de los muros arruinados. El patriótico propósito de D'Erlanger es regalar su infierno privado y goyesco al Louvre. Antes expone las telas en París y en la Exposición Universal de 1878. La reacción del gran público y de la crítica es absolutamente negativa. Tanto los devotos del impresionismo como quienes ven en la pintura un adorno luminoso, a la medida estética de la burguesía, rechazan el *mauvais goût* de aquel descenso

al fondo del hombre. La reacción de un erudito inglés, P. G. Hamerton, traduce aquel mismo año el sentir de los franceses: «La mente de Goya se envilece en su propio y odioso averno, una ciénaga horrenda y repulsiva, desprovista de sublimidad, concebida a hechura del caos, bestial en el colorido y negada a la luz, donde campan los más viles abortos imaginados por un pecador. Goya se rodea de tales abominaciones, persiguiendo en las mismas no sé qué diabólicos placeres, mientras goza de las audacias de un arte del todo apropiado a sus repelentes temas, en una manera para mí del todo incomprensible. El más reprobable de estos engendros es su Saturno. Devora a uno de sus hijos con la voracidad de un lobo famélico y el pintor no omite detalle en este monstruoso banquete. Basta con lo dicho para demostrar que Goya se ha encerrado en un cubil de fiera, como se oculta la hiena con sus carroñas». Enfurecido por tanta incomprensión, Emile d’Erlanger regala entonces las pinturas negras al Prado.

En no sé qué cuento de Borges un hombre pretende diseñar en la arena de una playa el universo entero. Al concluir su obra, donde se esquematizan todos los ríos, los montes y los bosques de la tierra, descubre, sobrecogido, que aquel inmenso laberinto es en realidad su autorretrato. Con Goya en la Quinta del Sordo supongo ocurriría todo lo contrario. Solo en su silencio, el artista se dispone a pintar su fondo más secreto en las paredes de su casa, para refugiarse en el centro descarnado de su ser. El resultado es, sin embargo, del todo imprevisto porque no reproduce su secreta identidad, sino la efigie más brutal y veraz de la tierra donde le tocó nacer. Me imagino a su última amante, a Leocadia Weiss, recorriendo con él las salas de la casa y diciéndole luego: «Todo esto, claro está, es nuestro país visto desde dentro: el corazón ardiente de un volcán». Goya protestaría entonces; juraría inclusive que las pinturas eran sus propias pesadillas, unos sueños tan inalienables como los ojos que las vieron dormidos. Ella asentiría con un gesto. «Los dos venimos a decir lo mismo, ¿no es cierto? Contar la historia insensata de esta España nuestra equivale a confesarse todos los pecados ocultos». Luego me imagino también (ignorando por qué me obligo a imaginarlo) a Goya más viejo todavía, mientras habla a solas con Fernando VII, quizás en su último encuentro. «Puedo perdonarte los actos pero no los pecados de pensamiento», le dice el Rey sonriente. «Tu Saturno soy yo, devorando a mi pueblo».

Quienquiera que fuese Saturno, el tiempo, Satán, el Deseado o Goya sifilítico concibiendo hijos para la muerte, su horror en la Quinta del Sordo sólo es comparable al de la *Riña a Garrotazos*. La tela, muy apaisada, mide 1,23 de alto por 2,66 de largo. Xavier de Salas afirma que los duelos a palos

de dos hombres inmovilizados eran frecuentes en Aragón. La pintura, sin embargo, está tan distante de lo anecdótico como de lo estetizante. Recuerdo una cita de Jean Grenier, recogida por Edith Helman en su libro sobre *Los Caprichos*. «Todo intelectual tiene forzosamente la idea de un Paraíso Perdido». En la Quinta del Sordo Goya renuncia tácitamente a todos los paraísos, para enfrentarse con su propio infierno, en nombre de la verdad que al decir de otro visionario debía hacernos libres. En fin de cuentas y tres siglos antes de Goya había escrito Eustache Deschamps aquella frase, que un día me descubrió R.: «Tenéis los derechos que os diera Dios mismo, tenéis los castillos y las llaves, tenéis los verdugos y las espadas; pero todavía existe la verdad sobre la tierra». Como la propia Quinta del Sordo, Eustache Deschamps sería célebre en su época no por aquella sentencia sino por su fealdad. Al cabo del tiempo y al sur de los Pirineos, en el país donde coinciden bajo el signo del toro *Los Fusilamientos del 3 de Mayo* y *Guernica*, la coronación de Carlos IV y el regreso de Fernando VII, la cogida mortal de *Pepe-Hillo* y la de Joselito, Goya se preguntaría angustiosamente, acaso sin saberlo, si nuestra última verdad no se reducirá lisa y llanamente a ser un país de asesinos.

Dos labriegos hundidos en el barro hasta las rodillas, combaten a bastonazos. Más que prendidas en aquella ciénaga, diríanse amputadas sus piernas y ellos erguidos sobre los muñones. La tierra, sin embargo, los reclama y retiene, exigiendo que el duelo sea a muerte. La pendencia, sin otros testigos que nosotros mismos, está ya empezada cuando nos paramos ante el cuadro. Los jueces de campo, en otras palabras sus semejantes, los han soterrado y abandonado a su suerte. Ambos se disponen a apalearse de nuevo y a un tiempo, los garrotes en alto, para fascinante horror nuestro. Uno de los contendientes chorrea sangre por la frente y el pecho. Un ojo suyo, parecido al de un cíclope agonizante, nos mira extraviado. Su boca, deformada a golpes, es una mancha parda reducida al silencio. Su adversario, más joven y casi un muchacho, salió mejor librado. Con el brazo izquierdo y el codo por delante se cubre narices y quijada, mientras apercibe su varapalo. La lucha inhumana tuvo principio; pero carece de fin como las condenas eternas. Mientras un solo hombre contemple este cuadro entelado, que antes fuera un muro, los dos labradores seguirán descalabrándose a estacazos, como se acaba al atún en la almadraba o a las alimañas en el cepo. Como, por cierto, seguirá suspendido el fusilamiento del 3 de mayo ante el descamisado de los brazos abiertos.

La tierra se nos antoja más feroz que la riña. Hizo de los contendientes árboles sangrientos y pensantes, condenados a destruirse. Árboles únicos, por cierto, en este paisaje. La llanura se adentra hacia el horizonte, curvándose en lomas donde a veces verdea la arena, con destellos de esmalte. Más lejos se levantan sierras secas y aún más desoladas. Un cerro rojizo, quizás una vieja cantera exhausta, precede a unos montes sienas, azules y cárdenos, que por la derecha se alzan firmamento arriba. Los cielos son tan despiadados como la propia tierra. Los cubren casi por completo grandes nubarrones lívidos y cenicientos, que parecen hermanos de los montes. Como un sarcasmo, las nubes se desgarran dos veces en lo alto y dos veces asoma un azul cándido y traslúcido en aquellos claros. Por último y en el fondo del valle, se percibe un hato de toros zainos. Pastan ante la falda de arcilla almagrada y la distancia los empequeñece hasta convertirlos en negras cabezas de aguja. Las reses y los dos aldeanos, bestializados por un odio que desconocen los propios animales, son los únicos seres vivos en estos yermos.

La contienda y su paisaje no son ciertos ni tampoco pretenden repetir un telón teatral, como fuera el caso en *La Gallina Ciega*. Los duelos a garrotazos de dos hombres enterrados en una ciénaga serían frecuentes en Aragón y aun es posible que los Goya los hubiesen presenciado. No obstante, este cuadro no representa un incidente sino una pesadilla. Tampoco importa mayormente que Goya la haya soñado o no antes de pintarla. Una pesadilla es de quien la presencia y ésta se vuelve nuestra en cuanto nos detenemos ante la tela. Parece indudable, aunque hasta ahora no se haya apuntado, que la escena, sus cielos, su paisaje y el rebaño de toros son parte de un mal sueño y que éste es nuestro, porque lo estamos contemplando. Dicho sea de paso, la misma interpretación podría aplicarse a las restantes pinturas negras. Los doce óleos en aquella sala baja del Prado no serían así el desvarío de Goya (de la hiena regodeándose con sus carroñas, al decir de un asno), sino el de nosotros mismos al mirarlos.

Goya presentaría de este modo su *Riña a Garrotazos* desde una perspectiva análoga a la que Velázquez nos obliga a adoptar ante *Las Meninas* o Picasso frente a *Guernica*. Allí hacemos nuestro el punto de vista de los Reyes en el taller del artista. Aquí compartimos obligadamente la visión de quienes destruyen a los supuestos monstruos. En la *Riña a Garrotazos* o *Dos Forasteros*, como Brugada o el Prado quieran llamarla, Goya nos obliga a apropiarnos la pesadilla de la Quinta del Sordo. Ahora bien, toda pesadilla es a la vez el espejo más íntimo de nuestra conciencia. En otras palabras, que lo son de Goya, el sueño de la razón produce monstruos.

Los toros, las tierras, los cielos, los hombres y las estacas de esta tela son el reflejo en síntesis de nuestro mundo interior. Denuncian calladamente la lucha fanática y feroz, que de forma lúcida o inadvertida aportamos con nosotros mismos al ruedo ibérico. Un combate siempre incivil y cada vez más trágico y absurdo, que nada tiene que ver con la justicia, como bien lo puntualiza Antonio de Onieva.

Otra justicia, ésta cierta aunque oblicua y oculta, preside el increíble destino de la *Riña a Garrotazos* y de todas las pinturas negras. Goya no las concibe como cuadros sino como legado a los seres de su sangre en los muros de su casa. Una instintiva prudencia, que en él desmiente a veces la temeridad, le hace reservar este espejo de su entero pueblo para sus íntimos y sus descendientes. La quinta, sin embargo, cambia varias veces de dueño después de su muerte, mientras los óleos se deterioran en las paredes. Su último propietario, un francés, la adquiere con el exclusivo propósito de llevarse las pinturas a París, sin que las autoridades españolas hagan absolutamente nada para impedirlo. Poco puede imaginar entonces el Barón d'Erlanger la inutilidad de su empeño. Circunstancias del todo imprevistas por él, como el desatinado rechazo de la crítica francesa y la burla brutal del público parisiense, le obligan a regalar las pinturas negras al Prado en vez del Louvre. Éstas, ahora enteladas, regresan así al museo fundado por Fernando VII. («Tu Saturno soy yo, devorando a mi pueblo»).

Más de medio siglo después, cuando la última guerra civil convierta la *Riña a Garrotazos* en una irónica redundancia, el óleo regresará a Francia, camino de Suiza, con el Prado entero. Con la paz imperial, la del Imperio Nacional y Proletario hacia Dios, como aseguran que decía Álvaro Cunqueiro, aquel Imperio en el cual afirmaba Franco que llevaría a Éspaña a lo más alto, o saldría del lugar con los pies no hacia Dios sino hacia adelante, las pinturas negras se limitaron a volver calladamente al Prado. Allí, no demasiado lejos de donde estuvo la Quinta del Sordo, pende ahora en vano la *Riña a Garrotazos*. Posiblemente no exista otra radiografía más certera de ningún otro pueblo. Acaso no exista tampoco otra más inútil. Una y otra vez, a lo largo de tantos años todos iguales, pasamos ante el cuadro sin reconocernos, porque en España, según lo atestiguó puntualmente el propio Goya, con su escritura de viejo paleto, nadie se conoce. Nadie se conoció nunca y de ahí nuestra historia.

16 de abril de 1828

Su Majestad el Rey sirvió un escrúpulo de coñac en nuestras copas vacías.

—Señor, me honráis.

—Siempre a tu servicio, viejo —me pellizcó una mejilla, sonriendo, como si fuese un pinche de cocina o un aprendiz de caballerizo—. *Servus servorum Dei*. Esto soy yo y este latín, junto con el de la misa, es cuanto recuerdo de las enseñanzas del obispo de Orihuela. Pudo ser menos y podría ser peor, ¿no te parece?

No repuse porque entonces tampoco me escuchaba. Se hundió en el sillón, como si fuese una tina de baño, y volvió a rascarse las partes pudendas. Luego enjuagóse las encías con un buche de coñac, pareció regoldar y escupió en los suelos, limpiando el salivazo con el pie. Nunca pude resolver si aquellos desgarros serían auténticos o eran los de un payaso, cuyo papel le agradaba interpretar, precisamente para caricaturizarse. Repantigado en su butaca almohadada, miraba el retrato que acababa de pintarle, entornados aquellos ojos suyos, oscuros e inteligentísimos, donde siempre parecía perderse el rastro iluminado de un secreto burlón.

—Naturalmente habrás notado que el manto de armiño, recamado en oro, el cetro y aun el toisón son de teatro —dijo de pronto, señalando el retrato en su caballete, junto al hogar apagado—. Muy buenas imitaciones, sin duda; pero todo de teatro.

—No —negué sorprendido—. No lo advertí al pintar a Vuestra Majestad. Quizás tampoco quise percibirlo. Cuanto yo pinto es únicamente la verdad para mí. Si no lo fuese no merecería la pena perpetuarlo.

—Por esto me retrataste como lo hiciste —sonrió encendiendo un cigarro, que apartó de su rostro para que pudiese leerle los labios—. Debería hacerte agarrotar o mejor aún darte yo mismo garrote vil, como por juego. Ak menos morirías a manos de amigo. Puedo jurártelo.

—Sí, por eso os pinté como lo hice, señor. No sabría hacerlo de otro modo, puesto que así sois.

—Es muy posible que así sea yo; pero no estoy seguro de saber quién soy. El día de la apertura de las Cortes Constitucionales, impuestas por la revolución de Riego, me exigieron inaugurarlas con manto y corona real. Vosotros, los revolucionarios, resultáis a veces ridículamente conservadores en el protocolo. Recuerdo que entonces comprendí por qué en Francia decapitaron a un Rey, para coronar luego a un Emperador —sacudió la cabeza

y encogió los escurridos hombros—. En todo caso, me eché a reír a la cara de aquella tropa, que en el fondo también querían degollarme a mí, y me solacé diciéndoles la más irónica de las verdades…

—¿La más irónica de las verdades, Majestad…?

—Les dije que no había manto, corona ni tampoco cetro, porque los franceses los robaron en la retirada. Tu amigo el Rey Intruso compartiría su pan contigo en la guerra; pero se llevó hasta las arañas de este palacio. Decidieron entonces que asistiera a las Cortes de uniforme de capitán general. En un sillón, y al lado del trono, pusieron un manto, un cetro y una corona, tomados del San Fernando de bulto que hay en la Armería.

Se echó a reír de buena gana, cerrados los ojos y fruncidas las largas y espesas cejas renegridas. Riendo parecía otro hombre, mucho más alto de talla, ancho de hombros y de pecho. Recordaba inesperadamente a su difunto padre, con quien no tenía ningún parecido ni en la estampa ni en los rasgos. (*Allora, appena il crepuscolo, il giorno comincia a scolorire e nel traspasso dei colorí tutto rimane calmo*. «Nadie resiste mis trompadas, los palafraneros más duros caen como bolos. Cuando tú regreses lucharemos a la barra en las cuadras y luego tocaré el violín para ti, si te place»). ¿Cuántos años transcurrieron desde el día en que Josefa y yo fuimos presentados a sus padres y a su abuelo viudo, mucho antes de que él naciese? ¿Medio siglo, o acaso más? El tiempo se adelgazaba a lo lejos, como los ríos en sus cauces a la atardecida. Diríase a veces que el pasado no había existido nunca. Era como una de estas fábulas, que anticipamos a sabiendas de que jamás llegaremos a vivirlas.

—Todo el país es de sombras y de farándula —dije en cuanto cesó de reírse, porque antes no me hubiese escuchado—. Aquí nunca hubo ni habrá nada de veras. Ni siquiera el dolor, pues a la larga también se olvida.

—¡Oh, no, viejo! ¡Te equivocas! —replicó incorporándose prontamente—. Cuando pintas, verás lo que no alcanza a ver nadie; en otras palabras, lo que tú llamas la verdad. Pero a veces, cuando hablas, no pareces sordo sino ciego. En última instancia, le quedarán al país tres realidades innegables: el pueblo, tú y yo.

—¿Por qué nosotros tres, señor? —aun sin oírme los gritos, sabía que estaba gritando—. ¿Qué derecho moral puede asistirnos, cuando renegamos de todos en tiempos de prueba? Si hay un juicio de Dios, allí estáis tan condenado como el pueblo y como yo mismo.

—De todo ello debo deducir que, si fueses Dios, no nos absolverías a ninguno de los tres.

—Vuestra Majestad puede deducir lo que mejor le plazca. Además, en este caso tiene toda la razón. Yo no soy nadie; pero sé muy bien que compartís nuestra condena.

—Somos muy distintos, viejo, y desde luego tú eres el más despiadado —volvió a encogerse de hombros—. Sin mayores remordimientos, yo me creía un tigre porque nunca perdoné a ninguno de mis enemigos. Ni a mi madre, muerta; ni a Godoy, ahora en el destierro; ni a Riego después de ejecutarle; ni a Napoleón, en los infiernos, por haberme despojado e insultado cuando estaba indefenso. Todos me humillaron como a un perro apaleado y para ellos seré siempre un perro rabioso, en esta vida o en cualquier otra. Si se apareciera el espectro de mi primera mujer, el ser humano a quien más amé, y me suplicase de rodillas el perdón de cualquiera de ellos, incluida mi madre, volvería la cabeza para no oírla —se esforzó en sonreír, como si tratara de quitarle hierro a la severidad del tono—. Nunca me creíste tan obstinado, ¿verdad? El rencor es otra virtud que comparto con mi pueblo.

Rencoroso, sí lo sabía. Pero también me pregunté quién fuera el pueblo para él. ¿Acaso gentes como aquella gitana, querida suya, la Pepa de Málaga, o como su gracioso y antiguo chulo de putas, el *Chamorro*, o como Ugarte, el viejo ganapán; la morralla, que según decían podía tutearle en la intimidad y llamarle amo? Tuve el convencimiento de que se sentiría mucho más cerca de aquella escoria que de todos los Reyes de Europa. A la vez me asaltó la certeza de que tal idea no era mía. Pertenecía a aquel hombre, quien quizás sin saberlo era yo en un tiempo aún no sucedido: el hombre presagiado en el circo de la *rue* du Manège por el Esqueleto Viviente.

—Más aún que aquellos muertos y que el propio Godoy, quien se acaba en París, os vejaría el pueblo cuando asaltó el Palacio hace seis años. Parecéis haberlo olvidado.

—Fue mucho peor después, cuando retiré la confianza al Gobierno y precipité la crisis, en espera de que los cien mil hijos de San Luis llegasen a tiempo a Madrid y me rescataran de las garras liberales. Las turbas entraron aullando como demonios, mientras la Escolta Real miraba al cielo o confraternizaba con ellas. Rompían a palos las almendras de las lámparas, para divertirse con su tintineo, y despancijaban los sofás a cuchilladas. Tuvimos que ocultarnos en un desván, lleno de escobas y viejas esteras, y desde allí les oíamos pedir mi cuello a gritos y chillarle a la Reina que la devolverían a un burdel de Alemania. ¡Imagínate a mi pobre mujer, la tercera, la beata! ¡La que escribía versos al Oficio de Vísperas del día de la Concepción! Aún mayores humillaciones nos esperaban aquel verano, cuando

las Cortes me destituyeron diciéndome loco. En coche cerrado nos mandaron a Cádiz desde Sevilla, porque los cien mil hijos de San Luis habían entrado ya en Andalucía. En el camino y al paso por los pueblos, manadas de campesinos asaltaban el carruaje y nos forzaban a pegarnos a los cristales para escupirnos. Dentro hacía un calor de infierno, un calor que ni siquiera puedo describirte al recordarlo. La Reina se desmayó varias veces. Llegué a creerla muerta…

—No obstante lo perdonasteis todo.

—El mismo pueblo nos devolvió en triunfo a Madrid, después de liberarnos las tropas del Duque de Angoulême. Para entonces hubiese podido pasear solo y desarmado por las calles y la gente se hubiese disputado mis pies para besármelos. En las iglesias adoraban mi imagen de yeso, envuelta en un manto de guardarropía. Perdoné al pueblo por las mismas razones que mucho antes te había perdonado a ti la traición, cuando colaboraste con el Rey Intruso. Precisamente por los mismos motivos que absolví siempre mis propias felonías. Tú, yo y el pueblo somos idénticos. En este mundo de sueños somos lo único cierto. Por salvar la vida lo perderíamos todo, la honra y el alma, porque estamos íntimamente convencidos de que no existe otra realidad, al menos en la tierra, más allá de nosotros mismos… No sé si comprendiste cuanto dije.

—Lo comprendí muy bien, señor. Pero también recuerdo vuestras venganzas.

—El pueblo celebró los suplicios, que fueron públicos y muy aclamados. No tuve piedad con los verdaderos sediciosos, los que no habían traicionado para vivir sino para imponer quimeras como la libertad y los derechos del hombre. Con Torrijos y su gente prendieron a un rapaz de doce años, que les servía de mandadero en la conjura. Recordé que cuando invadieron el palacio, para imponerme la Constitución, me mostraron a otro niño y rugieron que era el hijo del general Lacy, a quien antes había hecho fusilar. Escribí entonces con mi propia mano la orden de ejecución de Torrijos y su partida. Al pie puse una posdata: «Al niño que le maten también». ¿Te escandalizo, viejo?

—No me escandalizáis, señor; pero prefiero saberme responsable de la muerte de mis hijos a serlo de la de aquel niño.

—En cuestión de gustos no caben disputas, amigo mío.

Sonrió y repantigóse de nuevo en el sillón. Con la yema mojada acariciaba el canto de la copa una y otra vez, ensimismándose en el deleite, hasta que el cristal chirrió como el herrín de una navaja contra la muela de afilar.

—¡Señor, os lo suplico!

—¡Ah, perdóname! Creí que no oías absolutamente nada.

—Estos chirríos sí los oigo. También las tronadas a veces, cuando suenan muy lejos.

—Yo oigo en sueños las voces del Emperador y de mi madre en Maracq, cuando me obligaron a renunciar a la Corona. No les veo, sólo les oigo y siempre tan cerca como si hubiese vuelto a aquel día dantesco. *Vous êtes très bête y très, très mechant!* brama aquel bandido y mi madre me chilla en español: «¡Bastardo! ¡Bastardo!» —sonrió meneando la cabeza, como si quisiera ahuyentar todas las pesadillas del recuerdo—. Temí más por mi vida entonces que en cualquier otra ocasión, comprendido el viaje de Sevilla a Cádiz. No obstante, aun en mi pánico pensé que mi madre y Napoleón eran tan terribles como grotescos. Hablaban lenguas que no eran las suyas y la ira volvía arrabalero su acento italiano.

—Vuestra Majestad debió resistirse a aquel pillaje por todos los medios. La sangre había corrido ya en Madrid y vos, señor, no erais ajeno al levantamiento. Renunciabais al Trono, mientras los hombres mataban o morían fusilados invocando vuestro nombre.

—En Maracq me habrían asesinado, si me hubiese negado a abdicar. La historia no es sino el olvido de toda la sangre vertida en vano. A la postre el resultado fuera casi el mismo, aunque ahora mi hermano sería Rey en mi lugar. En tal caso habría restablecido la Santa Inquisición y tú no vivirías en el destierro sino en sus mazmorras, porque hubieran vuelto los autos de fe en la Plaza Mayor y las hogueras en el quemadero. Mi hermano es un fanático. Yo soy sólo un hombre asustado.

—¿Qué herencia puede dejarnos vuestro miedo?

—El museo que abriré en el Prado —exclamó avivándose de pronto y golpeándome las rodillas a palmadas—. ¡El museo que crearé para tu gloria, con las pinturas de la Real Casa!

—Mañana la gente olvidará que fundasteis el museo; pero recordará vuestras traiciones y el patíbulo en la Plaza de la Cebada. Moratín me leyó una vez en Francia una cita de Shakespeare, que no tenéis derecho a ignorar. El mal que hacen los hombres les sobrevive. El bien termina con ellos en la fosa. Ésta es la suerte del poder; pero la vuestra pudo ser distinta…

—¿Por qué iba a serlo?

—Cuando regresasteis de Valençay erais el Deseado, el Único. Dudo que ningún otro hombre en la tierra haya sido aguardado con mayor fervor en la suya. ¿Recordáis la chusma que os besaba las manos, sollozando, camino de la fuente de San Isidro? Entonces pudisteis empezar desde la nada y ser verdaderamente el Rey de todos nosotros. Éste es un pueblo de fieras y de

imbéciles, que nunca empezará a encontrarse a sí mismo hasta que reconozca su ferocidad y su estupidez, para superarlas. A vos os correspondía ayudarle, señor, porque una ocasión como la vuestra no volverá a repetirse. Vuestro abuelo, quien no la tuvo jamás, la hubiese aprehendido de inmediato. El espejismo de todo un pueblo es la fuerza más poderosa del mundo, y vos erais el nuestro. Un destino insólito os permitía traernos la paz, la concordia, el trabajo y sobre todo la esperanza. Nos dejáis en cambio el odio, el fanatismo, la miseria y la desesperación. Si Dios no lo remedia, vuestro rastro será un siglo de guerras civiles. Éste es vuestro legado: el de la ley del garrote, que iba a convertir este manicomio en una arcadia, como me dijisteis camino de San Isidro. Ahora ni siquiera os cabe asegurar la sucesión dinástica. Una vez más vivimos entre el terror y la incertidumbre, porque vuestros días están casi tan contados como los míos. No alcanzasteis los cincuenta años y casi parecéis un hombre de mi edad.

—¿Te paraste a pensar que acaso no pude redimir al pueblo, como tú dices, precisamente porque hablaba su lengua y venía de él? —me preguntó de pronto, mirándome de hito en hito—. Los déspotas como yo no se improvisan ni resultan plenamente responsables de sus actos de gobierno. Son la consecuencia inevitable de las lacras y la lepra de todos vosotros. Salgo de este pueblo, como el calor del fuego, y juntos hemos tocado fondo. En esto al menos estamos de acuerdo.

—Sí, Majestad —asentí—. En esto al menos estamos de acuerdo.

Calló y volvió a hundirse en el sillón y en sus reflexiones, mordiéndose los labios sobre la quijada caballuna, que empezaba a azularle la barba. De golpe y en un buche trasegó el coñac de la copa, torciendo el gesto como si le repeliese. Luego dióse de nuevo a acariciar el canto del cristal, con distraída persistencia. Terminó por arrancarle aquel chillido de vencejo, que traspasaba mi sordera como una aguja.

—Posiblemente no volveremos a vernos —suspiró encarándose otra vez conmigo—. En verdad y a pesar de cuanto dije, creo sentirme más cerca de ti que del propio pueblo —rompió a reír al percatarse de mi desconcierto—. Sí, sí, más cerca de ti y no por apreciar tu pintura como ni siquiera tú mismo puedes valorarla, sino porque en un tiempo amamos a la misma mujer.

—¿La misma mujer, Majestad…?

—Alguien que murió hace mucho tiempo. Parece increíble pensar que si viviese sería una anciana.

—Sí —volví a asentir, mientras la memoria hilaba sombras en el tiempo—. Parece increíble.

—Me refería a María Teresa —precisó innecesariamente, riéndose ahora como un ido—. ¿Te acuerdas de ella, viejo?

—La tengo muy presente, Majestad.

—Mi madre la creía el mismo demonio. Yo no pensé en ella en mucho tiempo. Años tal vez. No sé por qué esta noche me obligaste a recordarla, sin advertirlo. Cuando fuiste su amante, yo era un niño pero la adoraba calladamente. Mejor dicho, estaba loco por ella. ¡Pardiez, bribón, no te privabas de nada en aquella época! ¡Fuiste un sátiro en la Corte de mis padres! ¡Hubiese querido confundirme contigo, hasta la médula de los huesos, para saberme suyo! Empecé a desearla entonces como sólo desearía mi propia vida, cuando pretendían arrebatármela. ¡Y qué hermosura de potranca sería en la cama! ¿No es cierto? Si cierro los ojos, vuelvo a contemplarla con la misma claridad que te veo a ti ahora, desportillado por la vejez. Mujeres como aquélla no existen hoy en día, ¿verdad? ¡Se rompió el molde!

Antes de morir tuve que perder también el habla. Todo mi costado derecho, desde la mejilla al pie, debe de estar ya muerto porque no lo siento. Miro la diestra sobre las sábanas y de nuevo me parece ajena. Quizás sea de aquel hombre, cuya voz suena a veces en mí desde un tiempo que aún no ha sido. Regreso ahora definitivamente y para siempre al «Disparate Furioso», que es la muerte misma. La mía en esta cama o en un libro suyo, que escribirá en otro siglo. En todo caso no sobreviviré al Deseado, el que a veces tenía aquella mirada de cervatillo herido como mi María del Pilar Dionisia en la cuna. Ni tampoco volveré vivo a España, donde él me dijo que dejarse morir es la mayor locura del hombre.

Llegó Xavier y todavía tuve tiempo de abrazarle, antes del último insulto. Luego, cuando quedé mudo y baldado, se fue a una posada con la nuera y Marianito, porque su mujer no toleraba el espectáculo de mi agonía. Me lo contó todo Leocadia con medias palabras, cuando yo reclamaba a mi hijo y a mi nieto. Lo que no me dijo es que ella misma esconde a Rosarito, para ahorrarle la muerte interminable de un anciano. La propia Leocadia, muy adelgazada y envejecida por las vigilias, me vela a todas horas, sin mencionarme a los míos ni a mi herencia. («¡Estás tan cegado que ni siquiera adviertes tu propia estupidez! ¡Grandísimo cabrón! ¿No comprendes que sólo vinieron a cerciorarse de que no habías cambiado el testamento? Se les da un ardite tu sangre, tu nombre y tu propia vida, si tienen la certeza de heredar tus dineros, tu casa y tus cuadros. De contar con todo ello ahora, te dejarían

consumir en el destierro sin mirarte el blanco de los ojos…»). También Leocadia se acostó esta noche, rendida por la fatiga. Sólo me velan gente que son casi extraños. Los dos médicos franceses (*Vous êtes un gran homme, un peintre de la Chambre. On va vous soigner!*); el dueño de esta casa, José Pío de Molina, antiguo alcalde de Madrid después del triunfo de Riego, y un discípulo mío en la Academia de San Fernando que me siguió al destierro: Antoñito Brugada. Me gustaría decirles que pronto estaré en presencia de Velázquez.

Después de la voz se acaba la vista. En cierto modo, ahora se hizo el silencio absoluto a mi alrededor, porque ya no puedo leerles los labios. No obstante distingo aún sus bultos y de forma confusa sus rostros. Los médicos visten levitones negros. Llevan barbas a lo Van Dyke. Las ordeñan, las acarician y las peinan según su humor. Volvieron a darme valeriana; pero la valeriana ya no remedia nada. Me pusieron sanguijuelas y las sanguijuelas no prendieron. Me estropajearon, me auscultaron, me pintaron con yodo, me abrasaron con sinapismos. Creo que no me hisopearon y exorcizaron por no habérseles ocurrido. Antoñito Brugada, quien bulle por toda la alcoba, es un chico (para mí lo es todavía aunque ya andará entrado en años) que pinta muy buenas marinas. Cuando aún le distinguía los rasgos, le vi los ojos y la nariz enrojecidos de haber llorado mucho. Se vierte sobre la cama y me mira de frente, de perfil y a vista de Dios. Sea cual fuese su dolor, que creo muy cierto, el arte puede en él al desconsuelo y se apercibe a dibujarme muerto, aunque tal vez no se haya percatado de su propósito.

José Pío de Molina es alto, triste y enteco como un oficial del Santo Oficio. Es también el hombre más libre y más generoso que he conocido, aunque sólo alcanzase a conocerle bien en el destierro. Voy a dejar inconcluso el retrato que le hacía cuando enfermé. Mientras posaba para mí, le conté parte de mi última conversación con el Deseado. («Cuando regresasteis de Valençay erais el Deseado, el Único. Dudo que ningún hombre en la tierra haya sido aguardado con mayor fervor en la suya. ¿Recordáis la chusma que os besaba las manos, sollozando, camino de la fuente de San Isidro? Entonces pudisteis empezar desde la nada y ser verdaderamente el Rey de todos nosotros. Éste es un pueblo de fieras y de imbéciles, que nunca empezará a encontrarse a sí mismo hasta que reconozca su ferocidad y su estupidez, para superarlas. A vos os correspondía ayudarle, señor, porque una ocasión como la vuestra no volverá a repetirse»). «Es triste que un pueblo espere la muerte de un hombre para encontrar su porvenir», dijo Pío de Molina, «porque los muertos sólo entierran a los muertos. El propio Cristo afirmó que no sirven

para otra cosa». Le pregunté si no había considerado la posibilidad de que no tuviésemos porvenir alguno y dentro de un siglo o un siglo y medio, dos españoles como nosotros, también exiliados en Burdeos, repitiesen nuestras dudas y nuestras palabras. «Es posible que así sea», repuso entornando sus delgados ojos de inquisidor, «porque nuestro destino no se diría verdadero, sino escrito en la novela de un loco, donde todo se repite en siglos distintos».

Sí, me gustaría decirles que pronto estaré en presencia de Velázquez. Cuando yo era muy joven, mucho antes de que a petición suya Su Majestad Don Carlos III y los Príncipes de Asturias me concediesen su primera audiencia, mi cuñado el mayor me llevó a Palacio para mostrarme los Velázquez de la colección real. Francisco Bayeu era ya entonces pintor de Cámara y su desdeñosa soberbia no le permitía elogios a nadie en presencia mía. Por esto me sorprendí mucho cuando me dijo: «Hoy verás los cuadros de alguien a quien nunca sabría envidiar, como no envidio a Dios por haber creado la luz y el aire». No era el aire ni la luz lo creado por Velázquez, sino el hombre. Éste era el centro innegable de su universo, donde los cielos se convertían a veces en tapices y a veces en espejos. Frente a sus pinturas y pese a su intrínseca y casi distraída serenidad, sentí un varazo en mitad del corazón. De haber estado solo, me hubiese echado a llorar y únicamente la presencia de Francisco Bayeu pudo impedírmelo. «Éste era un gracioso y escribano en la Corte de Felipe IV. Se llamaba algo así como Diego de Acedo y Velázquez; pero le decían *El Primo*, haciendo burla de su supuesto parentesco con el pintor», me contaba mi cuñado ante el retrato de un enano sentado, con un gran libro sobre las rodillas y una naturaleza muerta de cuadernos, papeles, plumas y tinteros alrededor. «Repara en la buscada desproporción entre la pequeñez de sus manos diminutas y la enormidad del libro, en cuarto prolongado, que sostiene sobre las piernecitas. También la cabeza, muy grande en comparanza con el cuerpo, crécese todavía gracias al chambergo negro que lleva calado». En el mismo muro y junto al retrato de aquel histrión, pendía el de otro truhán, sentado en los suelos y encarándose con nosotros. En primer término, las suelas de sus menudas zapatillas, que eran tan limpias como si acabase de estrenarlas. «De éste se conoce el nombre y poca cosa más», proseguía mi cuñado. «Era Sebastián de Morra, bufón del Príncipe Don Baltasar Carlos. Cuéntase que cierta vez, cuando la Reina mandó a una dama a comprar confites, el dulcero se los negó porque Palacio le debía una cuenta demasiado larga. Como la camarera se cruzase llorosa con el gracioso, a la vuelta de la tienda, él le dio un real de cuarto para que la Soberana no se perdiera el postre. Fíjate en la disparidad de sus miembros, en

relación con la cabeza, que agranda la frente, y con el torso de hombre talludo». Yo me extasiaba ante los ojos de los bufones. Diríase que Velázquez había empezado por pintarlos, al iniciar el cuadro y en mitad de la tela vacía, como si fuesen el centro obligado de aquellos seres inverosímiles. Los ojos, vertidos hacia adentro en largas miradas húmedas, humanizaban a los monstruos nacidos y amaestrados para la risa ajena, como los perros de los titiriteros o los monos amansados en la Corte. Cuando muchos, muchísimos años después, el Deseado me hablaba de nuestro pueblo, deforme y grotesco como aquellos desdichados, pensé en los ojos de los enanos de Velázquez para preguntarme si, en su largo camino hacia las propias entrañas, llegaría a encontrar su verdadera razón de ser y su auténtica libertad.

Desde los bufones me llevó Francisco Bayeu a *Las Meninas*. Estaban entonces en una sala poco más alta que el cuadro, cubiertas por largos cortinajes. Al correr los paños, les venía la luz desde un balcón rejado, donde anidaban los estorninos. Ni aún en Italia y en la Capilla Sixtina había sentido emoción más grande ante la obra de un hombre. Quise gritar, caer de rodillas, morderme las manos hasta desgarrarlas a pedazos. Velázquez, muerto más de cien años antes, me anonadaba entonces con su despiadada superioridad; pero me enorgullecía pensar que un ser, nacido de mujer como yo, hubiese llegado a concebir tan perfecta belleza. Velázquez había suspendido un instante cualquiera en el corazón de la Corte, aquél en que una camarera ofrece un búcaro a la Infanta. Me decía convincentemente que cualquier momento, aun el más insignificante en apariencia, merece la mayor de las pinturas para celebrarlo. En *El 3 de Mayo de 1808, en Madrid*, yo suspendí el tiempo entero en el grito y el ademán del hombre a quien van a ejecutar. («Padre, ¿y si Dios estuviese sordo a nuestras voces, como estos verdugos que nos asesinan sin poder entendernos?»). Hasta después de concluido el cuadro, no comprendí que había pintado el reverso de *Las Meninas* y que *El 3 de Mayo de 1808* era mi respuesta a la serenidad de Velázquez, a la hora de la mayor de las tragedias. O acaso no lo comprendiese yo, propiamente hablando, sino aquel que en mí vive todavía ahora, mientras me muero.

Después de perder la voz, pierdo la vista. Ya no veo a Brugada, a Pío de Molina, ni a los médicos. Nunca hubiese supuesto que la muerte fuese esta paz, esta lucidez improbable que más parece salida de un libro que de la auténtica agonía de un cristiano de carne y hueso. («Es posible que así sea, porque nuestro destino no se diría verdadero sino escrito en la novela de un loco, donde todo se repite en siglos distintos»). Moratín me citó una vez una frase de Casanova, leída en sus memorias: no es aventurado imaginar que una

pluma juiciosa describa un hecho cierto, cuando cree estar inventándolo. Quizás el otro hombre, aquel que siento ser a veces crea describir una muerte improbable, que es a la vez mi verdadera agonía esta madrugada.

Ahora, antes de la amanecida, cuando sólo distingo la luz y las sombras, los fantasmas surgen y brujulean en la penumbra que me envuelve. Mis cuadros, puestos en movimiento, no son sino el transcurso fugitivo de la historia de mi tiempo. Los mozos y las majas de *La Gallina Ciega* bailan como danzarán alrededor de mi tumba en San Antonio de la Florida. El pisaverde del cucharón y los ojos vendados se transforma en mi *Toro Bravo*. Ciega y vanamente se revuelve y cornea a los bailarines, con largos derrotes. Hurtan el cuerpo a sus cornadas, agachándose o esquivándolas con quiebros de cintura, sin parar de reírse. Cerca Martincho banderillea a *topa-carnero* otro bicho zaino y abierto de cuerna, que viene como un vendaval desde las tablas. En la arena *Barbudo* empitona a *Pepe-Hillo* por la boca del estómago, mientras Juan López llega tarde al quite y José Romero salta la barrera, para ir en auxilio de su rival. («Cuando lo tenga dominao, tiraré la muleta y lo torearé con el reló, pa que vea que es llegada su hora y no la mía»). Una muchedumbre muy madrileña, donde se apretujan y conviven todas las clases, celebra la fiesta de su santo patrón en la pradera de San Isidro. Juegan al corro y a las cartas, conversan, pasean y requiebran, entre birlochos y berlinas parados. Sobre blancos manteles, tendidos en la hierba, corre el vino de Valdemorillo en la merienda, entre parasoles blancos, chaquetas plateadas, boleros rojos, marselleses de paño y bicornios emplumados. («El mayor de los portentos no consiste en transformar el presente, sino en anticiparle sus cambios futuros. De este modo nuestras cenizas devendrán nuestros retratos, como la pintura de una paleta trueca una tela en un espejo»). En una sala de Palacio, Carlos IV y su familia se agrupan sonrientes y se aperciben a posar para mi cuadro. En el centro, el Rey adelanta un paso y los demás lo retroceden. La Infanta María Luisa y Princesa de Borbón Parma lleva en brazos a su primogénito casi recién nacido. La Princesa María Antonia vuelve la cabeza y hurta la mirada. Contempla otro cuadro, prendido en el muro del fondo, donde gozan desnudos tres gigantes, un hombre y dos mujeres. El hombre soy yo. La Reina levanta el pecho y me sonríe con su boca desdentada. («Tendremos que buscarle un corpiño a este chico. Casi echa tetas como una niña»). Vestida de luto y con el rostro repetido, como Jano, María Teresa se abraza a mí a la vez que contempla a un desconocido, quien se acerca a escondidas y reptando por los suelos. La misma María Teresa, aún enlutada, vuela por los aires sobre tres monstruos acuclillados. («Si esta gente

son tan canallas como nosotros, ¿qué sentido tienen nuestras vidas y las suyas?»). En la Puerta del Sol la caballería mameluca carga contra la muchedumbre. La plaza entera es un remolino de hombres, de caballos, de sangre vertida, de banderas desgarradas, de sables, de cuchillos, de relinchos, de blasfemias, de chillidos y de gritos silenciosos. («Aquélla era una guerra, que irremediablemente íbamos a perder todos»). Otro gentío, éste de lisiados, borrachos, desojados, hambrientos, leprosos, contrahechos, sube por una cuesta precedidos por un ciego que araña el guitarrón. Aunque no oiga sus voces, sé que aclaman al Deseado y a la esclavitud. Poco a poco las multitudes de aquella romería, María Teresa, los monstruos voladores, la familia de Carlos IV, las gentes de la pradera, *Barbudo, Pepe-Hillo, Martincho*, todos se apiñan y arraciman alrededor del corro de *La Gallina Ciega*, para verle el baile. En medio de los danzantes, embistiendo siempre con sus ojos idénticos a los de Saturno y ahora vendados, mi *Toro Bravo* persigue el aire a inútiles cornadas.

(«Mis cuadros, puestos en movimiento, no son sino el transcurso fugitivo de la historia de mi tiempo»). Cuando todos mis personajes, incluidos mis propios autorretratos, donde me repito y envejezco, así como los borrones y dibujos, se han agrupado en torno de *La Gallina Ciega*, los barren inesperadamente las tinieblas, en una brusca virada de las sombras. Ahora en una pecera cubierta de vidrio, que no medirá más de tres palmos de lado, se anima una pintura negra, al principio del todo desconocida. Lentamente distingo un Madrid muy distinto de aquel que yo conocí y atesoraba en mis recuerdos. En la noche, porque es noche cerrada y quizás no muy distante del amanecer, reconozca el Palacio y la Plaza de Oriente, en el fondo del cristal. La plaza es la explanada con jardines, que allanó el Rey Intruso durante la guerra, derribando casas y escobando callejas para que los cañones ametrallasen cualquier revuelta como la de mayo. La ciudad, sin embargo, creció más que los árboles. Edificios altísimos, que semejan el sueño de un alarife loco, levantan una empalizada de colmenas contra el cielo. Farolas de diversos brazos blanquean la oscuridad entre sus ramas desnudas.

Una procesión interminable, de tres y hasta cuatro seres en fondo, cruza la plaza y parece prolongarse por leguas enteras. Verjas metálicas improvisadas contienen a un lado aquella serpiente sin fin, que poco a poco penetra en el Palacio de Oriente. Hombres y mujeres visten de forma nunca vista, como si Madrid entero (este Madrid de gigantescas abejeras) se hubiese disfrazado de máscaras idénticas y desconocidas. Arropados en raros gabanes, tiemblan de frío, se estrujan los unos contra los otros, frotan las manos ateridas, se

golpean los brazos a palmadas y escupen el aliento helado con las voces. Súbitamente y sin mayor asombro por mi parte, oigo sus palabras, tan claras y distintas como si nunca me hubiese afligido la sordera. «Era como un padre para el país», dice un anciano. «Llevo toda la noche aquí, no he dormido; pero no me marcho sin verle en la capilla ardiente del Palacio». «Cuentan que algunos sacerdotes bendicen el cadáver al pasar. Hay personas que se santiguan. Otras se arrodillan». «Somos los gitanos del Pozo del Tío Raimundo. Para nosotros también fue un hombre bueno». «¿Creen ustedes que me dejarán darle un beso cuando llegue?», pregunta una vieja insistentemente.

Sus semblantes no me son desconocidos. Veo en todos ellos a las mismas multitudes, que aclamaron a Godoy, al Deseado, al Rey Intruso, a Riego, al Empecinado. Son también los que arrastraron a Godoy en Aranjuez, acuchillándole las piernas; los que condujeron a Riego al cadalso en un serón de carbonero y apedrearon luego los cuartos de su cuerpo, trinchado a hachazos y expuesto en la picota de veinte ciudades; los que destriparon al Empecinado con pinchos y navajas, cuando iba esposado en una jaula, y bailaron de gozo mientras el verdugo quemaba sus despojos; los que invadieron este mismo Palacio de Oriente, con cordones para ahorcar al Deseado y camino de Cádiz le obligaron a besar las ventanas de su coche, para escupirle a los ojos. Les reconozco, como cualquier pintor les reconocería, el corte de los rasgos y aquella luz en la mirada, parecida al encaro de los enanos de Velázquez. Les he visto en las romerías y en las meriendas de San Isidro, en la iglesia, en los toros, en las ventas, en las posadas, en los mesones, en las bodas, en los fandangos, en los prostíbulos, en las cárceles. Les oí vitorear la Inquisición, las cadenas, la libertad, la Constitución, la Corona, la Fe, la revolución, la muerte, las prisiones, la Patria, la traición, la venganza, la misericordia, la ignorancia, el absolutismo, la rebeldía, las reses bravas y el vino de la misa. No sólo aplaudían al Príncipe de la Paz, a Fernando VII, a Rafael Riego y a Juan Martín el Empecinado, sino también a *Costillares*, a *Pepe-Hillo*, a Pedro Romero, a José Romero, a Joseph Bonaparte, a Murat, al Duque de Angoulême, a los ingleses y a los cien mil hijos de San Luis. Irán ahora todos al Palacio de Oriente, a despedirse de un muerto a quien acaso ninguno de ellos viera nunca en carne y huesos. Pero en el fondo no van al Palacio, ni a sitio alguno, porque como me dije siempre al pensar en ellos ni saben el camino ni se conocen.

Los Monstruos

El Deseado

El Deseado nació en El Escorial, el 14 de octubre de 1784. Un documento del Archivo Histórico Nacional le dice muy enfermo a los cuatro años, con una dolencia que era vicio de la sangre. Un cirujano de la Granja de San Ildefonso, Manuel Olivares, se ofreció a curarle con una tisana de su ingenio, cuyas virtudes acreditaban otros pacientes sanados por el mismo bebedizo. Al final vino a atribuirse su restablecimiento a la milagrosa intervención de San Isidro Labrador.

Fue su primer preceptor Fray Benito Scio, docto escolapio quien profesaba geografía a sus pupilos, haciéndoles aprender de memoria los versos de la *Araucana* que describen la tierra. Fray Benito podía recitar el poema entero con los ojos cerrados. Es fama que un día, cuando el pedagogo declamaba al Deseado aquello de «Como el caimán hambriento cuando siente / el escuadrón de peces, que cortando / viene con gran bullicio la corriente» se derrumbó muerto de un insulto de la piamadre. El Deseado, quien andaría entonces entre los siete y los ocho años, limitóse a golpear un batintín para que recogiesen los despojos del maestro. Nadie supo cómo interpretar aquella muestra de soberana indiferencia, ante la muerte ajena, por parte de tan tierno Príncipe.

Confían entonces la enseñanza del Deseado a Don Francisco Xavier Cabrera, obispo de Orihuela y hombre muy devoto de Godoy, a quien adula vergonzosamente en el encabezamiento de todas sus cartas: «Mi más amado y venerado Favorecedor y Príncipe…». Su Ilustrísima, quien escribe con faltas de ortografía, propone un programa de estudios para el Deseado que empezará a las seis de la mañana, desde el primero de septiembre hasta el último de abril. Después de vestido, el Príncipe rezará el *Te Deum* con su preceptor y luego la oración correspondiente, agradeciendo a los cielos el haberlo rescatado de las tinieblas de la noche. El ayo le propondrá entonces algún punto de cristianas meditaciones, de gobierno o de política patria.

A las siete se retirará el Deseado a estudiar la lección de Latinidad, que su maestro le tomará a las ocho, mientras el Príncipe desayuna. El mismo preceptor permanecerá con él hasta las nueve, explicándole la lección siguiente y ejercitándole en el repaso de las pasadas, con el fin de que no se le olviden. Después y hasta las diez y cuarto el ilustre pupilo se peinará, para oír misa y recitar los deberes referentes a la Historia de España. Concluidos peinado, misa e Historia, Su Alteza Real tendrá clase de baile durante una hora.

A las once menos cuarto el Deseado entrará en las estancias de sus Augustos Padres a rendir cuenta de su salud, preguntar cómo pasaron la noche y profesarles testimonio de filial amor. Vuelto a sus propias habitaciones, escuchará una conferencia de Elocuencia y Moral o preferentemente un sermón de Historia Sagrada, hasta la hora del almuerzo, que será siempre servido a las doce y cuarto. Después de la comida dormirá la siesta, sin desvestirse, hasta las dos.

El horario de la tarde será igual de severo que el de la mañana. De dos a tres el Deseado estudiará la lección de Latinidad señalada anteriormente. Luego paseará con Su Augusto Hermano el Señor Infante Don Carlos y los respectivos tenientes de ayo. De vuelta del paseo, que puede ser prohibido a los Príncipes por sus preceptores, regresará a las cámaras reales y repetirá a Sus Majestades los mejores votos de su devoción. Concluido este sagrado deber, se recluirá para repasar la lección de Gramática y recibir adecuadas explicaciones acerca de la siguiente. A las ocho rezará el rosario y la letanía, recogiéndose después unos minutos dedicados al examen de conciencia y súplica a Dios por el perdón de sus defectos. Finalmente le leerán los sochantres de Palacio el santo del día en el Año Cristiano, instruyéndole en sus virtudes y aconsejándole la imitación de aquellas prendas. A las nueve se le servirá la cena y podrá solazarse, jugando al trompo o a las cartas, hasta que le manden recogerse, a las diez o un poco antes. Desde el primero de mayo hasta el treinta y uno de agosto, el Príncipe se levantará a las cinco de la madrugada. También en aquellos meses se antepondrán en una hora los ejercicios de la mañana y pospondrán en otra los de la tarde.

En cuanto al precepto de la confesión, cuyo oficio encomiendan Sus Majestades los Reyes al señor obispo de Orihuela, éste aconseja que el Deseado lo practique en todas las festividades de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, así como en los días de los apóstoles, de San Juan Bautista, de su Santo Patrón San Fernando y generalmente todos los viernes, si no acaeciera caer en aquella semana una de las anteriores festividades.

Por esta época, a los once años del Deseado, nombran maestro suyo de Geografía, Matemática y Francés al sumiller de Cortina y canónigo del Pilar Juan Escoiquiz. En su solicitud este ambicioso eclesiástico, modelo de felonías, se dice traductor de Milton, de Sabatier y de Cotte, así como autor de un poema original e inédito en estrofas reales, *México Conquistado*. «A pesar de ser la modestia misma, debe añadir que está en condiciones de enseñar las disciplinas propuestas. Habla y escribe el Francés casi como el Castellano y tiene conocimientos de Inglés y de Italiano». Si tan honroso puesto le fuese concedido, el canónigo solicitaría instrucciones completas para proceder siempre de acuerdo con los deseos de su benévolo protector el Príncipe de la Paz y Duque de Alcudia.

Godoy, tan mal juez del prójimo como de sí mismo, yerra al escoger a Escoiquiz como delator acerca de Su Alteza Real. El canónigo siente hambres de poder casi tan feroces como las del Príncipe de la Paz y parecidos escrúpulos a la hora de saciarlas. Buen hipócrita de comedia, por ser afable en el trato, gánase de inmediato la confianza del Deseado. No tarda en comprender que el odio del Príncipe hacia Godoy y su madre excede en muy poco su desprecio hacia el Rey. Más inteligente que todos ellos, también más vulnerable y rencoroso, el Deseado los aborrece casi por igual. Impaciente como todos los fariseos, Escoiquiz juega sus cartas demasiado de prisa. Publica su *México Conquistado* y lo dedica al Monarca. Luego propone la asistencia del Heredero a las reuniones del Consejo de Castilla, para avezarse en los negocios de Gobierno. Al mismo tiempo, justo es recordarlo, Godoy presiente al peor de sus enemigos en el Deseado y sugiere la posibilidad de enviarlo a América, para que sujete los Virreinatos a la Corona. Exasperado, Carlos IV destierra a Escoiquiz a Toledo. No obstante y desde allí mantiene comunicación con su discípulo, mediante una ridícula clave donde el Rey es *Don Diego*, la Reina *Doña Felipa*, Godoy *Don Nuño* y el propio Deseado pasa a llamarse *Don Agustín*.

En septiembre de 1802 casa con la Princesa María Antonia, de Nápoles. Los ilustres consortes cuentan apenas dieciocho años cada uno; pero se distancian en la formación y en el perfil humano. María Antonia no es hermosa, aunque sí mucho más alta que su esposo, de buena planta, rubia y con penetrantes ojos azules. Además del italiano, habla el español, el francés, el inglés y el alemán. Su madre, la Reina Carolina, no perdonará nunca a los franceses la ejecución pública de su propia hermana María Antonieta. Su odio se centra luego en Napoleón, a quien cree heredero legítimo del Terror y de todos los revolucionarios. Austriaca de nacimiento, Carolina apoyará siempre

a Inglaterra frente a las ambiciones francesas. Además está prendada de Lady Hamilton, la mujer del embajador inglés y en breve conocida amante del almirante Nelson. Le escribe cartas de colegiala en celo. La reclama en sus estancias a toda hora del día o de la noche, para que le cante las romanzas de Ofelia en su locura («… *before you tumbled me, / You promised me to wed. / So would I ha'done, by yonder sun, / An thou hadst not come to my bed*») o baile para ella la danza de los siete velos. María Antonia participa de la política y de las intrigas de su madre. Desde España mantiene con ella correspondencia secreta, que prontamente interceptan y descifran los espías franceses. Napoleón se regodea con todos aquellos secretos de Estado y de alcoba, para mandar luego copia de las cartas al Príncipe de la Paz y a María Luisa.

«No olvidaré nunca *quién es Godoy* y *quién soy yo*» escribe María Antonia a su madre, subrayando furiosamente las palabras. A Carlos IV le cree demasiado ingenuo y a la Reina dotada de todos los defectos. Aún con mayor iracundia odia María Luisa a su nuera, al conocer su carteo confidencial con Carolina de Nápoles. «Esta bestezuela sin sangre, toda amargura y veneno, rana medio muerta, serpiente diabólica», la Soberana ofrece a Godoy la gráfica semblanza de su hija política. Redacta aquellas esquelas en la cama, mientras el Rey la alumbra con un candelabro. A veces se disculpa por concluirlas con premura. El Monarca se adormece y María Luisa decide apagar las candelas, para que no prendan fuego a la colcha. Durante un año entero ella y María Antonia comparten al menos su desprecio por el Deseado. Apenas desembarcada en Barcelona, la Princesa escribe a su madre casi haberse desmayado al ver a su prometido. Su fealdad excede con mucho la de sus retratos. Además es zafio, ineducado y en todo distinto de ella. El matrimonio tarda un año entero en consumarse, para deleite de María Luisa. El Deseado tiene un empeine de proporciones gigantescas, pero padece de impotencia psicológica, puntualmente denunciada por su confesor, el Padre Fernando, que es un confidente a sueldo de la Reina. Además, el Príncipe enfurece a María Antonia, acosándola a toda hora con su irritante compañía.

Cuando por último el Deseado consiga cumplir, cambiará radicalmente el tono de las cartas de María Antonia a la Reina de Nápoles. En su euforia cae de lleno en la traición. «Me esfuerzo cuanto puedo en desbaratar la alianza del Gobierno español con el Emperador de los franceses y mi bienamado Fernando me ayuda en esta empresa, que es también la de Vuestra Majestad». Napoleón se baña en agua de rosas, conseguido su propósito de separar a los Borbones de España de los de Nápoles. El Deseado y María Antonia, ahora

amantes insaciables, son a efectos prácticos los cautivos de María Luisa y de Godoy en el Palacio. La Princesa enferma de tuberculosis; pero hasta los paseos por los jardines le son prohibidos. María Luisa monta en cólera cuando el embajador napolitano expresa las angustias de su Reina por María Antonia y repudia al diplomático. Dos veces malpare su nuera hijos prematuros, menudos y muertos, para irónico solaz de María Luisa. Después de una larga agonía, llena de vómitos de sangre y agravada por la hidropesía, la primera esposa del Deseado fallece en Aranjuez, a los veintidós años, el 21 de mayo de 1806. Su marido la vela hasta el último instante, con una entrega y una devoción que no volverá a mostrar por ningún otro ser humano.

Apenas enviuda el Deseado, sus Augustos Padres le proponen nuevas bodas, esta vez con la hermana de la Condesa de Chinchón. Tal es decir con la cuñada de Godoy. Escogen mal momento para obligarle, pues el dolor le ha humanizado hasta el punto de echar en olvido su amaño y cobardía habituales. «Prefiero hacerme fraile o quedarme viudo toda la vida, antes de emparentar con la familia de aquel canalla», responde dignamente. Luego se marcha, sin besarles las manos a los Reyes ni pedir la bendición paterna, tan enojado que casi no da tiempo a los lacayos de anunciarle, cuando cruza las puertas de estampía. Aquella misma semana la Marquesa de Perijáa, otra de las espías de la Reina, da cuenta a los Soberanos de que su hijo pasa las noches de claro en claro, escribiendo, como un poseso. Alármase la Reina pero Carlos IV se ríe de sus temores, creyendo al Príncipe ocupado en una traducción del *Course d'Etudes* de Condillac, que Su Majestad le ha recomendado para distraer cristianamente su dolor de viudo.

A los pocos días el propio Soberano es presa de un soponcio al descubrir un pliego anónimo en la mesa de su despacho. «El Príncipe Fernando prepara un movimiento en el Palacio. La corona de Vuestra Majestad peligra. La Reina corre riesgo de morir envenenada. Urge impedir tales intentos sin dejar perder los instantes. El vasallo fiel que da este aviso no se encuentra en posición ni en circunstancias para poder cumplir de otra manera sus deberes». Desconfiando aún de la veracidad del escrito, pero a instancias de María Luisa, el Rey penetra personalmente en las habitaciones del Deseado, de forma tan brusca como imprevista, el 28 de octubre de 1807. Sobre su mismo pupitre y debajo de un pisapapeles de piedra de talco verde halla los principales documentos de la conjura. En sustitución de Godoy, enfermo en Madrid con el dengue otoñal, el Monarca hace entrega al Marqués de Caballero, ministro de Justicia, de los escritos ocupados.

Los pliegues de cargo en el llamado proceso de El Escorial son tan diversos como escandalosos. Un memorial al Rey, dictado por Escoiquiz y escrito de puño y letra por el Deseado, pide a Carlos IV la detención inmediata de Godoy, acusándole de conjura contra el Trono, sin formarle causa ni someter sus delitos a pruebas judiciales «por el deshonor que resultaría a nuestra Real Casa del conocimiento jurídico de los excesos de un hombre unido a Ella con finidad tan estrecha. Una vez preso Godoy, es absolutamente preciso que Vuestra Majestad me permita no separarme un instante de su lado, de manera que mi madre no pueda hablarle a solas». Otro documento, también obra de Escoiquiz, brinda variantes formales a la intriga. Una carta del Deseado, con fecha del día de autos pero sin sobrescrito ni firma, decide confiar a un religioso la entrega de las denuncias y poner a Fernando bajo el ejemplo y la protección de San Hermenegildo, si bien aquél confiesa sin ambages su escasa madera de mártir. Estallado el movimiento, las proclamas deberán atraer la entera tempestad sobre las cabezas de Godoy y de María Luisa y eximir al Rey, entre vivas y aplausos.

Presa del pánico el Deseado denuncia a sus compañeros y envía al Rey la más vergonzosa de sus cartas, el 3 de noviembre de aquel año. «Papa mío: he delinquido. He faltado a Vuestra Majestad como Rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco la obediencia más humilde. Nada debí hacer sin noticia de Vuestra Majestad; pero fui sorprendido. He delatado a los culpables, y pido a Vuestra Majestad que me perdone por haber mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies a su reconocido hijo». A ruegos e instancias «de mi amada esposa», el Rey perdona al Deseado y le devuelve a su gracia, en espera de que su conducta le muestre pruebas de verdadera reforma en su fácil manejo. Iniciado el proceso de sus cómplices, el ministerio fiscal solicita la pena de muerte contra Escoiquiz y el Duque del Infantado y otras de prisión contra el Conde de Orgaz y el Marqués de Ayerbe, así como diversas sanciones para los criados y mandaderos del Príncipe. A la postre, el 25 de enero de 1808, los jueces absuelven a todos los procesados. El Rey, acaso sorprendido por tan burda farsa, confina al Duque del Infantado en el destierro y a Escoiquiz en un convento.

La venganza del Deseado, breve pero cumplida, llegará el 18 de marzo, cuando el motín de Aranjuez deponga a Godoy y le lleve a rastras hasta sus pies. Acuchillado y despavorido, el Príncipe de la Paz suplica entonces el perdón a Fernando, quien se permite una muestra de ironía: «Mi querido Manuel, ¿olvidas acaso que mi Padre es todavía Rey?». A la mañana siguiente Carlos IV abdica la Corona en favor del Deseado y parte con la

Reina hacia Bayona, donde Napoleón ha citado a toda la Familia Real. Aquel primer reinado de Fernando VII, nacido en Aranjuez, durará bien poco y acabará en sangre pero ningún otro lo aventaja en fervor popular. El 23 de marzo Murat hace su entrada en Madrid, al frente de la *Garde Imperiale* y la *Legion de Réserve*. Con el pretexto de apercibir la invasión de Portugal, el Emperador tiene entonces más de 30.000 hombres en España y su finalidad es apoderarse de toda la península en un rápido golpe de Estado. El 24 de marzo el Deseado llega a Madrid por la Puerta de Atocha. En una suerte de frenesí colectivo, una marea humana se arroja a la calle al paso de su caballo, le besan los estribos, le cubren de flores tempranas. Tres horas tarda en alcanzar el Palacio de Oriente y desde el balcón saluda de nuevo al pueblo, sollozando de dicha.

Es la última alegría antes de que la historia se precipite trágicamente. Beauharnais, el embajador francés, y Savary, el delegado personal del Emperador, le conminan a acudir a Bayona, donde aseguran que Napoleón se dispone a reconocerle como Rey de España y de las Indias. Escoiquiz, vuelto en triunfo al favor real, le aconseja el viaje con toda suerte de urgencias. Fernando parte al fin, lleno de temores y de malos presagios. En Bayona y en el castillo de Maracq, en presencia de sus Augustos Padres, el Emperador le trata como a un lacayo desobediente y exige a gritos que renuncie al Trono en favor de Carlos IV. Inesperadamente el Deseado se resiste, enfurecido, ante aquel despojo. Carlos IV y María Luisa hacen causa común con Napoleón. En un repente histérico, la Reina llama bastardo a su hijo. Nuevas de los sucesos del 2 de mayo, en Madrid, han llegado a Maracq, y Carlos IV culpa a Fernando de aquella sangría. El Deseado cede al fin y devuelve la Corona a Carlos IV, quien prontamente la cede al Emperador, para que éste la otorgue a su hermano Joseph. El Deseado lo da todo por perdido, olvidando ahora su propia capacidad de supervivencia. En el castillo de Valençay, donde pasa la guerra, borda, baila, pasea a caballo y se niega a leer ningún libro. Con amargo fatalismo, parece deleitarse en su propia bajeza. Felicita a Joseph Bonaparte por su ascenso al trono de España y a Napoleón por sus victorias sobre los españoles. Llega a solicitar humildemente al Emperador la mano de su sobrina *Lolotte*. El déspota ni siquiera se digna a contestarle. Terminada la guerra en junio de 1813, con Wellington persiguiendo a Soult hasta la misma Francia, Napoleón tiene que firmar el tratado de Valençay y reconocer a Fernando como Rey de España y las Indias.

En España el Deseado rehúsa jurar la Constitución promulgada por las Cortes de Cádiz. Persigue, encierra y destierra a los liberales que osaron

defenderla. Reniega de un compromiso de indulto, otorgado en Valençay, para apropiarse los bienes de los afrancesados y dejarles en el exilio. La mitad de los ministros del primer Gobierno absolutista es encarcelada o confinada por malversación. Los auténticos dueños del país son los antiguos conjurados de El Escorial, con Escoiquiz y el Duque del Infantado a la cabeza. Nuevos personajes, a cuál más inverosímil, entran también en la camarilla. Es la hora de Antonio de Ugarte, el antiguo esportillero, y de Pedro Collado, un viejo aguador de la Fuente del Berro, a quien llaman *Chamorro* y ejerce funciones oficiosas de bufón real. Entre seres como aquéllos, los surgidos del más bajo pueblo, Fernando se siente tan a sus anchas como las duquesas de una generación anterior se sintieran entre sus toreros. Mantiene audiencia pública cada día y recibe a todo el mundo, incluidos los pordioseros y las prostitutas. Departe con mendigos y embajadores, envuelto en una bata raída y fumando incesantemente. Huésped habitual de los prostíbulos, encuentra allí a una de las mujeres con quien se sentirá más compenetrado, a partir de entonces: la Pepa de Málaga. Su segunda esposa, enferma de muerte, descubre el enredo y se lo reprende airada. El Deseado, fuera de sí, la insulta, apuñea y abofetea. A bramidos, para que no quepa duda de sus propósitos, afirma no tolerar injurias de nadie contra aquella gitana iletrada, a quien él estima tanto como desea.

Con el pueblo barriobajero comparte el gusto por lo mordaz, lo obsceno y la crueldad sarcástica. Cuando la Universidad de Salamanca concede un título al Infante Antonio Pascual, cuya mentecatez es de sobra conocida, el Deseado se refiere siempre a él como «mi tío, el doctor» o «mi tío, el idiota». No obstante, aun siendo Rey, no se atreve nunca a fumar en presencia de aquel pobre anciano senil y cretino. Un grupo de nobles madrileños, ansiosos de medro a través del halago, invitan al Deseado y a Don Antonio Pascual a disfrutar un partido de pelota en el patio del Hospicio. Aceptan y acuden las Augustas Personas; pero una súbita tormenta las ahuyenta apenas mediado el juego. Refúgianse en una estancia, donde les ofrecen un refresco, y departen un poco con aquellos jugadores de sangre azul, descamisados y con cachirulo. De pronto el Deseado se impacienta y suplica que le permitan ocultarse en un cuchitril, donde almacenan cestas y pelotas, para fumarse un cigarro a escondidas de su tío, el idiota.

A diferencia de su hermano Don Carlos, no siente el mesianismo del poder ni atribuye al suyo otro sentido que el pragmático. «España es una botella de cerveza y yo soy el tapón», gusta de decir. «En el momento en que éste salte, vayan ustedes a saber por dónde se derramará el chorro». Si retiene su dominio absoluto, a veces al precio de las mayores infamias, lo hace para

acallar su pánico cerval del dolor físico y de la muerte. «Su despotismo es una forma de flaqueza», escribe Moratín a Goya, en el año de la muerte de ambos y en una carta aún inédita, propiedad ahora de Ramón Serrano Suñer. Las intentonas contra su Gobierno empiezan a los pocos meses de su vuelta a España. Mina se subleva en 1814; Porlier al año siguiente; Richard, Lacy y Milanas en 1817; Joaquín Vidal en 1819. El primero de enero de 1820 el coronel Riego se rebela en Cabezas de San Juan, al frente del Batallón de Asturias, cuando iba a embarcar para América y reprimir el alzamiento de los virreinatos. Riego se une al general Quiroga y juntos entran en San Fernando, proclamando la Constitución de 1812. La conjura ha sido fraguada esta vez en las logias masónicas gaditanas y pronto se extiende por El Ferrol, Vigo, Zaragoza y Pamplona. Fernando VII confía al Conde de La Bisbal la defensa de Madrid. La Bisbal se apresura a traicionarle, jurando la Constitución en Ocaña. La muchedumbre asalta el Palacio y los soldados de la guardia confraternizan con el gentío. El Deseado recibe a un grupo de amotinados y jura la Constitución a toda prisa. «Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional». Luego se retira a sus habitaciones y llora de furia y de vergüenza. A los pocos días Rafael Riego hace su entrada en Madrid. La acogida que le dispensa la muchedumbre es tan delirante, en su entusiasmo, como la tributada al propio Deseado a su vuelta de Aranjuez, doce años antes. No obstante, el Rey es ahora sólo un rehén y Riego manifiesta que la Monarquía Constitucional no es sino una obligada transición hacia la República inevitable.

En las Cortes debaten los liberales moderados, como Argüelles y Martínez de la Rosa, con exaltados de las filas de Romero Alpuente. Desde San Lorenzo de El Escorial, el Deseado decreta el nombramiento del general Carvajal al frente de la Capitanía de Castilla la Nueva, sin refrendo del Gobierno. Es un intento de golpe de Estado, por parte del Monarca, fallido de inmediato en cuanto las milicias nacionales desarman a la guarnición de Madrid. Cuando el Deseado y su familia regresan a la capital, la multitud le insulta y canta el himno de Riego. Lívido de terror, ante la pasividad de su propia escolta, el Soberano trata de disculparse asomado al ventano de su carroza. Se suceden los motines y los absolutistas se agrupan en Sociedades como *El Ángel Exterminador* y *La Concepción*. En el campo pasan a la lucha armada, con guerrillas como la del *Trapense* y la del *Barbudo*. Los liberales se reúnen en otras sociedades como *La Cruz de Malta, La Fontana de Oro, La Landaburiana* y forman partidos como el Doceañista, el Carbonario, el Comunero, el Anillero, donde divídense moderados, posibilistas y radicales.

El 7 de julio de 1821 cuatro batallones de la Guardia Real se sublevan en Madrid, al mando de un alférez y al grito de «¡Viva el Rey absoluto!». Los milicianos se enfrentan a ellos, vitoreando la Constitución; los persiguen por la calle de Arenal y cercan en la Plaza de Oriente, mientras Fernando VII, asomado a una ventana del Palacio, chilla histéricamente: «¡A ellos! ¡A ellos! ¡Terminad con los rebeldes!». La Milicia Nacional no le hace caso y la asonada concluye en un paso de sainete. Los oficiales parlamentan, se abrazan, y los alzados regresan a sus cuarteles. La guerra civil, sin embargo, no tarda en estallar. En Navarra se levantan los realistas de Santos Ladrón y Quesada. En Urgel se proclama una regencia. A través de Vargas Laguna, su embajador en Roma, el Deseado pide la ayuda de la Santa Alianza. «Puedes creer, amigo Vargas, que la situación es muy difícil y muy penosa. Todo presagia un porvenir funesto, si Dios no nos socorre».

En apoyo del Deseado llegan de Francia los cien mil hijos de San Luis, que en realidad son sesenta mil, unidos a cuarenta mil españoles absolutistas. La Santa Alianza, reunida en Verona, ha acordado sufragar la campaña con sesenta millones de francos anuales, a cargo de Rusia, Prusia, Austria y la propia Francia. Inglaterra se opone en vano a la intervención. Los campesinos españoles, quienes quince años antes se habían batido épicamente contra Napoleón, ahora acogen entusiasmados a los invasores, gritando: «¡Viva el Rey absolutamente absoluto!». «¡Vivan las cadenas!». Los curas tocan a gloria y las atrocidades de los fernandistas contra sus propios compatriotas indignan y horrorizan al Duque de Angoulême, quien manda las fuerzas expedicionarias del Cristianísimo Monarca francés Luis XVIII. «Dondequiera que se hallan nuestros Ejércitos mantenemos la paz con grandes trabajos. Donde no estamos nosotros, se asesina, se roba y se viola de forma repugnante. En este país de salvajes, los soldados españoles que se dicen monárquicos sólo se dedican al estupro y al saqueo. Lo que más temen es precisamente el orden».

Las Cortes resuelven el traslado a Sevilla de la Regia Familia y se disuelven, para que el Poder Ejecutivo concentre en su ámbito el esfuerzo de guerra. Apenas disueltas, Fernando ensaya otro golpe de Estado e inesperadamente sustituye el Gobierno en pleno, por real e imprevisto decreto del 19 de febrero de 1823. El pánico le concede la audacia necesaria para aquel acto de fuerza, pronto abortado. Quiere quedarse en Madrid, a toda costa, y aguardar allí a los soldados del Duque de Angoulême, de quienes espera la liberación. Publicado el decreto, las turbas asaltan de nuevo el Palacio. Apalean a los sirvientes, destrozan espejos y ventanas, astillan

muebles y arrancan cortinajes. Mutilados de la Guerra de la Independencia exhiben cordones trenzados, con los que dicen ahorcarán al Deseado de una viga. Con estudiada demora interviene la Milicia Nacional y al cabo de largas deliberaciones consigue la retirada de las masas. El 10 de marzo, de buena mañana y escoltados por un simple destacamento de milicianos, el Monarca y los suyos salen para Sevilla. Los franceses entran en Madrid y las multitudes les tributan un recibimiento parejo a la acogida que dieran a Riego y al propio Deseado, al regreso de Aranjuez o del destierro. En muchas iglesias entronizan su imagen sobre el altar y los fieles le rezan como si fuese el Hijo de Dios. En Sevilla el Soberano asiste a las procesiones de Semana Santa. Da muestras públicas de gran devoción, que en su fuero íntimo dista de sentir. Entre tanto prepara un levantamiento con los grandes señores andaluces, que alzaría al paisanaje, conducido por oficiales de la Guardia Real, para restaurar el absolutismo. Traicionadas sus intrigas y ante el avance de los cien mil hijos de San Luis, que ya franquearon Despeñaperros, las Cortes deciden la huida de los Reyes a Cádiz. La ciudad, guardada por el Trocadero y sólo accesible a través del istmo, se presta a una larga defensa. El Deseado, quien teme la cárcel y aun la muerte al cabo de aquel éxodo, se niega a abandonar Sevilla.

Las Cortes, urgentemente reunidas, declaran la incompetencia del Deseado y el paso de sus poderes a un Consejo de Regencia. El razonamiento jurídico que depone a Fernando es presuroso y en buena parte tan falaz como casi todas las justificaciones de la historia. Un Monarca que prefiere su voluntaria entrega al invasor a la huida y a la resistencia es un traidor o un enajenado. Nadie pone en duda la ética patriótica de Su Majestad, luego su incapacidad intelectual resulta manifiesta. Camino de Cádiz, el Deseado y los suyos son sometidos a toda suerte de odiosas vejaciones. Les obligan a besar los cristales de su coche y a mostrarse como fieras cautivas al furor de las multitudes campesinas. Aquéllas son las mismas masas de olivareros, segadores y vaqueros, siervos todos del hambre de siempre, que se habrían alzado aullando «¡Viva el Rey absoluto!» si Fernando hubiese triunfado en su intriga en Sevilla. Un hombre se cuelga de la portezuela del carruaje, alza un puño muy prieto y le grita al Soberano: «¡Ya no eres nadie! ¡Nunca volverás a reinar!». Yerra de medio a medio, porque el régimen constitucional no llevará a la República, como también erróneamente lo predijera Riego, sino al más brutal de los despotismos a cuenta y cargo del mismo Deseado. Liberado por los franceses, que sitian a Cádiz y toman el Trocadero sin mayor esfuerzo, Fernando desembarca en el Puerto de Santa María. Sonriente escucha los clamores al absolutismo por parte de las turbas, que poco antes reclamaban

sus ojos y sus entrañas. El Duque de Angoulême, quien ahora le desprecia casi en la misma medida que aborrece a España entera, manda rendirle honores de mala gana. «Pues qué, mi buen Duque, ¿no decían que estaba loco?».

De inmediato empiezan las ejecuciones. A Riego lo matan en la Plaza de la Cebada, después de un calvario público que envilece al Régimen. (El pueblo grita «¡Viva la Santa Inquisición!» y el Deseado grita «¡Viva Riego y la madre que lo parió» cuando recibe las nuevas de su muerte). Asqueado, el Duque de Angoulême abandona Madrid. La Santa Alianza se horroriza y Luis XVIII escribe una carta indignada a Fernando VII: *Un despotisme aveugle, loin d'accroître le pouvoir des Rois, l'affaiblit; car si leur puissance ne connaît point de règles, s'ils ne respectent aucune loi, ils succombent bientôt sous le poids de leurs caprices*. El Deseado sonríe y se encoge de hombros. Nadie tiene derecho a darle lecciones de buen gobierno. Los absolutistas se han lanzado al campo, para exterminar a los negros hasta la cuarta generación. La canalla le aclama, como le adorara al regreso de Valençay, y él se siente mucho más cerca de aquellas masas que de todos los Reyes del mundo. Arropado en su bata raída y fumando como un carretero, vuelve a recibir a los mendigos en audiencia pública. Cuando un aguador le dice que los corregidores le quitaron su puesto en la Plaza de Oriente, manda devolvérselo y poner un letrero sobre el caño que rece: «Aquí se vende agua de Real Orden».

Tres veces casa el Deseado después de la muerte de María Antonia de Nápoles. En septiembre de 1816 se desposa con su sobrina Isabel de Braganza, hija de la Infanta Carlota cuya joroba ocultaba Goya detrás del Príncipe de Borbón Parma. Pobre, villana y portuguesa, como la llama el pueblo en unas coplas de escarnio y maldecir, la Reina muere de mal parto tres años después, sin dejar descendencia. Una hermana suya, María Francisca, marida con el Príncipe Don Carlos. Es madre antes de la muerte de Isabel y aspira denonadamente al Trono para su esposo y su estirpe. En agosto de 1819 el Deseado contrae nuevas nupcias con Amalia de Sajonia, a quien él lleva casi veinte años. La nueva Soberana, muy blanca y de ojos azules, como las pastoras de porcelana de su país, escribe versos al modo de *Las Florecillas* de San Francisco y lee a los poetas lacustres ingleses vertidos al alemán. En su noche de bodas, el Deseado sorprende al Palacio entero, cuando abandona la alcoba nupcial rojo de ira y renegando como un endemoniado. Amalia, huérfana de madre desde muy niña y crecida en un convento de monjas, siente una histérica y violenta repugnancia al trato carnal con su marido. El

Deseado suplica y consigue una gestión del Papa, para que la Reina se avenga a razones. Cede ella finalmente, más por cristiana que por esposa; pero entonces resulta estéril. Fallece el 18 de mayo de 1829, sin legarle hijos al Monarca.

Siete meses después casa de nuevo Fernando. Como su antiguo carcelero de Valençay, el Deseado puede afirmar entonces no buscar una mujer sino un útero, para que en éste sobreviva su sangre. La elegida es María Cristina, su joven sobrina napolitana a quien él lleva casi un cuarto de siglo. La Infanta Luisa Carlota, hermana de Cristina y cuñada del Rey, su tío, por mujer del Infante Don Francisco de Paula, arregla las bodas. Irónicamente el Deseado rendirá el albedrío ante esta última esposa, de ojos oscuros y orejas diminutas, como la describe Villa Urrutia, cuya tenue sonrisa y natural gentileza admira al pueblo y a la Corte. Más irónicamente aún un resentido Príncipe Don Carlos, quien se ha opuesto a aquel matrimonio por todos los medios a su alcance, debe representar al Rey, cuando éste casa por poderes en la capilla del Real Sitio de Aranjuez. El 29 de marzo de 1830, el Deseado promulga la Pragmática Sanción, restableciendo la ley de Partidas y derogando un auto de Felipe V que excluía a las hembras como herederas de la Corona. Don Carlos y Doña María Francisca protestan airadamente, por creer al Infante con más válidos derechos al Trono, si María Cristina, al entonces embarazada, pare una niña. Ésta nace el 10 de octubre y es bautizada con el nombre de María Isabel. El 30 de enero de 1832, la Reina alumbra de nuevo a otra hija, María Luisa Fernanda. En septiembre fuertes ataques de gota llevan al Rey a las puertas de la muerte. A los cuarenta y siete años es un anciano y los médicos lo desahucian. Presionada por el primer ministro, Calomarde, y por el obispo de León, María Cristina cede y permite que el Deseado firme un codicilo donde revoca la Pragmática Sanción.

Don Carlos, cuyos derechos apoya la España absolutista dispuesta a extirpar a los negros hasta la cuarta generación, cree ahora su herencia asegurada. En La Granja la Infanta Luisa Carlota increpa a la Reina, que llora en sus brazos. (*Regina di galleria!*). A Calomarde lo abofetea con todas sus fuerzas. («Manos blancas no ofenden, señora»). Rompe el codicilo en mil pedazos y establece un cordón sanitario en torno del agonizante, que excluye las visitas de Don Carlos y de su mujer. Inesperadamente el Deseado, siempre artero en el arte de la supervivencia, se restablece lo bastante para publicar un manifiesto donde denuncia la maniobra del carlismo. «La perfidia remató la horrible trama, comenzada por la sedición». Don Carlos huye a Portugal y empieza la regencia de María Cristina. El 16 de octubre de 1832 decreta una

amplia amnistía y poco después concede un indulto general. El 20 de junio de 1833 las Cortes juran a Isabel en la iglesia de San Jerónimo. El Rey asiste a la ceremonia arrastrando las piernas, que casi no le sostienen. El ritual interminable aburre a la Princesita. Juega con los leones labrados en los brazos del sillón y por dos veces la Reina la reprende. El Deseado sonríe. Rondado por la muerte, deja de temerla por primera vez y le cuesta reconocerse en aquella inesperada indiferencia. También él se hastía en San Jerónimo, mientras juran los grandes de España, los ricohombres de la Corte y los prelados. Cabecea; le vence la fatiga y España se acerca inevitablemente a la guerra civil. Afuera, en sus campanarios, todas las campanas de Madrid repican a gloria.

Tres meses después, el 29 de septiembre, se derrumba de bruces sobre la mesa al terminar el almuerzo. Cubiertos y vajilla caen por los suelos, donde tintinan o se quiebran. Una mano ya engarabitada estruja los manteles. La Reina se levanta chillando, mientras un camarlengo y dos gentileshombres de boca se precipitan a ayudar al Rey. Tiene los ojos muy abiertos y una torcida sonrisa de asombro, pringada por un hilo de sangre muy roja. Fernando VII, el Deseado, acaba de morir.

21 de noviembre de 1975

A través de un lago, que remansaría a lo lejos las aguas del tiempo, sintió el chirrido del dedo contra el cristal. Cerró los ojos y vio el lago helado, por donde huía una manada de osos blancos, de pupilas rosadas, despavoridos por aquel chirriar que al repetirse crecíase en sí mismo, como una espiral. En su fatiga, Sandro quiso gritarles inútilmente que el hielo del tiempo se partiría como la mica, herido por la estridencia. Debajo del hielo se extendería la nada, interminable y absoluta, sin peces, sin astros, sin algas, sin monstruos: una nada que devoraría a los osos aterrados, como si nunca hubiesen sido. De súbito se hizo la oscuridad en sus ojos y aquietóse el chillido del vidrio martirizado, para concluir en un estrépito de vajillas y tenedores derramados por los suelos, antes de cerrarse el silencio. En aquella quietud, que por inesperada parecía escandalosa, oyó una de las voces que había aprendido a reconocer en sueños. «Duerme como te plazca y regresa a Burdeos cuando te venga en gana. Yo tenía la ilusión de que murieses aquí, de viejo, para hacerte unas exequias dignas de Apeles. Te hubiese mostrado de cuerpo presente en la Puerta de Alcalá, velado por los alabarderos reales y la tropa a caballo. En fila india y hasta las Ventas del Espíritu Santo, la gente habría aguardado noches enteras para verte muerto. La canalla acude por igual a las ejecuciones y a los funerales. Todo es parte del mismo circo». En algún sitio, quizás en el libro de Arzadun y Zabala, Sandro había leído que después de la guerra y al regreso del Deseado no había ni arañas en el Palacio de Oriente. Todo expoliado por los invasores en su fuga. Quizá no lo leyese en Arzadun y Zabala, se dijo de inmediato. Tal vez lo supiese de una forma mucho más sencilla, pero también más inexplicable. En cualquier caso, siguió reflexionando, el Palacio sin arañas no fuera el lugar adecuado para recibir los despojos de Goya, a su vuelta de Burdeos. Mejor exhibirlos en la Puerta de Alcalá, muy cerca de donde estuvo el viejo circo de toros y donde *Barbudo* mató a *Pepe-Hillo*. «Circo. No volveré nunca al circo de la *rue* du Manège, donde llevaba a Rosarito para olvidarme de mí mismo, mirando a los saltimbanquis suspendidos por un instante entre el cielo y este infierno que llamamos la tierra. Allí los animales se volvían bufones y los hombres jugaban con las fieras, como en el jardín de las delicias terrenales», proseguía la otra voz, aquella que Sandro sabía suya, debajo de la frente.

Se habituó a las voces como a sus pasos. Cuatro o cinco años antes había conocido en Princeton a Julian Jaynes, quien le habló de una obra suya,

largamente apercibida durante mucho tiempo, acerca de los orígenes de la vida interior. Según Jaynes la especie humana había elaborado el lenguaje cien mil años antes de Cristo. Pero no descubrió la conciencia y la razón hasta unos mil años antes de la Era Cristiana. En el ínterin los hombres rigiéronse por voces mágicas y místicas, que advertían y filtraban a través del hemisferio derecho cerebral, como aún lo hacen los paranoicos. Entre el segundo y el primer milenios antes de Jesucristo, vastas migraciones, y el uso cada vez más extendido de la palabra escrita crearon sociedades excesivamente complejas para gobernarlas oráculos e iluminados. La especie aprendió entonces a ensimismarse y en su interior halló el conocimiento. Sandro le recordó a Jaynes, mientras éste tomaba apresuradas notas, cómo Ortega manifestara que cuatro siglos antes de nuestra Era Sócrates había descubierto la razón en las plazas de Atenas, aunque los presocráticos la emplearon con anterioridad sin reducir la vida a su formato. Luego añadió que el régimen de voces sagradas e inexplicables demostraba en cierto modo su validez, a través una supervivencia de casi cien mil años. *Perhaps it would not be a bad idea to go back to it, and to undo what we have done in three millenia*. «Quizá no fuese mala idea volver a ello y deshacer cuanto hicimos a lo largo de tres milenios». Julian Jaynes se encogió de hombros sonriendo. «Mata usted mi libro, amigo Vasari». «No, simplemente le propongo escribir luego otro de intención totalmente opuesta».

Ahora, con los ojos cerrados en su estudio, o por mejor decirlo en el estudio de R., donde Marina miraba en silencio la televisión, Sandro se dijo que la voz ajena y tantas veces sentida había terminado por hacérsele propia. «Sea yo quien sea, el borrón de R. o un hombre de carne y huesos, con inalienable identidad, soy también aquel que en mí habla y agoniza. Aquel que también en mí escucha a otros seres, quienes le hablan o increpan». En la televisión era de noche y la noche era la de Madrid. Franco había muerto y sus restos fueron trasladados desde el Pardo hasta el Palacio de Oriente. Le velaban allí, en el Salón de las Columnas, donde al decir de los informadores dispusieran la capilla ardiente de María de las Mercedes, la primera esposa de Alfonso XII. Escogieron aquella estancia, adornada con lámparas isabelinas, frescos de Corrado Giaquinto, suelos de mármol y paños funerarios traídos de los Jerónimos y de las Esclavas Reales, por su fácil acceso y su doble entrada. Colas interminables, contenidas y flanqueadas por bajas verjas, se perdían hacia la Plaza de España. Hablaban de centenares de miles de gentes, dispuestas a pasar la noche y la mañana en pie y a la serena para despedirse del cadáver. («Sus semblantes no me son desconocidos. Veo en todos ellos a

las mismas multitudes que aclamaron a Godoy, al Deseado, al Rey Intruso, a Riego, al Empecinado. Son también los que arrastraron a Godoy en Aranjuez, acuchillándole las piernas; los que condujeron a Riego al cadalso en un serón de carbonero y apedrearon luego los cuartos de su cuerpo, trinchado a hachazos y expuesto en la picota de veinte ciudades; los que destriparon al Empecinado con pinchos y navajas, cuando iba esposado en una jaula, y bailaron de gozo mientras el verdugo quemaba sus despojos; los que invadieron el mismo Palacio de Oriente, con cordones para ahorcar al Deseado y camino de Cádiz le obligaron a besar las ventanas de su coche, para escupirle a los ojos»). Ante el portón del Palacio, los guardias repetían sin cesar: «Recuerden ustedes que no pueden llevar paquetes, bolsos ni cámaras fotográficas. Recuerden ustedes que no pueden llevar paquetes, bolsos ni cámaras fotográficas. Recuerden ustedes…». Hacia el final la columna se demoraba y detenía. Los ugieres suplicaban que se pasara de cuatro en fondo ante el féretro; pero nadie quería verse alejado del túmulo por las filas ajenas. La noche era serena y helada.

En la calle había puestos de socorro y a veces las campanas repetían las horas. Los informadores contaban el paso de los fieles ante el cadáver, porque aquello al decir de uno de ellos era historia inolvidable. Los sacerdotes bendecían el cuerpo presente y los mílites lo saludaban militarmente. Gente hubo que cayó de rodillas a los pies del muerto, mientras otros se santiguaban al verle. («Les he visto en las romerías y en las meriendas de San Isidro, en la iglesia, en los toros, en las ventas, en las posadas, en los mesones, en las bodas, en los fandangos, en los prostíbulos, en las cárceles. Les oí vitorear la Inquisición, las cadenas, la libertad, la Constitución, la Corona, la Fe, la revolución, la muerte, las prisiones, la Patria, la traición, la venganza, la misericordia, la ignorancia, el absolutismo, la rebeldía, las reses bravas y el vino de la misa»). «¿Creen ustedes que me dejarán darle un beso cuando llegue?» imploraba una vieja, arropada y hundida en un sillón de ruedas. «¿Creen ustedes…?». Unos gitanos declaraban sus señas de identidad: «Somos los gitanos del Pozo del Tío Raimundo. Para nosotros también fue un hombre bueno». Un anciano se frotaba las manos ateridas y tosía a golpes cavernosos. «Llevo toda la noche aquí, no he dormido; pero no me marcho sin verle en la capilla ardiente del Palacio». Otro sacudía la cabeza, envueltas quijada y orejas con una bufanda. «Era como un padre para el país. Era como un padre». («No sólo aplaudían al Príncipe de la Paz, a Fernando VII, a Rafael Riego y a Juan Martín el Empecinado, sino también a *Costillares*, a Pedro Romero, a José Romero, a Joseph Bonaparte, a Murat, al Duque de

Angoulême, a los ingleses y a los cien mil hijos de San Luis. Irán ahora todos al Palacio de Oriente, a despedirse de un muerto a quien acaso ninguno de ellos viera nunca en carne y huesos. Pero en el fondo no van al Palacio, ni a sitio alguno, porque como me dije siempre al pensar en ellos ni saben el camino ni se conocen»).

En el Salón de las Columnas, Franco yacía uniformado en su féretro. La interminable agonía, con sus hemorragias y operaciones, no dejó mayor huella en aquel rostro de anciano que los embalsamadores obviamente remudaron de mano maestra. Sólo en el labio superior, muy cerca de la comisura de la boca adelgazada, una herida semejante a la huella de un aguijonazo era claramente visible en la pantalla. Más no quedaba de quien fue el Jefe del Estado, Presidente del Gobierno, Jefe Nacional del Movimiento y Generalísimo de los Ejércitos, sólo responsable ante Dios y ante la Historia. Más no quedaba, repitióse Sandro, de quien en su discurso de despedida a los caballeros cadetes de la Academia Militar de Zaragoza dijo haber terminado allí con los oficiales sietemesinos y entecos; de quien profetizó allá por 1942 o 1943 que la guerra mundial significaría el fin de una era y el principio de otra, donde sucumbiría el mundo liberal, víctima del cáncer de sus propios errores, junto con su imperialismo, su capitalismo y sus millones de parados; de quien por las mismas fechas, o acaso en otras no muy anteriores, escribía a Hitler, Adolf, hijo de Hitler, Alois, funcionario de las aduanas imperiales y reales y de Hitler, Klara, *née* Pölzl, hija de Pölzl, Johann, campesino de Spital, en la Baja Austria, sentirse unido a él en un común destino histórico, cuya deserción significaría su suicidio y el de la Causa que había representado y conducido en España; de quien diez o doce años después de la segunda guerra mundial y del suicidio de Hitler, Adolf, hijo de Hitler, Alois, funcionario de las aduanas imperiales y reales, diría al representante de un periódico francés (¿*Le Figaro*?) que absolutamente en ningún momento de la contienda pensó poner a su país al lado del Eje Roma-Berlín, y en cierto modo también Toldo; de quien al término del mismo conflicto armado y universal daría la más negativa de todas las definiciones de Derecho Político, después de las últimas palabras de Carlos II, el Hechizado: «No somos de derechas, ni menos de izquierdas, ni somos del centro» (el Hechizado, en su lecho de muerte, «yo ya no soy nada»); de quien allá por la época de la entrevista concedida al diario francés (¿*Le Figaro*? ¿*Le Matin*? ¿*France-Soir*? No, definitivamente no era *France-Soir*) diría ser del todo absurdo y malévolo calificarle de dictador, puesto que sus prerrogativas y atribuciones eran muy inferiores a las del Presidente de los Estados Unidos, al entonces el antiguo

general Eisenhower; de quien en plena guerra civil aseguraba al enviado de otro periódico extranjero, y esta vez japonés, que concluida su misión se retiraría al campo, para ocultarse en la vida privada y familiar; de quien unos veinte años más tarde, exacta y precisamente el 22 de noviembre de 1966 y con motivo de la presentación a las Cortes de la Ley Orgánica del Estado, hablaría de los demonios familiares del pueblo español: espíritu anárquico, crítica negativa, insolidaridad, extremismo y enemistad; de quien cuatro años antes de su muerte, cuatro años casi día por día, afirmaba que mientras Dios le diera fuerzas, vida y claridad de juicio, empuñaría el timón del Estado al servicio de la unidad, la grandeza y la libertad de su pueblo.

Sandro no quiso dejarse llevar por fáciles emociones. Aquellas que en nombre de obvias verdades tañían a muerto desde el fondo del pasado. Las que le reiteraban abrumadoramente el carácter perecedero del poder, tan transitorio o más que los propios hombres. Los vientos del tiempo se llevaban las cenizas de los imperios y de los esclavos. Por mortal, nada más humano que la historia en fin de cuentas. El Greco sobrevivía a Felipe II, quien no gustaba de su arte; como Velázquez sobrevivía a Felipe IV, quien le estimaba sinceramente; como Goya sobrevivía a Fernando VII, quien le temía y respetaba de modo tan evidente como enigmático. Todo ello volvíase insignificante por reiterado. («Te hubiese mostrado de cuerpo presente en la Puerta de Alcalá, velado por los alabarderos reales y la tropa a caballo», insistía en su interior una de aquellas voces ya inseparables de su ser más profundo. «Te hubiera mostrado de cuerpo presente…»). La televisión parecía una pecera oscura, por donde se deslizaban imágenes tiritantes en el fondo de la noche. Lejos, en una lejanía propia e inalienable, volvió a sentir Sandro el gemido chillón de un índice húmedo acariciando el canto de una copa.

En la Grande Chartreuse de Burdeos la inscripción de la tumba, que Goya compartía con su consuegro, estaba equivocada. *Hispanienses Peritisimus Pictor* a quien decían muerto a los ochenta y cinco años, en vez de los ochenta y dos que contaba cuando falleció. Si repararon en el error, Xavier y Mariano Goya nunca se desvivieron por corregirlo. Lo más probable era que ellos mismos hubiesen olvidado la edad precisa de su padre y abuelo. Alfonso XII fue el primero en proponerse el traslado del cuerpo de Goya a Madrid, a poco de la restauración monárquica. No obstante, las funciones administrativas españolas se empantanaron y demoraron, como de costumbre. El Rey pereció antes de que exhumaran los restos. En 1888, durante la regencia de María Cristina, volvió a plantearse el rescate de sus huesos. Como bien decía Saint-Paulien, Sagasta había reconocido el matrimonio civil y

promulgado el sufragio universal, aunque *restringido*, no existía razón alguna para que los despojos liberales del pintor de San Antonio de la Florida siguieran en el destierro. El 25 de febrero de 1889, el Ayuntamiento de Burdeos autorizó el desentierro a la Prefectura de la Gironde. Las planchas de los ataúdes estaban podridas y confundíanse las cenizas. Asombrosamente, y aunque el sepulcro no ofrecía muestras de haber sido violado, las autoridades descubrieron allí un solo cráneo: el de Goicoechea. *Les vérifications ont permis de constater que le corps que l'on croit être celui de Goya n'aurait pas de tête*… Los encargados de la exhumación vacilaban ante el misterio. Solicitaron instrucciones de Madrid; pero Madrid, desconcertado, decidió olvidarse de un caso tan enfadoso. Al cabo de un año los huesos de los dos hombres regresaron confundidos a su sepulcro. Goya, muerto, siguió consumiéndose pacientemente en el exilio.

El enigma del cráneo perdido no empezará a aclararse hasta ochenta años más tarde. Al parecer lo sustrajeron un frenólogo francés, el pintor Dionisio Fierros y el Marqués de San Adrián en 1846. Tres años después Fierros pintó y fechó un óleo, en cuyo dorso escribía con su propia mano el Marqués de San Adrián: *El Cráneo de Goya Pintado por Fierros*. Fierros sentía una «extraña ternura por aquella calavera», al decir de su viuda, y la guardaba debajo de un fanal en su estudio. Posteriormente el cuadro perdióse en Zaragoza. En 1911 un hijo del artista, estudiante de medicina en Zaragoza, desarticuló el cráneo con garbanzos húmedos y repartió los huesos entre los amigos, después de iniciarles en el secreto. Guardó a modo de reliquia un pedazo de parietal, que su nieto conservaba todavía en 1961, cuando reveló la entera historia a *Mundo Hispánico*.

Aquél era el destino de los restos de Goya, en las estepas interminables de la muerte, donde Franco acompañaba ahora al pintor de *Los Fusilamientos del 3 de Mayo, en Madrid*. Las cenizas de San Antonio de la Florida y la esquirla del parietal, propiedad privada y hasta entonces secreta de Dionisio Gamallo Fierros, era también cuanto quedaba del pintor de cuatro Reyes, del amante sordo de María Teresa en Sanlúcar, del compadre de *Costillares*, Pedro Romero y *Pepe-Hillo*, del testigo más veraz e implacable de su época y del hombre que había descendido hasta las últimas simas de su interior, para descubrir allí abismos y espacios tan inmensos como los que distanciaban nebulosas y constelaciones, entre los cuales temblaba la humanidad despavorida. El peregrinaje de los despojos de Goya no había terminado aún. En 1899, al filo de otro siglo que vería agigantados en España todos los horrores de *Los Desastres de la Guerra* y agigantadas la estupidez y la

sinrazón de *Los Caprichos* y de *Los Disparates*, las cenizas de Goya, confundidas con las de Goicoechea, regresaron a Madrid. Allí las cobijó el cementerio de San Isidro, en espera de un monumento que debería honrarlas conjuntamente con las de otros exiliados como Moratín, Donoso Cortés y Menéndez Valdés. El monumento no se construyó nunca. Al cabo, el 29 de noviembre de 1919, hallaron reposo bajo los frescos de San Antonio de la Florida. El último entierro de Goya no conmovió mayormente al Madrid de la época. El país que oraba y embestía, como escribiera Machado poco antes, destruía y olvidaba con idéntica presteza. *La Esfera*, por ejemplo, ni siquiera mencionaba el acto de San Antonio. El esqueleto decapitado de Goya dormía ahora en un cofre de metal, bajo una losa de piedra. («Caída la noche se marchan todos y las estrellas de invierno empiezan a encenderse sobre la linterna. Sólo la luna y la lámpara del presbiterio iluminan aquella capilla, donde un juego de espejos en los rincones multiplica mis pinturas y las sombras. De pronto, sin subir aldabas ni empujar puertas sobre sus goznes, las cuatro parejas de *La Gallina Ciega* cruzan los muros y prendidas de las manos cierran un círculo alrededor de mi tumba»). Ramón Gómez de la Serna, quien asistió al último entierro de Goya hasta la fecha, observaba asombrado la pequeñez de su urna. Acongoja y estremece, pensó para sus adentros, ver cómo menguaban los hombres más grandes.

De improviso y siempre con movimientos que parecían medidos y pensados, Marina apagó el televisor. Luego sentóse en la alfombra, junto a Sandro y encendió un cigarrillo.

—Todo esto —dijo con voz apagada— ha sucedido ya.

—Es muy posible —asintió Sandro—. Aunque no exista documento demográfico ni histórico que consigne la muerte de ningún otro gallego.

—No me comprendiste o no quieres comprenderme. Para el caso poco importa.

—Me esfuerzo en comprenderte.

—Si es así, te olvidaste de quién somos o, por mejor decirlo, de quién no somos. Nosotros y cuanto nos rodea, incluido el velatorio de Franco en el Palacio de Oriente, sólo existimos en el libro de R. Nada es nuestro, Sandro, ni la historia ni las quimeras. Cuanto vimos en la televisión resulta tan irreal como los espectros de *La Gallina Ciega* bailando en el prado, porque nosotros mismos somos el sueño o la fábula de otro hombre.

—¿Por qué dijiste entonces que todo esto ya había sucedido?

—Porque esto sí es cierto. En el tiempo real, aquél en que R. vive de veras y escribe nuestras vidas, hace ya uno o dos años que Franco ha muerto.

—Fue él precisamente quien nos llamó desde los Estados Unidos, para decirnos que acababa de morir.

—Nos llamó en su libro. ¿Cuántas veces debo de repetírtelo, para que empieces a escucharme? Para entonces, en la realidad, habrían pasado meses o años desde el fallecimiento de aquel hombre, a quien tantos creyeron inmortal.

Dos madrugadas antes, sobre las cinco de la mañana, Sandro soñaba que soñaba. En el sueño distinguía a un hombre, muy aviejado y pobremente vestido, quien jugaba con unos niños en unos jardines públicos, desaparecidos luego en una tronada. Soñó luego haber despertado y ver a su lado a una mujer, quien no era Marina, desnuda, dormida y tendida de bruces a su lado. En el recuerdo, volvía a ver ahora su cabellera oscurísima, de una negrura brillante, esparcida por los hombros y las sábanas. Detrás de los cristales de una ventana escampaba una borrasca. Surgió el arco iris en los cielos y cruzando el vidrio destelló en la espalda de la mujer, encendiéndola con todos los colores del prisma. Sandro la desveló entonces y le dijo: «Soñé que veía a Godoy en un parque, donde no estuve nunca. Él era muy viejo; pero le reconocí los rasgos, porque jamás olvidé un rostro. Sentado en un banco y vestido como un cesante, hablaba con otros abuelos tan pobremente ataviados como él. A veces los niños se le acercaban y les prestaba el bastón, para que lo cabalgaran alrededor de un estanque. En una tempestad se me fundió el sueño. No lo comprendo; pero me temo que augure desdichas». En aquel instante le despertó de veras el repiqueteo del teléfono. Desaparecieron la ventana, la tarde y el arco iris. Era Marina quien dormía ahora a su lado, de bruces y en cueros. Aturdido tomó el teléfono, para oír la voz de R., tan cercana y distinta como si le hablase en la misma estancia. «Sandro, ¿quieres presenciar la caída del último Imperio elevado hacia Dios, como la torre de Babel?». Avivó el ánimo al oír las nuevas. Estaba del todo lúcido, cuando preguntó si habían publicado la noticia en los Estados Unidos. «La televisión americana acaba de anunciarla. Aquí son las once de la noche, *Eastern Time*», precisaba R. «Te dejo ahora, en compañía de una historia más o menos incierta». Hasta la mañana siguiente no se percató Sandro de que R. no le había dicho exactamente desde dónde le telefoneaba (*Eastern Time*), ni le había preguntado por su libro sobre Goya. Tampoco supo nunca si al referirse a una historia, más o menos incierta, hablaba del pasado o del porvenir.

—Si de veras han transcurrido dos años desde la muerte de Franco y nosotros no somos sino seres de ficción, extraviados en un libro donde R. se

esfuerza vanamente por darnos vida, ¿qué es ahora del país en la realidad? ¿Lo sabes tú, acaso?

—¿Cómo iba a saberlo, si R. no quiso que previese el futuro en su obra? Por lo demás, tampoco sé a qué viene esta pregunta. Tú mismo dijiste siempre que vivir aquí es volver a ver lo mismo y que el porvenir de España es dudoso, porque su presente suele parecerse a su pasado.

—Yo sólo dije lo último —defendíase Sandro mansamente—. Lo demás es de Azorín, aunque parezca mentira.

—Sea de quien fuese —le asombró la impaciencia en la voz de Marina—. Si nosotros nunca estuvimos verdaderamente vivos, si sólo alentamos en la mente de un hombre de carne y huesos, tampoco este país llegó a vivir nunca en realidad.

Volvió a confesarse para sus adentros que Marina había enloquecido. No obstante, su demencia revelaba una intrínseca consecuencia, cuya lógica interna («la lógica de los sueños o de los personajes literarios, de estos seres de ficción que a su decir somos nosotros») le parecía tan deslumbrante como irresistible. Como lo hiciera seis días antes, frente a los fantasmas que bailaban en el Prado disfrazados de majos, afirmóse en la creencia de que la locura era la más convincente de las certezas, en tanto que las restantes realidades, las del conocimiento, del sentimiento y de los sentidos resultaban siempre relativas y negociables. En tal caso, ¿por qué no asumir el desbarro de Marina y hacerlo suyo voluntariamente? En fin de cuentas lo importante no era existir o no existir, sino aprender a reconocerse. A mayor abundamiento, díjose Sandro ignorar entonces si aquella idea era suya o del propio R., y él la plagiaba sin advertirlo.

—Goya, sí existió —vino a afirmar en voz baja, evitando los ojos de Marina.

—Existió y dijo que el sueño de la razón produce monstruos. Seres como nosotros conjurados por la razón de R., a menos que él esté loco y no seamos criaturas de su razón sino de su desvarío.

—En cualquier caso, si estuviese ido y nosotros fuésemos sus fantasmas, tampoco llegaríamos a conocer su insania.

—¡Oh, está loco! ¡No te quepa duda! —insistía ahora Marina, exaltada, arrojando el cigarro encendido a los leños humeantes de la chimenea—. ¿Quién sino un demente hubiese imaginado gentes como nosotros, para darnos el absurdo destino que nos cupo en suerte? Piensa en tus hijos muertos y en los míos, que nunca llegarán a nacer. Piensa en los aparecidos del cuadro. Piensa en el toro pintado, cuando surgió vivo al pie de la ventana.

Piensa en nuestro encuentro inverosímil y en el hecho de que ahora nos encontremos juntos aquí, precisamente en casa de R., sin saber a ciencia cierta si nos amamos o nos odiamos…

—Supongo pensarás también en mi libro sobre Goya —decía Sandro, venciendo la frente y la mirada.

—No iba a olvidarlo, porque en cierto sentido es el más insensato de los delirios de R. Tu libro sólo existe en el suyo, aquel que él escribe sobre nosotros. Nunca llegarás a terminarlo, porque R. se propuso que no lo concluyeses. Únicamente por esto, para que no lo completaras, quiso encargártelo. Quedará truncado dentro de la obra de R., que entre otras cosas será la historia de esta frustración tuya.

—Tal vez aciertas en eso… —murmuró Sandro, la mirada fija en el fuego que centelleaba.

—¡Claro que acierto! Tú creerás que disparato y aun te sentirás tentado a veces a contagiarte mi demencia. No pretendas negármelo, porque lo leo en tus ojos —en silencio, Sandro seguía contemplando las llamas—. Antes supuse que mi desvarío era el castigo de R., el suplicio impuesto gratuitamente por un autor sádico a una de sus criaturas. Ahora sé, en cambio, que mi locura no es sino el reflejo de la suya: la viva imagen de la insania de alguien quien se imagina ser a un tiempo la razón y nuestra razón de ser.

Las manos cruzadas debajo del mentón, los codos hundidos en las rodillas, Sandro estudiaba inmóvil el fuego en el fondo del hogar. Muy lejos, en los últimos abismos de sí mismo, volvía a sentir el gemido interminable del cristal de una copa, repasado por un dedo húmedo. Quiso decirle a Marina que aquél no era el resumen completo del drama y de la condición de entrambos. Aun en el caso de que los dos, él y Marina, fuesen sólo quimeras en el libro que R. escribía a su propia imagen y semejanza, otro hombre y otras voces hacíanse sentir insistentemente en el interior de Sandro, obligándole a identificarse con un pintor muerto en el destierro, siglo y medio antes de que Franco yaciese en la capilla ardiente del Palacio Real. El cristal invisible chirriaba ahora como el herrín de una navaja contra la muela de afilar. («¡Señor, os lo suplico!». «¡Ah, perdóname! Creí que no oías absolutamente nada». «Estos chirríos sí los oigo. También las tronadas a veces, cuando suenan muy lejos»). No obstante nada dijo de todo aquello. Sin apartar el encaro de los leños y las trébedes, murmuró como para sí mismo:

—También Godoy, en una carta escrita la antevíspera de su muerte, decía creer a veces haber vivido un sueño ajeno: precisamente el sueño de la razón.

Quizás no sea preciso añadir que la carta permanece inédita y pertenece ahora a R. Él me dio una fotocopia de la misma.

—¡Muy bien! ¡Si el sueño de la razón produce monstruos, veamos ahora si el sueño de unos monstruos como nosotros conjura a nuestra razón de ser! —arrodillada junto a Sandro, Marina estrujaba sus palmas entre las manos frías y estremecidas—. ¡El libro de R. está terminándose y en cualquier momento, cuando él lo disponga, desapareceremos en el vacío! ¡Yo quiero vivir y quiero vivir contigo! ¡Al igual que el maldito país, como tú le llamas, quiere vivir en paz y en comunidad, después del gran disparate que ahora termina con la muerte de Franco!

—Marina, por el amor de Dios, procura serenarte…

—No quiero serenarme ni quiero el amor de Dios. ¡Quiero sobrevivir contigo y quiero tu amor, aunque sea el de un espectro tan enloquecido y tan extraviado como yo misma! ¡El de un borracho, quien mató a todos mis hijos en mis entrañas, antes de que pudiese concebirlos! ¡Bien, sea, allá cada cual con su lepra y con su llanto, como bien dijo quien lo dijese!

—Marina, por caridad…

—Por caridad, ayúdame tú a conjurar a R. ¡Forcémosle a aparecerse aquí, en el centro de su propio sueño, y a obligarle a mantenernos vivos en su libro! Juntos somos tan fuertes como él, o acaso todavía más poderosos. Aunque seamos figuras de una fábula incompleta y aunque R. sea de carne y sangre, podemos sobrevivirle. ¿No es ley natural, en fin de cuentas, que los personajes vivan más allá que sus autores? ¿Lo es o no lo es?

—Sí, lo es —susurró Sandro en voz muy baja—. San Manuel Bueno, el cura que no creía en la inmortalidad, sobrevive a Unamuno. Pero Unamuno sobrevivirá a Franco. Sólo lo fingido es verdadero.

—En tal caso, podemos invocarle, aquí en su misma casa. ¿Qué mejor sitio para suplicar su presencia? Él mismo dispuso el escenario y los actores, para hacer su entrada en el último instante. Fue únicamente incapaz de prever nuestra rebelión, que le apremiaría a proseguir nuestras vidas, cuando se dispusiera a abandonarnos. Si le llamamos ahora no podrá resistirse, porque al fin y al cabo es sólo un hombre mortal, quien necesita a sus espectros tanto como nosotros le necesitamos a él mismo.

—Nosotros para vivir y él para no volverse loco —precisó Sandro, casi sin darse cuenta—. Sí, es muy posible que todo esto sea bien cierto.

—¿A qué aguardamos, entonces? Si los dos le conjuramos se verá obligado a aparecerse, porque nuestro poder será el de la comunión de los santos. ¿O acaso hay que esperar siempre aquí, en la ficción y en la realidad,

el derecho a existir dignamente como seres humanos? ¿O por ventura me crees víctima de la más extraña de las demencias, la de una mujer viva, aunque incapaz de dar vida, quien se imagina ser el personaje literario de un libro ajeno?

Sandro tardó en responder. Un tanto a su pesar regalábase pensando en una súbita aunque no inesperada aparición de R., requerido por él y por Marina. Vendría, pensó, como Satán o el Gran Cabrón brotaba en los robledos de Vizcaya al hechizo y demanda de las brujas goyescas. Vendría, si Marina estaba en lo cierto y ellos no existían de veras, no a rendir cuentas de haberles concedido una vida ficticia («sólo lo fingido es verdadero») sino de haberles negado una libertad muy cierta. Quizás compareciera casi treinta años más joven, como lo era en aquella primavera de 1947, cuando les presentó a él y a Marina junto al estanque de los nenúfares y del patio de Letras. («*¡Qué hermosas son estas flores! Me pregunto cómo se llamarán*», había exclamado Villaespesa en el Retiro, según les contaba R. «*No sea usted animal, Villaespesa. Estas flores tan hermosas son los nenúfares, que aparecen día sí y día también en todos sus poemas*»). Frente al tablón de anuncios peleaban a bofetadas estudiantes falangistas y monárquicos. Unos defendían el manifiesto de Don Juan de Borbón en Estoril, que los otros no pudieran arrancar todavía. «Lo que el país desea es salir cuanto antes de una interinidad cada día más peligrosa, sin comprender que la hostilidad de que la Patria se ve rodeada en el mundo nace en máxima parte de la presencia del general Franco en la Jefatura del Estado». Casi treinta años después, en aquel otoño, la Patria volvía a saberse rodeada de la enemiga mundial, a raíz de las cinco ejecuciones políticas de septiembre: las últimas ejecuciones del franquismo antes de la muerte de Franco. En el balcón del mismo Palacio Real, donde ahora yacía de cuerpo presente, un hombre empequeñecido y agrietado por la vejez saludó con mano temblorosa al pueblo delirante, que le voceaba su adhesión y su repudio al mundo por condenarlo. Durante treinta y seis años había gobernado vitalicia y dictatorialmente aquel país, donde siempre encontró centenares de miles de gentes para aclamarle. Los mismos centenares de miles que muy pronto le olvidarían, como si nunca hubiese nacido. Al pensar en el anciano y en su pueblo, Sandro se dijo que ni él ni el pueblo podían ser ciertos. Su historia común era un sueño delirante, que por contraste daba apariencia de realidad a los desvaríos y a las ficciones. Nadie con conocimiento de aquellos años ciertos podía acusar a Marina de demente por creerse el personaje del libro de un ido.

—No, Marina —dijo al cabo—, yo no te imaginaría poseída por la más extraña de las locuras, cuando aseguras ser un espectro fantaseado por un hombre. En último término, la mayor insania no será nunca la literatura sino la historia. Por otra parte nuestra condición de seres soñados resulta tan imposible de probar como nuestra realidad. En todo caso, de cerca o de lejos, ficticios o ciertos, vivimos siempre gobernados por R. No se trata de invocarlo, para exigirle cuentas, sino sencillamente de liberarnos.

—¿Cómo íbamos a librarnos de él? ¿Lo sabes tú acaso?

—Creo saberlo.

—¿Cómo? ¡En el nombre del cielo! ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Esforzándonos por vivir nuestras propias vidas, del mismo modo que este país, tan cierto o tan irreal como nosotros mismos, deberá hacerlo ahora. Nuestra libertad, Marina, es la medida de nuestra existencia. Si la tuya está lejos de mí, puedes dejarme esta misma noche. No trataré de persuadirte ni de retenerte.

—Yo no tengo adónde ir. Desapareceré contigo, en cuanto R. termine su libro.

—Quizás desaparezca el libro, su destino es quedar inconcluso, como la historia de esta tierra nuestra, donde nada se completa y siempre se vuelve al cero absoluto. En todo caso, tanto si él abandona o prosigue su obra, una obra que tal vez ni siquiera exista, yo debo concluir la mía.

—La vida de Goya, que R. te encargó. Seguimos presos en el mismo círculo vicioso.

—No —replicó Sandro muy despacio y en voz muy baja—, no se trata de la vida de Goya, que él me encargó. Se trata de escribir mi propia vida, como si fuese Goya o como si Goya fuese yo mismo. En esta noche, cuando Franco yace en la capilla ardiente del Palacio Real, todo español es en cierto modo Goya, porque vivimos el final de un *Disparate* y empezamos un *Capricho*, donde nuestro deber es la búsqueda de nosotros mismos.

—Antes hubo *Los Desastres de la Guerra*. No lo olvides.

—No lo olvido. Como recuerdo muy bien que toda nuestra historia contemporánea empieza el 2 de mayo de 1808, bajo el signo del toro. Ven, ayúdame, siéntate a la máquina.

Marina obedeció lentamente, como si cada uno de sus pasos y ademanes obedeciese a una específica e inalienable determinación. Afuera alzábase el vendaval y los árboles gemían estremecidos sobre el rumor del torrente y el bramido de la tramontana. En pie, junto a la ventana, Sandro dictaba en voz demasiado alta, como lo hubiese hecho un sordo. Marina vaciló por un

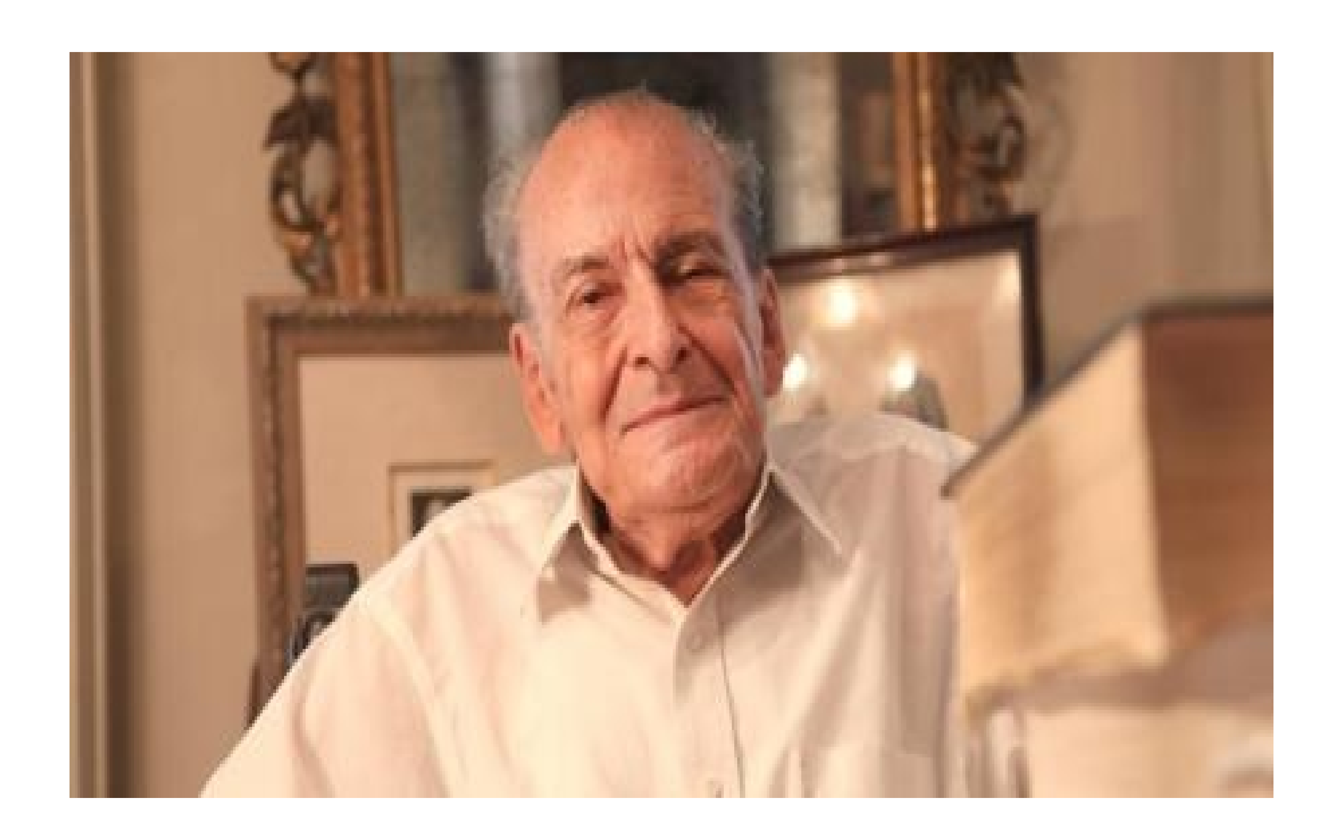
instante, sorprendida en parte por el timbre y por el tono. Luego, súbitamente olvidada de su asombro, comenzó a tecletear un diálogo que en labios de Sandro parecía una confesión.

—*Y Su Majestad el Rey me dijo*:

—*¿Cuál es tu idea de la dicha en la tierra?*

—*Morirme antes que mi hijo Xavier —repuse en seguida—. Otros cuatro sepultamos ya mi mujer y yo, antes de enterrarla también a ella, cuando las hambres de la guerra. A éste no quiero perderlo.*

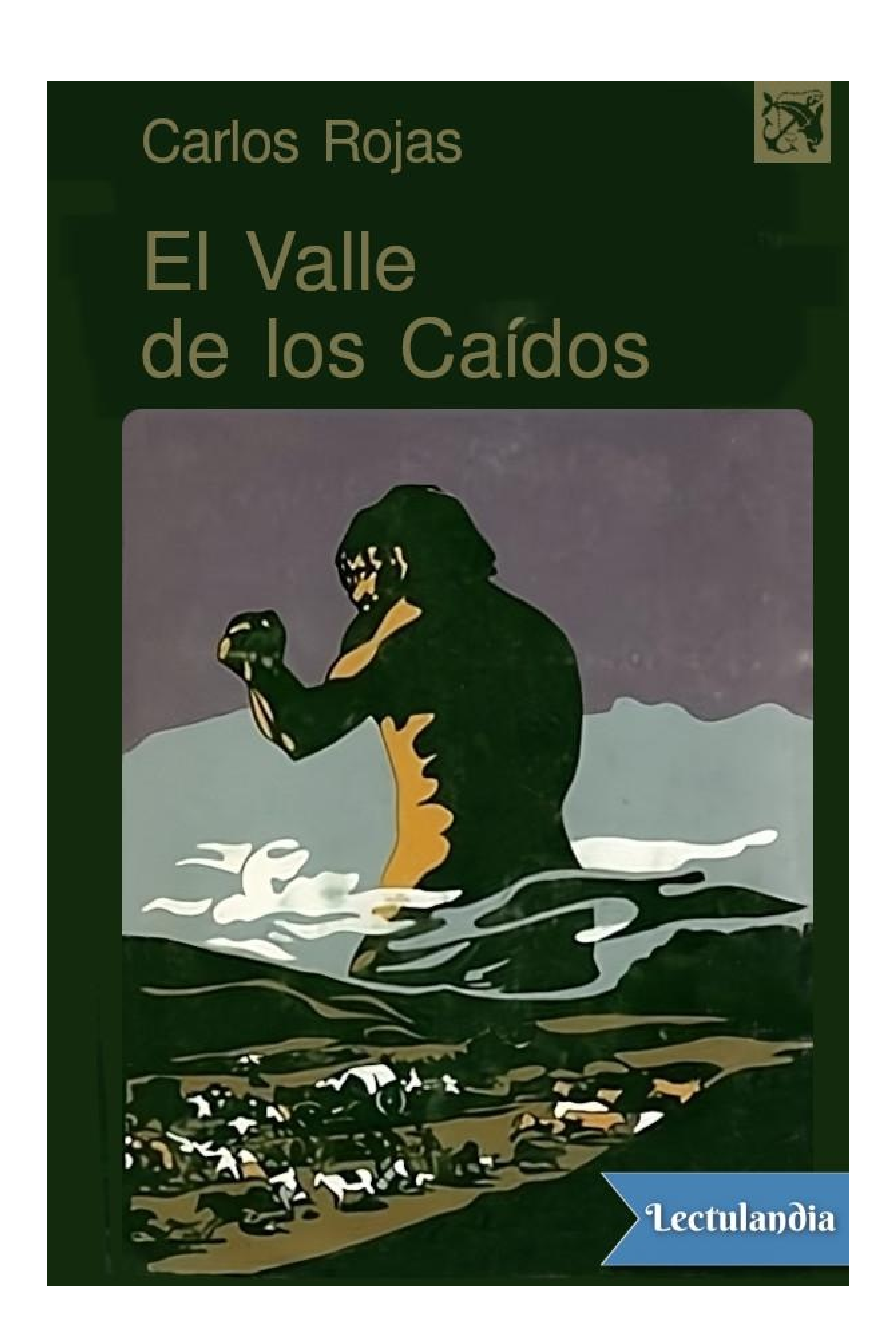
Se echó a reír, sin soltar el cigarro encendido entre los dientes, amarillentos como los de un carnero. Frisaba los cuarenta o los habría cumplido ya. Sólo al pintarle entonces, por última vez y por deseo suyo, me percaté cabalmente de cuán deforme era su rostro, quijarudo, mofletudo y desigual bajo las largas cejas renegridas. No obstante, sus ojos, un sí es no es estrábicos, traslucían una malicia nada torpe. Había sido el hombre más querido y era el más detestado, en este país que embiste siempre a la hora de matar o de reproducirse…



CARLOS ROJAS (Barcelona, 1928 - Greenville, Carolina del Sur, 2020) fue un escritor español, hijo del médico colombiano Carlos Rojas Pinilla, a su vez hermano de Gustavo Rojas Pinilla, dictador de Colombia entre 1953 y 1957.

En 1951 se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona y en 1955 se doctoró en la misma materia por la de Madrid. Fue lector de español en la Universidad de Glasgow (Escocia). En 1957 se trasladó a Estados Unidos como profesor ayudante de español en el Rollins Collage de Winter Park (Florida). Posteriormente, fue profesor agregado de Lenguas Románicas y más tarde Catedrático de Literatura Española Contemporánea en la Universidad de Emory en Atlanta.

Su primera novela, *De barro y esperanza*, se publicó en 1957. Un año después aparecía *El futuro ha comenzado* y *El asesino de César*, premio Ciudad de Barcelona 1958. Ganó el Premio Nacional de Literatura en 1968 con *Auto de Fe*. En 1973 obtenía el premio Planeta con *Azaña*, y cuatro años más tarde, el Ateneo de Sevilla con *Memorias inéditas de José Antonio Primo de Rivera*. El Premio Nadal lo conquistaría en 1979 con *El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos*, y ganaría el Espejo de España con *El mundo mítico y mágico de Picasso* en 1984.


Carlos Rojas
El Valle
de los Caídos
Lectulandia